

Universidad Nacional Autónoma de México.
Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán.



El Marxismo y la Cuestión Nacional

335.5
R616m

Ana María Rivadeo

Universidad Nacional Autónoma de México.
Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán.



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Dr. José Sarukhán
Rector

Dr. Francisco Barnés de Castro
Secretario General

Dr. Salvador Malo Alvarez
Secretario Administrativo

Dr. Roberto Castañón Romo
Secretario de Servicios Académicos

Lic. Rafael Cordera Campos
Secretario de Asuntos Estudiantiles

Lic. Fernando Serrano Migallón
Abogado General

ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS PROFESIONALES ACATLAN

M. en I. Víctor J. Palencia Gómez
Director

Ing. Jorge Jiménez Zamudio
Secretario General

Mtro. Eduardo Godoy Escoto
Coordinador del Programa de Investigación

Ing. Miguel M. Zurita Esquivel
Coordinador de Servicios Académicos

Lic. José Antonio Valera Patiño
Jefe de la Unidad de Servicios Editoriales

El Marxismo y la Cuestión Nacional

Ana María Rivadeo

335.5
R616m

Primera Edición: 1994

D.R. © UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F.

ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS PROFESIONALES ACATLÁN
Av. Alcanfores y Sn. Juan Totoltepec
Naucalpan de Juárez, Estado de México
Coordinación de Producción Editorial

Impreso y hecho en México
Printed and made in México

ISBN: 968-36-3549-0

ÍNDICE

Introducción	7
I. MARX Y LA CUESTIÓN NACIONAL	15
1. El proletariado no tiene patria: revolución socialista y luchas nacionales hasta el <i>Manifiesto</i>	15
2. Los movimientos nacionales durante las revoluciones de 1848-1849: los "pueblos sin historia"	29
3. La expansión capitalista en Asia y el inicio de la revisión de las relaciones entre las luchas socialista y nacional	40
4. Los escritos sobre Irlanda: el carácter desigual del desarrollo capitalista y los nuevos nexos entre la revolución anticolonial y la revolución socialista	49
5. La especificidad de los procesos históricos: los escritos sobre Rusia	60
6. Marx y América Latina: la persistencia de la noción de "pueblos sin historia"	69
7. Historicidad y revolución en Marx: la cuestión nacional	73
II. LA CUESTIÓN NACIONAL EN LA II INTERNACIONAL	85
1. Las corrientes teórico-políticas en torno a la cuestión nacional: el revisionismo	87
2. La ortodoxia	89
3. La izquierda radical	92
4. Los aportes de Lenin	96
5. Otto Bauer	99
III. EL PROBLEMA NACIONAL EN EL MOVIMIENTO COMUNISTA	103
1. La Internacional Comunista: de la estrategia de la revolución mundial al socialismo en un solo país	103
2. La IC y la lucha de los pueblos coloniales y dependientes	108
3. La IC y la cuestión nacional	112
4. El periodo de la Kominform	119

5. El marxismo europeo-occidental de la posguerra	123
6. La problemática marxista en torno a la nación	126
IV. SOCIEDAD CAPITALISTA, ESTADO POLÍTICO Y NACIÓN . . .	135
1. Sociedad civil y Estado político	136
2. La formación nacional	141
3. El carácter contradictorio de la comunidad nacional	146
V. LA NACIÓN Y EL SISTEMA HEGEMÓNICO	151
VI. TERRITORIALIZACIÓN E HISTORICIDAD DE LA NACIÓN . . .	163
1. La cuestión del espacio: el territorio nacional	166
2. La matriz temporal: la historicidad	171
VII. SOCIALISMO Y NACIÓN	175
1. La coyuntura actual	175
2. El proyecto socialista y la lucha hegemónica nacional-popular .	181
3. El marxismo y la cuestión nacional en América Latina	188
Conclusiones	197
Bibliografía	209

INTRODUCCIÓN

Desde los años setenta y como resultado de su propio despliegue, el pensamiento marxista ha venido destacando sus crecientes dificultades teóricas en conexión con el Estado, y más en general con el ámbito político e ideológico en su conjunto. En esos años, Althusser enfatizaba los límites del marxismo para rebasar una demarcación y una definición esencialmente negativas del Estado. Colletti, por su parte, subrayaba la carencia de una teorización marxista en torno a la política y al Estado, en cuanto su conceptualización habría permanecido adherida, exclusivamente, a la disolución progresiva de ambas como corolario de la revolución socialista. Los señalamientos en este sentido podrían multiplicarse; de lo que se trataba, en todos los casos, era de poner de manifiesto los obstáculos internos de la teoría marxista para dar cuenta de las formas, las funciones y los alcances de las instituciones políticas de la sociedad burguesa, y de su lugar y significación en la transición al socialismo.

Esta crítica situación teórica, que ha venido siendo afrontada a través de múltiples esfuerzos —desarrollados sobre todo por Poulantzas en Francia, por marxistas de raíz gramsciana como Marramao, Luporini y De Giovanni en Italia, y en esta línea por algunos pensadores latinoamericanos, Aricó, Portantiero, Laclau y Mármora, entre ellos—, involucra de modo privilegiado la temática de lo nacional. El estudio que estamos presentando apunta, justamente, al tratamiento de la problemática de la teorización marxista en torno a la cuestión nacional, y se apoya en los avances que en este sentido han sido producidos por los trabajos de los diversos autores mencionados. Uno de nuestros esfuerzos fundamentales está dirigido a investigar los obstáculos conceptuales que, en el seno de sus dificultades teóricas generales en relación con el campo político e ideológico, traban el tratamiento marxista del problema nacional. A nuestro juicio, éste se orienta, de modo sistemático, en dos direcciones a un tiempo contradictorias

y fallidas: la cancelación del lugar y la densidad de lo nacional por una parte, y la tendencialidad nacionalista por la otra. El análisis de esta problemática habrá de descansar en el examen de las principales propuestas que en torno al tema ha desplegado el pensamiento marxista a partir de Marx.

Esta referencia general al "pensamiento marxista" exige, de entrada, ciertas precisiones metodológicas. En primer lugar, la de que cabe diferenciar entre el marxismo en cuanto teorización viva de los procesos históricos y las diversas variantes de su petrificación ideológica, las cuales no revisten interés en orden a nuestro trabajo. Éste habrá de centrarse en las corrientes surgidas en el interior del primero, el cual deberá, además, ser examinado en relación con la praxis histórica específica en conexión con la cual se produce y se significa. En segundo término, es necesario aclarar que no es nuestro objetivo realizar una exposición de esas corrientes en sus detalles exhaustivos; nosotros apuntamos, más bien, a destacar en su seno ciertas articulaciones y operaciones teóricas generales, a través de las cuales poner de manifiesto las vertientes conceptuales por las que discurre la configuración de la problemática mencionada. Esto en la medida en que, a partir de ello, nuestra investigación está orientada, también, a esbozar algunas líneas de trabajo cuyo desarrollo haga posible, desde el propio interior del horizonte teórico-metodológico del marxismo, abrir un campo de elaboración alternativa a aquella reiterada *impasse* conceptual.

En conexión con esta problemática, pretendemos desarrollar la hipótesis de que el obstáculo fundamental de la conceptualización marxista de lo nacional reside en la exterioridad teórica entre sus categorías de clase y nación, que emerge como resultado de una tendencia sistemática al reduccionismo economicista. Aun cuando el eje de su tratamiento de lo nacional se concentra en la relación entre la burguesía y la nación, este vínculo se define en términos mecánicos, unidireccionales e instrumentales, lo que impide dar cuenta del complejo nexo orgánico e interno entre ambas. Pensada la constitución de las clases como resultado exclusivo de las contradicciones económicas, la burguesía, que produciría la nación, parece constituirse en un espacio exterior y anterior a ésta, por donde, correlativamente, lo nacional es colocado fuera del ámbito clasístico. Separada de las clases y de la lucha de clases, la nación no puede ser, finalmente, más que una ilusión, o bien el sedimento de las sociedades preclasísticas; dos líneas de conceptualización de la nación que recorren la entera historia de la teorización marxista desde Marx y Engels.

Según nuestras hipótesis, la primera línea conceptual —en la que la nación aparece como una representación ideológica orientada a mistificar la estructura clasística de la sociedad— volatiliza el hecho nacional a un punto tal que obliga al marxismo a un movimiento teórico por el cual la terca realidad de aquélla debe ahora ser buscada en alguna "esencia" exterior al

proceso histórico social. Aparece así la segunda línea de conceptualización, que conduce fuera de la propia categorización marxista, y según la cual la nación es ahora una sustancia étnico-cultural cuyo paradigma es la definición ontológica staliniana.

El proceso de configuración de esta problemática —cuya fuente residiría en los límites del análisis relativo al lugar y los alcances de la política y de las superestructuras en la constitución de las clases— será abordado a partir del estudio del pensamiento de Marx. En la perspectiva marxiana inicial, atravesada por una concepción universalista y teleológica de la historia de raíz economicista, la lógica clasística desestima las líneas nacionales, situándose en un horizonte inmediatamente cosmopolita. En él habrá de fundarse el paradigma clásico del internacionalismo proletario. Desde los años sesenta, sin embargo, Marx relativiza, y aun cuestiona, esta visión inicial. En conexión con sus estudios en torno a la expansión capitalista en Asia, al caso irlandés y al desarrollo capitalista en Rusia, Marx llega a valorar el carácter revolucionario de los movimientos nacionales, a reconocer la índole especificadora del despliegue capitalista, a poner de manifiesto los quiebres internos del proletariado —incluidos los nacionales—, así como la naturaleza particular de los procesos histórico-sociales. Desde esta nueva perspectiva, denuncia, incluso, las tendencias corporativistas y nacionalistas que subyacen al internacionalismo. No obstante, y pese a estas verdaderas transformaciones conceptuales, consideramos que la cuestión nacional no llega a constituirse en un núcleo sistemático del pensamiento de Marx, en cuanto que ni el campo político ni la revolución socialista alcanzan en éste, finalmente, a poseer un significado nacional.

Las corrientes mayoritarias de la II Internacional, por su parte, se mueven, según nuestras hipótesis básicas, en la línea de la conceptualización marxiana de los años cuarenta. En este marco, contribuyen a clausurar la obra de Marx sobre sus determinaciones economicista, universalista, teleológica y por tanto eurocentrista. La cuestión nacional, separada de lo clasístico, queda así subsumida en un evolucionismo en el que la progresividad del capitalismo apuntala el surgimiento de tendencias como el liberalismo burgués, el corporativismo obrerista, el colonialismo y el abandono y la instrumentación nacionalista del internacionalismo proletario. Esa exterioridad entre clase y nación, de que se nutre su concepción general, permitiría explicar el paso del paradigma del internacionalismo proletario al nacionalismo liberal burgués, corporativista y colonialista, en que acabarán aprisionadas la política y la teoría de la II Internacional. En oposición a éstas, y como consecuencia paradójica de su permanencia dentro de los límites de aquella exterioridad, la izquierda radical terminará por dar por cancelado el problema nacional, como condición del mantenimiento de una perspectiva revolucionaria e internacionalista. Aun el pensamiento leniniano,

más complejo, compartiría, según nuestro juicio, aquella limitación. Tampoco en él la cuestión nacional accede a desacoplarse de la burguesía y de la fase capitalista. El socialismo continúa colocado en un ámbito clasístico, cuya lógica niega tendencialmente el espesor nacional, adquiriendo un carácter internacional cuya confluencia con los movimientos nacionales sólo es concebible bajo la hipótesis de una revolución socialista europea. Sobre el desplome de esta hipótesis, y como despliegue siniestro de esta problemática teórica, emergerá finalmente el nacionalismo staliniano. La Internacional Comunista, que borra el hecho nacional, acabará, bajo el control de Stalin, por encarnar los intereses universales de la clase obrera en una nación, la URSS, en la que el desarrollo socialista ha sido bloqueado. Sobre el nacionalismo teórico y político generado por estas condiciones habrá de apuntalarse una nueva instrumentación del internacionalismo, ahora por el Estado soviético.

Los movimientos teóricos y políticos por los que de modo reiterado emergen del marxismo las tendencias al nacionalismo burgués y al abandono del internacionalismo tendrían como núcleo la ausencia en él de una teoría del carácter nacional de la lucha socialista. De ahí que nuestra investigación apunte a concentrarse, a continuación, en el examen de las múltiples y complejas relaciones orgánicas entre las clases y la nación, en cuyo olvido radicaría el origen de aquella carencia teórica. En nuestra línea de trabajo, la nación designaría el espacio de condensación de un metabolismo social, económico, político e ideológico del cual surge, objetivamente, como comunidad formal y abstracta de individuos, propietarios libres y ciudadanos en igualdad de derechos. La definición de ese lugar teórico implicaría el abandono de la perspectiva economicista del marxismo. La constitución de la nación no referiría aquí al proceso de formación de la burguesía, sino al establecimiento de un sistema hegemónico —en el sentido gramsciano— que, aunque la involucra, trasciende la relación económica entre las clases. Lo nacional no se produciría, por tanto, en el nivel económico, sino como una articulación entre economía, política e ideología, de la que se alza como forma de unificación de los más diversos y contradictorios contenidos clasísticos e ideológicos bajo hegemonía burguesa. La existencia de la nación sería, de este modo, consustancial a la del sistema hegemónico, por donde una misma formación social alojaría no uno, sino varios programas nacionales posibles, vinculados a los sujetos sociales que aspiran a configurar un sistema hegemónico diferenciado. Esta situación expresaría las rupturas internas entre las clases existentes en el seno de la nación; el hecho de que, en suma, no hay clases fuera de la nación, ni nación fuera de la lucha de clases.

La nación, en cuanto sistema hegemónico, implicaría un continuo proceso de transformaciones. Sin embargo, ella crea y presupone una continuidad

sin la cual no podría articular en su interior la diversidad de contradicciones que brotan de la sociedad burguesa en el sentido transversal (economía, política, ideología) e histórico (pasado, presente, futuro). En esta línea, la nación definiría un marco global y estable al que, una vez constituido, tendrían que acogerse todos los sistemas hegemónicos futuros; ello a pesar de que la estructura económica de la formación social capitalista, por su tendencialidad cosmopolita, tienda a sobrepasar rápidamente la fase en que la delimitación nacional le resulta adecuada. No obstante, en nuestra consideración, pese a sus deficiencias y contradicciones, la burguesía no habría accedido a refundar su dominación sobre otra base más general y coherente que la forma nacional. Ésta permanece siendo hasta el presente, en el seno de todos los afanes por sobrepasarla, la modalidad más estable de su sistema de dominación hegemónico.

Otro aspecto esencial de nuestro planteamiento es el relativo a la dinámica doble y contradictoria de la forma nacional en lo que concierne a su función de homogeneización social. Esta dinámica, ligada a la estructuración espacio-temporal capitalista, concierne asimismo al cuerpo del Estado y a las formas de la dominación. Ella se caracteriza por destacar una tendencia a la homogeneización y la universalización de la vida social que se realiza, sin embargo, a través de su propia negación: la tendencia correlativa a la fragmentación y la particularización. Estas tendencias encontradas atravesarían tanto a la específica territorialización propia de lo nacional, como a la unificación social interior a sus fronteras. La conformación de ambas sería, de este modo, marcada por una delimitación entre exterioridad e interioridad, en que arraigan la peculiaridad del expansionismo nacional capitalista, así como los fenómenos de opresión, expulsión y exterminio de las diferencias no asimilables en el seno de la unidad social nacional.

El examen de la matriz temporal capitalista nos permite, por su parte, destacar el nuevo significado de la historicidad en la constitución de la nación moderna. La unificación social que produce el Estado nacional, en el que se materializa aquella matriz, se asentaría sobre la delimitación, en el interior de sus fronteras, de una historia —la “historia oficial”. Ésta supone la segregación y el aplastamiento tendenciales de toda otra historia o tradición, las cuales son definidas como “extrañas” a partir justamente de aquella unificación temporal. En el cruce de estas matrices, y de las tendencias opuestas generadas por éstas, la unidad nacional se presentaría como la intersección de un doble movimiento: la historización de un territorio y la territorialización de una historia. Las contradicciones que brotan de esta dinámica no son resueltas en la nación. Por el contrario, la nación se configuraría en el seno de estas tensiones, a las que recogería en su interior, convirtiéndolas en regulables por el Estado.

El territorio y la historia que corporiza el Estado reproducen, ciertamente, la dominación hegemónica burguesa. Sin embargo, según nuestra perspectiva de análisis, lejos de absorberse totalmente en el Estado, la historia de la clase obrera y de los grupos subalternos marcan a éste con su sello. Precisamente en cuanto es un Estado nacional, el resultado del proceso nacional de la lucha de clases. La existencia de la nación se liga, efectivamente, a la capacidad articuladora de la dominación hegemónica burguesa. Pero ésta se produce dentro de un marco muy preciso: la estructuración clásica de la sociedad, que se levanta como un límite intrascendible a la tendencia homogeneizadora de la nación en tanto sistema hegemónico. En esta línea, la burguesía puede desplegar la unidad nacional sólo hasta cierto punto, y bajo su dominación persiste siempre una brecha, que se reproduce permanentemente, entre la idea y la realidad de la nación. Si la realidad de la nación refiere a un sistema hegemónico concreto, sometido a transformaciones y quiebres constantes, la idea de la nación, en cambio, remite al ideal social de una comunidad integrada y homogénea, en cuya dimensión la nación continúa existiendo aun en el caso de una ruptura revolucionaria del sistema hegemónico vigente. En esta última dirección, la nación constituiría una realidad abierta, sin fase de consumación final, capaz de quebrar su adherencia inexorable a la burguesía, y de entramar con el proyecto de constitución de un sistema hegemónico alternativo, de orientación anticapitalista y socialista. Éste abriría, además, la única posibilidad histórica de rebasar el límite clásico que bloquea el desarrollo nacional en cuanto realización de la democratización y homogeneización sociales.

La apertura de la posibilidad de un desarrollo nacional de carácter socialista converge, en este punto, con la cuestión de la transición nacional al socialismo. Esta confluencia es elaborada en nuestra investigación a través del examen de la categoría de crisis política, definida como crisis nacional. En la línea de la reflexión gramsciana, la transición al socialismo se produce como un desenvolvimiento de la crisis política en el sentido de la desarticulación del sistema hegemónico de las clases dominantes, y el reemplazo de éste por un sistema hegemónico de las clases subalternas. Esa transición es, por tanto, necesariamente, un proceso de índole nacional. No sólo en cuanto implica la aprehensión y la transformación de una sociedad como sistema hegemónico, sino porque es producto de la construcción de una voluntad colectiva nacional y popular. Ello supone la superación tanto del corporativismo clásico, como de la adición finalística del socialismo en cuanto abstracto esquema cosmopolita. La lucha hegemónica sería siempre aquí una lucha nacional, que cuestiona y que se juega en el campo de la nación, como lucha por rearticular todas las contradicciones de la formación social sobre nuevos fundamentos, de contenido anticapitalista y democrático.

Así, nuestra elaboración teórica centra el proyecto nacional del socialismo en torno a la vertiente homogeneizadora y democrática de la forma nacional. La expansión y profundización radicales de aquélla implicarían un proceso tendencial de relativización y superación de la otra dimensión propia de la nación, la relativa a la defensa y extensión del particularismo. Este desplazamiento del acento propio de la concepción marxista tradicional —que recae en el momento separatista de la cuestión nacional— reestructura la tematización teórica de lo nacional, ubicándola en el interior de los procesos de constitución y desarrollo de los sistemas hegemónicos. En el seno de la contradictoria dinámica de éstos, lo nacional y lo clásico entrarían finalmente en una articulación que, al mismo tiempo, involucra necesariamente a la democracia. Nación, democracia y socialismo configurarían, de esta manera, una sólida urdimbre, en cuyo tejido residiría la clave del desenvolvimiento de la teorización marxista de la cuestión nacional.

Éstas constituyen, sucintamente, las líneas fundamentales de trabajo sobre las que se sustenta la investigación que presentamos a continuación. Los alcances, logros y significación de ésta habrán de definirse, por último, en conexión con su capacidad para dar cuenta de una cuestión que, en el contexto histórico y teórico de nuestro tiempo —caracterizado por la emergencia de nuevos y graves problemas, que de diversas formas desembocan en la temática nacional—, adquiere de nueva cuenta una inusitada y apremiante actualidad conceptual y política.

I. MARX Y LA CUESTIÓN NACIONAL

1. El proletariado no tiene patria: revolución socialista y luchas nacionales hasta el *Manifiesto*

El término nación, en el sentido comúnmente utilizado hoy, comienza a aparecer en el curso de la Revolución francesa. Pero lejos de poseer un carácter unívoco, esa noción hace alusión, en ese contexto, a una vaga idea de grupo, al tiempo que a una forma cualquiera de comunidad política: refiere indistintamente a Europa entera, a Estados centralizados como Francia, o a entidades regionales. Por la misma época, el vocablo surge en la literatura del romanticismo alemán, pero en un sentido lingüístico-cultural. Será hasta mediados del siglo XIX cuando la idea de nación adquiera, en la obra de Mazzini, el significado habitual con que se usa en la actualidad, de fundamento natural de la organización del poder político, que supone la necesaria fusión entre nación y Estado. En este uso, en el que continúa poseyendo un carácter impreciso e incierto, la nación alude a un grupo de seres humanos unidos por lazos naturales —en lo que va implicado el oscuro contenido semántico de la palabra, referido a vínculos de sangre—, que constituyen la base de una forma de organización del poder político que, de ese modo, se define en términos de Estado nacional. En estas condiciones, la idea de nación tiende a condensar elementos naturales y componentes sociales, políticos y culturales, cuya analítica da lugar a un cúmulo de problemas teóricos, que en su conjunto pueden designarse bajo la denominación general de cuestión nacional.

Desde nuestra perspectiva, y de modo inicial, nos referimos a la cuestión nacional en el sentido del conjunto de problemas que surgen de una forma específica de articulación social, económica, política y cultural, que implica una referencia estatal precisa, y que sedimenta en el moderno concepto de nación. Éste da cuenta de una modalidad histórica de comunidad social, unificada internamente y diferenciada respecto al exterior, que se apoya en la totalidad de individuos libres e iguales ante la ley que emerge del metabolismo social, político e ideológico del modo de producción capitalista

como modo de producción dominante. La nación supone, en este sentido, una articulación contradictoria y orgánica entre la sociedad burguesa y el Estado político-jurídico, de la que surgen las categorías de pueblo-nación, Estado-nación, soberanía nacional, y una territorialización e historización peculiares. En su conjunto, estos conceptos aluden a una dinámica de homogeneización interna y fragmentación respecto al exterior, que tiene en el Estado un espacio privilegiado de conformación y desarrollo. Todo nuestro trabajo está orientado al examen de la problemática planteada por la realidad nacional dentro de la teorización marxista. En su desarrollo analizaremos las diversas configuraciones temáticas y políticas que produce, dentro de esta teorización, el complejo despliegue de esa realidad. Así, esta definición tiene un carácter estrictamente aproximativo e inicial, orientado a establecer un punto de partida provisional para nuestra exposición teórica.

En el contexto histórico y teórico en que se produce el pensamiento marxiano, el hecho nacional constituye un fenómeno reciente, que se expande y universaliza atravesando y conquistando, con fuerza avasalladora, toda la ideología burguesa de su tiempo; en la perspectiva de ésta, la relación nacional, en cuanto nexo natural entre los hombres, tiende a sustituir y liquidar al conjunto de los otros vínculos sociales, de modo tal que el "pueblo" definido a partir de ella parece realizarse en la constitución del Estado nacional soberano. Para Marx, sin embargo, el tema nacional es contingente y subordinado. Su batalla teórica, desde la cual habrán de demarcarse el campo de sus preocupaciones tanto como el de sus silencios, se centra en un ámbito respecto al cual la cuestión nacional permanece siendo tendencialmente marginal y externa. Ese campo es el de la dinámica del capitalismo y de la lucha de clases, en cuanto estructuras internas y universales de la sociedad y el Estado modernos. Es a través del desenvolvimiento de la problemática que emerge de ese espacio que habrá de cruzarse una y otra vez con la cuestión nacional, viéndose compelido a ocuparse de ésta en diversas circunstancias y bajo distintas perspectivas. Pero ella no llegará a constituirse en una cuestión *internamente* ligada con sus preocupaciones fundamentales.

De ahí que pueda afirmarse que Marx no desarrolló, ni siquiera implícitamente, una teorización en torno a lo nacional, aunque en su obra puedan encontrarse múltiples materiales, reflexiones e indicaciones relativas al tema, como ha demostrado el amplio estudio que al respecto ha realizado Salomon Bloom.¹ Esas reflexiones dispersas tienen un carácter fragmentario, y a menudo contradictorio, lo que impide elaborar de modo inmediato a partir de ellas una concepción sistemática sobre el problema. La recons-

¹ Cfr. Bloom, S. *El mundo de las naciones*, México, Siglo XXI, 1975.

trucción de la posición y el significado de la cuestión nacional en el pensamiento de Marx no parece poder producirse desde los juicios inmediatos que expresó sobre ella, por más abundantes y ricos de contenido que éstos sean. En nuestra consideración, su posición teórica y práctica frente al tema nacional estaría mediada por otro bloque problemático del que se ocupó centralmente a lo largo de toda su vida: el constituido por la conceptualización del *proceso revolucionario*, en conexión con sus estudios en torno a la *estructura del capitalismo* y al carácter del *desarrollo histórico*.

No se trata por tanto, a nuestro juicio, de ordenar conforme a algún criterio previo, o de exponer en sus detalles, las indicaciones de Marx sobre la cuestión nacional. La lógica interna, así como el significado y el alcance de ésta en la teorización marxiana, estarían vinculadas, más bien, a las vicisitudes de su conceptualización de la revolución, en la que se anudan sus elaboraciones teóricas más relevantes: las relativas a la dinámica del capitalismo y a la índole del desarrollo histórico. Este entramado teórico constituye, por lo tanto, un organizador conceptual imprescindible en la exposición del lugar y el sentido de la cuestión nacional en Marx, que abordaremos en este capítulo.

La teoría marxiana de la revolución emerge en el período comprendido entre 1845 y 1848. En los escritos de ese lapso se encuentran, también, las reflexiones iniciales de Marx sobre la cuestión nacional. Hasta el desencadenamiento efectivo de las revoluciones europeas de 1848, la concepción de Marx y Engels sobre los procesos revolucionarios se estructura en conexión con una expectativa fundamental: la del desarrollo, el encuentro y finalmente la fusión de dos procesos revolucionarios diferentes. En Europa central y oriental (Italia, Hungría, Polonia y Alemania) habría de producirse una revolución *democrático-burguesa*, y en Europa occidental (Francia e Inglaterra) una revolución socialista. Estos dos procesos convergerían, y sus diferencias tenderían a desaparecer en el curso de su despliegue. Desde el punto de vista político, esta expectativa estaba vinculada al análisis de la dinámica de la Revolución francesa y de las guerras napoleónicas que le siguieron —recientes en la época, y por tanto con presencia aún en la memoria colectiva. La radicalización rápida y constante de esta revolución hasta 1793 hacía prever que la próxima revolución en Alemania —un país en que la constitución del proletariado estaba más avanzada—, de carácter burgués, democrático y nacional, transitaría de modo aún más acelerado hacia una revolución proletaria, socialista e internacional. La misma dinámica adquirirían las revoluciones nacionales democrático-burguesas en curso en Hungría, Italia y Polonia, cuyo despliegue convergería con el de las revoluciones que estallarían en Francia e Inglaterra, caracterizadas desde sus inicios como proletarias y socialistas. En suma, los procesos revolucionarios desencadenados en la etapa son concebidos en términos de una

revolución socialista que abarca todo el mundo capitalista de la época, en la que habrían de unificarse las múltiples luchas de los más diversos movimientos políticos y sociales, provenientes tanto de los países europeos avanzados como de los atrasados, en un contexto global, y en torno a una perspectiva común.

Esta concepción permite entender las posiciones de Marx y Engels sobre la lucha nacional de los polacos en el mitin cartista del 29 de noviembre de 1847. Los discursos pronunciados por ambos constituyen dos formas de aproximación a la cuestión nacional no sólo distintas, sino aparentemente opuestas. Marx pone en la revolución proletaria socialista, internacionalista, la condición de posibilidad de la liberación nacional de las naciones oprimidas; define a Inglaterra como la matriz de esa revolución, y cifra por tanto en ésta el destino de la liberación polaca.² Dice Marx:

Por eso, el triunfo del proletariado sobre la burguesía es, al mismo tiempo, la señal para todas las naciones oprimidas. Desde luego que la antigua Polonia está perdida, y seríamos los últimos en desear su restauración. Pero no sólo está perdida la vieja Polonia. La vieja Alemania, la vieja Francia, la vieja Inglaterra, toda la vieja sociedad está perdida. Pero la pérdida de la vieja sociedad no constituye una pérdida para quienes nada tienen que perder en la antigua sociedad, y en todos los países actuales ese caso se da para la gran mayoría. Por el contrario, tienen todo que ganar con el ocaso de la vieja sociedad... De todos los países, Inglaterra es aquel en el cual más desarrollada se encuentra la contradicción entre el proletariado y la burguesía. Por ello, el triunfo de los proletarios ingleses sobre la burguesía inglesa es decisivo para el triunfo de todos los oprimidos contra sus opresores. De ahí que a Polonia no hay que liberarla en Polonia, sino en Inglaterra. Por eso, vosotros, los cartistas, no debéis formular deseos irrealizables por la liberación de las naciones. Batid a vuestros enemigos internos, y podréis entonces estar orgullosamente conscientes de haber derrotado a toda la antigua sociedad.³

Engels, en cambio, que formula su discurso como un *demócrata alemán*, se centra en el tema de la liberación nacional de Polonia, y afirma que la revolución alemana tiene como condición la liberación polaca en la propia Polonia:

Tenemos especial interés en la liberación de Polonia. Han sido príncipes alemanes quienes obtuvieron ventajas de la división de Polonia, y son soldados ale-

² Renato Levrero ve una contradicción entre esta posición inicial de Marx y su juicio favorable a la liberación de Polonia externado años después. Cfr. Levrero, R. "Marx y Engels y la cuestión nacional", en Marx y Engels, *Imperio y colonia. Escritos sobre Irlanda, México, Pasado y Presente*, 1979, pp. 17-28.

³ Cfr. Marx, K. y Engels, F. *Reden über Polen*, 27 de noviembre de 1847, M.E.W. 4, 1959, pp. 416.

manes quienes oprimen, aún hoy, Galitzia y Posnania. A nosotros, alemanes, y en especial a nosotros, demócratas alemanes, debe interesarnos limpiar esta mácula de nuestra nación. *Una nación que oprime a otra no puede ser libre* y a la vez seguir oprimiendo a otras naciones. La liberación de Alemania no puede hacerse efectiva, pues, a menos que se haga efectiva la liberación de Polonia con respecto a la opresión de la misma por alemanes. Y por ello Polonia y Alemania tienen un interés en común, y los demócratas polacos y alemanes pueden trabajar mancomunados en la liberación de ambas naciones.⁴

Fue David Riazanov quien llamó la atención por primera vez sobre el hecho de que en esta ocasión Marx habló en su carácter de comunista internacionalista a la dirección del movimiento cartista inglés, mientras que Engels lo hizo como un demócrata alemán.⁵ Esta observación resulta útil si podemos comprender qué es lo que los lleva a ubicarse a cada uno de ellos en estas dos perspectivas, y desde qué horizonte común éstas resultan articulables. Más allá de que no postulamos la existencia de una concepción unitaria sin fisuras entre Marx y Engels, creemos que en el punto que nos ocupa no se trata de concepciones contrapuestas, especialmente en un caso en el que ambos presentan simultáneamente formulaciones sobre un mismo tema en un acto político de masas. Se trataría, más bien, del reconocimiento de la existencia de dos procesos revolucionarios diferentes, encarables desde perspectivas y problemas distintos: la emancipación proletaria en Inglaterra y la liberación nacional en Polonia, conectada esta última con la lucha democrática alemana. Estos dos procesos se hallan, sin embargo, unificados ("toda la vieja sociedad está perdida"), y tienden a confluír en una dinámica común, socialista, proletaria e internacional, que sobredetermina las luchas nacionales democrático-burguesas. Al converger con el desarrollo de las revoluciones proletarias, estas luchas se incorporan a una dinámica global de índole socialista, y por tanto internacional, en la que resulta superada la cuestión de la opresión nacional. De ahí que Marx pueda afirmar que la liberación nacional de Polonia se juega en Inglaterra, y advertir a los socialistas ingleses contra un punto de vista sentimental en torno a este problema. Sin embargo, esto no significa que el despliegue de la revolución socialista pueda producir este proceso a partir de su *solo* impulso. La viabilidad de las revoluciones proletarias en Inglaterra y Francia se encuentra vinculada, desde el punto de vista de las relaciones de fuerza en Europa, al impulso de las revoluciones democrático-burguesas de Europa central, decisivo para quebrar el bloque dominante

⁴ Cfr. *ibid.*, p. 417.

⁵ Cfr. Riazanov, D. "Karl Marx und Friedrich Engels über die Polen Frage", en *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiter Bewegung* VI, Leipzig, 1915, p. 179.

europeo, cuya clave reside en la fuerza contrarrevolucionaria de la alianza entre Rusia, Austria y Prusia.

Así, por una parte, es necesario colocarse en la perspectiva global, según la cual el conjunto del proceso resulta determinado por el desarrollo socialista —e internacional— de las luchas nacionales (Marx). Pero, por otra, en el seno de esta perspectiva, es no sólo coherente sino también necesario destacar la especificidad de las luchas democrático-nacionales, y en el contexto de la particularidad de éstas en Alemania, poner énfasis en el carácter solidario de la revolución alemana respecto a la polaca: la democracia y la unificación nacional alemanas tienen como condición de posibilidad la derrota del imperio austroprusiano y del zarismo, y por tanto la liberación de Polonia. La renuncia, pues, al nacionalismo alemán, en gran medida compensatorio, pero efectivamente contrario a los objetivos democrático-revolucionarios en todos los casos (Engels).

Ahora bien, esta idea de una revolución que se extiende simultáneamente por todo el mundo capitalista de la época, vinculada desde el punto de vista político a una previsión del análisis de la dinámica de la Revolución francesa, se encuentra fundada, a su vez, en el pensamiento de Marx, en las conclusiones centrales de su examen del capitalismo en esa etapa. De acuerdo con estas conclusiones, el desarrollo del capitalismo, de la gran industria y del mercado mundial, ha desatado un movimiento tendente a destruir todas las relaciones feudales y patriarcales existentes en Europa hasta ese momento. El capitalismo ha roto los lazos de dependencia natural entre los hombres, revelando la índole social de la explotación; ha puesto como base histórica de su existencia la revolución permanente de los instrumentos de producción; ha destruido el aislamiento de las naciones, tornándolas interdependientes, y confiriendo un carácter cosmopolita a la producción y el consumo. Este desarrollo produce la superación de la fragmentación y la dispersión de los medios de producción, de la propiedad y de la población, al tiempo que conduce a un aumento y concentración extraordinarios de la riqueza y a la centralización del poder político. Para 1848, Marx y Engels consideran que el dominio de las relaciones de producción capitalista, gracias al libre cambio, se ha difundido y ha pasado a ser predominante en toda Europa occidental.

En el *Manifiesto del Partido Comunista*, en que culmina y concluye la elaboración teórica previa a las revoluciones de 1848, sostiene que:

La burguesía ha desempeñado un papel altamente revolucionario... No puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción, y por consiguiente las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales... Ha aglomerado la población, centralizado los medios de producción y concentrado la propiedad en manos de pocos. La conclusión obligada de ello ha sido la centralización política. Las provincias independientes,

ligadas entre sí casi únicamente por lazos federales, con intereses, leyes, gobiernos y tarifas aduaneras diferentes, han sido consolidadas en una sola nación, bajo un solo gobierno, una sola ley, un solo interés nacional de clase y una sola línea aduanera.⁶

Pero ese extraordinario desarrollo de las fuerzas productivas bajo el capitalismo se vuelve contra la propia burguesía; entra en contradicción con las relaciones de producción burguesas, que resultan estrechas para contenerlo. La burguesía no puede ya controlar los medios de producción y circulación que ha generado: lo demuestra la destrucción periódica de las fuerzas productivas a que se ve obligado el capitalismo en sus crisis cíclicas.⁷ El capitalismo ha creado, por tanto, las condiciones objetivas para su desaparición. Pero ha producido, además, los hombres que empujarán las armas que deben darle muerte: el proletariado.⁸ La expansión capitalista se acompaña, en lo interno, de la simplificación y la homogeneización clásica de la sociedad. Al mismo tiempo, origina la constitución de un proletariado internacional homogéneo desde el punto de vista de sus condiciones materiales de vida —creciente pauperización— y de sus intereses de lucha.⁹

El siervo, en pleno régimen de servidumbre, llegó a miembro de la comuna, lo mismo que el pequeño burgués llegó a elevarse a la categoría de burgués bajo el yugo del absolutismo feudal. El obrero moderno, por el contrario, lejos de elevarse con el progreso de la industria, desciende siempre más y más por debajo de las condiciones de vida de su propia clase. El trabajador cae en la miseria, y el pauperismo crece más rápidamente todavía que la población y la riqueza.¹⁰

En el marco de esta dinámica objetiva del desarrollo capitalista, la lucha del proletariado contra la burguesía emerge desde su surgimiento, y se despliega en un proceso a través del cual la clase obrera resulta capaz de sobreponerse a la competencia en el mercado de trabajo, de superar su dispersión y de crear asociaciones permanentes, de carácter nacional, para enfrentar como clase a la burguesía. Esto es, de producir su autonomía programática y organizativa. Por lo que, para Marx, "toda lucha de clases es una lucha política".¹¹

⁶ Cfr. Marx, K. y Engels, F. "Manifiesto del Partido Comunista", en *Obras escogidas*, Moscú, Progreso, pp. 35-37.

⁷ Cfr. *ibid.*, p. 38.

⁸ Cfr. *ibid.*, p. 38.

⁹ Cfr. *ibid.*, p. 41.

¹⁰ Cfr. *ibid.*, p. 42. Esta tesis, que se apoya en la idea de una tendencia a la pauperización absoluta del proletariado y a la homogeneización del salario obrero en todos los países capitalistas, será modificada por Marx en los años setenta.

¹¹ Cfr. *ibid.*, p. 40.

El énfasis recae aquí en el avance de una *teoría materialista de la revolución*, que tiene como base el análisis de la dinámica objetiva del capitalismo, a partir de la cual el desarrollo de la lucha de clases, de la conciencia y de la organización revolucionarias, de su programa y de las formas de acción, no resultan la realización voluntarista de algún imperativo subjetivo, ético e ideal exterior a los procesos materiales. La contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción constituye el aspecto objetivo de la *misma* dinámica histórica que desde el punto de vista subjetivo se define en términos de lucha de clases. El *Manifiesto* apunta a un combate teórico con las teorías de la revolución sustentadas por el socialismo y el comunismo utópicos, especialmente con el comunismo igualitario de tradición babuvista, representado por Weitling, y con el socialismo proudhomiano. El eje de la concepción marxiana de la revolución se ubica en la idea de la autoemancipación proletaria, en oposición a las tendencias comunistas de su tiempo —ya criticadas en las *Tesis sobre Feuerbach*. Para éstas, la clase obrera no existe “sino bajo el aspecto de la clase que más padece”. “Pero no advierten del lado del proletariado ninguna iniciativa histórica, ningún movimiento político propio.”¹² Para Marx, por el contrario, “las tesis teóricas de los comunistas no se basan en modo alguno en ideas y principios *inventados* o descubiertos por tal o cual reformador del mundo. No son sino la *expresión del conjunto de las condiciones reales de una lucha de clases existente*, de un movimiento histórico que se está desarrollando ante nuestros ojos”.¹³

El proletariado es, como producto peculiar del capitalismo, una *clase revolucionaria*: la única que no puede levantarse —defender sus intereses— sin hacer saltar la sociedad existente, lo que a la postre demostrará ser equivocado. Las demás clases oprimidas, como las capas medias, “son revolucionarias únicamente en cuanto tienen ante sí la perspectiva de su tránsito inminente al proletariado”.¹⁴ En este sentido, el proceso revolucionario se presenta como un movimiento proletario autoemancipatorio “propio de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría”,¹⁵ cuyo desarrollo resulta inevitable en la medida en que el capitalismo produce una creciente pauperización de la clase obrera y del conjunto de la población, hasta el punto en que “la existencia de la burguesía llega a ser incompatible con la de la sociedad”.¹⁶ También esto acabará siendo insostenible. Marx afirma que el primer acto de la revolución es la elevación del proletariado

¹² Cfr. *ibid.*, p. 57.

¹³ Cfr. *ibid.*, p. 44.

¹⁴ Cfr. *ibid.*, p. 42.

¹⁵ Cfr. *ibid.*, p. 42.

¹⁶ Cfr. *ibid.*, p. 43.

a clase dominante, que como elevación al poder político de la mayoría de la población es definida por Marx como la conquista de la democracia.¹⁷ La dominación proletaria, dada la especificidad social de la clase, no puede consistir más que en la abolición de todo antagonismo clasístico y de toda forma de opresión:

Si en la lucha contra la burguesía el proletariado se constituye indefectiblemente en clase; si mediante la revolución se convierte en clase dominante y, en cuanto dominante, suprime por la fuerza las viejas relaciones de producción, suprime, al mismo tiempo que estas relaciones de producción, las condiciones para la existencia del antagonismo de clase y de las clases en general, y, por tanto, su propia determinación como clase.¹⁸

El nuevo Estado —el proletariado organizado como clase dominante— tiene por objeto, por tanto, suprimir su propia dominación de clase, su propio Estado. El comunismo aquí, a diferencia de todas las detalladas descripciones utópicas de la sociedad perfecta, es definido en tres líneas: “En sustitución de la antigua sociedad burguesa, con sus clases y su antagonismo de clase, surgirá una asociación libre en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos.”¹⁹

Es en este contexto que se formulan en el *Manifiesto* algunas observaciones sobre la cuestión nacional.

Resulta evidente, a partir del examen que hemos realizado, que, al igual que el desarrollo del capitalismo, el *contenido* de la lucha proletaria posee un carácter internacional; para los comunistas, dice Marx, se trata de hacer valer, en las diferentes luchas nacionales de los proletarios, los intereses comunes a toda la clase obrera, independientemente de la nacionalidad.²⁰ Por la *forma*, sin embargo, esta lucha es, en primer término, una *lucha nacional*, porque el proletariado de cada país debe acabar primero con su propia burguesía: conquistar el poder político, el *Estado*.²¹ Como han hecho notar diversos investigadores,²² Marx usa aquí el concepto de nación en su acepción corriente del inglés y el francés para expresar a la sociedad burguesa. Sin embargo, como Marx ha demostrado en sus textos de juventud,²³

¹⁷ Cfr. *ibid.*, p. 49.

¹⁸ Cfr. *ibid.*, p. 50.

¹⁹ Cfr. *ibid.*, p. 50.

²⁰ Cfr. *ibid.*, p. 43.

²¹ Cfr. *ibid.*, p. 42.

²² Cfr. Haupt, G. y Weill, C. “Marx y Engels frente al problema de las naciones”, en Marx, K. y Engels, F. *La cuestión nacional y la formación de los Estados*, México, Pasado y Presente, 1980.

²³ Cfr. Marx, K. “Crítica de la filosofía del Estado y del derecho de Hegel”, en *Escritos de juventud*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

la sociedad burguesa —la sociedad civil—, el “pueblo”, se caracteriza por suponer necesariamente al *Estado moderno*. En el vocabulario histórico de Marx y Engels la nación refiere a la sociedad burguesa en cuanto ésta resulta indisociable del Estado político. La nacionalidad, en cambio, a pesar de las oscilaciones en los escritos, alude a una formación cristalizada en la alta Edad Media, a partir de una maraña de pueblos, que precede y puede dar origen a la nación.²⁴ En la época moderna, la nación adquiere un doble significado: la pertenencia a un Estado, o bien la referencia a una formación que no se ha constituido aún en Estado. En este sentido, por tanto, la forma nacional de la lucha socialista da cuenta, por una parte, del hecho de que ésta traspasa a la sociedad en su conjunto —no se trata de una lucha local o dispersa—; y por otra, de que ella tiene como referencia al Estado, en el que se concentra el poder político. Para conquistar el poder político, dice Marx, el proletariado “tiene que elevarse a la condición de clase nacional, constituirse en nación, todavía nacional, aunque de ninguna manera en el sentido burgués”.²⁵

En la *Ideología alemana* Marx había examinado la relación entre el carácter político del Estado moderno —su universalidad formal y abstracta, que supone el efecto de exterioridad respecto a la sociedad civil—, y su índole clasística particular, que hace de esa exterioridad la forma de su unidad con respecto a las relaciones-sociales. Siguiendo la línea de la *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel*, la articulación entre sociedad civil y Estado da cuenta de la relación entre la propiedad privada capitalista y ese ámbito formal de la universalidad: “El Estado es la forma mediante la cual los individuos de una clase dominante imponen sus intereses comunes, y en la cual se resume toda la sociedad civil de una época... Es la forma de organización que los burgueses se dan por necesidad para garantizar su propiedad y sus intereses, tanto en el exterior como en el interior.”²⁶ De ahí que “todas las instituciones reciben una forma política”²⁷ y que “las luchas al interior del Estado no son sino formas bajo las cuales se libran las luchas efectivas entre las clases”.²⁸

El Estado está internamente determinado por su *contenido clasístico*. Sin embargo, este contenido reviste, en el Estado moderno —el Estado político—, la *forma del interés general*, de la universalidad. Por tanto, toda clase que aspire a la dominación política, el caso de la burguesía en primer término, y aun a la abolición de ese dominio, como el proletariado, necesita prime-

²⁴ Cfr. Haupt, G. y Weill, C. *Op. cit.*

²⁵ Cfr. Marx, K. y Engels, F. “Manifiesto...”, *op. cit.*, p. 48.

²⁶ Cfr. Marx, K. y Engels, F. *Ideología alemana*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1976, p. 113.

²⁷ Cfr. *ibid.*, p. 113.

²⁸ Cfr. *ibid.*, p. 51.

ramente “representar su propio interés como si fuera el *interés general*”.²⁹ “Por el solo hecho de enfrentarse a otra *clase*, la clase revolucionaria se presenta ya de entrada no como una clase, sino como representante *de la sociedad entera*, como la masa entera de la sociedad enfrentada a la clase dominante.”³⁰ Refiriéndose en particular a la burguesía revolucionaria francesa, explica su capacidad para actuar de esta manera en virtud del hecho de que su interés marcha ligado a los intereses comunes de las clases no dominantes, y de que ese interés, en el contexto de la confrontación con la clase dominante, no se ha desarrollado aún como interés particular de una clase particular.³¹ En esta línea, para Marx,

cada nueva clase establece entonces su dominio *sobre una base más extensa* que la dominante con anterioridad a ella... dando por resultado que la lucha a emprender contra la nueva clase dirigente necesita de unas negaciones más radicales y decisivas contra las contradicciones sociales, que las emprendidas en anteriores luchas por anteriores clases en la pugna por el poder.³²

La sociedad burguesa, dice Marx, necesita “afirmarse al exterior como una nación, y organizarse al interior como un Estado”, aunque “sobrepasa los límites del Estado y de la nación”.³³ El capitalismo posee, por tanto, un carácter *internacional* como modo de producción, pero su organización de base es *estatal-nacional*. En cuanto supone la modalidad de unificación política interna de la sociedad clasística que hemos examinado —la cual se presenta como diferenciación con el exterior con el contexto de la competencia intercapitalista—, la lucha revolucionaria del proletariado se desarrolla como una lucha política, esto es, por la conquista del poder del Estado. El desarrollo de esta lucha supone, a su vez, según el análisis de Marx, la capacidad de la clase obrera para: a) superar su fragmentación y su subordinación organizativa y programática; b) transformarse, de ese modo, en representante del conjunto de las clases no dominantes frente a la burguesía; c) presentar sus intereses como interés general de la sociedad.

En estas determinaciones radicaría el contenido de la exigencia marxiana según la cual para conquistar el poder político el proletariado debe elevarse a la condición de “clase nacional”.

Sin embargo, como hemos visto, este “constituirse en nación” del proletariado revolucionario es radicalmente distinto al de la burguesía. El Estado burgués, decíamos, se presenta como expresión del interés general

²⁹ Cfr. *ibid.*, p. 52.

³⁰ Cfr. *ibid.*, p. 81.

³¹ Cfr. *ibid.*, p. 81.

³² Cfr. *ibid.*, p. 82.

³³ Cfr. *ibid.*, p. 57.

de la sociedad. Pero el interés general de la sociedad no coincide con el interés clasístico de la burguesía, en torno al cual se organiza la universalidad formal del Estado burgués. De ahí que la universalidad estatal burguesa resulte para Marx una *forma ilusoria de colectividad*.³⁴ A diferencia de la burguesía, el proletariado es "una clase que ya no tiene como objetivo el hacer prevalecer un interés de clase particular en contra de la clase dominante".³⁵ De modo que la realización del interés clasístico de la clase obrera, la abolición de las relaciones de producción capitalistas, coincidiría, para Marx, con la constitución de una *efectiva universalidad social*: la supresión de las condiciones de existencia del antagonismo clasístico, de las clases en general, y de su propia existencia como clase. La cancelación, por tanto, del carácter político-estatal del interés general (comunidad ilusoria), y la realización de éste como comunidad real, ya no en una esfera escindida —el Estado—, sino en el propio interior de las relaciones económico-sociales de los hombres. En esto consiste la democracia comunista en el pensamiento de Marx.

No se trata entonces, dice Marx, como afirman los escandalizados críticos del comunismo, de abolir la nación (y la propiedad, la libertad, la familia, la individualidad, etc).³⁶ El propio desarrollo del capitalismo ha suprimido ya éstas para la mayor parte de la sociedad. De lo que se trata, para el proletariado, es de *reapropiarse socialmente de ellas*. Pero esta "reapropiación" supone la transformación de su índole clasística específica: para conquistar el poder político la clase obrera se constituye en nación, "aunque de ninguna manera en el sentido burgués". En el sentido burgués de la nación, afirma el *Manifiesto*, "los obreros no tienen patria. No se les puede arrebatar lo que no poseen".³⁷ La burguesía se representa la nación según su propia imagen. Para ella la patria es la propiedad capitalista en sentido amplio; no el país desde el punto de vista del desarrollo social, o la nación en sentido democrático, sino el conjunto de instituciones, leyes e ideas que santifican el derecho a la propiedad. Ésta es la nación repudiada en el *Manifiesto*, y de la que la clase obrera está excluida. La nación burguesa consta, para la burguesía, sólo de capitalistas. Esta idea es desarrollada por Marx en *El capital*. Los bienes de la nación de los burgueses no sólo son sinónimos de los bienes de la nación real, sino inversamente proporcionales a ellos. Los economistas burgueses del siglo XIX habían llegado a reconocer "la identidad entre riqueza nacional y pobreza popular".³⁸ Por otra parte,

³⁴ Cfr. *ibid.*, p. 52.

³⁵ Cfr. *ibid.*, p. 141.

³⁶ Cfr. Marx, K. y Engels, F. "Manifiesto...", *op. cit.*, pp. 44-46.

³⁷ Cfr. *ibid.*, p. 48.

³⁸ Cfr. Marx, K. *El capital*, México, Siglo XXI, 1982, t. I, vol. 3, pp. 907, 805, 808.

mientras los bienes son de la nación burguesa, las obligaciones corresponden a la nación real, por donde "la única parte de la llamada riqueza nacional que entra real y verdaderamente en posesión colectiva de los pueblos modernos es ...su deuda pública".³⁹ Y tras haber identificado sus intereses clasísticos con los de la nación, la burguesía apela todavía a la emoción nacional para combatir a la clase obrera en nombre de la patria. Estos elementos constituyen los ejes del repudio marxiano de la nación y el nacionalismo en el *Manifiesto*, y las bases de la afirmación de que, en ese sentido clasístico, los obreros no tienen patria. La nación (burguesa), en cuanto designa la articulación sociedad capitalista-Estado político, constituye una comunidad formal. Su contenido efectivo se devela en la dominación clasística: la subordinación de la clase obrera al capital y a las superestructuras que emergen de esa lógica, a la vez que la sancionan. Desde el punto de vista de este contenido, la clase obrera está excluida de la comunidad; ésta se revela ilusoria. La existencia de esta comunidad descansa, más bien, en una *subsunción formal*: el Estado y la universalidad de la propiedad de mercancías. Marx no analiza aquí los alcances de estas modalidades de inclusión —que resultarán importantes en el despliegue posterior de la problemática nacional, en el marco del desarrollo capitalista y de la modificación de las estructuras de la dominación estatal en conexión con el desarrollo de la lucha de clases en el siglo XX.

Sin embargo, el *Manifiesto* parece abrir a una consideración no burguesa de lo nacional, ligada a la lucha proletaria por la conquista del poder, a la necesidad de la clase obrera de constituirse en nación. Esto es, de producir una *comunidad real* como consecuencia de la supresión de los antagonismos clasísticos, lo que supone la abolición del Estado político, expresión clasístico-burguesa de una comunidad ilusoria —formal—, escindida y relativa a la dominación de clase.

Ahora bien, el acceso a esta nueva modalidad histórica de la nación implica también una transformación radical hacia afuera, en el terreno de las relaciones entre las naciones.

Por una parte, el dominio del proletariado acelerará el proceso ya iniciado por el desarrollo capitalista, a través de la libertad de comercio y del mercado mundial, en el sentido de poner fin al aislamiento nacional y de uniformar la producción industrial y las condiciones de existencia de los pueblos.⁴⁰ Por otra parte dará lugar, al mismo tiempo, a una dinámica tendente a cancelar el carácter *confrontativo* que adquiere la *diferencia* entre las naciones en el capitalismo: "Al mismo tiempo que el antago-

³⁹ Cfr. *ibid.*, pp. 943-944.

⁴⁰ Cfr. Marx, K. y Engels, F. "Manifiesto...", *op. cit.*, p. 48.

nismo de clases en el interior de las naciones, desaparecerá la hostilidad de las naciones entre sí.⁴¹ La supresión de la nación burguesa implica también la reversión del nacionalismo —burgués—: el acceso al internacionalismo proletario, en el sentido de que las diferencias nacionales dejan de definirse como contraposición para integrarse en una universalidad efectiva.

En síntesis, en el *Manifiesto* la forma nacional de la revolución proletaria aparece ligada a la conquista del poder político, y se define a partir de la especificidad del dominio proletario. En conexión con esto, la revolución apunta a la supresión de la nación burguesa: de la sociedad civil, la propiedad privada, las clases y las condiciones de existencia de éstas, y por tanto del Estado político. En esa línea, también, a la superación de la hostilidad entre las naciones. Por su contenido, por tanto, la revolución proletaria posee una índole internacional: remite a la supresión del capitalismo como modo de producción, y con ella a la de las pugnas entre las naciones. En virtud de este contenido, por lo demás, aun cuando los procesos revolucionarios posean caracteres nacionales específicos, su despliegue no puede producirse aisladamente. Tiene como condición “la acción común, al menos de los países civilizados”.⁴² Esto es, de los países en que el capitalismo ha devenido dominante, lo que para Marx es ya, a principios de 1848, un hecho en Francia e Inglaterra.

Para Marx y Engels, a partir del examen del capitalismo y de la dinámica de la lucha de clases de la etapa, la universalización, simplificación y polarización de la lucha de clases constituía una tendencia en avance constante —lo que, como veremos, será revisado y transformado en el curso posterior de su análisis. Para ellos, en este momento, el “gran crac” estaba a la vista y la fase decisiva de la lucha entre el proletariado y la burguesía se había iniciado: muy pronto el movimiento cartista habría de elevar al proletariado británico al poder. La utópica expectativa de la inminencia de una revolución proletaria europea atraviesa todos sus análisis de la conyuntura, y culmina en el *Manifiesto*.

En una aparente realización de esta previsión, que a la postre será refutada, poco antes de que los primeros ejemplares del *Manifiesto* salieran de la imprenta, estalla un conjunto de procesos revolucionarios en Europa. La revolución obrera en Francia parecía ligarse con la revolución burguesa en Alemania, y ésta con la revolución nacional de los polacos y los húngaros.

⁴¹ Cfr. *ibid.*, p. 48.

⁴² Cfr. *ibid.*, p. 48.

2. Los movimientos nacionales durante las revoluciones de 1848-49; los “pueblos sin historia”

Como hemos afirmado, la reflexión sobre el fenómeno nacional se encuentra presente constantemente en los escritos de Marx. Sin embargo, esa problemática no es abordada por él desde un punto de vista global, no se constituye en objeto de una teorización de conjunto, ni le es asignado en sus obras un espacio teórico autónomo. Su elaboración se desarrolla a propósito de los problemas que surgen del curso de los procesos revolucionarios.

Esta actitud de Marx frente a la cuestión nacional resulta significativa en conexión con la situación histórica y con el ambiente ideológico de una época en la que el hecho nacional, fenómeno reciente surgido en la segunda mitad del siglo XVIII, irrumpe con fuerza en el pensamiento universalista de raíz iluminista. Lo nacional se presenta aquí como una relación que tiende a superar y a sustituir al conjunto de las otras relaciones sociales, de modo tal que el “pueblo”, como conglomerado de habitantes conectados por lazos necesarios, parece encontrar su realización en un Estado nacional soberano. Es justamente en este periodo, en el que el nacionalismo conquista a la ideología burguesa, que Marx desarrolla una serie de trabajos encaminados a aclarar las relaciones internas entre el Estado político y la sociedad burguesa —la sociedad civil—, a dar cuenta de la especificidad de su carácter al mismo tiempo universal y clasista, y a examinar la dinámica del capitalismo como estructura interna fundamental de la sociedad burguesa y del Estado moderno. Y es sobre la base de la teorización en torno a estas cuestiones que insiste en la unidad proletaria con independencia de la nacionalidad, en la existencia universal de la clase obrera, y en la necesidad de colocar en el centro del análisis histórico el examen del modo de producción capitalista y de la lucha de clases. Ésta es la batalla teórica y práctica que define las prioridades, los temas, las actitudes y los silencios de Marx. Ello no le impide, no obstante, pensar la cuestión nacional, que si bien es considerada como contingente y subordinada se impone por su actualidad. La elaboración teórica de ésta conocerá desarrollos nuevos, ampliaciones, relativizaciones y diferenciaciones en los años posteriores, hasta su muerte. Pero su punto de partida básico se encuentra en las premisas centrales del *Manifiesto*: el desarrollo del capitalismo da lugar a un proceso en el que las separaciones y los antagonismos nacionales de los pueblos tienden a desaparecer con la libertad de comercio y el mercado mundial, la uniformidad de la producción industrial y de las condiciones de existencia correspondientes. Con el advenimiento del socialismo este proceso se profundiza y alcanza su culminación, de modo tal que el antagonismo nacional desaparece junto con las oposiciones entre las clases en el interior de las naciones.

Según el *Manifiesto*, el capitalismo constituye una fase necesaria del desarrollo histórico en la perspectiva del progreso social. Esto en el sentido no de una apología *per se* del capitalismo, sino en el de que el desarrollo de éste constituye la condición de posibilidad del despliegue de las premisas materiales, las contradicciones y la lucha de clases necesarias para la construcción del socialismo. El capitalismo, en cuanto supone la destrucción de las viejas estructuras feudales, la abolición de las barreras que mantienen la existencia de grupos étnicos aislados e inmovilizados, abre paso a la creación de *grandes entidades nacionales*, de grandes espacios estatales centralizados más favorables al desarrollo de las confrontaciones sociales, del proletariado y de su lucha revolucionaria. El gran Estado nacional representa para Marx la organización "normal" de la burguesía dominante en Europa, y constituye una forma preliminar indispensable en el camino del internacionalismo y de la desaparición de los antagonismos nacionales —que caracterizan al socialismo.

Marx y Engels consideran la existencia de la realidad nacional y de las diferencias nacionales como un factor central de la historia, y en la línea del *Manifiesto*, su interés básico reside en la *consolidación de las naciones modernas*, concebidas como elementos esenciales de la dinámica revolucionaria. Este interés habrá de constituir *uno* de los dos *criterios* fundamentales a través de los cuales Marx examinará la cuestión nacional —el otro, como veremos, emergerá de las circunstancias históricas específicas en que se desarrollará el proceso revolucionario de 1848-49. De ahí que las convulsiones sociales, que anuncian importantes modificaciones del mapa europeo, deban ser, para Marx, valoradas en función de los procesos de formación y consolidación de las *grandes naciones*, de grandes entidades estatales modernas, que constituyen la premisa del progreso de la civilización.

Dentro de esta perspectiva histórica universal, Marx y Engels ven en la cuestión nacional sólo un problema secundario y transitorio, cuya solución habrá de producirse con el desarrollo económico y las transformaciones sociales en curso. El despliegue y las tendencias a la consolidación de las grandes naciones de Occidente —Francia e Inglaterra en particular— le sirven a Marx como principal punto de referencia para tratar la cuestión nacional, y definir la actitud hacia los movimientos de emancipación de las nacionalidades sometidas, que emergen sobre todo dentro de las sociedades agrarias, preindustriales o en vías de transformación, especialmente en los vastos imperios multiétnicos de Europa central y oriental, cuyas características son diferentes de las del "Occidente desarrollado de forma enteramente burguesa". De entre estos movimientos, para Marx y Engels sólo los de Italia, Polonia, Alemania y Hungría pueden ser considerados movimientos nacionales, que bajo control extranjero tienen ante sí en 1848 el problema nacional. Esto es, constituyen movimientos de emancipación a

los cuales les está efectivamente planteada la cuestión de la construcción de un Estado nacional independiente. Los otros movimientos, en cambio, se les aparecen como propios de nacionalidades o grupos étnicos cuya perspectiva consiste no en el acceso a la conformación de un Estado nacional independiente, sino en la *asimilación* en el seno de las otras naciones emergentes. De ahí que si bien apoyaron apasionadamente a los alemanes, polacos, italianos y húngaros en sus reivindicaciones por la unidad y la independencia nacionales, con la misma fuerza combatieron a los movimientos de pueblos como los checos, ucranianos, eslovacos, rumenos, croatas, etc. Rechazaban, por tanto, el "principio de las nacionalidades", sustentado por el liberalismo, según el cual cada una de éstas tenía derecho a un Estado nacional propio. Marx y Engels sólo reconocían el derecho a la autodeterminación nacional de las "grandes naciones históricas", categoría que nos introduce de lleno en la problemática nacional específica de los años 1848-49.

De hecho, la cuestión nacional irrumpe en el escenario europeo con las revoluciones de 1848. La complejidad que asume en ese contexto condiciona ampliamente la actitud y las posiciones de Marx respecto al problema. Para éste, como para toda la izquierda europea, las revoluciones de 1848 debían promover la liberación y unificación de Italia, Alemania, Polonia y Hungría como condición preliminar para la instauración de la democracia en Europa. La estrategia global de la revolución europea descansaba, de manera fundamental, en la destrucción del sistema político y estatal establecido en el Congreso de Viena, que hacía de la Rusia zarista y sus aliados, las dinastías de los Hohenzollern y de los Habsburgos, los pilares de la contrarrevolución europea. En este contexto, junto con el criterio que se desprende del *Manifiesto* según el cual la valoración de los movimientos nacionales se vincula con el interés por la consolidación de las grandes naciones modernas —en cuanto factor esencial del desarrollo histórico— vemos aparecer un segundo criterio, que emerge de las circunstancias específicas en que se desarrollan las revoluciones de 1848-49. Este criterio diferencia y evalúa los movimientos nacionales europeos según su relación con la *lucha democrática contra el zarismo y sus aliados austroprusianos*. A partir de él, Marx y Engels juzgarán aquellos movimientos en el marco de una estrategia global, para la cual el abatimiento de estas potencias resulta decisivo: el carácter revolucionario o contrarrevolucionario de un movimiento nacional estaría determinado por su alineamiento en el seno de estas líneas de fuerza. La derrota de las potencias de la Santa Alianza constituía, para Marx, la prueba de fuego de la revolución europea en curso, tanto de las revoluciones democrático-burguesas como de la revolución proletaria, y a ella debían subordinarse los diversos movimientos nacionales emergentes en Europa central y oriental.

Las aspiraciones de los movimientos nacionales de los polacos, alemanes, húngaros e italianos estaban dirigidas frontalmente contra el zarismo y sus aliados. En cambio, los movimientos que surgen del despertar de las nacionalidades eslavas oprimidas de Europa central en la oleada revolucionaria de 1848 reivindican exigencias propias contra la opresión nacional y social ejercida sobre ellos por los alemanes, los magiares y los polacos. Esta situación los conduce a una alternativa histórica que acaba por convertirlos en instrumentos de las grandes potencias para aniquilar las revoluciones democrático-burguesas en curso. Los checos, eslovacos, croatas, rumanos, etc., se encontraron ante el dilema de incorporarse al movimiento revolucionario general a escala europea combatiendo junto a las naciones que los oprimían, o bien de convertirse en aliados de la Corte de Viena, que parecía acoger más favorablemente sus reivindicaciones —algo que a la postre se revelarían falso. Como ha demostrado Rosdolsky,⁴³ los movimientos de estos pueblos campesinos, orientados contra la nobleza feudal, eran potencialmente revolucionarios. Su desarrollo en una dirección finalmente contrarrevolucionaria sólo resulta explicable en virtud de la incapacidad de las clases dirigentes de las revoluciones democrático-burguesas para formular un programa que incluyera la *democracia campesina*, la cuestión agraria. Imposibilitados para actuar como fuerza autónoma en la revolución en virtud de su atraso, estos pueblos acaban por ser instrumentados por las potencias de la Santa Alianza para derrotar a la revolución, debido al propio carácter limitadamente burgués (burgués-nobiliario) de la revolución austrohúngara del 48. Queda claro que es esta limitación clasista que hace imposible en la coyuntura una solución real a la cuestión de las nacionalidades, poniendo a estos pueblos en antítesis con la revolución, y haciendo de su nacionalidad la expresión de esta antítesis.

La izquierda europea, a través de la *Nueva Gaceta del Rhin*, con Marx a la cabeza, no elabora un análisis histórico específico de las contradicciones y los problemas a que se enfrentan estos movimientos nacionales. Esta falta conducirá a atribuirles la responsabilidad por la derrota, y a estigmatizarlos como “naciones contrarrevolucionarias”. A partir de esta posición, se derivará, particularmente en Engels, un discurso alejado de los conceptos histórico-materialistas, que retrotrae a una filosofía de la historia de matriz hegeliana, centrada en la noción de “pueblos sin historia”. Marx, sin deslindarse de la concepción engelsiana, preferirá usar, más prudentemente, el término “naciones contrarrevolucionarias”. En los escritos de Engels, el concepto de “pueblos sin historia” terminará por fundamentar el odio y el

⁴³ Cfr. Rosdolsky, R. *Engels y el problema de los pueblos “sin historia”*, México, Pasado y Presente, 1980.

llamamiento a guerras de aniquilamiento contra pueblos enteros,⁴⁴ cuya conducta es interpretada no en términos de su inscripción en el seno de las contradicciones histórico-sociales, sino en función de una “naturaleza” suprahistórica que los condenaría a su desaparición.⁴⁵

En efecto, en cuanto la actitud de los eslavos de Austria-Hungría y Polonia no es examinada en conexión con las luchas por el poder político-nacional, y con los límites y dificultades de la lucha democrática de la nobleza alemana, húngara y polaca, entonces sólo resulta explicable adjudicándola a alguna “esencia contrarrevolucionaria” propia de estos pueblos. La teoría de los “pueblos sin historia” emerge, justamente, de la complejidad de la situación objetiva de la revolución centroeuropea de 1848-49. La imposibilidad de sus clases dirigentes para dar una solución radical a la *cuestión campesina* —la derrota de la revolución no resulta atribuible a los “eslavos”, sino al campesinado, eslavo o no eslavo—, al tiempo que a la incapacidad de éstos para actuar autónomamente en el seno de la revolución, terminará por arrojarlos en los brazos del paneslavismo. Sin embargo, la idea de una “naturaleza” contrarrevolucionaria de estos pueblos, o de una “esencia” que los condena a la desaparición, presentes en la categoría de “pueblos sin historia”, más que dar cuenta de una tendencia que surge de determinadas condiciones históricas, apunta a una consideración filosófica de carácter metafísico, más cercana al hegelianismo que a las hipótesis del *Manifiesto*.

En efecto, para Hegel la historia universal constituye un proceso dialéctico de los espíritus de los pueblos particulares, en el que cada uno de éstos realiza una determinada fase de la Razón. Pero no a todos los pueblos les cabe esta tarea, sino sólo a aquellos que en virtud de ciertas disposiciones naturales y espirituales están en condiciones de crear un fuerte *sistema estatal*, a través del cual se imponen exterior e interiormente. Sólo tales pueblos son portadores del progreso histórico. En cambio, los pueblos que no pudieron formar un Estado, o que lo perdieron por un periodo prolongado, están destinados a ser sojuzgados y absorbidos por otros pueblos. Entre éstos se hallan, para Hegel, los eslavos de Alemania, Austria y Turquía.⁴⁶

Vemos aquí cómo con posterioridad a la superación teórica de esta concepción filosófico-metafísica de la historia, y de los avances teóricos que sitúan la fuerza motriz de ésta en la lucha de clases, reaparecen, sin embargo, en el discurso de Engels, estos “pueblos sin historia”, cuya caracterización no deriva del análisis de sus condiciones materiales de vida y de

⁴⁴ Engels, F. “La lucha magiar”, en Marx, K. y Engels, F. *La cuestión nacional y la formación de los Estados*, México, Pasado y Presente, 1980, pp. 95 y ss.

⁴⁵ Cfr. *ibid.*

⁴⁶ Cfr. Hegel, J.G.F. *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Madrid, Revista de Occidente, 1974.

la lucha entre las clases. En sus textos, los eslavos actuaron en un sentido contrarrevolucionario en 1848 porque *siempre* fueron contrarrevolucionarios. A través de una serie de "construcciones" históricas Engels intenta demostrar el ocaso cercano y necesario de esos pueblos en virtud de una "inviabilidad" natural, fundada en el argumento de que su carencia de vida política en el pasado los incapacita para acceder a ella en el futuro⁴⁷ (colocándose con ello al alcance de la crítica que hacía Marx a la escuela histórica del derecho, en cuanto ésta glorificaba y fundamentaba la opresión presente y futura en razón de la del pasado).⁴⁸

Como hemos afirmado, si la conducta contrarrevolucionaria de los eslavos no era examinada en función de las luchas nacionales por el poder y de los límites del proyecto democrático-burgués de las clases dirigentes, la única otra explicación residía en adjudicar su fuente a la "naturaleza" misma de estos pueblos. La concepción de los "pueblos sin historia" brota de esta circunstancia. Lo que nos impone la pregunta en torno al obstáculo que habría impedido a Marx y Engels dar cuenta de las fuentes históricas efectivas de este desarrollo de los movimientos nacionales de los eslavos, y, por esa vía, dar con la clave explicativa del reciclaje de la categoría de "pueblos sin historia". La respuesta de Rosdolsky es enormemente atinada: un examen de este tipo habría significado la confesión acerca de la *carencia de salidas de las revoluciones democrático-burguesas del 48*, y en esa línea, la necesidad de revisar el conjunto de su concepción en torno a la revolución en curso en Europa. El reciclaje del concepto de "pueblos sin historia" estaría vinculado a la imposibilidad histórica de un punto de vista político capaz de apoyar el desarrollo de las revoluciones democrático-burguesas, y *al mismo tiempo* de reconocer la incapacidad de sus clases dirigentes para realizar la tarea democrática central: la revolución agraria.

En la perspectiva de Marx y Engels —que demostró ser ilusoria—, el desarrollo de las revoluciones democrático-burguesas de las grandes naciones emergentes —Polonia, Italia, Alemania y Hungría— conduciría a la asimilación de los pueblos y naciones pequeñas existentes dentro de sus territorios. Confiaban, por tanto, en que la democratización de la vida social —cuya matriz residía en la democracia agraria— acabaría por constituir la compensación, para estos pueblos, a cambio de la pérdida de su nacionalidad.

⁴⁷ Engels, F. "El paneslavismo democrático", en Marx, K. y Engels, F. *La cuestión nacional...*, *op. cit.*, pp. 106 y ss.

⁴⁸ Cfr. "En torno a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel", en Marx, K. y Engels, F. *La sagrada familia*, México, Grijalbo, 1967, p. 4. Marx, decíamos, establece cierta distancia con respecto a la concepción engelsiana de los "pueblos sin historia", y prefiere usar el término de "naciones contrarrevolucionarias", en el que este carácter no está determinado natural o necesariamente, sino sujeto al cambio de condiciones históricas. Sin embargo, aquella noción está presente también en los análisis de Marx sobre América Latina y Bolívar.

Junto con toda la izquierda europea, Marx y Engels pugnan por la integración de estas nacionalidades dentro de las grandes naciones emergentes. Rechazan, por tanto, toda solución federalista.

En la línea del primer criterio marxiano para examinar los movimientos nacionales —según el cual éstos son juzgados y diferenciados en referencia a la necesidad de consolidar las naciones modernas, factor esencial de la dinámica revolucionaria—, esta posición sólo es comprensible en el contexto de la situación de 1848. En este momento, los movimientos por la unidad nacional, dirigidos contra las estructuras establecidas por la reacción absolutista, tenían aún una función emancipatoria. Muchas de las naciones pequeñas, por su parte, por las razones a las que ya hemos aludido, servían a la contrarrevolución como elementos de división y debilitamiento de las grandes naciones en la lucha por su liberación. En una atmósfera en la que reinaba la agitación revolucionaria, la expectativa de una rápida asimilación de pueblos enteros resultaba común y natural para cualquier demócrata —especialmente para los que, como Marx, nunca habían experimentado la opresión nacional. Marx y Engels, para quienes la revolución de 1848 había de preparar en toda Europa una época revolucionaria que duraría un decenio, esperaban la asimilación de los eslavos al calor de la fuerza integradora que surge de todo movimiento revolucionario. La confianza en un desarrollo de este tipo, sin embargo, resultó no ser más que una ilusión. Hacia 1860 Marx reconocerá esto al admitir que los magiares habían convertido su proyecto en una causa de castas, por lo que resultaban responsables de la restauración del trono austriaco y de la intervención rusa. A diferencia de la Revolución francesa de 1789, en las revoluciones democrático-burguesas de 1848-49 ninguna clase formula reivindicaciones democráticas en el campo. En este sentido, su victoria implicaba necesariamente, para los pueblos eslavos, la intensificación de la opresión. Por su parte, no obstante, estas revoluciones resultaban inviables sin el apoyo campesino.

Los presupuestos de las expectativas de Marx y Engels eran básicamente dos: a) el carácter revolucionario de las burguesías centroeuropeas, y b) la rápida internacionalización de la revolución. Ambos formaban parte del paradigma de la Revolución francesa. El desarrollo de las revoluciones democrático-burguesas en Europa central no corroborará este paradigma. Como hemos indicado, la burguesía alemana y sus aliados principales, la nobleza húngara y polaca, no liberaron al campesinado. La revolución de 1848 continuó, con respecto a los campesinos, la vieja política de opresión de las monarquías absolutistas. No les dieron, como pensaba Engels, "la democracia en compensación por la nacionalidad".⁴⁹ Y como la cuestión

⁴⁹ Cfr. Engels, F. "El debate sobre Polonia en Frankfurt", en *Obras de Marx y Engels*, vol. 10, Barcelona, Crítica, 1979, p. 238.

de las nacionalidades, según lo expresaba Engels en ese mismo artículo, estaba directamente relacionada con la cuestión campesina, la asimilación nacional no pudo realizarse. Por el contrario, ya en 1848-49, mucho antes de la etapa imperialista, todos los conflictos nacionales se exacerbaban.

Pero ¿por qué Marx y Engels caracterizaron a la burguesía alemana y a sus aliadas como clases revolucionarias, capaces de llevar a cabo esta tarea? El núcleo central de la respuesta a esta pregunta estaría en la dinámica que ellos atribuían a la revolución alemana. Ésta se desarrollaría según la dinámica de la Revolución francesa: radicalización interna e internacionalización. En esta línea, la revolución burguesa en Alemania implicaría la destrucción de los viejos poderes absolutistas tanto en el interior como fuera de sus fronteras. Porque si la revolución alemana se desarrollaba de este modo, la guerra contra Rusia y sus aliados era efectivamente inevitable, de tal manera que la nobleza húngara y polaca, para garantizar la supervivencia de sus naciones, se hubiera visto obligada a introducir la democracia agraria con el objeto de movilizar tras sí a las masas campesinas.

La burguesía alemana, sin embargo, reconoció como peligro principal la sublevación popular. Prefirió una alianza con la nobleza reformista en lugar de una alianza con el campesinado. Claudín ha demostrado que, en este sentido, la estrategia de la burguesía alemana en 1848-49 no revela ni su pronta decadencia ni una autotraición, sino más bien un grado de madurez política a la altura del nivel de la lucha de clases en el periodo.⁵⁰ Marx, por el contrario, partía del supuesto de que, impulsada por una necesidad objetiva —el desarrollo del capitalismo, que implicaba la *destrucción de las estructuras feudales*—, la burguesía correría hacia su destrucción:

La burguesía francesa de 1789 no abandonó ni por un instante a sus aliados, los campesinos. Sabía que el fundamento de su dominio era la destrucción del feudalismo en el campo, el establecimiento de una clase campesina libre y propietaria de la tierra. La burguesía alemana de 1849 traiciona sin decencia alguna a estos campesinos, que son sus aliados más naturales, que son carne de su carne, y sin los cuales se halla impotente frente a la nobleza. La continuación, la sanción de los derechos feudales, en la forma de esta (ilusoria) redención es, pues, el resultado de la revolución alemana de 1849.⁵¹

Lo que Marx califica aquí de traición fue, en realidad, consecuencia, por un lado, del grado de desarrollo del capitalismo en Alemania, que condujo a que parte de la nobleza se acomodara a las relaciones burguesas de producción; y por otro del nivel de autoconciencia política de la burguesía

⁵⁰ Cfr. Claudín, *F. Marx y Engels y la revolución de 1848*, Madrid, Siglo XXI, 1975.

⁵¹ Cfr. Marx, K. "El proyecto de la ley sobre la derogación de las cargas feudales" (30 de julio de 1848), en *Obras de Marx y Engels*, vol. 10, *op. cit.*, p. 161.

alemana —la lección de la Revolución francesa. Fue la nobleza, y no el campesinado, su aliado "más natural". Una revolución agraria fuera de control no sólo hubiera cuestionado la propiedad feudal, sino que también —en las condiciones de la lucha de clases de la etapa— habría puesto en peligro el desarrollo de la propiedad burguesa. Si bien Marx no podía prever la conformación de la "vía prusiana", podríamos preguntarnos por qué no sacó las conclusiones de las tendencias en curso en Alemania, en conexión, por ejemplo, con la experiencia de la revolución inglesa del siglo XVII. Una explicación posible conduce a conectar esta falta con la concepción teórica que en torno al desarrollo del capitalismo se formula en el *Manifiesto*. La concepción marxiana del carácter de la revolución burguesa se asienta aquí en una teorización del desarrollo capitalista según la cual éste no puede producirse sin destruir al mismo tiempo todas las formas de relaciones sociales y políticas del feudalismo. En este sentido, el capitalismo poseería una dinámica necesariamente revolucionaria, que se irradiaría desde la base económica al conjunto de las relaciones sociales. El modelo de la Revolución francesa se adecua a esta concepción mucho más, obviamente, que el de la revolución inglesa del siglo XVII. En aquella línea de pensamiento, por tanto, las estrategias burguesas de compromiso con sectores dominantes de la vieja nobleza (la vía prusiana, o la dictadura bonapartista puesta en marcha en 1851) no pueden, para Marx, ser caracterizadas más que como síntomas de su decadencia, y como preludios, por tanto, de la revolución proletaria.⁵² Los procesos políticos adquieren de esta manera, tendencialmente, el carácter de *expresión* de procesos objetivos que se desenvuelven en una esfera social en gran medida independiente, y en la que las contradicciones económicas se despliegan según una legalidad en cierto modo propia.

Esta concepción del desarrollo capitalista se halla en la base de las expectativas de Marx respecto al curso de las revoluciones democrático-burguesas centroeuropeas del periodo, y de la confluencia de éstas con las revoluciones socialistas occidentales. En suma, de su visión global del proceso revolucionario europeo de 1848-49. Éste es el contexto teórico, por tanto, en el que pueden comprenderse sus posiciones respecto a la cuestión nacional, centradas en la idea de una solución "francesa" al problema nacional, de cuya imposibilidad deriva, en gran medida, la idea de "los pueblos sin historia". El "error de ritmo" al que se refiere Rosdolsky, según el cual la falla central del análisis marxiano radicaría en una caracterización histórica que hace del socialismo una tarea inmediata en el periodo, remite, en el fondo, a aquella concepción de base en torno al desarrollo capitalis-

⁵² Esta idea es formulada, también, en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Moscú, Progreso.

ta.⁵³ Y especialmente a las consecuencias de ésta sobre la cuestión de la relación entre economía y política. Desde el horizonte de aquel obstáculo teórico sería posible rastrear la génesis de la contradicción que emerge en la teorización marxiana entre las tareas objetivas de las revoluciones de 1848-49, y el carácter limitado de las fuerzas sociales a su disposición.

Derrotada la revolución en París, Marx y Engels reexaminan algunos aspectos del *Manifiesto* en tres artículos escritos entre 1849 y 1850 (*Las luchas de clase en Francia 1848-1850*), y en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Este reexamen conduce a importantes modificaciones de su concepción en torno al proceso revolucionario europeo y al desarrollo del capitalismo, que pueden sintetizarse como sigue: a) la experiencia revolucionaria francesa da cuenta del hecho de que *el desarrollo capitalista en Francia es aún sumamente limitado*.⁵⁴ Su inmadurez se expresa en la debilidad de la burguesía industrial francesa, y también en la del proletariado; b) vinculada con esa inmadurez del desarrollo capitalista, la derrota de la revolución de febrero en París revela *la inactualidad de una revolución proletaria en la Francia de 1848*.⁵⁵ La clase obrera es débil tanto cuantitativa como cualitativamente: la revolución de febrero no ha sido una revolución del proletariado, sino una revolución que completa el dominio de la burguesía.⁵⁶ La revolución de febrero sólo ha creado el espacio para una revolución proletaria. Esto es, para la superación de la subordinación de la clase obrera respecto a la burguesía, y para el desarrollo del antagonismo de los sectores medios y de la unidad de éstos con el proletariado —que se producirá en las elecciones de 1850—: para la constitución del proletariado en clase nacional en el sentido del *Manifiesto*.⁵⁷

Pero estas correcciones, sin duda relevantes, se producen en el marco de la confirmación de las tesis centrales del *Manifiesto*: el desarrollo de la revolución proletaria está subordinado al despliegue del modo de producción capitalista, y sólo puede producirse en conexión con las contradicciones que éste procura entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción (las revoluciones del 48 están ligadas a la gran crisis comercial de 1847). De ahí que una nueva revolución sólo sea posible como consecuencia del desarrollo capitalista y, por tanto, de una nueva crisis. Pero es tan segura como ésta.⁵⁸

Sin embargo, el fracaso de la revolución en Francia, en el contexto del curso que adquiere la revolución alemana —y con ésta las revoluciones

⁵³ Cfr. Rosdolsky, R. *Op. cit.*, p. 188.

⁵⁴ Cfr. Marx, J. *Las luchas de clase en Francia 1848-50*, Moscú, Progreso, pp. 38-39.

⁵⁵ Cfr. *ibid.*, pp. 36, 38 y 39.

⁵⁶ Cfr. *ibid.*, p. 36.

⁵⁷ Cfr. *ibid.*, pp. 51, 52, 54 y 55.

⁵⁸ Cfr. *ibid.*, p. 152.

democrático-burguesas en Hungría, Polonia e Italia—, aunado a la inmovilidad inglesa en el periodo, ha reconfigurado todo el horizonte de la lucha de clases en Europa. Por una parte, el desarrollo de la revolución socialista —subordinado al despliegue capitalista— no es ya un hecho inminente. Por otra, la derrota del proletariado parisino ha tenido como consecuencia el fortalecimiento de la coalición de las potencias contrarrevolucionarias europeas, que se han lanzado contra los últimos refugios de las revoluciones democrático-burguesas de Hungría, Polonia, Alemania e Italia. Ya no puede, por tanto, confiarse en la fluida confluencia que entre las revoluciones democrático-burguesas en Europa central y la revolución socialista en Francia e Inglaterra esperaba Marx con anterioridad. La reivindicación nacional de las primeras había sido aplastada no sólo en virtud de la instrumentación de los pueblos eslavos hecha por las potencias absolutistas, sino también de la derrota del proletariado francés y de la inmovilidad de la clase obrera inglesa. El saldo fundamental de esta situación ha sido un inmenso fortalecimiento de la Rusia zarista y sus aliados. La conclusión marxiana apunta en el sentido de una exacerbación del cosmopolitismo. Ahora el destino de las revoluciones democrático-burguesas ha quedado supeditado al destino de las revoluciones socialistas:

*La suerte de estas revoluciones nacionales fue supeditada a la suerte de la revolución proletaria, y despojada de su aparente sustantividad, de su independencia respecto a la gran transformación social; el húngaro no será libre, ni lo será el polaco, ni el italiano, mientras el obrero siga siendo esclavo.*⁵⁹

En cuanto al curso de esta revolución socialista, reconocida la inmadurez del desarrollo capitalista en Francia, resulta evidente que sólo en Inglaterra, como potencia industrial, existen las condiciones objetivas para el efectivo desarrollo de una revolución proletaria. Inglaterra, sin embargo, no se ha movido durante el transcurso de las revoluciones del 48. Este hecho, aunado al fortalecimiento de las fuerzas contrarrevolucionarias, conduce a Marx a la hipótesis de que si bien la "derrota de junio ha creado todas las condiciones dentro de las cuales puede Francia tomar *la iniciativa de la revolución europea*",⁶⁰

su solución no puede ser alcanzada *en ninguna parte dentro de las fronteras nacionales*. La guerra de clases dentro de la sociedad francesa se convertirá en una *guerra mundial entre las naciones*. La solución comenzará a partir del momento en que, a través de la guerra mundial, el proletariado sea empujado a dirigir al

⁵⁹ Cfr. *ibid.*, p. 55. Subrayados nuestros.

⁶⁰ Cfr. *ibid.*, p. 55. Subrayados nuestros.

pueblo que domina el mercado mundial, a dirigir a *Inglaterra*. La revolución, que no encontrará aquí [Francia] su término, sino su comienzo organizativo, no será una revolución de corto aliento.⁶¹

En enero de 1849, en la *Nueva Gaceta Renana*, Marx afirmaba que "Inglaterra brilla como el peñasco donde naufragan las olas revolucionarias". Pero una revolución que se diera en todo el continente europeo sin incluir a Inglaterra sería como una tormenta en un vaso de agua. Y a continuación formula la idea que se hace ahora del futuro de la revolución. "La vieja Inglaterra sólo podrá ser derribada por una guerra mundial, la única que puede ofrecer al partido de los cartistas... las condiciones para un levantamiento fructífero."⁶²

Las esperanzas y los esfuerzos de Marx se concentran ahora en esa guerra, de la que habría de emerger la nueva sociedad. El zarismo, principal soporte de la reacción europea, sólo podría ser abatido desde fuera, en virtud del atraso y el estancamiento rusos, de la ausencia de movimientos democráticos internos. La guerra del "occidente civilizado" contra el "oriente bárbaro" adquirirá así, en el pensamiento de Marx, una importancia decisiva, que muchos marxólogos han juzgado con razón excesiva⁶³ y que se halla en conexión con la lectura marxiana del saldo de las revoluciones de 1848-49.

3. La expansión capitalista en Asia y el inicio de la revisión de las relaciones entre las luchas socialista y nacional

Tras el fracaso de las revoluciones de 1848-49, Marx amplía e incluso modifica su análisis acerca del desarrollo capitalista, y su concepción de la revolución. Desde Londres, durante los años cincuenta se dedica sistemáticamente al estudio de los procesos actuales del desarrollo capitalista tanto en Inglaterra como en el resto del mundo. En los artículos escritos para el *New York Daily Tribune* analiza la expansión acelerada del capitalismo en las regiones no europeas. Estos escritos revisten un interés fundamental, toda vez que dan cuenta de una reelaboración de su concepción previa en torno a ese desarrollo, al tiempo que exponen las bases informativas de las que estaba naciendo la teoría de *El capital*. En el *Manifiesto* se había

⁶¹ Cfr. *ibid.*, pp. 109 y 110. Subrayados nuestros.

⁶² Cfr. Marx, K. "Die revolutionäre Bewegung" (1 de enero de 1849), *M.E.W.* 6, 1961, pp. 149 y ss.

⁶³ Cfr. Rosdolsky, R. *Op. cit.* También Mármora, L. *El concepto socialista de nación*, México, Pasado y Presente, 1986, pp. 39-40.

puesto de relieve la tendencia histórica de la burguesía a la creación de un mercado mundial. Muchas de las ilusiones revolucionarias del 48 se basaban en la presunción de que esta tendencia *ya se había realizado*, al menos en Europa. Marx reexamina ahora esta hipótesis en conexión con el análisis concreto de los procesos efectivos de formación del mercado mundial. Tal es el sentido fundamental de sus escritos en torno a la India y a China.

Uno de los resultados centrales de estos nuevos estudios será la modificación de su concepción anterior, según la cual la burguesía había ya alcanzado los límites de su capacidad de expansión. Marx analiza dos fenómenos específicos. Por una parte, el desarrollo de la centralización del capital europeo, estimulado por la ampliación del mercado mundial. Y por otra, las consecuencias que tiene este proceso de extensión de las relaciones capitalistas de producción en los países no europeos, dominados por este despliegue. La principal conclusión que arroja este examen consiste en el reconocimiento de la creciente *interdependencia económica y política* que se produce entre la burguesía y el proletariado de Europa occidental y el resto del mundo. El proceso de universalización abierto por el modo de producción capitalista no queda limitado al mercado económico, sino que tiene profundas implicaciones en la lucha política. En 1853 escribe:

Quizás resulte muy extraña y paradójica la afirmación de que el próximo levantamiento de los pueblos de Europa, y su próximo movimiento en procura de la libertad... puedan depender con mayores probabilidades de lo que está sucediendo ahora en el Celeste Imperio —la antítesis de Europa— que de cualquier otra causa política existente; y más aún que de las amenazas rusas y de la consiguiente *probabilidad de una guerra europea*.⁶⁴

Marx pone en evidencia el doble papel de la expansión colonial: ampliar el mercado para alejar temporalmente la crisis, y favorecer el surgimiento y desarrollo de las manufacturas europeas. De modo que si, en la línea del *Manifiesto*, la crisis constituye la premisa material de la revolución, la conclusión obligada es que mientras el desarrollo del capitalismo no haya penetrado en todas las regiones más importantes del mundo antiguo, especialmente en Asia, la burguesía puede postergar su desaparición del

⁶⁴ Marx, K. "La revolución en China y en Europa", *New York Daily Tribune*, 14 de junio de 1853, en Marx, K. y Engels, F. *Sobre el colonialismo*, México, Pasado y Presente, 1979, p. 20 (subrayados nuestros). Marx se refiere aquí al movimiento de liberación antifeudal que estalló en China en 1851 y que se transformó en una poderosa guerra campesina. Durante su lucha, los rebeldes constituyeron el Celeste Imperio (Tai-ping-tau-ho), de donde viene el nombre del movimiento: rebelión de los taiping. Ésta inició una amplia lucha popular contra el sistema feudal y contra los invasores extranjeros, pero resultó incapaz de suprimir el feudalismo en China. La intervención armada de Inglaterra, Estados Unidos y Francia, unida a los sectores feudales chinos, contribuyó decisivamente a aplastar esta rebelión en 1864.

escenario histórico. Marx comienza a formular la idea de que mientras la India y China, los bastiones de lo que ahora llama el "viejo mundo" —el mundo todavía precapitalista—, no sean "civilizados", el movimiento histórico de la burguesía atraviesa aún una fase *ascendente*. En una carta a Engels, el 8 de octubre de 1858, sostiene:

No podemos negar que la sociedad burguesa ha experimentado por segunda vez su siglo XVI, un nuevo siglo XVI que, así espero, tocará a difuntos por la sociedad burguesa, del mismo modo que el primero la dio a luz. La misión particular de la sociedad burguesa es el establecimiento del mercado mundial, al menos en esbozo, y de la producción basada en dicho mercado mundial. Como el mundo es redondo, esto parece haber sido completado por la colonización de California y Australia, y con la apertura de China y Japón. Lo difícil para nosotros es esto: en el continente la revolución es inminente y asumirá inmediatamente un carácter socialista. ¿No estará destinada a ser aplastada en este pequeño rincón, teniendo en cuenta que en un territorio mucho mayor el movimiento de la sociedad burguesa está todavía en ascenso?⁶⁵

La expansión colonial demuestra las potencialidades del desarrollo económico y político de la burguesía. La *cuestión colonial*, por tanto, se presenta ahora como un *aspecto central* de la problemática revolucionaria socialista, que sigue, sin embargo, revistiendo un carácter utópico. Desde un punto de vista histórico, la burguesía dispone aún de posibilidades para desarrollar las fuerzas productivas, de modo que —según la óptica del *Manifiesto*— posee un papel todavía revolucionario.

En lo que concierne a las consecuencias que tiene la expansión capitalista en los países colonizados, está claro para Marx que Inglaterra no exporta solamente opio y algodón a la India: exporta sobre todo las relaciones capitalistas de producción. Marx espera de la expansión del capitalismo en las sociedades asiáticas la ruptura del inmovilismo propio de modos de producción a los que caracteriza como no susceptibles de un desarrollo autónomo. El modo de producción asiático —propio de países como India y China— resulta de un desenvolvimiento del mundo antiguo que no desemboca en el feudalismo, y por tanto no conduce al desarrollo de contradicciones entre la comunidad y la propiedad privada.⁶⁶ En el modo de

⁶⁵ *Ibid.*, p. 264.

⁶⁶ El concepto de modo de producción asiático resulta de gran importancia en el pensamiento de Marx, toda vez que permite corroborar el carácter superficial de su interpretación en términos de una concepción unilinealista esquemática de la historia. Según ésta, el desarrollo histórico constaría de cinco fases sucesivas, concatenadas necesariamente como etapas progresistas del desarrollo histórico (la comunidad primitiva sin clases, la sociedad clásica de la Antigüedad fundada en la esclavitud, la sociedad feudal basada en la servidumbre, la sociedad burguesa moderna erigida sobre el modo de producción capitalista, y la futura sociedad sin clases, la sociedad comunista). Este unilinealismo constituye, ciertamente, una

producción asiático la comunidad, sin ser transformada, es sometida a una unidad superior, el Estado, que nace para responder a la necesidad de construir obras hidráulicas exigidas por la producción en determinadas condiciones climáticas. El Estado se sobreimpone aquí a una comunidad a la que, sin destruir, explota y domina, y cuya clave reside en la ausencia de propiedad privada. Para Marx, este modo de producción —que constituye la base del despotismo oriental— no genera contradicciones capaces de producir una crisis, y por tanto una transformación radical. Así como la sociedad antigua había tenido que esperar el impulso externo de la "vitalidad bárbara", la sociedad asiática tenía que recibir el estímulo de la colonización europea. De ahí que, para Marx, sólo la conquista británica podía terminar en la India con el prolongado estancamiento del sistema asiático, caracterizado por una sustancial estabilidad de su base (donde las diversas comunidades aldeanas se reproducen siempre del mismo modo, casi con la fuerza de una ley natural), y por periódicas palingenias funcionales a la perpetuación del sistema, que se desarrollan en el ámbito

de las tentaciones del pensamiento de Marx y más aún de Engels, según es posible demostrar a través del *Manifiesto*, entre otros escritos. Sin embargo, este esquematismo —canonizado por Stalin en el capítulo 40 de la *Historia del PCUS* de 1938— no parece poder sostenerse en el pensamiento de Marx más que como un modelo heurístico, cuya justificación sólo puede hallarse en la historia real y no en una concepción filosófica de la historia. Recordemos que en la *Ideología alemana* Marx afirma que

Es ahí donde se acaba la especulación y donde se examina la vida real, donde comienza también la ciencia real, positiva, el análisis de la actividad práctica, del proceso práctico de desarrollo de los hombres. Desaparece la fraseología sobre la conciencia, y es reemplazada por el conocimiento real. La filosofía como actividad independiente pierde su medio de existencia con el estudio de la realidad; podrá ponerse en lo más alto de su lugar una síntesis de los resultados más generales que sea posible abstraer por medio de un estudio del desarrollo histórico de los hombres. Aisladas y separadas de la historia real, estas abstracciones no tienen el más pequeño valor. Sólo pueden servir para facilitar la clasificación de materiales históricos, para indicar el orden sucesivo de los hechos. Pero no ofrecen en modo alguno una receta o esquema que nos permita distinguir claramente las diferentes épocas históricas. Bien al contrario, las dificultades comienzan cuando nos proponemos examinar y ordenar el material —de épocas pasadas o recientes— y representar la realidad.

Cfr. Marx, K. y Engels, F. *Ideología alemana*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1976, pp. 38-39.

Desde 1853 en adelante, a través de los artículos publicados en el *New York Daily Tribune* sobre Asia, de los *Grundrisse*, de ciertos pasajes de *El capital*, de las cartas y de otros escritos de los últimos años —que tendremos ocasión de revisar—, Marx manifiesta explícitamente su repulsa a la conversión de sus estudios en torno al desarrollo del capitalismo en una teoría filosófica de la marcha de la historia. En esos escritos Marx analiza la estructura de la comunidad asiática, cuya importancia aquí, en conexión con su concepción de la historia, radica en el reconocimiento de la existencia de una línea de desarrollo histórico fundamentalmente diferente de la del occidente europeo. Cfr. Melotti, U. *Marx y el Tercer Mundo*, Buenos Aires, Amorrortu, 1972.

político.⁶⁷ Inglaterra podía tener éxito allí donde todos los conquistadores anteriores habían fracasado. Su radical *obra destructiva*, resultado orgánico del sistema capitalista, no se agotaba, por ello, en el mero *aspecto negativo*, al cual el sistema asiático habría podido incluso sobrevivir en virtud de su extraordinaria capacidad de resistencia.⁶⁸ Comportaba también un *aspecto positivo*, en cuanto sentaba las "bases materiales de la sociedad occidental en Asia":

Inglaterra tiene que cumplir en la India una doble misión: una destructora, la otra regeneradora; la aniquilación de la vieja sociedad asiática y la colocación de los fundamentos materiales de la sociedad occidental en Asia. Los árabes, los turcos, los tártaros y los mongoles, que conquistaron sucesivamente la India, fueron *induizados* muy pronto. De acuerdo con una ley eterna de la historia, los conquistadores bárbaros son conquistados, a su vez, por las civilizaciones superiores de los pueblos que sojuzgan. Los ingleses fueron los primeros conquistadores de civilización superior a la hindú, y por eso resultaron inmunes a la acción de ésta. La destruyeron disgregando las comunidades nativas, desarraigando la industria indígena y nivelando todo lo que de grande y elevado tenía la sociedad nativa. Las páginas de la historia de la dominación inglesa en la India apenas ofrecen algo más que esas destrucciones. Tras los montones de ruinas, a duras penas puede distinguirse su obra regeneradora. Y sin embargo ha comenzado. La unidad política de la India... era la primera condición de su regeneración.

⁶⁷ Cfr. Marx, K. "La dominación británica en la India", en Marx, K. y Engels, F. *Sobre el colonialismo*, op. cit., pp. 35-42.

⁶⁸ Cfr. Marx, K. "Futuros resultados de la dominación británica en la India", en op. cit. En *El capital*, refiriéndose a China, Marx destaca la función revolucionaria del comercio inglés sobre el modo de producción, a diferencia del comercio ruso, que deja intacta la base económica del sistema de producción asiático. Cfr. Marx, K. *El capital*, México, Siglo XXI, 1982, t. III, vol. 6, pp. 426-427. A este respecto, Marx hace suyas las observaciones de Sir Thomas Stamford Raffles, gobernador de Java durante la ocupación británica (1811-1816), en torno a la inmutabilidad de la economía asiática, por encima de todas las catástrofes. Cfr. Marx, K. *El capital*, op. cit., t. I, vol. 2, pp. 436-437. En "La dominación británica en la India" Marx había llamado la atención sobre la posibilidad de que el colonialismo europeo se *superpusiera*, meramente, al sistema asiático, *sin destruirlo, instrumentándolo* solamente para sus fines de explotación. La *British East India Company*, por ejemplo, a juicio del propio Raffles, "explotó el mecanismo preexistente de un gobierno despótico para extorsionar a la población indígena hasta el último ochavo de impuestos, hasta la última gota de sudor y agravó los males de un gobierno caprichoso y semibárbaro ejerciéndolo con la habilidad consumada de los políticos y el egotismo monopolista de los mercaderes". Según Marx, "el injerto del despotismo europeo en el tronco del despotismo asiático" era "una combinación más monstruosa que todos los monstruos divinos que nos colman de estupor en el templo de Salseta". Algunas investigaciones han descubierto mecanismos de explotación análogos a éste en las regiones americanas a las que Marx se refirió como "asiáticas" (México y Perú). Los colonizadores españoles se habrían limitado aquí a imponer su tributo sin realizar las profundas transformaciones que caracterizaron, en cambio, la conquista de las llanuras y las costas. Cfr. Stavenhagen, R. *Las clases sociales en las sociedades agrarias*, México. También Guillén Martínez, F. *Ratz y futuro de la revolución*, Bogotá, Ediciones del Tercer Mundo, 1963.

Esa unidad, impuesta por la espada británica, se verá ahora fortalecida y perpetuada por el telégrafo. El ejército nativo, organizado y adiestrado por los sargentos ingleses, es una condición *sine qua non* para que la India pueda conquistar su independencia, y lo único capaz de evitar que el país se convierta en presa del primer invasor extranjero. La prensa libre, introducida por primera vez en la sociedad asiática, y dirigida fundamentalmente por una descendencia cruzada de hindúes y europeos, es un nuevo y poderoso factor de reconstrucción. Los principios *zamindari* y *ryotwari*, por execrables que sean, representan dos formas distintas de propiedad privada de la tierra: el gran *desideratum* de la sociedad asiática. De entre los indígenas, educados de mala gana en Calcuta, está naciendo una nueva clase que reúne los requisitos necesarios para gobernar el país, e imbuida de ciencia europea. El vapor estableció una comunicación rápida y regular entre la India y Europa, y conectó sus principales puertos con los de todos los mares del sureste, contribuyendo así a sacar a la India de su aislamiento, primera condición de su estancamiento.⁶⁹

Las expectativas marxianas en torno a los efectos de la colonización inglesa en la India no implicaron, sin embargo, una idealización de ésta. En el mismo texto que hemos citado, pasa revista a las catástrofes provocadas por la enorme capacidad de destrucción que mostraba el capitalismo en las colonias, y observa cómo "la profunda hipocresía y la barbarie propias de la civilización burguesa se presentan desnudas ante nuestros ojos cuando en lugar de practicarlas en su hogar, donde adoptan formas honorables, las contemplamos en las colonias, donde se nos ofrecen sin embozos".⁷⁰

Es de destacar que en 1881 no vacilará en caracterizar la supresión de la propiedad común de la tierra en la India como "un acto de vandalismo inglés, que empuja al pueblo indígena no hacia adelante sino hacia atrás".⁷¹ Pero en los años cincuenta, en el seno de la distancia crítica señalada, Marx creía que al destruir las bases del sistema asiático Inglaterra provocaba "la más grande, y para decir la verdad la única *revolución social* que jamás se ha visto en Asia".⁷² Al romper la inercia autosuficiente de las aldeas, los ingleses destruían también la tradicional distribución del trabajo en que se apoyaban las castas indias, aquellos fatales obstáculos para el progreso, y abrían paso a un futuro desarrollo. Que de la burguesía británica, como de cualquier otra burguesía, no se podía esperar, no obstante, más que las *premisas materiales* del progreso era, para Marx, algo indudable:

⁶⁹ Marx, K. "Futuros resultados de la dominación...", en Marx, K. y Engels, F. *Sobre el colonialismo*, op. cit., pp. 78-79.

⁷⁰ Cfr. *ibid.*, p. 82. Cfr. también "La dominación británica en la India", op. cit. *El capital*, op. cit., t. I, vol. 3, pp. 940 y ss.

⁷¹ Cfr. la carta de Marx a Vera Zasúlich, en Marx, K. y Engels, F. *El porvenir de la comuna rural rusa*, México, Pasado y Presente, p. 52.

⁷² Cfr. "La dominación británica...", op. cit., p. 41.

Todo cuanto se vea obligada a hacer en la India la burguesía inglesa *no emancipará* a las masas populares, *ni mejorará* sustancialmente su condición social, pues tanto lo uno como lo otro dependen no sólo del desarrollo de las fuerzas productivas, sino de que *el pueblo las posea o no*. Pero lo que no dejará de hacer la burguesía es sentar las premisas materiales necesarias para ambas cosas. ¿Acaso la burguesía ha hecho nunca algo más? ¿Cuándo ha realizado algún progreso sin arrastrar a individuos aislados y a pueblos enteros por la sangre y el lodo, la miseria y la degradación?⁷³

Marx subraya enérgicamente, por un lado, que a través de la colonización inglesa la India rompía el círculo del milenarismo estancamiento oriental, y era introducida por la fuerza en el proceso de desarrollo histórico de Occidente. Pero, por otro lado, la índole "progresista" de éste es definida como radicalmente *contradictoria*: "Sólo cuando una gran revolución social se apropie de las conquistas de la época burguesa, el mercado mundial y las modernas fuerzas de producción, sometiéndolas al control común de los pueblos más avanzados, sólo entonces habrá dejado el progreso humano de parecerse a ese horrible ídolo pagano que sólo quería beber el néctar en el cráneo del sacrificado."⁷⁴ Y en conexión con el tema del "progreso" en la concepción marxiana, es pertinente traer a colación que la conocida tesis de *El capital*, según la cual un país avanzado no hace más que mostrar al menos desarrollado la imagen de su futuro (*De te fabula narratur*), procede precisamente de los estudios marxianos sobre la colonización en la India. La interpretación mecánica de esta tesis —consistente en la hipótesis de que las sociedades asiáticas tendrían que atravesar todas ellas, una vez superado su secular estancamiento por influjo del capitalismo, las mismas fases de desarrollo— no resiste la confrontación con los textos. Marx no extrae conclusiones unilineales del reconocimiento de la función en definitiva progresista de la expansión capitalista al mundo extraeuropeo. El futuro de un país menos desarrollado no se presenta aquí sólo como el acceso lineal a un nivel de producción o de estructura industrial análogos, sino también como la creación de un conjunto de antagonismos de clase propios del país capitalista, cuyo desarrollo se orienta en un sentido socialista: éste será en suma, para Marx, el "futuro resultado de la dominación británica en la India" y en el resto de Asia.

También a propósito de China, sin dejar de tomar en consideración los venales motivos que habían dado origen a la guerra del opio, Marx insistía en el carácter progresista de la apertura del país a la penetración capitalista. El opio había abierto el camino del comercio capitalista, y éste se encargaría

⁷³ Cfr. "Futuros resultados...", *op. cit.*, p. 82. Subrayados nuestros.

⁷⁴ Cfr. *ibid.*, pp. 83-84.

de hacer lo demás. El opio, paradójicamente, despertaba a China de su prolongado sueño asiático.⁷⁵

No se trata, como hemos intentado poner de relieve, de una evaluación acriticamente positiva de la expansión colonial europea. Ni tampoco, como veremos, de una incompreensión de los movimientos de liberación nacional. La matriz de la postura de Marx remite más bien a una consideración centrada en la aprehensión de los aspectos antagónicos de los procesos históricos, en el reconocimiento de su carácter integralmente *contradictorio*. Esta consideración no se detiene, aunque la destaca, en la mera desaprobación moral de la "profunda barbarie de la civilización burguesa", a la que da por descontada. Se preocupa por captar, por debajo de las peripecias de la "prehistoria humana", las fuerzas que ésta engendra y madura en la perspectiva de la superación de las clases, que marca el inicio de la verdadera historia humana. Ya en la *Miseria de la filosofía*, Marx había polemizado con la versión moralista de la dialéctica, que pretende evitar las contradicciones sin superarlas. A la luz de esta referencia teórica, puede quizás comprenderse mejor la contradictoria posición de Marx que, por una parte, condena los viles intereses que impulsan a Inglaterra a someter a la India y a imponer a China el uso del opio —la barbarie que se expresa sin velos en las colonias. Y al mismo tiempo, por otra parte, considera progresistas y generadoras de efectos revolucionarios, de gran importancia para la historia del mundo, la conquista de la India y la apertura de China.

El problema principal de la nueva etapa consiste ahora, para Marx, en la relación que se produce entre las batallas socialistas del proletariado industrial de las metrópolis capitalistas, y las luchas anticoloniales que comienzan a desplegar los pueblos no europeos. Luchas que, como dirá Engels de la resistencia china contra Inglaterra, son verdaderas guerras populares,⁷⁶ a través de las cuales se perfila la emergencia de pueblos que hasta ese momento habían sido sólo objetos de la historia. Marx y Engels formularán el mismo juicio positivo sobre las guerras de resistencia de los persas, los afganos y los indios. Esta última constituirá para ellos el primer ejemplo de cómo las condiciones creadas por los ingleses empiezan a volverse en su contra.⁷⁷

Como hemos indicado, el mundo de los países atrasados comienza a desempeñar un papel importante en la concepción marxiana de la revolu-

⁷⁵ Cfr. Marx, K. "La revolución en China y en Europa", en Marx, K. y Engels, F. *Sobre el colonialismo*, *op. cit.*, pp. 20-21.

⁷⁶ Cfr. Engels, F., "Persia y China", en *ibid.*, p. 115. Engels exalta también el surgimiento del sentimiento nacional argelino, la tenaz resistencia zulú a los ingleses en 1879 y la guerra antibritánica de las poblaciones sudanesas entre 1881 y 1884. Cfr. Engels, F. "El origen de la familia", en *Obras escogidas*, Moscú, Progreso.

⁷⁷ Cfr. Marx, K. "La rebelión india", en *Sobre el colonialismo*, *op. cit.*, p. 145.

ción. Diferenciándose de sus propias posiciones posteriores a la derrota de 1848-49, Marx formula ahora la *posibilidad de la autoemancipación de los pueblos colonizados*. La liberación de éstos no queda ya supeditada a la acción política revolucionaria de la clase obrera de las metrópolis, sino que, como resultado precisamente de la colonización, puede ser producto de su propia lucha:

Los indios no podrán recoger los frutos de los nuevos elementos de la sociedad, que ha sembrado entre ellos la burguesía británica, mientras en la propia Gran Bretaña las actuales clases gobernantes no sean desalojadas por el proletariado industrial, o mientras los propios indios no sean lo bastante fuertes para acabar de una vez y para siempre con el yugo británico.⁷⁸

La apuesta revolucionaria acepta ahora, para Marx, estas dos posibilidades, como consecuencia de la expansión capitalista y de la estrecha conexión que el mercado mundial ha establecido entre metrópoli y colonia. Y dando un paso más en esta dirección, expone la idea de que los procesos revolucionarios en el Oriente ejercen efectos de radical importancia tanto sobre el desarrollo del capitalismo en la metrópoli, como sobre el despliegue de la revolución proletaria en ésta. En "La revolución en China y en Europa", un artículo del 14 de junio de 1853, Marx reflexiona en los siguientes términos:

Una vez que Inglaterra provocó la revolución en China, surge el interrogante de cómo repercutirá con el tiempo esa revolución en Inglaterra, y a través de ésta en Europa. Este problema no es de difícil solución. A menudo hemos llamado la atención de nuestros lectores hacia el crecimiento sin paralelo de las manufacturas británicas desde 1850. No resultaba difícil señalar, en medio de la más sorprendente prosperidad, los síntomas de una inminente crisis industrial. A pesar de California y Australia, a pesar de la inmigración inmensa y sin precedentes, siempre es inevitable, si no surge algún accidente especial, que llegue a su debido tiempo un momento en que la extensión de los mercados no pueda seguir el ritmo de desarrollo de la manufactura británica; esta desproporción provocará una nueva crisis, con la misma inexorabilidad con que lo hizo en el pasado. Pero si uno de los mercados se contrae en forma repentina, la aparición de la crisis necesariamente se acelera. Pues bien, por el momento la rebelión china deberá ejercer precisamente ese efecto sobre Inglaterra... En tales circunstancias, y como el comercio británico recorrió ya la mayor parte del ciclo comercial regular, puede pronosticarse con certeza que *la revolución china arrojará una chispa en la mina* excesivamente cargada del actual sistema industrial, y provocará el estallido de la crisis general que se prepara desde hace tiempo y

⁷⁸ Cfr. Marx, K. "Futuros resultados...", *op. cit.*, p. 82.

que, al propagarse al exterior, será seguida muy de cerca por la revolución política en el continente.⁷⁹

Si bien es cierto que las sublevaciones en Asia fueron sofocadas, y que la revolución europea no tuvo lugar, Marx realizaba aquí una primera aproximación teórica a la integración de las revoluciones nacionales anticoloniales en el seno de su concepción de la revolución proletaria en Europa. Este primer paso, dado en los años cincuenta, tendrá un desenvolvimiento de radical importancia en la década siguiente, cuando Marx se concentre en el examen de la problemática irlandesa. Las reflexiones en torno a aquella integración habrán de plantearse, como veremos, en términos de una *cuestión política y estratégica de primer orden*, en el marco de la Asociación Internacional de Trabajadores, fundada en 1864.

4. Los escritos sobre Irlanda: el carácter desigual del desarrollo capitalista y los nuevos nexos entre la revolución anticolonial y la revolución socialista

En los años sesenta, a propósito de la problemática irlandesa, Marx aborda la cuestión de los nexos entre los procesos revolucionarios anticoloniales y la revolución proletaria, rectificando a profundidad sus posiciones anteriores, a contrapelo de toda la ortodoxia vigente a la sazón, aun de la propia.

Los elementos esenciales de esta rectificación pueden resumirse del siguiente modo: 1) la liberación de Irlanda es no sólo *posible* —algo que Marx había ya considerado en la década anterior para la India y China—, sino *necesaria*. Es, incluso, la *tarea central* de la Asociación Internacional de Trabajadores. Desde 1867 hasta la guerra franco-prusiana de 1870 esta tarea adquirió para Marx el carácter de una idea fija, y absorbió sus energías políticas en el Consejo General de la Internacional; 2) en contraposición directa con su convicción de los años 1848-50, la liberación de la colonia (Irlanda) se transforma en una *precondición* de la revolución socialista en la metrópoli (Inglaterra); 3) Marx no favorece ya la centralización, la asimilación y la absorción de la nación más pequeña por parte de la más desarrollada. En el caso de Irlanda exige una completa *separación estatal*.

⁷⁹ Cfr. Marx, K. "La revolución en China y en Europa", en *Sobre el colonialismo, op. cit.*, pp. 23-26. Marx expresó reiteradas veces estas ideas. En octubre de 1856 escribió: "No se trata, pues, de una opinión apresurada acerca de que la revolución china está determinada a tener una influencia mucho mayor sobre Europa que todas las guerras rusas, los manifiestos italianos y las sociedades secretas de este continente", Marx, K. "Die Geldkrise in Europa", 17 de octubre de 1856, *M.E.W.* 12, 1963, p. 10.

4) Esboza, por último, un programa para la revolución irlandesa, en el cual, a diferencia de sus posiciones anteriores, no proclama el libre cambio, sino que exige la protección aduanera contra Inglaterra. Para el Marx de los años sesenta la derogación inglesa de los aranceles proteccionistas establecidos por el parlamento irlandés había destruido toda la vida industrial de Irlanda.⁸⁰

El hilo conductor de estas rectificaciones reside en una transformación de su concepción en torno al desarrollo capitalista. Concretamente en el reconocimiento del carácter *desigual* de ese desarrollo. La investigación marxiana, expuesta en *El capital*, recusa su consideración previa según la cual, a pesar de sus efectos destructivos, la expansión capitalista tendría una dimensión regeneradora, en cuanto sentaría las bases del desarrollo capitalista en los países colonizados. En *El capital* Marx se aproxima a la idea del desarrollo capitalista dependiente (el "subdesarrollo"), dando cuenta del bloqueo que el desarrollo capitalista de la metrópoli produce sobre el de la colonia, y por tanto del carácter interno de la relación entre el desarrollo inglés y el subdesarrollo de las colonias.

El dominio mundial que ejerce el capitalismo se manifiesta en términos de un desarrollo económico desigual. Implica, por una parte, una especialización desigual de la producción. En el capítulo "Maquinaria y gran industria", Marx expone cómo "una nueva división internacional del trabajo, adecuada a las principales sedes de la industria mecanizada... convierte a una parte del globo terrestre en campo de producción agrícola por excelencia para la otra parte, convertida en campo de producción industrial por excelencia".⁸¹ La India, en esta línea, se presenta como destinada a producir algodón y lana, índigo y cáñamo para las fábricas de Manchester, después de que la mecanización y el libre comercio han destruido las bases del artesanado, y de que las expropiaciones británicas de la tierra han inducido un irreversible proceso de proletarización en el campo.

Será precisamente la investigación en torno a los procesos de acumulación primitiva del capital la que conducirá a Marx a concentrar su interés en Irlanda. Sus estudios sobre ésta se habían iniciado en el contexto del proceso de expulsión del campesinado irlandés de sus tierras. Las grandes hambrunas de la segunda mitad de los años cuarenta habían constituido una señal respecto a los resultados de la dominación colonial inglesa. En los cincuenta Marx aborda la cuestión de Irlanda a propósito de los debates en el Parlamento inglés sobre los derechos de los arrendatarios. Observa cómo Inglaterra ha modificado las condiciones sociales en Irlanda, confis-

⁸⁰ Cfr. Marx, K. Carta a Engels, 30 de noviembre de 1867, en *Imperio y colonia. Escritos sobre Irlanda*, México, Pasado y Presente, 1979, p. 153.

⁸¹ Marx, K., *El capital*, t. 1, vol. 2, México, Siglo XXI, p. 550.

cando la tierra y suprimiendo la industria, lo que ha traído como consecuencia la emigración —mediante la cual Irlanda "se ha vengado de Inglaterra"—, y por tanto la exportación a Inglaterra de las contradicciones políticas que el dominio del capitalismo inglés ha producido en Irlanda.⁸²

En 1862, en el capítulo XXIII de *El capital* ("La ley general de la acumulación capitalista"), Marx recogerá esta temática en su concepción de la llamada *acumulación capitalista*. Irlanda constituirá *el ejemplo* de la ley general de la acumulación capitalista, del desarrollo desigual del capitalismo, y de la relación metrópoli-colonia. El proceso de la acumulación capitalista tiene efectos distintos en la metrópoli y en la colonia: "Irlanda actualmente no es más que un distrito agrícola de Inglaterra, de la cual la separa un ancho foso, y a la que suministra granos, lana, ganado y reclutas industriales y militares."⁸³ Si en Inglaterra el resultado de la acumulación primitiva ha sido la creación de un mercado interno, en Irlanda sólo ha conducido a la destrucción del estado de cosas existente. La ley general de la acumulación supone aquí, sobre todo, la creación de una superpoblación relativa, con el objeto de arrancar al trabajador sus medios de producción, comprimir el salario y aumentar la tasa de plusvalor. Estos fenómenos —propios del capitalismo en general— se presentan en Irlanda con un perfil mucho más acentuado que el observado en Inglaterra desde mediados del siglo XVIII al XIX. Pero el resultado del proceso ha sido opuesto para una y otra. Irlanda se ha transformado en un apéndice agrícola de Inglaterra, y su proletariado ha sido condenado a la emigración o a la supervivencia, a través de salarios de subsistencia inferiores a los ingleses. Inglaterra, por su parte, se ha convertido en una potencia capitalista industrial, y el proletariado inglés ha marchado hacia la disminución de la jornada laboral y al aumento de salarios —aunque limitado aun esto último a una "aristocracia" reducida.

Se trata, por tanto, de los diferentes efectos que un mismo mecanismo de acumulación opera en el país dominante y en la colonia. En el primero, la proletarización desemboca en la transformación del campesinado expulsado de la tierra en obrero industrial. En Irlanda, debido a la especialización productiva impuesta por Inglaterra, no hay industrias, y el campesino proletarizado presiona al mismo tiempo sobre el salario de la ciudad y del campo. Como producto de esta situación, mientras en Inglaterra crece la organización de los trabajadores en función de sus intereses económicos, en Irlanda disminuye el nivel de vida, y se expande la emigración y la miseria. La desigual especialización de la economía de un país respecto al otro determina su "subdesarrollo"; esta especialización no es siempre la

⁸² Cfr. Marx, K. "La venganza irlandesa", en *Imperio y colonia...*, *op. cit.*, p. 100.

⁸³ Marx, K., *El capital*, *op. cit.*, t. 1, vol. 3, p. 878.

misma; cambia según las exigencias del país metropolitano. Lo que permanece constante es la posición de subordinación del país colonizado.

Estas tesis de Marx son expresadas en diversos materiales: en la carta a Engels del 30 de noviembre de 1867⁸⁴ y especialmente en los textos preparatorios del discurso del 16 de diciembre del mismo año, que Marx pronunció en Londres.⁸⁵ La miseria irlandesa y la prosperidad británica tienen como punto de partida una auténtica expropiación de la riqueza nacional irlandesa en beneficio de Inglaterra:

Los arrendatarios acumularon fortunas que no querían invertir en mejoras del suelo, y que no podían invertir en maquinaria, etc., ya que el sistema aniquilaba la industria. Por eso enviaron su fortuna acumulada a Inglaterra. Un documento oficial publicado por el gobierno británico muestra que... la inversión de capital irlandés en Inglaterra ascendió a muchos millones de libras esterlinas en los trece años que siguieron a la implantación del libre cambio (1779): así se obligó a Irlanda a contribuir con fuerza de trabajo y capital baratos a instalar las grandes fábricas de Gran Bretaña.⁸⁶

Mientras tanto, la industria irlandesa era destruida por el libre cambio. Por su parte, la formación del gran arrendamiento burgués en Irlanda está muy lejos de la "revolución agraria" que Marx auguraba años antes como producto necesario del desarrollo capitalista. El carácter desigual de éste ha conducido en Inglaterra a un inmenso despliegue industrial, así como a una efectiva transformación capitalista de la agricultura. En Irlanda, por el contrario, ha tenido como efecto lo que ahora llama "una caricatura" de desarrollo capitalista.

Pero la significación de los estudios marxianos sobre Irlanda no queda limitada a la elaboración de su teoría de la acumulación, sino que termina por atravesar y transformar toda su perspectiva de la revolución europea. Ya en los años cincuenta Marx había llegado a la conclusión de que la revolución en las colonias podía marchar paralelamente a la de las metrópolis. Entre 1864 y 1871, en conexión con su reflexión acerca de la especificidad del desarrollo capitalista mundial como desarrollo desigual, esta idea recibirá enriquecimientos cualitativos, particularmente vinculados al estudio de la situación de Irlanda. Si bien la ocasión inmediata a partir de la cual se funda la Asociación Internacional de Trabajadores en 1864 fue la cuestión polaca, las energías políticas de Marx y Engels se concentrarán en la lucha por hacer de la liberación nacional de Irlanda el eje de la labor de la Internacional. De este modo, la "cuestión irlandesa" se convertirá en

⁸⁴ Cfr. Marx, K. y Engels, F. *Imperio y colonia...*, op. cit., p. 153.

⁸⁵ Cfr. *ibid.*, p. 154.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 164.

la mayor contribución de ambos al movimiento obrero de la época, al tiempo que en el eje de una reconceptuación del proceso de la revolución europea.

En la carta que Marx envía a Engels el 10 de diciembre de 1869, y que señala un momento crucial de este desarrollo conceptual, afirma:

Durante mucho tiempo creí que era posible derribar al régimen irlandés mediante el ascenso de la clase obrera inglesa. Siempre sostuve esta opinión en el *New York Tribune*. Un estudio más profundo me ha convencido de lo contrario. *La clase obrera inglesa no conseguirá nada hasta que no se haya librado de Irlanda*. Hay que poner la palanca en Irlanda. Por eso la cuestión irlandesa es tan importante para el movimiento social en general.⁸⁷

Pocos días antes, el 29 de noviembre, Marx había comunicado sus rectificaciones a Kugelmann, apoyadas en una argumentación que resulta imprescindible destacar:

Cada día estoy más convencido —y sólo es necesario inculcarle esta convicción a la clase obrera inglesa— de que ella nunca podrá hacer nada decisivo en Inglaterra, hasta tanto no separe su política con respecto a Irlanda, en la forma más decidida, de la política de las clases dominantes, hasta tanto no sólo haga causa común con los irlandeses, sino tome impulso la iniciativa para suprimir la unión fundada en 1801, y la sustituya por una relación federativa en pie de igualdad. Y esto debe hacerse no como un asunto de simpatía hacia Irlanda, sino como una exigencia fundada en el interés del proletariado inglés. Si no, el pueblo inglés queda bajo la tutela de las clases dominantes, porque él tiene que hacer frente común con ellas contra Irlanda. Todos sus movimientos en la propia Inglaterra quedan cojos debido a la desavenencia con los irlandeses, que constituyen, incluso en Inglaterra, una parte muy importante de la clase obrera. La primera condición para obtener la emancipación —el derrocamiento de la oligarquía inglesa de la tierra— resulta inaccesible, pues no se puede tomar por asalto su puesto aquí mientras ella mantiene su puesto de avanzada, muy fortificado, en Irlanda. Pero allí, no bien se ponga el asunto en las manos del propio pueblo irlandés, no bien él se vuelva autónomo, el aniquilamiento de la aristocracia del suelo (que está formada en buena medida por los mismos *landlords* ingleses) es infinitamente más fácil que aquí, porque en Irlanda el asunto no es sólo una simple cuestión económica, sino, al mismo tiempo, una cuestión nacional; porque allí los *landlords* no son, como en Inglaterra, los altos dignatarios y los representantes tradicionales, sino los opresores de la nacionalidad, odiados a muerte.⁸⁸

Los años finales de la década de los sesenta son, en efecto, cruciales para el movimiento obrero inglés. Las opciones políticas que emergen en este

⁸⁷ *Ibid.*, p. 193. Subrayados nuestros.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 188.

momento marcarán decisivamente la teoría y la práctica políticas de Marx y Engels. Después de la ley de las diez horas y de la abolición de las leyes del trigo —que mejoraron las condiciones de vida de los obreros—, se inicia en Inglaterra un proceso de integración política y social de estratos importantes de los trabajadores ingleses en las estructuras del imperio. En 1867 y 1868, tras la aprobación de la ley de ampliación del sufragio —que abre un proceso político que despierta en Marx y Engels grandes expectativas en torno a la posibilidad de acceder al sufragio universal, y por esa vía a la conquista del poder mediante las elecciones—, los obreros votan mayoritariamente por los candidatos de la burguesía, y no por los propios. El análisis de Marx sobre estos procesos se centra en el señalamiento de la conexión entre esta estabilización de la dominación burguesa en Inglaterra, y la cuestión irlandesa. Las derrotas del movimiento cartista, la división del proletariado inglés, y el aburguesamiento de una parte considerable de éste, estarían relacionados de un modo fundamental con las contradicciones políticas y sociales que emergen de la situación en Irlanda. Sin embargo, esta situación también daba origen a líneas de desarrollo de la lucha de clases capaces de modificar el curso de las relaciones de fuerza en Inglaterra en un sentido revolucionario.

En 1858 había surgido en Dublín y en Nueva York, al mismo tiempo, la *Irish Republican Brotherhood*, el movimiento feniano, cuyo programa consistía en impulsar la insurrección contra Inglaterra, con el objetivo de alcanzar la independencia y restablecer las libertades irlandesas bajo una república democrática. En la carta a Engels del 30 de noviembre de 1867, Marx afirma que “el fenianismo está caracterizado por una tendencia socialista”,⁸⁹ hace suyo su programa político, y reivindica la necesidad de desarrollar, en el seno de la clase obrera, una política tendente a abrir espacios y fortalecer la lucha por la independencia de Irlanda. Se pregunta: “¿Qué debemos aconsejarles *nosotros* a los trabajadores *ingleses*?” Y responde: “A mi modo de ver, deben hacer de la *disolución de la Unión*... un artículo de *pronunciamiento* (programa de lucha).” Enuncia a continuación el proyecto que, en su opinión, debe reivindicarse para Irlanda. Éste consiste, sucintamente, en lo siguiente: “1) gobierno autónomo e independiente de Inglaterra; 2) revolución agraria... 3) *aranceles proteccionistas frente a Inglaterra*...”⁹⁰

Marx pone la cuestión irlandesa en el orden del día de la Internacional en 1867, en ocasión del procesamiento y ejecución de tres dirigentes fenianos. La centralidad de la cuestión irlandesa reside en que la lucha por la independencia de Irlanda constituiría, para Marx, el medio fundamental para arrancar a la clase obrera inglesa —decisiva en la perspectiva de la

⁸⁹ *Ibid.*, p. 152.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 153.

revolución europea— de su subordinación a las clases dominantes. Como hemos indicado, Marx venía desarrollando la idea de que el desarrollo desigual entre metrópoli y colonia era la clave no únicamente de la riqueza de la primera y la miseria de la segunda, sino también de que era esa relación de dominación la que hacía posible a las clases dominantes inglesas gobernar mediante el consenso. En esta línea, la lucha por la liberación nacional de Irlanda rompía no solamente un mecanismo económico que aseguraba el desarrollo capitalista inglés, sino también el fundamento de la estructura política y social de la hegemonía burguesa en Inglaterra. Esta idea explica la inmensa lucha de Marx por poner la cuestión irlandesa en el centro de la atención de la Internacional. Ella constituía la piedra de toque de la revolución en Inglaterra y, por tanto, en su perspectiva, la clave de la revolución en Europa.

La Internacional asumirá el compromiso de defender a los fenianos, de luchar en favor de la amnistía, y de denunciar el régimen carcelario inglés. Pero pronto dará inicio una confrontación en el seno de la Asociación, cuyos dirigentes ingleses acabarán por solidarizarse con el gobierno inglés. Ya entre 1865 y 1866 Marx había combatido a las corrientes proudhomianas de la Internacional, que negaban todo carácter progresista a la insurrección polaca de 1863, con el argumento de que no era posible atacar a Rusia —que a la sazón había liberado a los siervos— y apoyar la revuelta polaca, dirigida por una aristocracia fundada en la servidumbre (la contradicción principal, como hemos señalado en otro lugar, de las revoluciones nacionales democrático-burguesas de Europa central). Blanquistas y anarquistas, por su parte, en la línea de Lasalle, sostenían que todas las clases dominantes formaban un único bloque reaccionario homogéneo, de manera que ninguna lucha nacional, en cuanto constituía una lucha burguesa, poseía un carácter revolucionario. En suma, la Internacional sólo debía impulsar las luchas *explícitamente* socialistas. Engels, en una serie de artículos aparecidos entre marzo y mayo de 1866 en la revista de la Asociación, *The Commonwealth*, había desarrollado la idea, sostenida también por Marx, de que cualquier revuelta contra Rusia, bastión de la reacción europea, era progresista. Marx, a su vez, ya había expuesto una extensa crítica de la teoría lasalleana, cuya conclusión fundamental consistía en que la clase obrera debía romper todo sectarismo corporativo, e impulsar una amplia política de alianzas con el campesinado y la pequeña burguesía —algo que luego habría de ser confirmado por la experiencia de la Comuna de París.

En el Consejo General Marx retoma y amplía estas líneas de pensamiento. En relación con Irlanda observa cómo, desde la perspectiva de la revolución, los irlandeses iban mucho más adelante que los obreros ingleses, a despecho de que los primeros sostenían un programa “nacional-burgués”, mientras que los segundos reivindicaban uno socialista. En los hechos, la

clase obrera inglesa tendía a profundizar constantemente su subordinación a las clases dominantes. Finalmente, en marzo de 1870, en el famoso "Comunicado confidencial a la Internacional", Marx formula la modificación de su posición política respecto a Irlanda, que ya había adelantado en sus cartas a Kugelman y Engels. Señala, en primer lugar, que "Inglaterra no puede ser considerada como un país cualquiera", sino como "la *metrópoli del capital*": la mayoría de su población está constituida por trabajadores asalariados, y es el único país en el que la producción capitalista abarca toda la economía. A ello corresponde un cierto grado de madurez de la clase obrera, que se expresa en sus organizaciones, las *trade unions*. Y lo decisivo: Inglaterra es el único país donde la interdependencia con el mercado mundial ha llegado a un punto tal que el desencadenamiento de una revolución se propagará inmediatamente a todo el mundo. *Inglaterra es la palanca de la revolución mundial*—aun cuando la iniciativa pudiera partir de Francia. Sin embargo, las bases materiales para la revolución en Inglaterra—sin la cual la revolución europea carece de toda perspectiva—no se hallan en Inglaterra sino en Irlanda. Por lo tanto,

La resolución de Consejo General sobre la amnistía irlandesa sólo debe servir para introducir otras resoluciones en las que expresará que... la transformación de la *unión forzosa* (es decir la esclavitud de Irlanda) en una confederación *libre e igualitaria*, si ello es posible, o la obtención por la fuerza de la *separación total*, si es necesario, constituyen una condición *previa para la emancipación de la clase obrera inglesa*.⁹¹

En ese Comunicado, Marx sostiene que la actual impotencia de la clase obrera inglesa radica en su subordinación a los intereses de las clases dirigentes en torno a la dominación de Irlanda. Por medio de ésta,

la burguesía inglesa no sólo ha aprovechado la miseria irlandesa para empeorar la situación de la clase obrera en Inglaterra *a través de la emigración forzada de los irlandeses pobres*, sino que además ha dividido al proletariado en dos campamentos enemigos... En todos los *grandes centros industriales de Inglaterra* reina un antagonismo profundo entre el proletariado irlandés y el inglés. El obrero inglés corriente odia al irlandés como a un competidor que hace bajar los salarios y el *standard of life*. Frente a él experimenta antipatías nacionales y religiosas.⁹²

A partir de esta situación material, se desarrolla también el racismo entre los obreros ingleses, que contemplan al irlandés "casi con los mismos ojos con que los *poor whites* de los estados del sur en Norteamérica contemplan

⁹¹ *Ibid.*, pp. 198-199.

⁹² *Ibid.*, p. 198.

a los esclavos negros".⁹³ La dominación inglesa de Irlanda tiene como efecto principal la división de la clase obrera en Inglaterra, lo que constituye el principal instrumento del poder, tanto en Irlanda como en Inglaterra, de las clases dirigentes. En ese antagonismo, producto de las contradicciones emergentes de la situación colonial, reside el secreto de la impotencia del proletariado inglés, pese a la fuerza de su organización.

En estas condiciones, la situación revolucionaria en Inglaterra se encuentra bloqueada. En Irlanda, en cambio, están presentes todas las condiciones para el desarrollo de éstas "porque allí *la lucha económica se concentra exclusivamente sobre la propiedad de la tierra*, porque allí esta lucha es simultáneamente una lucha nacional, y porque el pueblo es más revolucionario y está más exasperado que en Inglaterra".⁹⁴ Ahora bien, la política de los ingleses en Irlanda consistía en reducir al pueblo al hambre. La cuestión de la tierra se convierte aquí, por tanto, en una cuestión de vida o muerte. De ahí que la revolución en Irlanda sea, según Marx, "cien veces más fácil". Pero el terrateniente en Irlanda es el mismo que en Inglaterra. Entonces, "si Inglaterra es el baluarte del *landlordismo* y el capitalismo europeos, *Irlanda es el único lugar en el cual se puede dar el gran golpe contra la Inglaterra oficial*".⁹⁵ Y esto no sólo en virtud del carácter económico radical con que los irlandeses se rebelan contra el dominio inglés, sino también porque la cuestión de la tierra es en Irlanda una cuestión *nacional*. El terrateniente no es en Irlanda, como en Inglaterra, un representante de las tradiciones nacionales. En Irlanda, el terrateniente representa al *dominador extranjero*: la lucha agraria es al mismo tiempo una lucha nacional. La lucha de clases se expresa aquí como una lucha por la liberación nacional.

En cuanto a Inglaterra, con la liberación de Irlanda, "el *landlordismo* inglés perderá no sólo una cuantiosa fuente de sus riquezas, sino también su *mayor fuerza moral*, la fuerza de representar el dominio inglés sobre Irlanda".⁹⁶ Por otra parte, en virtud del carácter de la dominación como opresión nacional, ella sólo puede mantenerse en Irlanda a través del ejército y el reino del terror. Pero este ejército apunta también contra el movimiento obrero inglés: "Irlanda es el único pretexto que tiene el gobierno inglés para mantener un *gran ejército permanente* al que—en caso de necesidad, como ya se ha mostrado—lanza sobre los trabajadores ingleses, después de haberlos educado y transformado en soldadesca en Irlanda".⁹⁷ Por eso Marx afirma de manera concluyente que "el proletariado inglés hace

⁹³ *Ibid.*, p. 198.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 197.

⁹⁵ *Ibid.*, p. 197.

⁹⁶ *Ibid.*, pp. 197-198.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 198.

invulnerables a sus *landlords* en Inglaterra mientras respalda el poder de éstos en Irlanda".⁹⁸

Para avanzar algo en Inglaterra es necesario, por tanto, que el movimiento obrero inglés deje de apoyar la política de sus clases dominantes en Irlanda. Pero para ello es preciso que la revolución irlandesa expulse a los ingleses:

De ahí que la tarea de la Internacional sea, en todas partes, poner en primer plano el conflicto entre Inglaterra e Irlanda, colocándose en todas partes, abiertamente, junto a Irlanda. La tarea especial del Consejo de Londres es despertar en los obreros ingleses la conciencia de que para ellos la emancipación nacional de Irlanda no es asunto de justicia abstracta o de sentimiento humanitario, sino la condición primera de su propia emancipación social.⁹⁹

Como es sabido, la propuesta política de Marx no tuvo éxito en el seno de la Internacional. A pesar de sus esfuerzos, las pugnas entre los obreros ingleses y los irlandeses, en lo sucesivo, no hicieron más que profundizarse (tampoco, durante la Comuna de París, Marx logró crear lazos efectivos de solidaridad hacia ella en el movimiento obrero inglés). Durante la Conferencia de Londres, en septiembre de 1871, Marx replantea sus posiciones en torno al antagonismo entre los trabajadores ingleses e irlandeses, y al carácter instrumental que éste posee para las clases dominantes. Reitera su propuesta de unidad, y no obstante los crecientes conflictos entre esos sectores, considera que la unidad política es todavía posible si "ambas partes se dejan guiar por el Consejo General". El 22 de septiembre admite que la unidad política ya no es posible, pero sostiene que, al menos, aún lo es la unidad "en la esfera de los intereses económicos".¹⁰⁰ En esta línea, propone la creación de una sección irlandesa de la Internacional, separada de la inglesa. A raíz de esto, la sección inglesa se escindiría al año siguiente. Hales, presidente de la Internacional, se oponía decididamente a la creación de una sección irlandesa separada. Su argumentación se centraba en una vieja matriz de la "ortodoxia" de la izquierda: la lucha de los irlandeses era "solamente nacional", no socialista ni internacionalista, y en su base social los obreros eran minoritarios. En este sentido, el movimiento obrero inglés poseía una evidente superioridad sobre el movimiento de liberación nacional irlandés, y era la victoria de aquel la que conduciría a liberar a Irlanda. La conclusión obvia consistía en que eran las secciones más "adelantadas" del movimiento revolucionario desde el punto de vista social las que debían

⁹⁸ *Ibid.*, p. 198.

⁹⁹ Marx, K. Carta a Meyer y Vogt, Londres, 9 de abril de 1870, en *Sobre el colonialismo, México, Pasado y Presente*, 1979, p. 27.

¹⁰⁰ Marx, K. y Engels, F. *Imperio y colonia...*, *op. cit.*, p. 316.

guiar a las más atrasadas. Para Marx, cuyas posiciones evidencian el abandono de estas ideas —presentes en su pensamiento con anterioridad—, los irlandeses estaban adelante de los obreros ingleses en la perspectiva de la revolución; además de ello, la negativa de éstos a apoyar la lucha por la autonomía irlandesa, aun en el seno de la Internacional, no llevaría más que a expandir su impotencia y a fortalecer su subordinación a la burguesía.

Será Engels quien, antes del Congreso de La Haya, lleve a cabo la última batalla sobre la cuestión de Irlanda contra los líderes sindicales ingleses. El 14 de mayo de 1872, el Consejo General de la Internacional aborda la cuestión de las relaciones entre las secciones irlandesas surgidas en Inglaterra e Irlanda y el Consejo federal británico. Éste, a través de Hales, presenta la moción de que el Consejo General ponga a las secciones irlandesas bajo la jurisdicción británica. Engels responde a esta moción en un discurso de gran relevancia para el análisis de sus posiciones y las de Marx sobre la cuestión nacional. Comienza por aclarar que el Consejo General no tiene poder alguno para reconocer la supremacía de ningún Consejo federal. Aclara que, por lo demás, "los irlandeses constituyen desde todo punto de vista una nacionalidad propia, claramente reconocible, y el hecho de que hablen inglés no puede privarlos del derecho, vigente para todos, a tener una organización nacional independiente dentro de la Internacional".¹⁰¹ Refutando la caracterización de Hales en torno a las relaciones entre Inglaterra e Irlanda —según la cual entre éstas reinaría la más idílica armonía—, sostiene: "Lo cierto es aquí que Inglaterra conquistó y ha oprimido a Irlanda durante siete siglos, y mientras dure esta opresión, constituye una burla para los trabajadores irlandeses exigirles que se sometan a un consejo federal británico."¹⁰² Devela, a continuación, el contenido imperialista presente en la argumentación supuestamente "internacionalista" de Hales:

Si los miembros de la Internacional que pertenecen a una nación conquistadora le pidieran a la nación que fue conquistada y ha sido oprimida desde entonces, que se olvidara de su nacionalidad y de su situación específicas, que "pusiera fin a las diferencias nacionales", etc., entonces eso no sería internacionalismo, sino nada más predicarle el sometimiento al yugo opresor e intentar justificar y perpetuar la dominación del conquistador bajo el manto del internacionalismo.¹⁰³

Por el contrario, "el verdadero internacionalismo debe fundarse necesariamente en una organización nacional autónoma; los irlandeses, así como otras nacionalidades oprimidas, sólo pueden entrar en la Asociación

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 322.

¹⁰² *Ibid.*

¹⁰³ *Ibid.*

con los mismos derechos que los representantes de la nación conquistadora, y bajo protesta contra la conquista".¹⁰⁴

Para Engels, como para Marx, los irlandeses no sólo tienen el derecho, sino la obligación de sostener que su primera tarea es la de obtener su independencia nacional. Ello constituye una ocasión privilegiada para una acción simultánea de los obreros ingleses e irlandeses por su emancipación común. Sin embargo, el Consejo federal británico, lejos de impulsar esta línea de desarrollo, solicita el sometimiento de los irlandeses a su jurisdicción. Ello equivaldría, dice Engels, a "introducir en la Internacional el sometimiento de los irlandeses". Si la clase obrera inglesa se niega a comprometerse en la lucha por la liberación de Irlanda, y para comenzar rehúsa admitir la organización autónoma de los irlandeses, entonces, concluye Engels, el contenido y la perspectiva de su "socialismo" no consiste sino en la perpetuación de la opresión:

Si el Consejo General acepta la moción, entonces puede explicarles a los trabajadores irlandeses, más o menos con estas palabras, que después de la dominación de la aristocracia inglesa sobre Irlanda, después de la dominación de la burguesía inglesa sobre Irlanda, deben esperar ahora la dominación de la clase trabajadora inglesa sobre Irlanda.¹⁰⁵

Tras el fracaso de la Internacional, el movimiento obrero inglés continuará su camino de integración política. Marx dará cuenta de ello en el Congreso de La Haya y en su correspondencia.¹⁰⁶ En 1878, en una carta de Liebrecht (11 de febrero), concluirá su informe sobre la clase obrera inglesa destacando el proceso de profundización de su impotencia "en el periodo que siguió a 1848". Actualmente, afirma, ella ha quedado "reducida a no ser más que un apéndice del Partido Liberal, o sea de sus opresores capitalistas".

5. La especificidad de los procesos históricos: los escritos sobre Rusia

Hasta los años cincuenta, Marx ve en Rusia sólo al gendarme de Europa, al ejército de reserva de la contrarrevolución. Pero tras la derrota rusa en la guerra de Crimea (1853-1854), y especialmente cuando comienzan a ser conocidos los primeros pasos del zarismo para preparar la abolición de la

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. 323.

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. 324.

¹⁰⁶ Cfr. Marx, K. *Cartas a Kugelmann*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, p. 260.

servidumbre, observa el quiebre de la tradicional inmovilidad rusa, y empieza a pensar en la proximidad de una revolución social. El 13 de diciembre de 1859, en una carta a Engels, escribe: "En Rusia el movimiento se desarrolla más rápidamente que en toda Europa. Por un lado, el movimiento constitucionalista contra el zar, y por otro el movimiento campesino contra la nobleza."¹⁰⁷ Tras la liberación campesina decretada en 1861, Marx formulaba de este modo sus expectativas sobre Rusia: "Esperemos —escribe a Engels— que esta vez la lava corra de este a oeste, y no a la inversa."¹⁰⁸ Pero la Reforma de 1861 no provoca la tempestad esperada, y otras cuestiones (especialmente la creación de la I Internacional, y el tema de Irlanda) acaparan su atención. A finales de los sesenta y comienzos de los setenta, en conexión con el desarrollo en Rusia del populismo revolucionario, reaparece su esperanza en torno a la revolución rusa, que ya no lo abandonará hasta su muerte.

Los trabajos de Marx habían encontrado eco desde el primer momento tanto entre los populistas revolucionarios, como entre los liberales reformistas de la nobleza y de la burguesía rusas. Los primeros toman de los textos de Marx tres aspectos: a) la descripción del precio que las masas populares deben pagar por la acumulación originaria y por la revolución industrial; b) la explicación del mecanismo de la explotación capitalista; y c) la crítica de la democracia formal burguesa. La apropiación que hacen de estas ideas está dirigida a apuntalar la conclusión de que el pueblo ruso debe evitar el pasaje por el capitalismo, y avanzar en el sentido de una revolución directamente socialista protagonizada por el campesinado, apoyándose en la permanencia de la comuna rural rusa —la *obschina*.¹⁰⁹ Desde su perspectiva, la revolución meramente política no serviría más que a la burguesía, y empeoraría la situación del pueblo. Los liberales reformistas, por su parte, ven en el análisis marxiano del capitalismo, y en su emergencia del feudalismo, la justificación teórica de que Rusia, para modernizarse, debe marchar inevitablemente por la vía capitalista.

Marx sostiene correspondencia con los populistas, especialmente con Danielson, quien a partir de 1868 se hace cargo de la difusión de la obra teórica y política de Marx en Rusia, y se convierte en su primer informante sobre los asuntos rusos. Esta situación hace posible que la primera edición

¹⁰⁷ Marx, K. y Engels, F. *Obras de Marx y Engels*, 2a. edición rusa, Moscú, t. XXIX, p. 425.

¹⁰⁸ Carta de Marx a Engels, 13 de febrero de 1863, en Marx, K. y Engels, F. *Correspondencia*, Buenos Aires, Cartago, 1973, p. 126.

¹⁰⁹ La *obschina* era la antigua comunidad agraria, cuyas principales características en la Rusia del siglo XIX eran: 1) el usufructo colectivo de la tierra, con distribución periódica entre los miembros de la comunidad para su cultivo individual; 2) los instrumentos de trabajo, la casa y el producto obtenido de la tierra eran propiedad privada; 3) regía el principio de caución solidaria.

de *El capital* publicada en otro idioma fuera la edición rusa, aparecida en 1872. Gracias a Danielson, Marx conoce el libro del populista Florovski, *La situación de la clase obrera rusa*, cuyo estudio lo lleva a la conclusión, según escribe a Engels en 1870, de que "la actual situación en Rusia no puede prolongarse mucho tiempo; la abolición de la servidumbre no hizo, en esencia, más que acelerar el proceso de descomposición, y se avecina una tremenda revolución social".¹¹⁰ En otras cartas, a Lafargue y Sorge, reafirma esta conclusión: "es inevitable y próxima una grandiosa revolución social, claro está que en las formas primarias que corresponden al actual nivel de desarrollo de Moscovia";¹¹¹ "el movimiento de ideas que tiene lugar ahora en Rusia testimonia que en lo profundo, en los de abajo, la cosa se está moviendo. Los pensadores están enlazados por hilos invisibles con el cuerpo del pueblo".¹¹² Indudablemente, Marx coincide con los populistas, por lo menos en una cuestión fundamental: en Rusia se aproxima una revolución, y no se trata de una simple revolución política, sino de una gran revolución social. No analiza, sin embargo, aún, su contenido, salvo la referencia a las "formas primarias", que indicaría su carácter campesino: el protagonista de esta revolución es el campesinado —la clase obrera rusa apenas empezaba a emerger en ese momento.

Como ya hemos señalado, desde fines de los años sesenta Marx había desarrollado la tesis relativa al carácter desigual del capitalismo, y había comenzado a conferir gran importancia a los movimientos revolucionarios de los países coloniales, en conexión con la revolución en Europa —el punto culminante de lo cual se halla en sus escritos sobre Irlanda. Los estudios que lleva a cabo sobre los procesos de proletarización en Asia, Irlanda, y finalmente en Rusia, estaban motivados por el extraordinario crecimiento de los movimientos revolucionarios en esas regiones. Pero también, como lo hemos indicado, por sus preocupaciones teóricas en torno al capitalismo. El inmenso interés de Marx por la situación rusa se vincula a dos problemas específicos: 1) el de la acumulación de capital en un país no colonial —como lo eran Irlanda o la India—, pero que iniciaba la acumulación originaria con un gran retraso histórico, en el contexto del proceso de la concentración del capital y de la división internacional del trabajo, provocados por el dominio mundial del capital financiero. Y 2) el del significado de la supervivencia de instituciones precapitalistas como la *óbschina* en una estructura de transición al capitalismo, en el marco de una situación prerrevolucionaria.

¹¹⁰ Carta de Marx a Engels, 19 de febrero de 1870, en *Obras de Marx y Engels, op. cit.*, t. XXXII, p. 367.

¹¹¹ Carta de Marx a Lafargue, 5 de marzo de 1870, en *ibid.*, p. 349.

¹¹² Carta de Marx a Sorge, 21 de enero de 1871, en *ibid.*, t. XXXIII, p. 147.

Marx atribuía al estudio del desarrollo capitalista ruso un papel central en la elaboración definitiva de los dos últimos tomos de *El capital*. Los datos y el ejemplo ruso debían ser usados como ilustración del desarrollo capitalista de los países agrarios, del mismo modo como los datos ingleses lo habían sido en el primer tomo para los países de capitalismo industrial, e Irlanda para el análisis de la acumulación originaria. A raíz de esto, analizaba celosamente los informes y las estadísticas rusas enviadas por Danielson —para lo cual comenzó a aprender ruso a los cincuenta y tantos años—, retrasando una y otra vez la redacción de los tomos segundo y tercero.¹¹³ Como es sabido, éstos sólo aparecieron después de su muerte, reelaborados por Engels, y los datos y conclusiones sobre Rusia no encontraron sitio en ellos. A pesar de esto la elaboración marxiana de los problemas planteados por la situación rusa puede ser analizada a través de tres textos fundamentales.

A fines de 1877, Marx escribe una carta dirigida a Mijailovski, director de la revista rusa *Anales de la Patria*. En el número 10 de ésta, Mijailovski había publicado un artículo titulado "Karl Marx ante el tribunal del Sr. Zhukovski", haciendo una defensa del pensamiento de Marx. En ella, sin embargo, incurría a su vez, a juicio de Marx, en una serie de tergiversaciones, concernientes en especial al problema de la "inevitabilidad", en cualquier contexto histórico, del proceso de disgregación de las economías basadas todavía en la unidad de los productores con sus medios de producción, expuesta por Max en relación con los países europeos occidentales.¹¹⁴

La "gran cuestión rusa", abordada aquí por Marx, es formulada por él del siguiente modo: "Si Rusia, para abrazar el sistema capitalista, necesitará empezar por destruir —como lo sostienen sus economistas liberales— la comuna rusa; o si, por el contrario, sin necesidad de conocer todos los tormentos de este sistema, podrá recoger todos sus frutos por el camino

¹¹³ Según recuerda Lafargue, Engels observó una vez, entre la ironía y el enojo, que si por él fuera hubiera quemado con gusto todas las estadísticas con que sus amigos rusos abrumaban a Marx, impidiéndole concluir *El capital*. El papel fundamental que el estudio del desarrollo económico ruso tenía para la elaboración de esta obra es, sin embargo, reconocida por el propio Engels en su *Prólogo* al tomo III. Cfr. Marx, K. *El capital*, México, Siglo XXI, t. III, vol. 6, pp. 9-10.

¹¹⁴ La carta, al parecer, nunca fue enviada. Engels la descubrió entre los papeles de Marx, tras la muerte de éste, y envió una copia de ella a Vera Zasulich en 1884, cuando ésta se había separado del populismo, y junto a Plejanov y Axelrod acababa de fundar el grupo marxista Emancipación del Trabajo. Este grupo consideró conveniente no publicarla. En 1886, el órgano de los populistas revolucionarios en la emigración, *El Mensajero de la Voluntad del Pueblo*, la publicó en ruso. En francés fue publicada por Danielson, como apéndice a la edición francesa de su *Histoire du développement économique de la Russie depuis l'affranchissement des serfs*, en 1902. En castellano, ese texto fue publicado en una recopilación de M. Godelier, *Marx, Engels y el modo de producción asiático*, por Eudecor, Córdoba, Argentina, en 1966.

de desarrollar sus propias peculiaridades históricas.¹¹⁵ Marx responde que después de haber aprendido ruso, y estudiado durante muchos años memorias y documentos oficiales sobre el asunto, ha llegado al resultado de que "si Rusia sigue marchando por el camino que viene recorriendo desde 1861, desperdiciará la más hermosa ocasión que la historia ha ofrecido jamás a un pueblo para esquivar todas las fatales vicisitudes del régimen capitalista".¹¹⁶

A continuación, Marx critica a los liberales rusos su pretensión de "convertir mi esbozo histórico sobre los orígenes del capitalismo en Europa occidental en una teoría filosófico-histórica sobre la trayectoria general a que se hallan sometidos fatalmente todos los pueblos, cualesquiera que sean las circunstancias históricas que en ellos concurren... (Esto es hacerme demasiado honor y, al mismo tiempo, demasiado escarnio)".¹¹⁷ Rechaza terminantemente la posibilidad de que a partir de las leyes de la acumulación, que impusieron un resultado determinado en el capitalismo europeo-occidental, se sostenga que ellas deban necesariamente conducir a los mismos resultados en Rusia. Los procesos sociales poseen, afirma Marx, una *especificidad histórica* tal que hace necesario un estudio particular de cada uno de ellos:

Dos clases de acontecimientos que, aun presentando palmaria analogía, se desarrollan en diferentes medios históricos... conducen, por tanto, a resultados completamente distintos. Estudiando cada uno de estos procesos por separado y comparándolos luego entre sí, encontraremos fácilmente la clave para explicar estos fenómenos, resultado que jamás lograríamos, en cambio, con la clave universal de una teoría general de filosofía de la historia, cuya mayor ventaja reside precisamente en el hecho de ser una teoría suprahistórica.¹¹⁸

Hay en este texto de Marx, en primer término, una respuesta a la cuestión rusa muy próxima a la de los populistas: Rusia tenía la posibilidad histórica de *evitar el tránsito por el capitalismo* para alcanzar su desarrollo social. En virtud de la presencia de la comuna rural, y en el contexto de una producción capitalista contemporánea en los países occidentales, Rusia puede apropiarse de todas las conquistas positivas de ésta, sin atravesar por las terribles peripecias de ese sistema. En segundo lugar, la posibilidad de esta "excepción" confirma el cuestionamiento, presente ya en Marx desde los años sesenta, de la noción del progreso capitalista formulada en el

¹¹⁵ Marx, K. y Engels, F. *El porvenir de la comuna rural rusa*, México, Pasado y Presente, 1980, p. 63.

¹¹⁶ *Ibid.*, p. 63.

¹¹⁷ *Ibid.*, pp. 64-65.

¹¹⁸ *Ibid.*, p. 65.

Manifiesto. Este cuestionamiento se liga aquí a una virulenta recusación de toda pretensión de transformar su pensamiento en una filosofía universal de la historia, situada por encima del análisis específico de los procesos históricos particulares. Este deslinde, vinculado a la tesis marxiana sobre el carácter desigual del desarrollo capitalista, confirma la existencia de una nueva representación teórica de éste: más que un proceso necesario de uniformación de la diversidad de situaciones económico-sociales existentes, ese desarrollo tiende a constituir una superposición del modo de producción capitalista a las formas de producción precedentes, transformando el significado y la función de éstas —y especificando a aquél de modo históricamente siempre concreto.¹¹⁹ Esta idea se encuentra, justamente, en el libro II de *El capital*, escrito también a finales de los años sesenta.¹²⁰

El segundo de los textos a que hemos hecho alusión son los borradores que redactó Marx sobre el porvenir de la comuna rusa, intentando responder a las preocupaciones de los populistas rusos, formuladas en una carta que le enviara Vera Zasúlich. Marx escribió cuatro borradores, al cabo de lo cual envía a ésta una breve carta fechada el 8 de marzo de 1881.¹²¹ En ella reafirma sus posiciones de 1877:

La fatalidad histórica de este movimiento (la separación entre los productores y los medios de producción, como base de la emergencia del capitalismo) está, pues, *expresamente* restringida a los países de Europa occidental. El por qué de esta restricción está indicado en este pasaje del capítulo xxxii: La propiedad privada, fundada en el trabajo personal... va a ser suplantada por la *propiedad privada capitalista* fundada en la explotación del trabajo de otros, en el sistema asalariado. En este movimiento occidental se trata, pues, de *la transformación de una forma de propiedad privada en otra forma de propiedad privada*. Entre los campesinos rusos, por el contrario, habría que *transformar su propiedad común en propiedad privada*. El análisis presentado en *El capital* no da, pues, razones en pro ni en contra de la vitalidad de la comuna rural.¹²²

Y concluye: "Pero el estudio especial que de ella he hecho, y cuyos materiales he buscado en las fuentes originales, me ha convencido de que esta comuna es el punto de apoyo de la regeneración social en Rusia."¹²³ Agrega luego una alusión a las condiciones bajo las cuales esto será posible: "Mas

¹¹⁹ Para ciertos autores, como José Aricó, la formulación leniniana del concepto de formación económico-social se apoyaría en la recuperación de esta hipótesis de Marx.

¹²⁰ Cfr. Marx, K. *El capital*, *op. cit.*, t. II, vol. 4, pp. 129-130.

¹²¹ Esta carta no fue conocida hasta que se abrieron los archivos de Axelrod, en 1924. Los borradores fueron descifrados por Riazanov en 1913, pero sólo publicados en 1926. La primera versión castellana de la carta apareció en Godelier, M., *op. cit.*

¹²² Marx, K. y Engels, F. *El porvenir...*, *op. cit.*, pp. 60-61.

¹²³ *Ibid.*, p. 61.

para que pueda funcionar como tal será preciso eliminar primeramente las influencias deletéreas que la acosan por todas partes, y a continuación asegurarle las condiciones normales para un desarrollo espontáneo.¹²⁴

En los borradores, Marx aborda con mayor amplitud dos cuestiones medulares: 1) la combinación de circunstancias que pueden hacer de la *óbschina* el "punto de apoyo de la regeneración social en Rusia":

Gracias a una excepcional combinación de circunstancias, la comuna rural, establecida todavía a escala nacional, puede irse desprendiendo de sus caracteres primitivos y desarrollando directamente como elemento de la producción colectiva en escala nacional. Es precisamente gracias a la contemporaneidad de la producción capitalista como puede apropiarse todas sus adquisiciones positivas, y sin pasar por sus peripecias (terribles) espantosas. Rusia no vive aislada del mundo moderno; y tampoco es presa de un conquistador extranjero como en las Indias Orientales.¹²⁵ [Y adicionalmente], una circunstancia muy favorable, desde el punto de vista histórico, para la conservación de la comuna agrícola por vía de su desarrollo ulterior, es que no sólo es contemporánea de la producción capitalista occidental... sino que además ha sobrevivido a la época en que el sistema capitalista se presentaba todavía intacto, y por el contrario lo halla... en plena crisis, que acabará por eliminarlo... Entonces puede llegar a ser el *punto de partida directo* del sistema económico a que tiende la sociedad moderna, y cambiar de existencia sin comenzar por suicidarse.¹²⁶

2) Marx formula también, en estos borradores, las condiciones necesarias para que este desarrollo no capitalista pueda producirse. Da cuenta, en principio, de las influencias que tienden a destruir a la comuna rural: "Hoy la existencia misma de la comuna rusa es puesta en peligro por una colusión de poderosos intereses."¹²⁷

¿Y cómo podría resistir una comuna quebrantada por las exacciones del Estado, saqueada por el comercio, explotada por los terratenientes, minada en el interior por la usura? Lo que pone en peligro la vida de la comuna rusa no es ni una fatalidad histórica, ni una teoría: es la opresión por el Estado, y la explotación por intrusos capitalistas, hechos poderosos por el mismo Estado a costa de los campesinos.¹²⁸

De ahí que la clave de la posibilidad de un desarrollo socialista de Rusia, apoyado en la *óbschina*, y que evite el paso por el capitalismo, sea, para Marx, una revolución rusa:

¹²⁴ *Ibid.*, p. 61.

¹²⁵ *Ibid.*, p. 32.

¹²⁶ *Ibid.*, pp. 38-39.

¹²⁷ *Ibid.*, p. 42.

¹²⁸ *Ibid.*, p. 51.

Para salvar la comuna rusa se requiere una revolución rusa... Si la revolución se efectúa en el momento oportuno, si concentra todas sus fuerzas... en asegurar el libre desenvolvimiento de la comuna rural, ésta se revelará pronto como un elemento regenerador de la sociedad rusa, y un elemento de superioridad sobre los países subyugados por el régimen capitalista.¹²⁹

Si, por una parte, el diagnóstico de Marx en torno a las fuerzas disgregadoras de la *óbschina* coincide con el de los populistas, por la otra resulta indudable que dado el escaso desarrollo de la clase obrera la revolución rusa no era concebible más que considerando al campesinado como una gran fuerza revolucionaria.

El último texto en el que Marx aborda la cuestión es el *Prefacio* a la segunda edición rusa del *Manifiesto Comunista* (1882). En él se expresa una posición *conjunta* con Engels, en la que la revolución proletaria en Occidente aparece como una condición *adicional* a la revolución rusa para hacer de la comuna rural la base del desarrollo socialista en Rusia. La cuestión es planteada de la siguiente manera:

El *Manifiesto Comunista* se propuso como tarea proclamar la desaparición próxima e inevitable de la moderna propiedad burguesa. Pero en Rusia, al lado del florecimiento febril del fraude capitalista y de la propiedad territorial burguesa en vías de formación, más de la mitad de la tierra es poseída en común por los campesinos. Cabe, entonces, la pregunta: ¿podría la comuna rural rusa —forma por cierto ya muy desnaturalizada de las primitiva propiedad común de la tierra— pasar directamente a la forma superior de la propiedad colectiva, a la forma comunista, o, por el contrario, deberá pasar primero por el mismo proceso de disolución que constituyó el desarrollo histórico de Occidente? La única respuesta que se puede dar hoy a la cuestión es la siguiente: si la revolución rusa da la señal para una revolución proletaria en Occidente, de modo que ambas se completen, la actual propiedad común de la tierra en Rusia podrá servir de punto de partida a una evolución comunista.¹³⁰

Las posiciones de Engels sobre la cuestión rusa se remontan a 1875. En un texto de ese año, *Acerca de las relaciones sociales en Rusia*, Engels subordina la posibilidad de hacer de la *óbschina* el punto de partida de un desarrollo social superior en Rusia, a una revolución proletaria victoriosa en Occidente, que estallase antes de que esa forma de propiedad se descompusiera por completo.¹³¹ Este hecho, las diferencias que entre las posiciones de Marx y Engels sobre Rusia se desprenden de la correspondencia que ambos sostuvieron con Danielson,¹³² aunado a las posturas que sobre el tema for-

¹²⁹ *Ibid.*, p. 45.

¹³⁰ Marx, K. y Engels, F. *Obras escogidas*, 2 tomos, Moscú, Progreso, 1966, t. I, pp. 14-15.

¹³¹ *Cfr. ibid.*, t. II, pp. 42-74.

¹³² *Cfr. Marx, K., Danielson, N. y Engels, F. Correspondencia, México, Siglo XXI, 1981.*

mula Engels tras la muerte de Marx,¹³³ apoyan fuertemente la hipótesis de que las ideas de Marx y las de Engels difieren significativamente sobre este punto.

En primer lugar, en los textos exclusivos de Marx, la posibilidad de que la comuna rusa sirva de base a un desarrollo no capitalista no se liga en ningún momento a la toma del poder por el proletariado de Occidente. Sólo en el texto común con Engels se hace esta vinculación. Más aún, en los borradores de la carta a Vera Zasúlich, Marx admite expresamente la posibilidad de que la "regeneración" de Rusia coexista con la permanencia del capitalismo en Occidente.¹³⁴ En segundo lugar, Marx enfatiza en sus textos el lado negativo del desarrollo capitalista, mientras que Engels subraya su carácter progresista en los términos en que éste es formulado en el *Manifiesto*. Marx, por cierto, no excluye la posibilidad de un desarrollo capitalista en Rusia, pero lo considera como un hecho históricamente negativo, que el movimiento social puede —y debe— tratar de evitar. De ahí su permanente énfasis en las virtudes de la *óbschina*. Engels, por el contrario, da por sentado el desarrollo capitalista, al cual concibe como un proceso por sí mismo progresista. Para Marx, por tanto, el socialismo ruso depende en gran medida de la posibilidad de esquivar el capitalismo. En los borradores llega incluso a esbozar un programa para el "renacimiento social" de Rusia con la comuna rural y el campesinado como pilares. Los ejes de este programa eran: a) el desarrollo de la agricultura sobre la base de cooperativas y de la introducción de maquinaria en gran escala; y b) la organización política del país "a través de una asamblea de campesinos escogidos por las mismas comunas, que sirviera como órgano económico y administrativo de sus intereses". Esto confirma su visión del campesinado como un sostén posible del desarrollo hacia el socialismo. Engels, en cambio, tiene la convicción de que el socialismo sólo es posible como una etapa posterior al desarrollo capitalista. Por último, Engels hace caso omiso de lo que constituye la *clave teórica* de estos textos de Marx, consistente en la taxativa afirmación del carácter específico de los procesos históricos. El proceso particular a través del cual Europa occidental ha transitado del feudalismo al capitalismo no constituye una "fatalidad histórica" para otros pueblos. Su concepción de la historia resulta inasimilable a una filosofía

¹³³ Engels vuelve sobre la cuestión rusa en el *Postscriptum* de 1894 al artículo de 1875, reiterando sus posiciones anteriores, pero destacando más vigorosamente el carácter "pedagógico" del papel del proletariado occidental: "Sólo cuando los países atrasados vean a través de ese ejemplo [la revolución proletaria en Europa occidental] 'cómo se hace', cómo pueden ponerse las modernas fuerzas productivas industriales al servicio de toda la sociedad... sólo entonces podrán los países atrasados encarar ese proceso abreviado de desarrollo". Marx, K. y Engels, F. *Obras de Marx y Engels, op. cit.*, t. xxii, p. 435.

¹³⁴ Cfr. notas 19, 20, 22 y 23.

de la historia que contenga el esquema universal de los procesos de desarrollo histórico de los pueblos.

Este examen permite explicar que autores como José Aricó sostengan que el *Prefacio* de 1882, más que una rectificación de las posiciones anteriores de Marx, sea un texto de compromiso, que daría cuenta del punto de encuentro entre las diferenciadas posiciones de Marx y Engels.¹³⁵

La visión marxiana del carácter desigual del desarrollo capitalista, tanto como su desconfianza creciente en las capacidades revolucionarias de la clase obrera inglesa, conduce a Marx a interesarse en los países atrasados y en el mundo campesino, algo evidente ya en sus escritos sobre Irlanda. En los textos sobre Rusia, este desarrollo teórico se amplía hasta abordar el examen de la posibilidad de que el movimiento social encontrara caminos de tránsito al socialismo que evitaran la vía capitalista occidental. Marx extiende aquí al conjunto de las capas proletarizadas del mundo el protagonismo de las transformaciones sociales en un sentido socialista, antes restringido al proletariado industrial. Esto implicaba una gran complejización y un enorme avance de su concepción teórica, en cuanto incorporaba al análisis los efectos que tenía el proceso efectivo de constitución del mercado mundial capitalista sobre el propio capitalismo, sobre la lucha de clases y sobre los procesos revolucionarios, abriendo por tanto la cuestión del socialismo en los países atrasados. Sus textos sobre Rusia evidencian, en suma, que Marx compartía con los revolucionarios rusos, a despecho de todo cierre sistemático de su pensamiento, la búsqueda de una respuesta original a una situación que consideraba inédita, no reductible a un paradigma eurocéntrico universal, hasta el punto de comprometerse en un proyecto abierto al reconocimiento de la complejidad concreta de lo histórico, que acabó por consumir sus últimas fuerzas.

6. Marx y América Latina: la persistencia de la noción de "pueblos sin historia"

Como ha sido puesto de relieve, Marx dedicó escasa atención a América Latina. Sin embargo, sus escritos en torno a esta parte del mundo resultaron ser bastante más abundantes de lo que en principio se creía.¹³⁶ Estos textos confirman, en general, los diversos *momentos y movimientos* del pensamiento de Marx en relación con la conceptualización del capitalismo y de la historia.

¹³⁵ Cfr. Aricó, J. *Marx y América Latina*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1982, p. 166.

¹³⁶ Cfr. Marx, K. y Engels, F. *Materiales para la historia de América Latina*, México, Pasado y Presente, 1979.

En los años cuarenta y cincuenta, Marx y Engels consideraron la conquista de México por Estados Unidos como un hecho *progresista*, en cuanto de ese modo México, un país desgarrado hasta ese momento por permanentes guerras civiles, e impedido de todo desarrollo, es lanzado al "movimiento histórico". El predominio de Estados Unidos es visualizado en este momento como algo que interesa al desarrollo de toda América.¹³⁷

Sin embargo, a partir de 1861, en conexión con el examen de la guerra de Secesión, Marx modifica estas posiciones. La guerra de Texas, apreciada previamente en términos del avance capitalista sobre el atraso mexicano, es reconsiderada ahora como manifestación de la política expansionista del bloque esclavista sureño.¹³⁸

No obstante esta transformación —limitada, por cierto a ese aspecto de la cuestión—, el texto considerado como matriz del pensamiento marxiano en relación con América Latina es el artículo "Bolívar y Ponte", escrito para la *New American Cyclopaedia*, en enero de 1858.¹³⁹ En este artículo emerge la idea de que el proceso social latinoamericano carece de racionalidad histórica. Ese proceso poseería una índole *contingente*, inexplicable a través de una teorización general, de modo tal que resultaría imposible caracterizarlo más que en términos de un conjunto caótico de hechos arbitrarios e inconexos, subsumibles en las acciones y características de Bolívar, cuya figura, para Marx, se agota en el autoritarismo bonapartista. En este contexto, afloran dos categorizaciones centrales: la caracterización de América Latina como un "pueblo sin historia", y la subsunción del proyecto bolivariano en el proyecto político general del bonapartismo.

La primera categoría tiende a dar cuenta del carácter *contingente* del proceso histórico latinoamericano, entendido como su no incorporabilidad a una racionalidad general capaz de englobarlo y explicarlo. Como hemos expuesto, es justamente por estos años cuando Marx había comenzado a abandonar la idea hegeliana relativa a la existencia de una racionalidad histórica universal —que para él, a diferencia de Hegel, brotaba de la dinámica capitalista. En esta línea, había abierto el horizonte de la búsqueda del carácter específico de la lógica de los procesos históricos, en sus análisis de China y de la India, con toda claridad. Tomando en cuenta esta consideración, no puede menos que plantearse la pregunta de por qué, en este texto sobre América Latina, Marx tiende a retroceder por detrás de estos avances teóricos, resituándose en una perspectiva de tipo hegeliano. Como

¹³⁷ Cfr. *ibid.*, p. 183. También 189-190; 191-197; 202-204.

¹³⁸ Cfr. *ibid.*, pp. 208-214.

¹³⁹ Este artículo permaneció desconocido hasta 1934. Aníbal Ponce lo publicó por primera vez en 1936. Desde 1937 ha aparecido en la recopilación de trabajos de Marx sobre la revolución española.

han señalado diversos investigadores,¹⁴⁰ este movimiento parece estar vinculado con las modalidades específicas que asume en América Latina *la relación entre el Estado y la sociedad civil*, que entra en colisión con la concepción antihegeliana de Marx sobre el Estado. La paradoja consiste en que sería precisamente su concepción antihegeliana del Estado la que conduciría a Marx a retomar la noción de Hegel de "pueblos sin historia". En cuanto a nuestro interés específico, el tema adquiere relevancia tanto por nuestra condición de latinoamericanos, cuanto por ciertas puntualizaciones que de él se derivan en relación con el problema nacional en el pensamiento de Marx.

En efecto, según hemos señalado, para Hegel la existencia histórica de un pueblo está determinada por su formación política, por la constitución de un sistema estatal. Desde este punto de vista, los pueblos latinoamericanos eran pueblos históricos, toda vez que habían llegado, en este momento, a constituir sistemas estatales. Para Marx, por el contrario, la historicidad se sitúa en la dinámica de la sociedad civil, de los movimientos sociales y de la lucha de clases. Lo político y lo estatal constituyen, en esta línea, una expresión del dominio clasístico, o de una correlación de fuerzas de base económico-social. La concepción marxiana del Estado está marcada por su origen antihegeliano, y supone la negativa a dotar de eficacia propia e independiente a la esfera estatal (el privilegio de lo político y la posibilidad de conferir a este ámbito una autonomía relativa no constituye un momento sistemático del pensamiento marxiano, y su efectiva presencia en éste se vincula, como veremos, más bien al análisis de casos específicos).

Pero, justamente, una de las determinaciones históricas más propias del proceso histórico latinoamericano parece haber consistido en una "constitución", de la sociedad civil "desde arriba", desde la esfera estatal, en virtud de la debilidad de las élites dirigentes, y de la ausencia de masas populares autónomas. El rechazo de Marx a reconocer en el Estado una capacidad "productora" de la sociedad civil habría condicionado una *oclusión* de su visión de América Latina. Por ello, habría acabado por negarle toda racionalidad y legalidad históricas, reflatando la idea de "pueblos sin historia" —en ese preciso sentido—, y subsumiendo su dinámica en el proyecto expansionista de Napoleón III (que en la segunda mitad del siglo XIX abanderó sus pretensiones imperialistas con la defensa de la independencia de los Estados latinoamericanos, frente a España e Inglaterra).

El problema teórico central residiría en que Marx personaliza en Bolívar un movimiento histórico real, que considera agotable en la contingencia y

¹⁴⁰ Cfr. Aricó, J. *Marx y América Latina*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1982. También Franco, C. "Presentación" del mismo texto.

el bonapartismo, sin darse a la tarea de investigar, según sus propios principios teóricos-metodológicos, la dinámica efectiva de la lucha de clases, o de las fuerzas sociales en acción en América Latina. Esto le impide reparar en que el proyecto de Bolívar, lejos de agotarse en esas determinaciones, apuntaba a la constitución de un orden político y social capaz de crear las condiciones del despliegue económico, y de detener los múltiples movimientos anárquicos que amenazaban con dar origen a poderes aun más despóticos que la corona española. Ambas eran condiciones para la existencia de los Estados modernos, presentes en el pensamiento de Marx. Frente al fracaso de la solución monárquica, y al desbordamiento de la disgregación de finales de los años veinte, sólo un poder fuertemente centralizado parecía capaz de realizar esto. La forma bonapartista y autoritaria del proyecto bolivariano expresaba, por tanto, no el carácter personal de Bolívar, sino la debilidad de las fuerzas sociales llamadas a realizarlo. La historia de América Latina se caracteriza, en efecto, en ese momento, por la ausencia de una voluntad nacional y popular de las élites criollas que habían encabezado la independencia. Esta debilidad de las élites, aunada a la ausencia de masas populares con un proyecto autónomo, configuran una situación histórica que no favorece la apertura, en el pensamiento de Marx, de un horizonte de búsqueda teórica análogo al que ya había considerado para otros procesos, o a los que consideraría en el futuro —Irlanda, Rusia.

Marx había incorporado ya a la conceptualización del carácter totalizador de la dinámica histórica, a partir del desarrollo capitalista, el análisis de nuevas fuerzas sociales de transformación, a las que atribuía una vitalidad capaz de dar lugar a procesos revolucionarios populares específicos. Los movimientos nacionales eran uno de éstos. Pero su posibilidad de producir transformaciones efectivas estaba ligada a la existencia de unas condiciones económicas, sociales y políticas tales que destacaran una fuerza social capaz de hegemonizar un proceso popular expansivo —regenerador del conjunto de la vida social. En América Latina, por el contrario, el movimiento nacional parecía agotarse en un hecho puramente estatal, dirigido por una minoría que defendía intereses sectoriales, apoyándose en instituciones políticas autoritarias. Las rebeliones de las masas populares, por su parte, estaban dirigidas a rechazar la opresión jacobina de la independencia y carecían, al igual que las élites, de un proyecto de carácter nacional. Se trata de clases dirigentes que identifican la Nación con el Estado —y éste con sus proyectos corporativos—, y de clases populares que no tienen un proyecto de regeneración social de índole nacional. Ninguna fuerza social aparece, por tanto, con la capacidad —que brota de la estructura y de la contradicciones de la sociedad civil— para encabezar un movimiento nacional de transformación social. En América Latina, en suma, lo nacional no era la constitución estatal de un movimiento popular existente, sino una

mera construcción estatal suspendida sobre un tejido social inasible, del que estaba ausente toda voluntad popular.

Esta situación, en el contexto de las modalidades del proceso de constitución de la teorización marxiana, tuvo como saldo un efectivo “desencuentro” de Marx con América Latina. Este desencuentro no deriva, sin embargo, ni de la inexistencia en su pensamiento de un filón nacional y popular, ni de un irrebasable límite eurocéntrico. Los diversos trabajos que hemos examinado impiden tales afirmaciones. En su pensamiento puede rastrearse una perspectiva no agotable en una concepción universalista-economicista, y en tanto que tal eurocéntrica o capitalístico-céntrica de los procesos históricos. Una perspectiva que excede la dinámica exclusivamente clasístico-universal, e incorpora la consideración del conjunto de las masas populares, situándose en un horizonte nacional, popular y democrático específico. Es claro que esta dimensión del pensamiento marxiano está ausente de su examen de América Latina. La explicación de esta falta reside, al parecer, en el carácter particular que adopta la constitución de las naciones latinoamericanas, como proceso exclusivamente estatal y a espaldas de las masas. Ni en la lucha de éstas, ni en la de las élites, destaca la capacidad regeneradora del todo social, que Marx sí descubre en otros movimientos nacional-populares.

Se trata, en todo caso, de un “desencuentro” que confirma la necesidad, para el pensamiento marxista, de reexaminar su capacidad para dar cuenta de las complejas relaciones entre lo universal y lo particular, lo económico y lo político-ideológico en el proceso histórico. Todo lo cual ressignifica y confiere fundamental importancia teórica a la cuestión nacional, en cuanto lugar central de la producción de aquellas mediaciones.

7. Historicidad y revolución en Marx: la cuestión nacional

Durante mucho tiempo, la concepción marxiana sobre la historia y sobre los procesos revolucionarios fue caracterizada como una visión eurocéntrica, y justificada mediante la idea de la índole necesariamente epocal del pensamiento de Marx. Conforme a esta caracterización, Marx habría sido el crítico más radical de la civilización burguesa, pero en cuanto su pensamiento se había desarrollado en el interior del horizonte teórico y vital de ésta, ello le habría impedido aprehender el mundo de los países atrasados y coloniales. Sus reflexiones sobre las sociedades no capitalistas, dependientes o colonizadas, efectivamente existentes, habrían sido, sin embargo, circunstanciales, contradictorias y fuertemente eurocéntricas. Según este esquema, el pensamiento enormemente complejo de Marx queda subsumido en el eurocentrismo, lo que expulsa de su seno la existencia de correcciones,

descubrimientos y perspectivas diversas, vinculadas a su elaboración teórica de cuestiones históricas y políticas de la mayor relevancia. Para esa visión, estos hechos sólo habrían limado algunas aristas, pero sin alcanzar a modificar una concepción europeísta que Marx habría sostenido hasta el final.

Esta lectura del pensamiento de Marx tendió a convertirse en una ideología eurocéntrica, hasta hacer de aquél una *justificación de la expansión capitalista*. Fue el caso de la socialdemocracia europea, por los menos desde la II Internacional, que con el pretexto de la "ortodoxia marxista" apuntaló posiciones colonialistas y racistas en las propias filas del movimiento obrero. La repulsa de Marx por los horrores de la civilización burguesa fue reducida a una anécdota que no afectaba la idea central de la progresividad del capitalismo como fase "necesaria" de la "evolución natural" de las sociedades. La carencia de sistematicidad y autonomía teóricas de los escritos de Marx sobre las sociedades atrasadas no imposibilitaba, ciertamente, esta caracterización.

El triunfo de la revolución rusa, por su parte, tuvo la extraña virtud de corroborar esta lectura. Para los comunistas de la III Internacional constituyó la prueba de la *unidad* del proceso histórico mundial, por encima de sus diferencias. Para la socialdemocracia, la experiencia bolchevique confirmó el rechazo teórico y político de la posibilidad de una transformación socialista de una sociedad atrasada. Pocos sacaron la conclusión de Gramsci, de que se trataba de una "revolución contra *El capital*", que ponía en cuestión una visión ideologizada de los procesos históricos, y situaba a la orden del día un conjunto de problemas, que eran justamente los que preocupaban a Marx desde los tiempos de la I Internacional. La revolución china, las revoluciones anticoloniales de la segunda posguerra, y las revoluciones nacionales y socialistas en los países atrasados en el siglo XX, hicieron estallar, sin embargo, ese esquema de interpretación, que no daba cuenta de la diversidad de un mundo al que, conforme a él, el capitalismo estaba destinado a unificar.

En efecto, el movimiento socialista de filiación marxista se había constituido teórica y prácticamente antes de que fuera conocido el conjunto de la obra de Marx, y sobre la base de algunos pocos escritos suyos y de Engels: el *Manifiesto*, el *Prólogo a la Contribución a la crítica de la economía política*, el primer tomo de *El capital* y el *anti-Dühring*. Leídos desde una perspectiva fuertemente positivista, estos textos conformaron la base de una visión del pensamiento de Marx en términos de *sistema* —que los socialdemócratas europeos de fines de siglo denominaron "marxismo".¹⁴¹ Cuan-

¹⁴¹ Cfr. Haupt, G. "Marx y el marxismo", en *Historia del marxismo*, vol. 2, Barcelona, Bruzguera, 1980.

do años después¹⁴² fue emergiendo la inmensa cantidad de trabajos que Marx y Engels habían realizado en torno al desarrollo mundial del capitalismo, a la política internacional, a la lucha nacional de los pueblos colonizados, etc., se planteó el problema de su incorporación al "sistema" previamente establecido. Esta "incorporación" se llevó a cabo en la siguiente forma: los estudios sobre la colonización capitalista de Asia fueron caracterizados como confirmatorios de la tesis del primer tomo de *El capital*, en la que Marx afirma que los países capitalistas más desarrollados constituyen la imagen del futuro de los menos desarrollados, interpretada en el sentido de la existencia de una ley histórica inexorable hacia la igualación capitalista de las estructuras económico-sociales de todos los países. Los otros textos —sobre Irlanda y Rusia— fueron, por su parte, relegados, bajo la consideración de que se trataba de escritos de circunstancia, sin información adecuada, realizados *pane lucrando*. Así descalificados, no alcanzaron a poner en cuestión una imagen teórica del pensamiento de Marx instituida como verdad oficial. Se desconoció el hecho de que estos textos, por la época y por la problemática que abordan, estaban vinculados a cuestiones fundamentales para la elaboración de la obra teórica central de Marx, *El capital*, y a experiencias políticas decisivas, como la I Internacional.

Recortado de ese modo, *El capital* acabó convirtiéndose, en esa visión, en la fundamentación de una filosofía de la historia, de una teleología de la evolución de las sociedades, en la que cada sociedad emergía de la anterior según un esquema unilineal que desembocaba en el inevitable triunfo del socialismo.

El examen que hemos llevado a cabo, no obstante, da cuenta hasta qué punto esta lectura está en contradicción con lo escrito y pensado por Marx. Tras la derrota de las revoluciones de 1848-50, Marx retoma sus estudios económicos, pero la nueva fase del desarrollo capitalista abierta en ese momento expande de tal manera su perspectiva de análisis que lo obliga a ocuparse de asuntos enormemente diversos. Descubrir la legalidad económica de la sociedad moderna implicaba examinar los nexos internos de la sociedad capitalista en cuanto sistema mundial, ocuparse de las articulaciones entre los países colonizados y las metrópolis capitalistas, y de los nuevos desarrollos de la lucha de clases que ello comportaba. De ahí que más que de una "dispersión" del análisis, que habría afectado desfavorablemente su investigación, se trataba de una labor que constituía un *pre-*

¹⁴² Estos trabajos fueron recopilados parcialmente por Eleonor Marx, en *The Eastern Question*, Londres, 1897. Posteriormente David Riazanov preparó una recopilación exhaustiva de los artículos que Marx y Engels publicaron en *The New Daily Tribune* y en otros periódicos europeos entre 1852 y 1962. Sólo alcanzó a editar dos volúmenes, los *Gesammelte Schriften von Karl Marx und Friedrich Engels 1857 bis 1862*, Stuttgart, Dietz, 1916. De éstos se editó en París una traducción al francés entre 1929 y 1930.

supuesto interno de la investigación. Ésta es la razón por la cual admitir cualquier separación-jerarquización de la unidad original —abierta— que Marx estableció entre el capitalismo desarrollado y el capitalismo colonial y atrasado, conduce a invalidar o silenciar parte de su pensamiento. Esta reivindicación de la unidad original de la obra de Marx obliga a una relectura tendente a establecer las continuidades y las rupturas en el seno de un pensamiento que, en esta perspectiva, no puede ser considerado en términos de un “sistema”, sino como un campo abierto y atravesado por fuertes y múltiples tensiones.

La visión de un Marx eurocéntrico y sistemático se funda, evidentemente, en la presencia efectiva en su obra de una línea de pensamiento en torno a la historia de raíz hegeliana, según la cual ésta es concebida como historia *universal*. Esta historia es producto del despliegue del capitalismo —no de la autoconciencia o del Espíritu—, en cuanto éste es pensado según una dinámica fundada en el permanente desarrollo y universalización de las fuerzas productivas y de las relaciones capitalistas de producción. Esta historia universal posee, además, un carácter *teleológico*: se desarrolla en el sentido del *progreso social*. El capitalismo, y su sujeto fundamental, la burguesía, arrasa con las instituciones y modos de vida precapitalistas, sentando las premisas materiales e ideales de su propia superación. La clase obrera, el otro de sus productos fundamentales, a partir de la índole contradictoria del desarrollo capitalista, se despliega conforme a una dinámica revolucionaria que desemboca en la revolución socialista y el comunismo. Es claro que si el desarrollo histórico encuentra su matriz en la dinámica del capitalismo y de la clase obrera, la clave del devenir histórico ha de ubicarse en los países europeo-occidentales, frente a los cuales los demás no pueden situarse más que como “objetos” de la historia.

Esta línea de pensamiento en torno a la historicidad posee, también, a todas luces, un carácter fuertemente economicista en cuanto implica, tendencialmente, la existencia de un ámbito de relaciones económicas animado de un movimiento y una legalidad propios, que se imponen necesariamente. Su realización constituye la premisa de una dinámica unificadora del mundo, que arrasaría con las formas previas de producción e impondría las nuevas formas económicas y políticas del “modelo” capitalista. Del despliegue de éste, a su vez, a través de la lucha revolucionaria del proletariado, emergería una direccionalidad histórica socialista que acabaría con la prehistoria clasística y estatal de la humanidad. El carácter limitado de la teorización marxiana de las superestructuras político-ideológicas arraiga, en cierto modo, en la presencia de este reduccionismo tendencial.

En textos marxianos como la *Ideología alemana*, el *Manifiesto* o la *Contribución a la crítica de la economía política*, esta visión posee una presencia dominante e incontrovertible. Ella informa a las ideas de Marx en torno a

los procesos revolucionarios del periodo que va hasta la derrota de las revoluciones de 1848-50. Hasta ese momento, como hemos expuesto, Marx confía en el desarrollo de un proceso revolucionario que engloba al conjunto de Europa, en el que convergen las revoluciones proletarias de Francia e Inglaterra, y los procesos revolucionarios democrático-burgueses de Europa oriental. La premisa de la dinámica de ambas es una concepción del capitalismo tal que, por una parte, las burguesías europeo orientales se ven impelidas a una acción destructora de las instituciones políticas y económicas del feudalismo, dando de este modo margen político —la quiebra de la coalición contrarrevolucionaria— a las revoluciones socialistas. Éstas, por otra parte, se despliegan a partir de una lógica que hace del proletariado una fuerza necesariamente revolucionaria, homogénea y universal, tendente a la supresión de los antagonismos clasísticos y nacionales y a la abolición del Estado, y cuyo desarrollo acaba por orientar en sentido socialista a las luchas democrático-burguesas.

El saldo de las revoluciones de 1848-50 resulta ser, sin embargo, la derrota de la clase obrera francesa, la inmovilidad del proletariado inglés, y la frustración de las revoluciones de Europa oriental, en virtud de los límites de sus direcciones burguesas. En particular, del carácter complejo que adquieren las relaciones entre las clases —entre la nobleza, la burguesía revolucionaria y el campesinado, por una parte, y entre ellas y los estratos feudales por la otra. Esta complejización, que pone en cuestión la concepción marxiana en torno al capitalismo, y a las relaciones entre lo económico y lo político, se expresará en el abandono, por parte de Marx, de la idea de la *confluencia* entre las revoluciones socialistas y las democrático-burguesas de los países atrasados de Europa. Estas últimas quedarán ahora *subordinadas* a las primeras, con lo que confirma sus tesis centrales relativas a la dinámica revolucionaria del proletariado de los países capitalistas avanzados. Reconoce, no obstante, que el capitalismo aún no se ha expandido en la amplitud suficiente, y que por tanto la revolución socialista no es actual en Francia. Éste es el caso sólo en Inglaterra, pero aquí la situación política presenta una inercia que lleva a pensar en un largo proceso, incluida una guerra mundial del Occidente “civilizado” contra el Oriente “bárbaro”.

No se produce, por tanto, una revisión de la tendencialidad economicista de su concepción de la lucha de clases y del capitalismo. Y en el lugar de emergencia del carácter problemático de esa visión, justamente el lugar de la *cuestión nacional*, se produce el reciclamiento de la noción hegeliana de “pueblos sin historia”. Hasta este momento, lo nacional aparece en una estricta relación con: 1) el grado de desarrollo histórico, definido desde la superioridad del modo de producción capitalista, y expresado en la sociedad y el Estado modernos (de ahí que la cuestión nacional esté determinada por la lucha por la creación y consolidación de grandes Estados nacionales);

y 2) la proximidad de una revolución europea global: los movimientos nacionales quedan subordinados a la lucha proletaria por la liberación de todos los oprimidos. La *unidad* teórico-política entre lo *nacional* y lo *social* tiene aquí dos supuestos: una teoría histórica del progreso social, y la idea de la existencia del proletariado como clase universal —homogénea, no traspasada por otras determinaciones sociales, económicas, políticas, nacionales, culturales. Ambos supuestos se apoyan en ese componente tendencialmente reduccionista, que subordina la complejidad de la lucha de clases y de lo político —una de cuyas determinaciones centrales es lo nacional— a un proceso histórico universal cuyo centro se halla en la clase obrera de los países capitalistas avanzados.

Pero una vez puesta de relieve esta tendencialidad, se hace imprescindible destacar que es precisamente esta matriz del pensamiento marxiano, la búsqueda de una teorización del modo de producción capitalista, y su compromiso teórico y político con los movimientos revolucionarios, lo que conducirá a Marx, desde los años cincuenta, a cuestionar esa visión, y a abandonarla en los sesenta. En el exilio londinense, cuando comienza la etapa más productiva de su crítica a la economía política —testimonio de la cual son los *Grundrisse*—, Marx aborda el examen del mundo burgués que resulta de la crisis económica del 48, y de la crisis revolucionaria 48-50. La novedad fundamental emergente es la inmensa *dilatación* de la realidad burguesa, cuyo eje es la *expansión colonial* del capitalismo. El análisis marxiano de la colonización inglesa de Asia abre el horizonte del examen, y permite dar cuenta de la interdependencia entre el mundo capitalista europeo y el mundo colonizado, en términos tanto económicos como políticos. Intentar dar cuenta del desarrollo capitalista en un mundo tan *diferenciado* lo obliga a *abandonar la tendencia a una unificación abstracta y formal, de base económica*. El acento se traslada de la progresividad del capitalismo, al ámbito de las posibilidades revolucionarias que abre su desarrollo —un aspecto ya presente en sus análisis previos, pero que adquiere ahora un nuevo lugar teórico. En ese contexto, avanza la hipótesis de la autoemancipación de los pueblos colonizados, del carácter revolucionario y central de sus movimientos nacionales, y de su capacidad para incidir en un sentido revolucionario en Europa occidental.

La relativización marxiana de la visión universalista de la historia, centrada en la concepción del capitalismo expresada en el *Manifiesto*, se produce, con toda claridad, a partir de sus trabajos sobre Irlanda. La idea del carácter *desigual* del desarrollo capitalista da cuenta de una *transformación conceptual*. El dominio mundial del capitalismo, lejos de *uniformar* las estructuras económico-sociales, las *especifica*. Su carácter progresista, reconocido desde el principio como contradictorio y relativo a la apertura de posibilidades revolucionarias anticapitalistas, es cuestionado como atributo

central y general. El “desarrollo” capitalista tiene como efecto el *bloqueo* permanente del desarrollo de las colonias, cuya “caricatura” de capitalismo no constituye una “fase previa” a su acceso a éste como tal, sino una condición estructural que no sólo lo imposibilita a las colonias, sino que constituye un supuesto de la expansión de la metrópoli. De ahí que sostenga, con los fenianos, la necesidad de la separación estatal de Irlanda, y reivindique para ésta la protección aduanera frente a Inglaterra.

La discontinuidad y la desigualdad históricas de la acumulación capitalista afectan también la idea de la “universalidad proletaria”, y la racionalidad del proceso histórico como una “totalidad” centrada en la lucha de la clase obrera de los países capitalistas avanzados. Marx reconoce la *heterogeneidad* del proletariado, y las brechas salariales, políticas e ideológicas que lo afectan a nivel nacional e internacional. Da cuenta, en esa línea, del carácter *nacional* de la conformación del proletariado, en cuanto ésta posee una dimensión política que se implica con las formas de la hegemonía de las clases dominantes.

En suma, esta transformación conceptual abre espacio a un redimensionamiento de la cuestión nacional y de la lucha socialista. Por una parte, no puede confiarse a la clase obrera de los países metropolitanos la liberación de los pueblos colonizados, en virtud del carácter heterogéneo y multilineal del desarrollo histórico capitalista. Y por la otra, en razón de ello mismo, la propia lucha socialista metropolitana puede tener —y, en el caso de Inglaterra, tiene— su precondition en la liberación nacional de la colonia. Esto en virtud de que el desarrollo revolucionario, socialista, de la clase obrera no se deduce ya de una dinámica económica más o menos inexorable, sino que resulta *mediado políticamente*: vinculado al proceso de conformación política interna de la clase obrera, y a las relaciones particulares de ésta con el resto de las clases, en el marco de un proceso político-social *específicamente nacional*.

La subordinación de la clase obrera inglesa a sus clases dominantes —la hegemonía de éstas— traslada la dinámica revolucionaria a la lucha por la liberación nacional que libra el *campesinado* irlandés. Con ello no sólo se ha descentrado, en este caso, el epicentro de la revolución, sino también se ha reivindicado la potencialidad revolucionaria de otras clases distintas al proletariado. Por lo demás, en la agonía de la I Internacional, Marx alcanza a denunciar el *corporativismo* obrero que subyace al *internacionalismo* de clave *abstractamente universal*. Éste, en nombre del fin de las naciones, sólo encubre el desconocimiento de la opresión colonial y el nacionalismo efectivo, en cuanto afán de dominio imperialista. Detrás de la “universalidad proletaria”, advierte ahora Marx en su lucha contra Hales, se esconde la afirmación de determinados “centros nacionales” como sedes del atributo universal de la clase obrera.

Sus escritos sobre Rusia, como hemos señalado, confirman el sentido de estas rectificaciones. Éstas adquieren aquí, sin embargo, una significación teórica más general, en cuanto Marx expresa la repulsa de una lectura de su pensamiento en términos de un esquema universal del proceso histórico, de una filosofía de la historia que generalizara como procesos inexorables los caminos recorridos por las sociedades europeo-occidentales. Reivindica el carácter particular y diverso de los procesos históricos, al punto de considerar la posibilidad de una vía al socialismo que no pasa por el capitalismo, se apoya en formas de producción precapitalistas, y tiene como sujeto al campesinado.

Se trata, efectivamente, de transformaciones radicales con respecto a la concepción marxiana de los años cuarenta. No en el sentido de que pudiéramos sostener la existencia de dos concepciones distintas y opuestas en torno a la historia, al capitalismo y a la revolución, como en cierto modo ha sostenido Renato Levrero desde 1972, y luego Carlos Franco.¹⁴³ En la línea de éstos, se disuelve la unidad de la obra de Marx, de modo tal que la concepción de los años cuarenta, que correspondería a la realidad europeo-occidental, resultaría absolutamente inútil en relación con el resto del mundo. Y la segunda concepción, fundada en los textos sobre Irlanda y Rusia, correspondería a la problemática propia de los países atrasados. El problema reside en que, por un lado, no puede sostenerse que las leyes generales del modo de producción capitalista —entendidas como modelo abstracto, teóricamente válidas en su abstracción, pero que se concretan y especifican en el análisis histórico particular— no sean válidas para los países atrasados. Y, por el otro, esta mera división geográfica no parece permitirnos avanzar mucho en relación con los nexos entre lo universal y lo particular en Marx. Esto sin contar con el hecho de que en esas interpretaciones la relación Irlanda-Inglaterra es transformada en una teoría global que Marx jamás realizó. (Marx puso un extraordinario énfasis en la liberación nacional de Irlanda, en gran medida a raíz de la especificidad de los vínculos entre Inglaterra e Irlanda. Marx y Engels seguían poniendo en la revolución inglesa, en esos años, el grueso de sus expectativas.)

El que no pueda establecerse una división *de ese tipo* no suprime, sin embargo, el hecho de que, particularmente a partir de los años sesenta, se ha producido un conjunto de transformaciones en el pensamiento de Marx, que obligan a dar cuenta de su carácter abierto y complejo, atravesado por múltiples tensiones. En cuanto a la cuestión nacional, esas transformaciones —relativas en lo fundamental a su conceptualización del capitalismo, de la

¹⁴³ Cfr. Levrero, R. "Marx y Engels y la cuestión colonial", en Marx, K. y Engels, F. *Imperio y colonia. Escritos sobre Irlanda, México, Pasado y Presente*, 1979. También Franco, C. *Desarrollo, nación y socialismo*, México, 1981.

historia y de los procesos revolucionarios— conducen a una tendencia a reconocer la existencia de una articulación compleja entre la lucha de clases y lo nacional. Conforme la lucha de clases no es inmediatamente deducida de una dinámica económica y universal, adquiere una evidente *densidad política*, que resignifica la cuestión nacional y da a ésta, tendencialmente, un nuevo contenido. 1) Las luchas por la liberación nacional adquieren cierta *autonomía* respecto de las luchas clasísticas. Esto en el sentido de que no son *reducibles* o subsumibles en la lógica de éstas, considerada a su vez como una lógica *universal* en la que se disuelven los procesos particulares. Y, por tanto, 2) la lucha clasística deja de poder ser pensada al margen del ámbito de lo nacional, en términos de una racionalidad universal independiente, que arraiga en lo económico y desdibuja la densidad de lo político. Estos avances correlativos abren una *nueva perspectiva* al problema de la relación entre lucha de clases y lucha nacional —ese verdadero *punctum dolens*, como dice Aricó, de toda la historia del movimiento socialista.¹⁴⁴

Si, de un lado, la liberación nacional de los países colonizados —su acceso a un Estado independiente— deja de ser una *función* de la revolución socialista en los centros capitalistas, del otro lado deja también de ser un contenido *necesariamente propio* de la lucha burguesa contra la nobleza y el absolutismo. Marx abandona la concepción estratégica de una revolución burguesa, democrática y nacional, que en su segunda fase se desarrolla hacia una revolución proletaria en Europa oriental. La lucha de la burguesía ha mostrado los límites de sus posibilidades en relación con la de la democracia y la cuestión nacional —entrañablemente vinculada a aquélla. El problema nacional se convierte ahora en una tarea incumplida de la burguesía, que se incorpora al proceso revolucionario socialista. Esto es planteado por Marx, particularmente, en relación con Polonia. Marx argumenta a favor de la lucha polaca, en el seno de la Internacional, ya no desde un punto de vista democrático-burgués, sino socialista. Se enfrenta a blanquistas, proudhomianos y bakuninistas, que rechazan la solidaridad con los insurrectos polacos aduciendo el carácter burgués de la cuestión nacional. En el "Manifiesto a favor de Polonia" Marx afirma: "La restauración de Polonia debe ser escrita con letras de fuego en su bandera [la de la clase obrera alemana], después de que los liberales burgueses han borrado de la suya esta gloriosa consigna."

El dominio burgués no se define exclusivamente en términos de la expansión de las fuerzas productivas y de las relaciones capitalistas de producción, sino que implica múltiples alianzas y compromisos económicos, políticos e ideológicos con otras capas no burguesas de la nación. Esto

¹⁴⁴ Cfr. Aricó, J. *Marx y América Latina*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1982, p. 65.

supone procesos diferenciados de articulación de las nuevas formas productivas, políticas e ideológicas con las anteriores, y de las nuevas formas de la lucha de clases con las que brotan de éstas, con la consiguiente *reconfiguración de ambas*. Es el caso de las luchas nacionales en Europa oriental (Polonia), o en Irlanda, en las que éstas adquieren una dimensión tendencialmente socialista, toda vez que la burguesía, en virtud de la especificidad de su proyecto capitalista, no puede realizarla.

La historia concreta del capitalismo remite, de este modo, a un desarrollo desigual y diferenciado. En los países capitalistas desarrollados —donde la cuestión nacional en el sentido del acceso a un Estado propio ya se ha realizado— este redimensionamiento teórico tiene el sentido de plantear lo nacional —en que cobra cuerpo el carácter diferenciado del dominio capitalista— como ámbito de mediación de la dinámica de la lucha de la clase obrera. En primer término, este planteamiento obliga a destacar la índole heterogénea, nacional e internacional de ésta. El proletariado no constituye una clase homogénea desde el punto de vista de sus intereses económicos; además, sus intereses no subsumen inmediatamente los de las otras clases y capas subalternas. El dominio capitalista, lejos de acabar con todo particularismo social y nacional, los *crea y reproduce* en forma *ampliada y permanente*, apoyándose en ellos, en el marco de una *estrategia nacional* específica. La diferenciación interna de la clase obrera, las clases y capas medias —antiguas y nuevas—, y otros intereses subordinados, son reproducidos e impulsados constantemente por la totalidad social capitalista. De ahí que, ahora, la revolución socialista tenga que apoyarse en una tematización de las relaciones políticas e ideológicas entre el proletariado y el conjunto de las clases subalternas. Esto hace aparecer un *nuevo contenido* de la cuestión nacional. Así como la burguesía no fundó su dominación exclusivamente en la dinámica inherente a la estructura económica, tampoco el proletariado podrá hacerlo. El desarrollo histórico efectivo da cuenta de la imposibilidad de proponer una coincidencia inmediata entre los intereses particulares del proletariado y los intereses globales de la sociedad. Se plantea, por tanto, el problema del carácter *nacional* de la *estrategia socialista*. Con ello, la cuestión nacional, en este nuevo sentido, adquiere una relevancia fundamental para la lucha por el socialismo.

Resulta evidente que estos desarrollos apuntan a otorgar un *peso nuevo* a lo *político* y lo *ideológico*, una autonomía relativa fundada en la capacidad de estos ámbitos para configurar específicamente los procesos históricos. Es claro, también, que en los textos marxianos considerados como base de una lectura sistemática —el “materialismo histórico”—, la teorización de la política emana directamente de una conceptualización del capitalismo en la que hay poco espacio para esa autonomía relativa. Lo político es aquí, en gran medida, una re-presentación sostenida por la realidad de las clases y

de la dinámica económica del capitalismo. La matriz de la teorización política marxiana es, justamente, la crítica de la hipótesis —hegeliana— idealista de que el Estado constituye el fundamento del proceso histórico-social. Sin embargo, atravesando esos textos, en los trabajos relativos al análisis de ciertos casos concretos (Irlanda-Inglaterra, Polonia, España, Rusia), Marx abandona el ámbito teórico de la unificación abstracta para dar cuenta de la diversidad de lo real. En estos trabajos no sigue los criterios interpretativos que se deducirían de aquel modelo general, sino que privilegia la autonomía relativa de lo político justamente en lugar de la particularidad, de lo diverso.

Los análisis de Marx de esos casos nacionales no obedecen a una teorización que dé un sentido único o un orden necesario de regularidad al movimiento histórico. Hasta qué punto esos escritos puedan ser considerados como redefinitorios del *corpus* teórico global, y bajo qué condiciones, es una interrogante abierta. Lo que podemos afirmar es que, aun cuando esos textos sean definidos como expresión de tensiones internas, o emergencia de líneas discontinuas en el seno del proceso de constitución de un pensamiento, su relevancia y magnitud teóricas resultan suficientes para rechazar una división entre “obras mayores” y “menores”. En esta discriminación, como sabemos, las “anomalías” tienen el único sentido de demostrar la existencia de una “ortodoxia”.

En lo que concierne a nuestro interés básico, esta consideración nos permite sostener que si bien la cuestión nacional *no* constituye un *núcleo sistemático* del pensamiento de Marx, éste produce una apertura teórica de este problema —que por diversas razones resultó, en el marxismo posterior, reiteradamente desdibujada. No hay en Marx, desde luego, una teoría de la cuestión nacional. La teorización marxiana de la política no alcanza a poseer una *significación nacional*, toda vez que permanece en el ámbito del carácter general-universal del Estado moderno como Estado político, en conexión con la sociedad civil capitalista. De ahí que no podamos encontrar, tampoco, una teorización acerca del carácter nacional de la revolución socialista.

Sin embargo, el análisis que hemos realizado deja ver hasta qué punto, en sus análisis concretos, Marx *abre* estas cuestiones en términos de *problemas*, de líneas de trabajo en cuyo desarrollo parece descansar en gran medida el peso de un pensamiento lanzado al compromiso con una transformación socialista, la magnitud de cuya complejidad le era ya en alguna medida perceptible.

II. LA CUESTIÓN NACIONAL EN LA II INTERNACIONAL

La II Internacional fue fundada en 1899, en un contexto de exacerbación de todos los conflictos nacionales, y sin que la mayor parte de los análisis y apuntes programáticos de Marx y Engels al respecto —especialmente sus escritos en torno a Irlanda y a Rusia— formaran parte de su herencia teórica. La elaboración teórica y política de la Internacional sobre la cuestión nacional se centró en el principio abstracto de la igualdad formal de las naciones —el derecho a la autodeterminación nacional—, que sin un examen relativo a los contenidos de la explotación y la subordinación económico-social entre las naciones, resultó insuficiente para abordar con una perspectiva socialista los múltiples problemas nacionales que hubo de confrontar. Por una parte, aquel principio resultó limitado para organizar una política adecuada respecto de la problemática de las nacionalidades del oriente europeo, que emerge en ese momento histórico. Y por la otra, tras el liberalismo burgués de esa invocación a la igualdad formal, termina por imponerse el nacionalismo de las naciones imperialistas, que a finales de siglo irrumpe en la socialdemocracia bajo las formas del patriotismo y del darwinismo social.

Los conflictos en el seno de la Internacional, que se desarrollan a un ritmo muy rápido, son de dos órdenes. En los países capitalistas avanzados se desarrolla un *nacionalismo* de defensa del Estado existente, que entre los obreros adquiere el carácter de defensa de la condición obrera nacional. Este nacionalismo conquista a la clase obrera, integrada al Estado sobre todo a través del sindicalismo. En Europa occidental sólo en Irlanda la cuestión nacional manifiesta un significado distinto, en cuanto movimiento de liberación. Por su parte, en Europa central y oriental se plantea la cuestión de las nacionalidades. Esto ocurre especialmente en el imperio austrohúngaro, pero también en Rusia y en los países del Mediterráneo oriental, no sólo en virtud del abanico de nacionalidades existentes, sino asimismo co-

mo consecuencia de las transformaciones económicas. Con el desarrollo capitalista cambia la composición nacional de las poblaciones urbanas, al tiempo que aumentan las disparidades regionales, lo que tiene profundas consecuencias para el movimiento obrero, que incorpora y expresa esta nueva problemática.

El debate sobre la cuestión nacional en el seno de la Internacional se abre en el Congreso de Londres en 1896, que vota, casi a hurtadillas, el derecho a la autodeterminación nacional, sin definir sus alcances concretos. La prioridad es otorgada al movimiento obrero de los países avanzados —el tema de Polonia es marginal, al tiempo que total el silencio en torno a Irlanda. En ese mismo año, como veremos, Bernstein interpretará aquel derecho en términos del derecho al libre desarrollo de los grandes pueblos de la cultura europea “civilizada”.

En 1899 se realiza el Congreso de Brno, en el marco de una inmensa presión de los movimientos de las nacionalidades de Europa central y oriental. Todas las propuestas apuntan a una solución federal, pero el debate concluye con un tortuoso texto de compromiso, que habla de territorios nacionales autónomos sin definir concretamente el carácter de la autonomía.

Tras el Congreso de Brno, el centro de la discusión se traslada a Rusia; en 1903 el Partido Bolchevique incorpora a su programa el conocido punto 9, que reconoce el derecho a la autodeterminación nacional en términos del derecho a la separación estatal. Mientras en Occidente el proceso de integración del movimiento obrero a sus respectivos Estados imperialistas avanza —como lo demuestran el reformismo sindical y la crisis revisionista de los partidos cuyos progresos electorales parecen abrir perspectivas de gobierno—, la revolución se prefigura en Oriente. En Occidente sólo la izquierda internacionalista pone la revolución a la orden del día. En la Europa central y balcánica, especialmente en Rusia, en cambio, la revolución parece inminente. El estallido de 1905 constituye un punto de ruptura en relación con la cuestión nacional.

Los marxistas ortodoxos, con Kautsky a la cabeza, esperaban, de modo más o menos pasivo, el derrumbe del capitalismo bajo el peso de sus tendencias internas —con lo que el poder caería en manos de la socialdemocracia.

Mientras tanto, en la política cotidiana concreta, ganaban terreno el chovinismo de gran potencia y las tendencias a la integración imperialista, en un contexto en el que el advenimiento del imperialismo había intensificado todos los conflictos nacionales, y resultaba manifiesta la total insuficiencia del principio formal de la autodeterminación nacional abstracta.

El impulso más importante para la elaboración de los problemas nacionales provino de los grandes Estados multinacionales, y de las regiones

donde las disputas nacionales amenazaban con romper la unidad del proletariado: Prusia polaca, Austria-Hungría y Rusia. Kautsky realizó contribuciones importantes al debate, en conexión con su experiencia checo-austriaca. A partir de los conflictos del socialismo polaco Rosa Luxemburgo elaboró las posiciones del marxismo radical. Pero los aportes más significativos vinieron de Austria —Otto Bauer— y de Rusia —Lenin. El austromarxismo se pronunció por el reconocimiento de las aspiraciones de las nacionalidades oprimidas, a condición del mantenimiento de las instituciones estatales existentes. El derecho a la autodeterminación fue caracterizado en términos de una autonomía cultural que se reveló incapaz de sostener la unidad del imperio austrohúngaro. El reconocimiento bolchevique del derecho de las nacionalidades oprimidas a la separación estatal constituyó una propuesta con mucha mayor perspectiva histórica, que entroncó con las tendencias a la descolonización y a la formación de nuevos Estados, dominante en el siglo XX. A raíz de ello, la concepción leniniana ejerció una enorme influencia en el marxismo posterior, mientras que la posición de Bauer acabó siendo soslayada.

Expondremos a continuación el tratamiento teórico que dio la II Internacional a la cuestión nacional, a través de las diferentes corrientes interpretativas que se desarrollaron en su seno a partir del análisis de las causas y de la caracterización del imperialismo. En grandes líneas, estas corrientes fueron: la llamada por Lenin “social-imperialista” —socialista de palabra e imperialista de hecho—, sustentada por el revisionismo; la marxista “ortodoxa”; la austromarxista; la de la izquierda radical, y dentro de ésta la bolchevique. Como es obvio, en el interior de cada una de estas tendencias hay multiplicidad de matices cuyo tratamiento específico exigiría un análisis por autor, que no es el caso desarrollar aquí. Nos limitaremos, por tanto, a trazar ciertas coordenadas teóricas para ubicar los problemas fundamentales.

1. Las corrientes teórico-políticas en torno a la cuestión nacional: el revisionismo

A finales del siglo pasado, en el marco del creciente desarrollo del capitalismo europeo, al tiempo que del fortalecimiento cuantitativo y cualitativo de la clase obrera, de sus organizaciones sociales y políticas —los partidos socialistas, particularmente el Partido Socialdemócrata Alemán—, aparece dentro del marxismo alemán la tendencia llamada revisionista. Esta corriente, encabezada por Eduard Bernstein, plantea la necesidad de revisar ciertas posiciones básicas del análisis marxista en torno al capitalismo. Considera,

en primer lugar, que la anarquía de la producción capitalista ha sido superada a través del desarrollo de un "capitalismo organizado" que se manifiesta en los cárteles y los *trusts*. Con ello, se ha eliminado la causa fundamental de las crisis periódicas del capitalismo. Por su parte, la emergencia de sindicatos y de partidos socialistas de la clase obrera, con un importante poder social y político, confirma el carácter innecesario de la revolución proletaria: la sociedad capitalista se iría transformando progresivamente, por medio de reformas sociales, en una sociedad socialista. En este horizonte de amplia democratización de la sociedad capitalista, por vía esencialmente de la expansión del lugar de la socialdemocracia en la vida política, la clase obrera superaría su índole marginal respecto a la nación, conquistando para sí una posición determinante en ésta.

El mismo año en que inicia la revisión teórica del marxismo clásico, Bernstein manifiesta la concepción de esta corriente en torno al colonialismo. En un artículo de la revista *Die Neue Zeit*, órgano del Partido Socialdemócrata Alemán, titulado "La socialdemocracia y los disturbios turcos" (1869-1897), Bernstein renuncia, por primera vez en la historia del marxismo, a la condena del colonialismo, en nombre del derecho de la civilización a someter a los pueblos incultos y atrasados, y llega incluso a elogiar la política colonial británica.¹⁴⁵ Según esta visión, el colonialismo comporta excesos y abusos ciertamente condenables —algunos "elementos negativos". Sin embargo, en virtud de la influencia del Partido Socialdemócrata en el parlamento, éstos podrán ser controlados y eventualmente eliminados. En este sentido, en la sociedad socialista por venir sólo perdurarían los "aspectos positivos" del colonialismo, que favorecerían a la clase obrera y a la civilización en su conjunto, al tiempo que se garantizaría la supervivencia de las poblaciones coloniales. De este modo, el socialismo no liquidaría el colonialismo —toda vez que "la cultura más elevada tiene también el derecho más elevado". Se limitaría a "humanizarlo".¹⁴⁶

La estrategia revisionista en torno al problema colonial se centra en lo que llama una "política colonial positiva", no en la condena del colonialismo, en cuanto no define a éste en conexión con el *capitalismo*, sino en relación con los intereses del "hombre moderno" y del "desarrollo industrial". El holandés van Kol, que encabezó desde 1900 las comisiones de la Internacional para la cuestión colonial, en su trabajo para el Congreso de Ámsterdam (1904) sostiene la necesidad de mantener las posiciones colo-

¹⁴⁵ Cfr. Bernstein, E. "La socialdemocracia y los disturbios turcos", en Bernstein, E. y otros. *La Segunda Internacional y el problema nacional y colonial*, México, Pasado y Presente, 1978, pp. 48-49.

¹⁴⁶ Cfr. *ibid.*, p. 150.

niales aun en el socialismo, en virtud tanto de la incapacidad de las colonias para autogobernarse,¹⁴⁷ como de la responsabilidad de la clase obrera de garantizar, en interés de la humanidad, la explotación de las riquezas del planeta.¹⁴⁸

Estas tesis se articulan con la concepción revisionista del imperialismo. La expansión de éste, manifiestamente observable a partir de las postrimerías del siglo XIX, no era considerada como producto del despliegue capitalista, sino como resultado del desarrollo de la "sociedad industrial moderna", por donde la condena del colonialismo o del imperialismo devenía equivalente a una recusación del progreso histórico y de la civilización en general. La argumentación revisionista expresa las grandes líneas ideológicas de los países imperialistas, y se limita a completar éstas con algunas tesis tendentes a sustentar una política colonialista "socialista" de carácter "positivo". Sobre la base de una concepción histórica fatalista, de raíz evolucionista, según la cual el capitalismo es una etapa ineluctablemente necesaria del proceso histórico,¹⁴⁹ van Kol llega a sostener que

es nuestro deber no detener el desarrollo capitalista, ya que éste constituye una fase inevitable de la historia de la humanidad. Nosotros hasta podemos facilitar este proceso tratando de mitigar sus dolores... La influencia del partido socialista en la metrópoli deberá proteger a los aborígenes... mediante reformas sociales...¹⁵⁰

Esta tendencia de la Internacional creció al ritmo de la expansión del nacionalismo imperialista y de la integración burguesa de la clase obrera en los países capitalistas avanzados de Europa occidental. En 1907, año en que presenta una resolución que compendia lo esencial de sus tesis ante el Congreso de la Internacional, el revisionismo obtiene 108 votos a favor y 127 en contra, lo que pone de manifiesto hasta qué punto esas tendencias se habían extendido en el seno del movimiento socialista internacional.

2. La ortodoxia

Hasta 1907 el revisionismo se enfrentó con el "marxismo ortodoxo", corriente dirigida por Karl Kautsky, quien antes de iniciar esta confrontación había sostenido tesis que confluían años más tarde con el revisionismo.

¹⁴⁷ Cfr. Van Kol, H. "Sobre la política colonial", en Calwer, R. y otros. *La Segunda Internacional...*, *op. cit.*, segunda parte, p. 24.

¹⁴⁸ Cfr. *ibid.*, p. 31.

¹⁴⁹ Cfr. *ibid.*, p. 32.

¹⁵⁰ Cfr. *ibid.*, pp. 32 y ss.

En una carta a Engels del 11 de mayo de 1882, Kautsky expone la idea de que la posesión colonial de la India por la clase obrera inglesa sería de utilidad tanto para los hindúes —que de este modo evitarían caer en el despotismo, al tiempo que podrían evitar la fase capitalista y acceder directamente al socialismo—, como para el proletariado inglés —en cuanto la India continuaría proveyendo de las materias primas necesarias para la industria.¹⁵¹ La respuesta de Engels es concluyente: “Una cosa es indudable: el proletariado triunfante no puede imponer ‘felicidad’ alguna a ningún otro pueblo sin socavar con este acto su propia victoria.”¹⁵² Sin embargo, el producirse la emergencia abierta del revisionismo, Kautsky atacará las tesis relativas al colonialismo socialista, colocándose en una posición marxista tradicional, de condena por principio a toda forma de colonialismo. No obstante, no desarrollará ésta en conexión con las nuevas condiciones históricas, soslayando, asimismo, ciertas tesis ya presentes en Marx, como la de la relación entre la lucha socialista de la clase obrera europea y la lucha nacional de los pueblos coloniales y dependientes. Particularmente graves serán, por lo demás, las consecuencias de la concepción kautskiana en torno a la nueva fase imperialista, que gravitarán decisivamente en la posición de la II Internacional sobre la cuestión nacional.

En 1897-1898 Kautsky sostiene la idea de que existen dos políticas colonialistas diferenciadas. Una “vieja”, propia de los siglos XVII y XVIII, encabezada por los terratenientes, el ejército, los comerciantes y la burocracia, centrada en la apropiación violenta —o por vía del monopolio comercial—, sin compensación, de los productos de las colonias. Y una “nueva” política colonial, la actual, dirigida por el capital industrial, que considera a las colonias como mercados para la industria europea, y que tiene sobre aquellas un efecto filantrópico y civilizador.¹⁵³ El capitalismo industrial inglés se encuentra, para Kautsky, enfrentado a los intereses colonialistas tradicionales, a través de la defensa del libre cambio y de una política pacifista, por donde su dominio resulta incompatible con el colonialismo como tal. En este sentido, el colonialismo es la política del “viejo Estado aristocrático”, y pertenece a la fase del capitalismo mercantil y violento, opuesto al capitalismo manchesteriano, librecambista y pacifista.¹⁵⁴ Como es evidente, Kautsky subestima en su análisis la cuota de violencia armada de la expansión internacional del capitalismo industrial, que no excluyó al colonialismo, ni atenuó su carácter explotador. A raíz de ello, las luchas de liberación

¹⁵¹ Cfr. Karl Kautsky a Federico Engels, *M.E.W.*, vol. 35, pp. 518-519.

¹⁵² F. Engels, a Kautsky, 12 de septiembre de 1882, *M.E.W.*, vol. 35, p. 358.

¹⁵³ Cfr. Kautsky, K. “Vieja y nueva política colonial”, en Bernstein, E. y otros. *La Segunda Internacional...*, op. cit., p. 91.

¹⁵⁴ Cfr. *ibid.*, p. 93.

nacional, su agudización y su conexión con las luchas revolucionarias de la clase obrera europea, no ocupan en el examen kautskiano espacio alguno. En éste, la concepción sobre el colonialismo enlaza directamente con su interpretación de la nueva expansión imperialista. En la línea de su reivindicación del capital industrial, y confrontándose con el revisionismo —para el cual la expansión imperialista es un producto del progreso de la industria—, Kautsky sostiene que el imperialismo es una consecuencia no del desarrollo capitalista, sino de su *subdesarrollo*:

Si se pone mayor atención, se percibe que no fueron las necesidades del desarrollo industrial las que crearon la fase más reciente de la política colonial, sino, por una parte, las necesidades de aquellas clases sociales cuyos intereses se contraponen con los del desarrollo económico y, por otra parte, las necesidades de los Estados cuyos intereses están en contradicción con el progreso de la civilización. En otras palabras, al igual que la política aduanera proteccionista, la fase más reciente de la política colonial es obra de la reacción; no es en absoluto necesaria para el desarrollo económico, sino por el contrario, perjudicial en muchos aspectos. Esta política no proviene de Inglaterra, sino de Francia, Alemania y Rusia; por lo general, Inglaterra sólo participa... a la defensiva.¹⁵⁵

Para el Kautsky de 1898, la gran industria no está interesada en la expansión colonial. No reconoce que el imperialismo, la nueva fase capitalista, se caracteriza por el dominio del capital financiero —producto de la unión de los bancos con el capital industrial—, ni percibe cómo la competencia monopolista, iniciada la dinámica expansiva, impide la sustracción de ninguna potencia a esta necesidad compulsiva de acumulación, en que consiste el imperialismo.

La ortodoxia sostenía, por tanto, que las guerras imperialistas, en cuanto no necesarias al desarrollo capitalista, podían ser evitadas. Por su parte, en cuanto a la lucha socialista, de las tesis de Kautsky se desprendía que Inglaterra era el único país en el que el capitalismo industrial constituía la fuerza dominante, de donde deducía que sólo ahí éste podía ser superado, de modo inminente, en un sentido socialista. En el continente el capitalismo tenía aún una labor progresista que realizar contra las fuerzas absolutistas, clericales y militaristas. De ahí que la socialdemocracia, si bien debía luchar contra el capitalismo, tenía también que alinearse en su defensa contra la reacción.¹⁵⁶

En relación con las luchas nacionales de los pueblos coloniales, la interpretación de Kautsky conduce a la socialdemocracia a apoyar la libertad

¹⁵⁵ *Ibid.*, p. 95.

¹⁵⁶ Cfr. *ibid.*, pp. 99 y ss.

de comercio, como vía para lograr la supresión de los antagonismos entre las potencias capitalistas y garantizar la paz: en 1900, el congreso del Partido Socialdemócrata Alemán realizado en Maguncia adopta la resolución presentada por el marxismo ortodoxo, que impulsaba el principio de "puertas abiertas", contra las esferas de interés en China y en los territorios extraeuropeos.

En un contexto de creciente belicismo y de chovinismo en expansión en todos los países capitalistas, la socialdemocracia intentaba, en suma, retornar al pasado liberal, en lugar de encabezar la lucha revolucionaria por el socialismo y la solidaridad con la resistencia antiimperialista de los pueblos coloniales. En los hechos, renunciaba a una política revolucionaria en el continente europeo, al tiempo que dañaba los intereses nacionales de los pueblos colonizados. El principio de "puertas abiertas" no significaba sino la reivindicación de la libre entrada de todas las potencias imperialistas en los mercados coloniales.

En 1905, año crítico en el movimiento socialista internacional, en que se pone en evidencia la insuficiencia de las interpretaciones existentes en torno al imperialismo, así como de las posturas políticas derivadas de ellas, Kautsky y Parvus modifican su posición, y concluyen que el imperialismo constituye la forma más moderna del capitalismo. Parvus infiere del análisis de Hobson sobre el imperialismo el carácter inevitable de las guerras imperialistas, y la necesidad de impulsar la lucha socialista. Kautsky, en cambio, sostiene que existe aún una alternativa no imperialista del capitalismo, anterior al socialismo. A partir de esta tesis, completada con la teoría del ultraimperialismo, que se centra en la idea de una fase posimperialista del capitalismo, Kautsky apuntala la tendencia llamada *centrista*, que dirige a partir de 1907. El centrismo se aproxima a las posiciones del revisionismo. Se opone a la política colonial, pero sólo en cuanto a su forma, reivindicando el derecho de los Estados imperialistas a la explotación "igualitaria" de las colonias —con especial referencia al uso de este derecho por Alemania. Adopta, en general, posiciones que terminan por acompañar al nacionalismo burgués ya dominante en todas las naciones europeas industrializadas, y que ha permeado a grandes capas de la clase obrera, como vendrían a demostrarlo las elecciones parlamentarias alemanas de 1907.

3. La izquierda radical

Unos años antes de la Primera Guerra Mundial, el marxismo revolucionario se transforma en una corriente minoritaria en el seno de la Internacional. Su plataforma básica estriba en la caracterización del imperialismo como una fase nueva y superior del capitalismo, sólo superable a través de la

revolución socialista. A partir de esta consideración esencialmente correcta realiza, sin embargo, un análisis en extremo cuestionable del problema nacional.

Para esta tendencia, la emergencia del imperialismo implica el cierre de la etapa de las revoluciones *democrático-burguesas*, del que deduce la conclusión correlativa de la época de los *movimientos nacionales*. Los problemas de opresión nacional sólo serían ahora solucionables a través de la lucha socialista internacional del proletariado, toda vez que en el contexto imperialista resulta irrealizable la *autodeterminación nacional*. Las luchas nacionales no tienen otra perspectiva que transformarse en instrumentos de las naciones imperialistas, y finalmente en parte de las guerras entre éstas —como había ocurrido con la lucha por la liberación nacional del pueblo serbio, motivo inmediato del desencadenamiento de la primera guerra. Las naciones oprimidas debían, por tanto, esperar a ser liberadas por la clase obrera de los países desarrollados. La solución no podía incluir los intereses nacionales, y estaba más bien orientada a combatirlos.

La Primera Guerra estalla en julio de 1914. El 4 de agosto es debatida en el Parlamento alemán la cuestión de los créditos de guerra. Enfrentado a la disyuntiva entre el internacionalismo proletario y los intereses nacional imperialistas alemanes, el PSDA decide por los segundos. En su declaración, la fracción parlamentaria argumenta a partir de la necesidad de defender la libertad y la independencia del país frente al despotismo ruso, y fundamenta su opción por el Estado nacional alemán en el *derecho a la autodeterminación nacional*:

Aplicamos un principio sobre el que siempre hemos insistido: a la hora del peligro no abandonamos a nuestra patria. Nos sentimos por ello de acuerdo con la Internacional, que en todo momento ha reconocido el derecho de cada pueblo a la independencia nacional y a la autodefensa, del mismo modo que condenamos de acuerdo con ella toda guerra de conquista. Inspirados por estos principios, votamos los créditos de guerra solicitados.¹⁵⁷

El razonamiento de los socialistas amenazados por Alemania era del mismo tenor. En todos los casos —Francia, Bélgica, Austria— se establecía una íntima conexión entre la posición revisionista de defensa de la nación imperialista —expresión del progreso y la civilización— y el derecho de cada nación a la autodeterminación, principio fundamental de la Internacional Socialista.

Lo esencial de la aparente coherencia de este razonamiento residía en hacer pasar la guerra imperialista para la conquista de posiciones interna-

¹⁵⁷ Cfr. Declaración del grupo parlamentario del PSDA, 4 de agosto de 1914, en Luxemburgo, Rosa. *La crisis de la socialdemocracia*, México, Roca, 1972, p. 25.

cionales, de que se trataba, por una guerra de autodefensa nacional. Una gran parte del marxismo revolucionario quedó preso de esta lógica, y acabó por rechazar, junto con la política imperialista de "defensa de la patria", el derecho a la autodeterminación nacional: éste conducía necesariamente a aquélla. Paradójicamente, por tanto, en lo que respecta a la cuestión nacional, este sector de la izquierda radical terminó por quedar ubicado cerca del revisionismo, en cuanto recusaba las luchas por la liberación nacional. Es el caso de Rosa Luxemburgo, en cuyo trabajo *La cuestión nacional y la autonomía* (1908) se apoyó el combate del marxismo radical contra el principio de autodeterminación nacional. En este texto, Rosa se opone a la tesis tradicional del marxismo, según la cual el desarrollo capitalista conduce a la formación del Estado nacional, que constituye la forma más propia de la dominación capitalista. Para Rosa Luxemburgo la forma más adecuada al capitalismo no sería el Estado nacional, sino el "Estado conquistador supranacional". Por tanto, la reivindicación de un Estado nacional independiente, o de la independencia económica, equivaldría a contrariar el proceso histórico, cuya tendencialidad consistiría en una centralización estatal creciente que implicaría a un número cada vez mayor de naciones. La lucha debía centrarse, por tanto, en superar el carácter capitalista de ese Estado, no en combatir su forma en cuanto tal. Para apuntalar sus tesis, Rosa apela —lo mismo que los revisionistas— a los artículos de Marx y Engels de la *Neue Rheinische Zeitung*, interpretando la tesis marxiana sobre la tendencia capitalista a la centralización —que refiere específicamente a la constitución del Estado nacional— en el sentido del Estado supranacional. Recicla, además, en condiciones históricas absolutamente diferentes, la idea de Marx sobre la inevitable desaparición de los eslavos meridionales. Pero en el siglo XX las naciones que en la época de Marx encabezaban las revoluciones democrático-burguesas se habían transformado en potencias imperialistas. Con ello, habían dejado de constituir una opción histórica revolucionaria, y frente a ellas la lucha nacional de los pueblos eslavos se erigía en puntal del movimiento progresista de la historia.

Las posiciones de Rosa Luxemburgo en torno a la cuestión nacional, que no brotan del revisionismo sino de la aspiración a una interpretación revolucionaria del marxismo, sólo pueden ser comprendidas desde la perspectiva de la problemática del movimiento nacionalista polaco, en el marco de la exacerbación del nacionalismo imperialista europeo. A fines del siglo XIX, la situación europea teorizada por Marx había cambiado radicalmente, y no resultaba posible seguir sosteniendo las posiciones marxianas sobre Polonia. Con el propósito de dar cuenta de las nuevas condiciones históricas, Rosa elabora entre 1895 y 1896 una serie de artículos que fundamentan una redefinición de la política socialista en relación con Polonia. La Rusia zarista, a partir de la derrota de la guerra de Crimea, de la liberación

de los siervos y del veloz desarrollo capitalista, había dejado de constituir el baluarte de la reacción europea. Por su parte, la emergencia del movimiento revolucionario ruso desde los noventa había conducido a un desplazamiento del eje contrarrevolucionario: era Alemania la que ahora contribuía a sofocar la revolución rusa y a mantener el absolutismo de los zares.¹⁵⁸ Por lo demás, en Europa occidental no se trataba ya del desarrollo de revoluciones democrático-burguesas. El proletariado había desplegado su propio programa, lo que se expresaba en la expansión de los partidos socialdemócratas, el más importante de los cuales era el alemán.

Las transformaciones internas de Polonia no eran menos radicales. Las clases dominantes polacas habían abandonado el proyecto de constitución de un Estado nacional polaco, y según el análisis de Rosa Luxemburgo sólo la intelectualidad burguesa continuaba sosteniendo un programa nacional. Carente de base social, esa intelectualidad —a la que Rosa llama "socialpatriota"— se había hecho socialista con el objeto de instrumentar a la clase obrera polaca en función de su patriotismo pequeñoburgués. El proletariado polaco estaba integrado al movimiento obrero alemán, ruso y austriaco, por lo que para Rosa Luxemburgo la reivindicación nacional no tiene ya el sentido de dinamizar políticamente al proletariado, sino de frenarlo, debilitarlo y dividirlo con respecto a la clase obrera alemana, rusa y austriaca. La cuestión nacional no coincide ya, para ella, con los intereses del movimiento obrero en Polonia. A partir de este examen, las tesis de Luxemburgo apuntan a desbaratar el nacionalismo del Partido Popular Socialista —fundado en 1893—, que se aferra a las posiciones de Marx y Engels de mediados de siglo, soslayando las transformaciones históricas. El análisis de Rosa yerra, sin embargo, en lo que compete a cuestiones fundamentales. Niega, en primer lugar, el carácter efectivo del problema nacional en Polonia, de modo tal que éste termina por parecer una mera fantasía pequeñoburguesa de la intelectualidad, sin reparar en que la situación polaca no comporta una simple integración socioeconómica, sino una anexión a otros Estados. Por otro lado, el abandono de la cuestión nacional por las clases dominantes polacas es interpretado por Rosa Luxemburgo como una confirmación de que las contradicciones nacionales tendían en general a desaparecer. De ahí que se opusiera no sólo a reivindicar la reunificación nacional polaca en el programa socialista, sino que llegara a considerar irrelevante el problema de la dominación nacional. De esta forma, ella se sitúa en las antípodas de la tendencia histórica general de ese momento, caracterizada por el creciente agravamiento de las contradicciones nacionales y por la agudización de ese problema al interior de

¹⁵⁸ Cfr. *ibid.*, pp. 92-94.

la lucha de clases. Toda vez que el PPS apuntalaba sus posiciones destacando su coincidencia con la resolución de 1896 de la Internacional —que proclamaba el derecho a la autodeterminación nacional—, y con la postura de la socialdemocracia rusa, que había hecho lo propio en 1903, Rosa Luxemburgo acabó confrontándose en bloque tanto con las posiciones de la Internacional como con las de la socialdemocracia rusa.

4. Los aportes de Lenin

La posición de Lenin constituye la única, en el seno de la II Internacional, que rebasa la conceptualización *liberal* del derecho a la autodeterminación nacional, confiriendo a éste un contenido histórico concreto en conexión tanto con el desarrollo capitalista como con la revolución socialista. Lo esencial del aporte de Lenin reside, en este sentido, en la articulación que establece entre ese derecho democrático-burgués y la lucha socialista internacional de la clase obrera. En primer término, a diferencia del marxismo radical, Lenin sostiene el derecho a la autodeterminación nacional, definiéndolo en un sentido fuerte —a distancia de la mera autonomía cultural del austromarxismo, o del federalismo abstracto de Kautsky— como derecho a la constitución de un Estado independiente. Pero, en segundo lugar, rechaza la dicotomía entre la unidad nacional y la unidad internacional de la clase obrera —presente en el PPS—, en cuanto la unidad nacional queda integrada a una perspectiva estratégica socialista e internacionalista.

Lenin establece una diferencia entre el derecho a la separación estatal —que debe ser sostenido como principio—, y la efectiva reivindicación concreta de una separación real específica —determinación que debe adoptarse según el caso, en vistas del escenario histórico concreto.¹⁵⁹ A este respecto, Lenin distingue tres tipos principales de países: a) los países capitalistas avanzados de Europa occidental y los Estados Unidos, en los que los movimientos nacionales burgueses progresistas ya han acabado, y que constituyen potencias que oprimen a otras naciones. En este caso, la tarea de la clase obrera es la misma que tenía la clase obrera inglesa en el siglo XIX en relación con Irlanda, ya teorizada por Marx. b) Los países de Europa oriental (Austria, los Balcanes y Rusia). En éstos, la dinámica histórica consiste en la exacerbación de las luchas nacionales democrático-burguesas. El proletariado no puede avanzar aquí en su programa socialista sin defender el derecho de las naciones a la autodeterminación. El mayor desafío reside

¹⁵⁹ Lenin, V.I. "Resolución sobre el problema nacional", abril de 1917, en *Obras completas*, Madrid, Akal, 1977, t. xxv, pp. 263-264.

en articular la lucha de la clase obrera de las naciones opresoras con las de las naciones oprimidas. c) Los países semicoloniales (China, Persia, Turquía y todas las colonias). En estas regiones los movimientos democrático-burgueses están comenzando, y los socialistas deben no solamente sostener una política anticolonial centrada en la autodeterminación nacional, sino también apoyar las tendencias más revolucionarias de los movimientos de liberación nacional.¹⁶⁰

Evidentemente, la situación teórica y políticamente más compleja se presenta en los países de Europa oriental, los *Vielvölker Staaten*, en los que la nación oprimida y la opresora conforman una unidad territorial, y la separación estatal implicaría la escisión del movimiento obrero —que, a la sazón, posee un desarrollo enorme. ¿Cómo es posible, en estas condiciones, articular la lucha contra la opresión nacional con la lucha por la unidad proletaria, superando las posturas dicotómicas representadas tanto por Rosa Luxemburgo como por el PPS? La respuesta leniniana consiste en reivindicar el derecho a la separación estatal de las naciones oprimidas respecto a las opresoras, al tiempo que impulsar la unión de la clase obrera de las primeras con la de las segundas, en el marco de la constitución de una *república socialista mundial*.¹⁶¹ La clase obrera socialista debe integrar la lucha que libra el proletariado de la nación oprimida junto a su burguesía nacional por constituir un Estado independiente. Pero tras alcanzar esto, los socialistas pugnarán por conformar una república socialista —mientras que la burguesía tratará de mantener el Estado nacional separado. Esto significa que el movimiento de unificación supone dos condiciones: el acceso a la independencia de la nación oprimida, y la transformación, en el entreacto, de la nación opresora en una república socialista. Lenin sintetiza su posición en la consigna: separación del Estado imperialista y unificación en una comunidad estatal socialista.

El análisis leniniano del problema nacional se centra en la opresión política directa. El derecho a la autodeterminación consiste en el derecho a la autodeterminación política.¹⁶² Ello implica que el problema de la opresión económica indirecta no queda encuadrado en el problema nacional, de ahí que los países de América Latina no estén incluidos en su esquema. Esto no significa que Lenin desconociera la cuestión, a la que se refiere en *Una caricatura del marxismo y el "economismo imperialista"* donde menciona

¹⁶⁰ Cfr. Lenin, V.I. "La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación", en *op. cit.*, t. xxiii, pp. 249-250.

¹⁶¹ Cfr. Lenin V.I. "Discurso sobre el problema nacional", en *op. cit.*, t. xxv, p. 257. Véase también "Una caricatura del marxismo y el 'economismo imperialista'", en *ibid.*, t. xxiv, pp. 69-70.

¹⁶² Cfr. Lenin, V.I. "Tesis sobre la cuestión nacional", junio de 1913, en *op. cit.*, t. xix, p. 490.

los casos de Argentina y Portugal en relación con la opresión económica sin anexión política. La lucha de estos pueblos no apunta al derecho formal a la autodeterminación nacional, sino a la *realización efectiva* de ese derecho. Para Lenin esto no resulta posible más que en el contexto de la lucha socialista internacionalista. Se trata aquí no ya de un problema *nacional*, sino de un problema *clasístico*. Esta cuestión permite situar en una perspectiva histórica concreta, en conexión con el desarrollo capitalista, el principio general del derecho a la autodeterminación nacional. Lenin parte de la concepción marxiana del derecho: todo derecho implica la aplicación de una medida igual a casos desiguales, por donde el "derecho igual" supone una modalidad de desigualdad.¹⁶³ El derecho burgués, que sostiene la universalidad de la ley, apuntala la dominación burguesa tanto frente a los privilegios feudales como a las masas populares desposeídas, a las que coloca en pie de igualdad con los capitalistas. El derecho a la autodeterminación no es sino la máxima expresión de aquel derecho burgués en el plano de las relaciones internacionales, e implica no una igualdad efectiva, sino una igualdad formal. Así, en tanto el acceso a ese derecho comporta la constitución del Estado nacional, su plena realización —la superación del dominio económico— no es posible más que en el marco de la lucha por la *eliminación de las naciones*.

Para Lenin, la síntesis entre lucha nacional burguesa y movimiento internacionalista, entre liberación formal y real, entre separación y unificación de las naciones, se constituye —al igual que para Marx— en un contexto revolucionario de carácter internacional. La Primera Guerra habría dado inicio a la fase preparatoria de la insurrección general de la clase obrera internacional. En ese proceso, los movimientos de liberación nacional democrática desempeñan, según Lenin, el papel de *fermentos* "que ayudan a que aparezca en escena la verdadera fuerza antiimperialista, es decir, el proletariado socialista".¹⁶⁴ La época de la revolución mundial comenzaría en el momento en que éste hiciera su emergencia histórica. Esa época se caracterizaría por la combinación de la guerra civil del proletariado contra la burguesía en los países capitalistas avanzados, con toda una serie de movimientos revolucionarios nacional-democráticos en las naciones no desarrolladas.¹⁶⁵ La revolución se movería, en la fase preparatoria, de la periferia al centro, pero tan pronto como la lucha estallara en los países capitalistas desarrollados, se redimensionarían las luchas periféricas, en un movimiento que partiría del centro. La revolución mundial es dirigida por el proletariado internacionalista —la clase obrera europea y norteamericana—:

¹⁶³ Cfr. Lenin, V.I. "Estado y revolución", en *op. cit.*, t. XXVII, p. 101.

¹⁶⁴ *Ibid.*, pp. 477-478.

¹⁶⁵ Cfr. Lenin, V.I. "Una caricatura...", *op. cit.*, t. XXIV, p. 72.

na—: los movimientos de liberación nacional debilitan al imperialismo "desde los flancos", pero el golpe decisivo es asestado por aquella clase obrera: "Es evidente que la victoria final sólo puede ser del proletariado de todos los países avanzados del mundo, y nosotros, los rusos, hemos iniciado la obra que consolidará el proletariado inglés, el francés o el alemán."¹⁶⁶ Ésa sería, para Lenin, la manera en que se constituiría la unidad revolucionaria entre lucha nacional e internacional.

Esta gran revolución a escala mundial no se produjo —como tampoco se había realizado la que Marx esperaba en los cuarenta. Con ello, la propuesta leniniana de articulación entre lucha nacional y lucha socialista perdía su presupuesto, y no podía seguir sosteniéndose. El capitalismo entró en una fase de estabilización, en la que los movimientos de liberación nacional no pudieron vincularse con revoluciones socialistas en Europa occidental. La estrategia socialista de Lenin dependía de una situación revolucionaria en estos países, que al no presentarse condujo al derrumbe del conjunto de su concepción. Con todo, ésta continuaría representando, en muchos sentidos, un intento no superado por pensar el anudamiento de la cuestión nacional y la revolución socialista a partir de la teoría original de Marx.

5. Otto Bauer

A diferencia de Lenin, Bauer no establece una diferenciación entre los procesos revolucionarios de la clase obrera europeo-occidental y las luchas nacionales democrático-burguesas en los países atrasados. En un voluminoso texto publicado en Viena en 1907, con el título *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*, Bauer sostiene que la lucha de la clase obrera es, en todos los casos, una lucha *nacional* —contrapuesta a lo que llama "cosmopolitismo ingenuo"—, *evolucionista* —no revolucionaria, sino reformista— y *socialista*.¹⁶⁷ Para Lenin sólo las revoluciones democrático-burguesas eran nacionales. En este punto, Bauer inaugura una posición distinta, que vincula socialismo y nación, rompiendo la conexión de identidad de esta última con la burguesía y abriendo la posibilidad de plantear el problema de la relación entre la estrategia proletaria y las particularidades de las diferentes situaciones nacionales. Si bien la lucha socialista comportaba intereses comunes de la clase obrera a nivel internacional, sus

¹⁶⁶ Lenin, V.I. "Informe ante el II Congreso de toda Rusia de las organizaciones comunistas de los pueblos de Oriente", noviembre de 1919, en *op. cit.*, t. XXXII, pp. 143-144.

¹⁶⁷ Cfr. Bauer, O. *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*, México, Siglo XXI, 1979, p. 164.

tareas son específicamente nacionales. De ahí que en Bauer la relación entre socialismo y nación no tiene un carácter *transitorio* o *instrumental*, sino que cala en una perspectiva estratégica. La nación no es propiedad de la formación social burguesa, idea asociada a un esquema unilineal de la evolución histórica según el cual todos los países deben atravesar ciertas fases predeterminadas en su desarrollo histórico, de modo tal que la nación formaría parte de la fase burguesa —adelantada en los países capitalistas avanzados, y aún no completada en los atrasados. Definida como comunidad cultural, en Bauer la nación es producida como realidad efectiva a través de la lucha socialista de la clase obrera:

En la sociedad capitalista la clase obrera está excluida de la comunidad cultural nacional. Sólo las clases dominantes y poseedoras se apropian de los bienes culturales. El Partido Socialdemócrata de los trabajadores pretende convertir la cultura nacional —producto del trabajo de todo el pueblo— en propiedad de éste, y unir así a todos los connacionales en una comunidad cultural nacional, sólo a partir de la cual se haría efectiva la nación como comunidad cultural... Para llegar a ser una comunidad cultural completa y verdadera, que se autodetermina, la nación debe primero convertirse en una comunidad de trabajo. Por ello es que la socialización de los medios de trabajo es la meta, y la lucha de clases el medio de la política nacional de la clase obrera.¹⁶⁸

Para Bauer, la lucha nacional no consiste en la lucha por la separación estatal de una nación oprimida, sino que constituye una lucha social por la *conformación democrática interna de la nación*. Aquí no se plantearía contradicción alguna entre el "internacionalismo consciente" y los contenidos nacionales de la lucha de la clase obrera. El socialismo, en este sentido, no implicaría la disolución de las diferencias nacionales, sino que destacaría la pluralidad nacional en el marco de un proceso de nivelación cultural-material de las diversas naciones —ya iniciado por el capitalismo, asimilado e integrado nacionalmente.

En las condiciones actuales, en las que una perspectiva revolucionaria del proletariado a escala mundial ha evidenciado su carácter utópico y el proceso de fundación de Estados nacionales se ha agotado, estos avances de Bauer esbozan algunas de las líneas necesarias para elaborar una teoría de la nación. Sin embargo, la teorización en que Bauer se sustenta resulta decididamente cuestionable e insuficiente. Lo mismo que Adler, Bauer se apoya en el kantismo con el objeto de enfrentar al economicismo de la II Internacional. La conciencia es aquí el momento decisivo y totalizador de la práctica social, en la que se condensan la historia y las relaciones

¹⁶⁸ *Ibid.*, p. 515.

sociales. En combinación con el marxismo, Bauer concibe la idea de un apriorismo social de la conciencia humana. El saldo para su teoría de la nación es el siguiente: la nación es la mediación entre la conciencia social *a priori* de cada individuo y la existencia concreta de la sociedad humana. El carácter nacional constituye el contenido del apriorismo de la conciencia. De este modo, la nación es una comunidad de carácter, producida por el destino, o sea por la historia común, a través de la cultura y el origen —la comunidad natural preclásica. Con el desarrollo histórico, este último componente va perdiendo importancia, hasta hacer de la cultura el aspecto fundamental del carácter nacional. Por donde, dado que son las clases dominantes las que se apropian de la cultura, son ellas, y no las dominadas, las que constituyen la nación.

En suma, para Bauer la nación se produce en virtud de las leyes de la conciencia. En este sentido, permanece invariable en el tiempo, aunque su contenido y su configuración se transformen. La nación es, por tanto, una forma transhistórica. Por otra parte, en la línea del positivismo, para Bauer la historia no es sino la eterna lucha del hombre con la naturaleza, de modo que la nación emerge de ésta, y no de la lucha de clases. De ahí que no se encuentre ligada a ninguna fase histórica transitoria, y que no exista nexo teórico alguno entre nación y lucha de clases. Bauer está impedido, por tanto, para dar cuenta del carácter contradictorio de la nación, y de la dialéctica de realización y disolución de las naciones contenida en el socialismo. Además, para este autor, la nación se ubica en el ámbito de la comunidad de los individuos relacionados por las leyes de la vida espiritual y cultural, y no por leyes sociales, del orden de la política y la economía. La nación baueriana resulta así despojada de todo vínculo con lo político y lo económico, lo cual genera una dicotomía insalvable entre nación y Estado, y entre nación y base económica: el derecho a la autodeterminación es un mero derecho a la autonomía cultural. La definición baueriana de la nación como comunidad cultural, y su aislamiento de lo político y lo económico, terminan por impedirle comprender que la clase obrera es parte de la nación, aunque de forma subalterna. Se equivoca también al concebir que el ámbito cultural no incluye relaciones de subordinación y sometimiento. Para él, en el campo de la cultura impera la armonía, y sólo en lo económico la lucha de clases. De ahí que no pueda pensar en la nación como una unidad contradictoria entre clases dominantes y dominadas, la escinda de la lucha de clases, y separe la cultura de la economía y la política.

Por lo demás, Bauer no reconoce la articulación contradictoria y conflictiva entre las naciones —una notable ingenuidad en el contexto de la explosión chovinista de vísperas de la Primera Guerra. Para él las relaciones entre las naciones sólo consisten en la diversidad cultural y caracterológica: son los Estados capitalistas los que se conectan a través de la compe-

tencia y la dominación. El socialismo subordinaría los Estados a las naciones, garantizando tanto la cooperación internacional como el desarrollo nacional. En este sentido, Bauer se precipita en el error opuesto al de marxismo tradicional: sostiene la absoluta armonía entre el socialismo y la nación, lo nacional y lo internacional, sin problematizar cuestiones tales como la índole conflictiva de las relaciones entre las naciones, o la dinámica realización-superación del hecho nacional presente en el socialismo, en cuanto éste entrañaría, junto al desenvolvimiento de la diversidad nacional, la superación de estos conflictos.

III. EL PROBLEMA NACIONAL EN EL MOVIMIENTO COMUNISTA

1. La Internacional Comunista: de la estrategia de la revolución mundial al socialismo en un solo país

Tanto para Lenin como para Marx la revolución socialista es una revolución mundial, aunque posea, por su forma política, un carácter nacional. Ello deriva, en lo fundamental, de la índole mundial del sistema capitalista. Lenin no formuló, como tampoco lo hizo Marx, el problema de que la victoria anticapitalista quedara aislada en un espacio nacional durante un prolongado periodo histórico. Este problema se impuso como saldo del efectivo proceso posterior al fin de la Primera Guerra, cuando la revolución europea es derrotada fuera de Rusia, y se consolida, al mismo tiempo, el poder soviético.

Con anterioridad a la guerra, Lenin elabora un esquema estratégico de la revolución mundial, en el que la Revolución rusa constituye el prólogo y el nexo entre la revolución socialista en Occidente y la revolución democrático-burguesa en Oriente. Para Lenin, la Revolución rusa es la antesala de la revolución socialista europea, y sólo en conexión con ésta aquélla puede desarrollarse en un sentido socialista. A partir de su examen del proceso revolucionario ruso, el destino de la Revolución rusa depende del despliegue de la revolución socialista en Occidente.¹⁶⁹ Ello en tanto la profundización revolucionaria del proceso en Rusia conduce a una dinámica por la cual la burguesía liberal y el campesinado acomodado tienden a pasar a posiciones reaccionarias, de modo tal que la victoria proletaria sólo es posible apoyándose en la clase obrera europeo-occidental. La confianza leninista en la madurez del proletariado occidental emerge, en gran medida, de las necesidades internas del proceso ruso.

En este esquema, por otra parte, la Revolución rusa es también el prólogo de las revoluciones del Oriente, en las que la debilidad de la clase obrera

¹⁶⁹ Cfr. Lenin, V.I. "La dictadura democrática del proletariado y el campesinado" (1905), en *Obras completas*, México, Salvador Allende, t. 8, p. 314.

hace forzosa una prolongada fase capitalista peculiar, sólo superable en sentido socialista con la ayuda del proletariado europeo victorioso. De ahí que en la estrategia leninista toda la combinación descansa sobre un agente decisivo: la clase obrera de los países capitalistas desarrollados. El acceso al socialismo, tanto en Rusia como en el Oriente, está subordinado a la dinámica revolucionaria de éste. Ahora bien, para Lenin la revolución socialista ha madurado en Europa, y por ende la revolución mundial es inminente. Esta certeza se encuentra vinculada a su análisis del imperialismo (1915-1916). Éste constituye la "antesala de la revolución socialista" en cuanto manifestación del "capitalismo agonizante".¹⁷⁰ En este contexto, la Revolución rusa se presenta como la primera confirmación de su hipótesis, que es completada por la revolución alemana de 1918. Para entonces, en la visión de Lenin, el proceso revolucionario abarca al mundo entero, y sólo falta crear la organización capaz de erigirse en representante y dirigente consciente de la gran crisis en marcha.

La Internacional Comunista fue fundada en marzo de 1919, concebida precisamente como el "partido mundial de la revolución", capaz de asegurar la victoria proletaria a escala internacional, y de abrir el proceso de constitución de la república soviética mundial.¹⁷¹ Pero para el II Congreso de la IC, la hipótesis leniniana se ha tambaleado: la revolución húngara y la república obrera de Baviera han sido derrotadas. A pesar de ello, la situación sigue siendo lo suficientemente inestable en Alemania, en Europa central, en Italia y en España como para justificar el sostenimiento del esquema. En 1921 —el III Congreso— la realidad se ha apartado totalmente de esa hipótesis teórica, lo que habrá de tener consecuencias extremadamente graves no sólo para la teoría y la política del socialismo, sino también para la IC, cuya constitución es absolutamente dependiente de aquel esquema.

La derrota de los procesos revolucionarios en los países capitalistas desarrollados responde a causas complejas; de entre éstas destaca, sin embargo, un hecho fundamental: el proletariado occidental se alinea con sus dirigentes reformistas, en vez de rebasarlos y agruparse en los nuevos partidos comunistas revolucionarios, según preveía el esquema leniniano. Éste revela una enorme subestimación de la fuerza política del reformismo, o sea, de la capacidad burguesa para recomponer su hegemonía e incorporar a la clase obrera europea de modo subalterno. El análisis de Lenin se centra en la dinámica negativa de las contradicciones económicas del capitalismo, desembocando en la hipótesis economicista de una agravación lineal y acumulativa que culmina en una crisis irresoluble. No repara, por tanto, en la capacidad del capitalismo desarrollado para integrar un conjunto de con-

¹⁷⁰ Cfr. *ibid.*, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Moscú, Progreso, p. 126.

¹⁷¹ Cfr. *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, 1a. parte. Clausura del Ier. Congreso, México, Pasado y Presente, 1977.

quistas de la clase obrera, recomponiendo la dirección hegemónica de la burguesía. El esquema leniniano resulta finalmente, desde el punto de vista político, una proyección del modelo de las revoluciones rusas de febrero-octubre.

Esta inmensa divergencia entre el examen de Lenin y el proceso histórico efectivo de los países capitalistas avanzados, revela hasta qué punto el marxismo carecía de una teorización en torno al desarrollo revolucionario en esas sociedades, y particularmente la ausencia de un análisis político específico a este respecto. La consideración de Lenin, relativa a la madurez de la revolución en estas formaciones sociales era, más bien, el producto de una reiteración acrítica del esquema economicista presente en las elaboraciones tanto de la izquierda radical como de la ortodoxia de la II Internacional, en contradicción con la realidad efectiva del reformismo. Lenin reconoce *a posteriori* este hecho, al señalar como causa de la derrota la "traición" de las direcciones tradicionales. Pero esta caracterización cierra, en vez de abrir, el problema teórico que sintomatiza. Aquella "madurez", lejos de fundarse en una investigación del proceso histórico real, y por tanto en un profundo cuestionamiento teórico-político del marxismo, seguía sustentándose en fórmulas generales en torno a las contradicciones económicas del capitalismo, de modo tal que la lucha contra el reformismo no lograba superar su índole abstracta e ineficaz.

El III Congreso de la IC, sin embargo, no se confronta con esta compleja y urgente problemática teórico-política. Considera las derrotas como efímeras interrupciones de la revolución mundial en curso. Ésta no ha estallado inmediatamente después de la guerra, pero el imperialismo avanza hacia una nueva conflagración mundial, que conduce a una nueva crisis revolucionaria. El punto de partida de ésta sería Alemania, y desde allí se extendería a los otros países desarrollados y a las colonias. El IV y el V Congresos (1922 y 1924) confirman esa hipótesis global de la revolución internacional. Después del quinto se indica la existencia de una etapa de "estabilización relativa", considerada breve, a cuyo término reemergería la posibilidad del quiebre revolucionario. En realidad, los primeros cuestionamientos en torno al esquema de la revolución mundial provienen del propio Lenin. En sus trabajos últimos, manifiesta una gran preocupación sobre la perspectiva de la Revolución rusa y de la revolución mundial, al tiempo que externa dudas sobre el proceso revolucionario en los países capitalistas desarrollados. En la búsqueda de salidas para la eventualidad de una situación histórica distinta a la anteriormente teorizada, apunta en tres direcciones centrales. Por una parte, Lenin sugiere brindar mayor atención a la lucha de los pueblos coloniales y dependientes, aun cuando no pueda pensarse en ellos como clave de la revolución mundial. Por otra, destaca la necesidad de hacer hincapié en las contradicciones interimpe-

rialistas. Por último, en lo interno, impulsa la Nueva Política Económica (NPE), que implica la apertura de las transacciones comerciales, y en su conjunto lo que Lenin denomina un repliegue al capitalismo de Estado, destinado a mantener la posibilidad del socialismo en la URSS. Se trata, para Lenin, de garantizar la sobrevivencia de ésta, en una situación de retraso de la revolución europeo-occidental, y hasta tanto la dinámica volviera a correr en el sentido de la revolución mundial.

Tras la muerte de Lenin, la crisis del esquema teórico de la revolución mundial se expresa y adquiere una relevancia decisiva en el debate en torno a la viabilidad del socialismo en un solo país. El IV Congreso de la IC —el último en el que participa Lenin— había ratificado la tesis tradicional, según la cual “la revolución proletaria nunca podrá vencer en un solo país, sino en el marco internacional, en cuanto revolución proletaria mundial”.¹⁷² A fines de 1924, sin embargo, Stalin comienza a plantear la posibilidad de la plena realización del socialismo como *socialismo nacional*. Ignorando la fundamentación marxiana clásica, considera refutada la tesis del carácter necesariamente internacional del socialismo, apoyándose en la experiencia de los siete años de resistencia aislada del Estado soviético, y en la teoría del desarrollo desigual del capitalismo —que determina un ritmo revolucionario desigual y permite a una sociedad socialista sostenerse aisladamente. Como es obvio, esta argumentación no apunta a examinar las razones por las cuales la revolución no se ha producido en los países capitalistas desarrollados, ni refuta la tesis marxiana. Mucho menos considera el otro aspecto del desarrollo desigual, por el que éste genera crisis generales que tienden, en determinadas fases, a hacer del movimiento revolucionario un proceso global.

Pero la postura staliniana saca a la luz un hecho fundamental: el de la *autonomía relativa* de la revolución soviética respecto a la revolución mundial, algo ausente en la teorización marxista hasta ese momento. El proceso del desarrollo histórico efectivo de la Revolución rusa había revelado que la conquista del poder podía producirse en la periferia del capitalismo, y que podía sostenerse aunque la revolución socialista se retrasara en los países capitalistas centrales. Ello no implicaba, desde luego, como afirma la postura de Stalin, que el socialismo pudiera construirse *integralmente* en la URSS, con independencia de la revolución socialista en Europa occidental y en EU. Pero sí comportaba la posibilidad de reconocer, como su correlato, la autonomía relativa de los procesos revolucionarios en el resto de los países con respecto a la URSS. Como sostiene Claudín, el reconocimiento teórico de esa autonomía hubiera sido decisivo para la IC, en cuanto hubiera despejado el camino de la autonomía teórica, política y organizativa

¹⁷² *Ibid.*, 2a. parte, p. 205.

de los partidos comunistas.¹⁷³ Habría significado, centralmente, el reconocimiento del problema nacional en los procesos revolucionarios: de las relaciones entre lo nacional y lo internacional en la revolución socialista.

Sin embargo, la posición de Stalin no apuntaba en esa dirección. Ella alojaba una paradoja siniestra. Al tiempo que reconocía esa autonomía, la negaba en un sentido doble: *absolutizándola* en lo concerniente a la sociedad soviética, y *suprimiéndola* en relación con el movimiento revolucionario del resto de los países respecto a la URSS. La teoría del socialismo nacional en la URSS —que una vez expulsado el trotskismo se convierte en la doctrina oficial de la IC— tiene el sentido, en la tesis staliniana, de *recentrar* el esquema de la revolución mundial, haciendo ahora de la URSS “el motor internacional de la revolución proletaria”. Todos los otros movimientos revolucionarios quedan subordinados a los intereses del Estado soviético en la estrategia y la táctica de la IC. El VI Congreso reafirma vigorosamente el principio original de la IC, que somete los intereses parciales del movimiento revolucionario a sus intereses generales y permanentes. La IC identifica la política interna y exterior soviética con los intereses universales de la revolución. Sus estructuras ultracentralizadas constituían, por lo demás, el mecanismo más adecuado para asegurar en la práctica esta subordinación de la acción teórica y política de todas las secciones nacionales.

Trotsky, como es sabido, fue el oponente más importante de esta concepción de Stalin, y su relevancia en la crítica del burocratismo y el nacionalismo de la URSS resulta incuestionable. Sin embargo, esta crítica no enlaza en su pensamiento con una profundización del examen de la revolución mundial. En este sentido, se limita a contraponer a Stalin el esquema leniniano. Tanto la estabilización capitalista posterior a la Primera Guerra como la recomposición hegemónica burguesa son liquidadas con la idea de la “traición” socialdemócrata, a la que se agrega ahora la de la IC. Por lo demás, continúa sosteniendo la concepción del carácter irresoluble de la crisis capitalista, y la hipótesis de que la crisis en el seno del movimiento revolucionario se reduce a la de su vanguardia. El examen de Trotsky no contempla, por tanto, la crisis de la propia teoría de la revolución, de su capacidad para dar cuenta del proceso real, y de su eficacia para transformarlo. Stalin subordina la revolución mundial a la defensa del Estado soviético; Trotsky la hace depender de la victoria socialista en Europa occidental, la cual determina el destino de la URSS. En la eventualidad de una guerra mundial, considera inevitable la derrota de la URSS si esta revolución no se produce, por cuanto el antagonismo entre el Estado obrero y los Estados capitalistas predomina, para él, sobre los antagonismos intercapi-

¹⁷³ Cfr. Claudín, F. *La crisis del movimiento comunista*, Barcelona, Ruedo Ibérico, 1977, t. 1, p. 58.

talistas. El desarrollo histórico habría de demostrar que, tratándose del socialismo en un país no central del sistema capitalista, las contradicciones interimperialistas podrían dominar sobre los conflictos internacionales de clase. Stalin no necesitó conceder a las potencias la restauración capitalista de la URSS; le bastó negociar la lucha revolucionaria de los países capitalistas avanzados, para lo cual la IC resultó un instrumento de primera importancia.

El triunfo de Stalin fue producto de la derrota de las otras opciones políticas y organizativas, que se encontraron aisladas en el movimiento comunista internacional. Éste acabó por abdicar al nacionalismo staliniano, sin reclamar la autonomía que se abría paso deformadamente en la tesis del socialismo en un solo país. La IC se transformó en un aparato al servicio de la política exterior soviética. Instrumento contra las amenazas intervencionistas contra la URSS durante el periodo del "socialfascismo", tras el triunfo de Hitler y la tendencia a conformar alianzas con los Estados capitalistas, la IC termina por convertirse en una traba para la política de la URSS, hasta quedar suprimida por decreto vertical en 1943.

2. La IC y la lucha de los pueblos coloniales y dependientes

Como hemos examinado, la IC no logra realizar la tarea principal que se había propuesto en su fundación a partir del esquema leniniano de la revolución mundial, consistente en transformarse en el partido dirigente de la clase obrera de los países capitalistas desarrollados. Veamos ahora cuál fue el desarrollo y el saldo del otro objetivo fundamental presente en su constitución, relativo a asumir la dirección de la lucha de los pueblos coloniales y dependientes contra el imperialismo.

En contraste con las posiciones colonialistas de la derecha de la II Internacional, y en contraste con el anticolonialismo formal de la ortodoxia, Lenin había planteado, después de 1905, la necesidad de considerar los movimientos revolucionarios de los países coloniales y dependientes como un momento importante de la revolución socialista mundial, y la urgencia de que la clase obrera occidental hiciera propias estas luchas. Durante el I Congreso de la IC, la postura básica consiste en concebir la liberación de las colonias como simultánea a la liberación socialista de la clase obrera en los países centrales, sin prestar al problema una importancia especial. Entre el I y el II Congresos despuntan tres procesos que obligan a conceder mayor atención a esta cuestión: a) se aleja la perspectiva de la revolución proletaria en Occidente; b) el movimiento antiimperialista adquiere un vigor notable; c) el problema nacional y colonial se expresa agudamente en el interior mismo de la URSS.

En el II Congreso, al que asisten por primera vez delegados de los partidos comunistas que comienzan a formarse en la periferia, algunos comunistas asiáticos destacan su pesimismo respecto a la perspectiva de la revolución en Occidente. M.N. Roy, comunista indio, contrapone a ésta una concepción asiacentrista, según la cual el movimiento revolucionario europeo ha pasado a depender del curso de la revolución en Oriente: la clase obrera no accedería a posiciones revolucionarias mientras el capitalismo estuviera en condiciones de sostener concesiones económicas, las cuales estaban garantizadas por la existencia del sistema colonial. Frente a este análisis, Lenin advierte, atinadamente, acerca de la indudable debilidad de las fuerzas revolucionarias en las colonias. El II Congreso aprueba finalmente una formulación en la que se reconoce que el imperialismo implica serias dificultades para la victoria socialista, asignándose a la lucha anticolonial un lugar de primera importancia en la revolución mundial, y suprimiendo la subordinación del triunfo en las colonias a la victoria de la clase obrera metropolitana. Esta resolución, sin embargo, no significó una profundización teórica, política o material de los esfuerzos de la IC en torno a la cuestión colonial y nacional. Éstos se encontraron supeditados, con mayor fuerza aun que los relativos a la revolución europea, a consideraciones de política exterior de la URSS, y particularmente a los problemas nacionales y coloniales heredados por ésta del zarismo.

La posición bolchevique en este punto se centraba en el derecho a la autodeterminación, entendido como derecho a la separación estatal, que había constituido un importante factor en la victoria de la revolución. En los años siguientes, sin embargo, ese derecho comienza a ser instrumentado por la burguesía, los nacionalistas musulmanes y la contrarrevolución blanca, contra el poder soviético. Stalin y Bujarin proponen eliminar aquel derecho del programa socialista, a lo que Lenin se opone terminantemente. Sin embargo, a partir de 1919 el derecho a la autodeterminación deja de aplicarse como derecho a la separación. Desde 1920, Stalin —comisario para las nacionalidades— lanza una represión sistemática contra todas las formas de lucha nacional, hasta que en 1922 la Constitución de la URSS liquida la autonomía efectiva de las nacionalidades no rusas, aunque el principio de autodeterminación continúa figurando formalmente en las bases de la Unión. Como es conocido, los últimos trabajos de Lenin tienen como eje su preocupación en torno al nacionalismo gran-ruso. Lenin manifiesta su inquietud por el recorte de la autonomía nacional de las repúblicas soviéticas, especialmente por las consecuencias de esta situación en la acción de la IC en relación con los pueblos oprimidos.¹⁷⁴ Y efectivamente,

¹⁷⁴ Cfr. Lenin, V.I. "Acerca del problema de las nacionalidades o sobre la autonomización", en la recopilación española *Sobre el internacionalismo proletario*, Moscú, Progreso, pp. 393-400.

el mayor fracaso de la IC en el frente colonial se produjo en los pueblos musulmanes del Oriente incluidos en el Estado soviético. Pero el chovinismo gran-ruso condicionaría asimismo el abordaje de la cuestión colonial y nacional fuera de la URSS. En la estrategia global de la IC, el papel dirigente de la revolución correspondía a la clase obrera occidental, la dirección dentro de ésta al proletariado ruso, y en su seno al partido bolchevique. El movimiento de liberación de las colonias ocupaba así el último escalón en la jerarquía teórica del esquema de la revolución mundial.

Otro problema fundamental a que habría de enfrentarse la IC en los pueblos coloniales y dependientes era el de la relación entre la lucha socialista y los movimientos de liberación nacional democrático burgueses ya existentes en ellos antes de la constitución de aquélla. El II Congreso confronta este asunto a partir de dos proyectos de tesis divergentes, el de Lenin y el de Roy. Lenin privilegia la perspectiva de la relación entre la Rusia soviética y la IC como representante del proletariado revolucionario occidental, y los movimientos nacionales. Se trata, para él, de que la URSS reúna en torno suyo a las naciones oprimidas, y de que la IC establezca una alianza temporal con los movimientos democrático-burgueses de los países atrasados. En esta posición está implícita la idea de que durante una larga etapa la dirección del proceso revolucionario será aquí nacional-burguesa, y de que su orientación socialista estará garantizada por el proletariado europeo y el Estado soviético. Roy, por su parte, pone el acento en el antagonismo clasístico entre la IC y los movimientos nacionales democrático-burgueses. Según él, éstos comportan dos tendencias. Una, nacionalista burguesa, con un programa de independencia política bajo un orden burgués; y otra tendente a la emancipación de toda forma de explotación, sustentada por las masas obreras y campesinas. Para Roy, la IC debe combatir por el fortalecimiento de la segunda, y por el desarrollo de una conciencia de clase independiente. Porque si bien en estos países la revolución no podrá ser socialista en sus primeras etapas, su dirección debe quedar en manos de las masas obreras y campesinas.

Desde el punto de vista de Lenin, el campesinado es parte de las fuerzas democrático-burguesas, por lo que su carácter de elemento central de los movimientos nacionales no entra en contradicción con la alianza con el movimiento nacional-burgués. Se trata, en suma, de imprimir al movimiento democrático una orientación radical, sobre la base de dos supuestos: a) la contradicción entre los objetivos de los movimientos nacionales democrático-burgueses —la independencia nacional y el desarrollo capitalista autónomo— y los intereses del imperialismo es lo suficientemente profunda como para que la alianza entre aquéllos y el proyecto socialista representado por la URSS y la IC posea un sólido fundamento; b) la clase obrera de las colonias, en virtud de su extrema debilidad cuantitativa y cualitativa,

no puede ejercer funciones hegemónicas durante un largo periodo en el movimiento de liberación nacional. Roy elude esta última dificultad. Reconoce el carácter incipiente del proletariado en estos países, pero al mismo tiempo preconiza para éste la dirección del movimiento, apelando a la fortaleza de la clase obrera de los países avanzados. Su esquema expresa la potencialidad revolucionaria de los países atrasados, pero en un contexto inconsistente que no alcanza a dar cuenta de las vías de su desarrollo.

El II Congreso termina por adoptar una resolución que modifica ambas tesis: los comunistas apoyarían a los movimientos burgueses sólo en cuanto éstos fueran revolucionarios —esto es, no impidieran la educación y organización de los campesinos y explotados—, al tiempo que la alianza resguardaría la independencia del movimiento proletario. A propuesta de Roy, se aprueba también la tesis de que los países atrasados pueden acceder al socialismo eludiendo la fase capitalista, con la ayuda de la clase obrera avanzada.

El IV Congreso acentúa sus posiciones críticas frente a los movimientos nacionalistas burgueses, en vista de la tendencia de éstos en Asia a conciliar con el imperialismo. Sus resoluciones señalan que las tareas de la revolución anticolonial rebasan el marco de la democracia burguesa. El eje de la revolución en los países atrasados es la cuestión agraria, pero la burguesía nacionalista de éstos depende, justamente, de la propiedad agraria. De allí que las clases dirigentes de los países coloniales y dependientes carezcan de la capacidad y la voluntad para orientar las luchas contra el imperialismo. Por tanto, se sostiene la necesidad de que la clase obrera luche por conquistar una posición autónoma y dirigente dentro del frente único antiimperialista. La corrección de esta tesis se develará en toda su magnitud años más tarde, cuando su abandono conduzca al fracaso de la IC en China. Su mayor inconsistencia reside, sin embargo, en que ese proletariado era enormemente débil. Por lo demás, no entraba en el horizonte de la IC que la revolución anticolonial pudiera ser dirigida por el campesinado. En lo general, sus posiciones permanecen en un plano totalmente abstracto e indiferenciado, como fórmulas que recubren realidades muy diversas y complejas, que no son examinadas en su especificidad a pesar de la existencia de experiencias inmediatas importantes —como los procesos revolucionarios turco, persa, hindú y egipcio. Al igual que en todos sus congresos, la IC enfoca su atención a Occidente. Y si en este contexto su carácter de organismo mundial ultracentralizado está en contradicción con la diversidad nacional —que no analiza—, esa contradicción adquiere caracteres gigantescos en relación con la lucha revolucionaria de los países atrasados.

El informe sobre la cuestión nacional del V Congreso —centrado también en los países europeos— se limita a dar cuenta de la opresión nacional en

Europa y a exaltar la "solución" de la URSS al problema nacional. Su novedad principal consiste en atenuar la posición crítica del IV Congreso frente a la burguesía nacional, y en la acentuación de la necesidad de colaborar con ésta. Se entra al periodo en que la política exterior soviética considera como enemigo principal al imperialismo anglofrancés y busca aliados en la retaguardia de éste, entre los movimientos nacionalistas burgueses, particularmente en el que entre 1923 y 1924 encabezaba la revolución democrático-burguesa en China, el país asiático de mayor importancia estratégica para la URSS. Los acontecimientos chinos de 1927 —que sellan el hundimiento de la política de alianza—, de 1930 —que hacen estallar la línea "ultraproletaria" que reemplaza a aquélla, versión china de la política de clase contra clase— y de 1943 —en que aborta el intento de poner la guerra revolucionaria bajo la dirección de la IC— constituyen los jalones del descalabro de la política china de la IC.

En el periodo del VII Congreso y el pacto germano-soviético, la política de la IC en los países coloniales y dependientes se adaptó, al igual que su política en Europa y Estados Unidos, al objetivo central de la política exterior de la URSS: la constitución de la alianza antihitleriana. Esto se tradujo en la atenuación, cuando no en el abandono, de los objetivos antiimperialistas, que fueron reemplazados por la estrategia antifascista. Interrumpida durante el bienio del pacto antes citado, esta posición de la IC llegó a sus extremos durante la segunda fase de la guerra, cuando —tras 1943— había ya dejado de existir.

3. La IC y la cuestión nacional

El 10 de junio de 1943 la IC dejó de existir "como centro dirigente del movimiento obrero internacional", fórmula según la cual subsistían sus secciones, ahora transformadas en partidos comunistas independientes, y por tanto nacionales. La Resolución del Presídium del Comité Ejecutivo no estatuyó ninguna forma alternativa de vinculación internacional. Semejante independencia absoluta de los partidos comunistas no se conciliaba, como es obvio, con el internacionalismo de la tradición marxista clásica, pero mucho menos con la historia específica de la III Internacional. El abandono de las posiciones internacionalistas y la unión con sus respectivas burguesías nacionales por parte de la mayoría de los dirigentes de la II Internacional, había sido calificado por Lenin como una traición que reclamaba la urgente necesidad de crear una nueva Internacional. Y si algo había caracterizado a ésta respecto de las anteriores era, justamente, la absoluta primacía que se otorgaba a lo internacional sobre lo nacional.

La IC erige como principio, desde el primer momento, "la subordinación de los intereses del movimiento en cada país a los intereses comunes de la revolución a escala internacional",¹⁷⁵ y lo confirma en cada congreso. Su programa, aprobado en 1928 (VI Congreso), sostiene que el triunfo de la revolución proletaria mundial exige "la estrecha cohesión de la clase obrera en un ejército internacional único del proletariado de todos los países, formado independientemente de las fronteras estatales, de las diferencias de nacionalidad, de cultura, de lengua, de raza, etc."¹⁷⁶ La IC es concebida, precisamente, como la dirección de ese ejército, cuya tarea histórica es realizar la estrategia global que articule los diversos destacamentos del ejército mundial del proletariado. Para Lenin, además, en el contexto de la guerra y de la exacerbación de las contradicciones sociales, cuando la salida revolucionaria está a la orden del día, era imprescindible una organización internacional centralizada y disciplinada. Las estructuras de la IC fueron concebidas para evitar otro derrumbe como el de la II Internacional. Pero, precisamente, en los años cuarenta, cuando el "ejército del proletariado mundial" afronta lo más duro de la lucha contra el imperialismo fascista, acechado desde los flancos por el otro imperialismo, aliado temporal de la URSS, la IC decide disolverse.

La disolución de la IC no resulta congruente con la historia de sus posiciones en torno a las relaciones entre lo internacional y lo nacional, sino que se vincula con la interpretación staliniana de las necesidades nacionales de la URSS en la coyuntura específica del estado de la guerra en 1943. La disolución coincide con el cambio decisivo de la guerra a favor de la coalición antihitleriana, y se relaciona con los problemas estratégicos que enfrenta el gobierno de la URSS. El procedimiento por el que se produce la disolución manifiesta el carácter urgente que asume para éste. Aunque los datos relativos a esta conexión permanecen hasta hoy en los archivos soviéticos, es posible sostener, con Claudín,¹⁷⁷ la hipótesis de que Stalin temía que Inglaterra y Estados Unidos se orientaran hacia una paz separada con Alemania. El momento elegido para la disolución —el más agudo de la lucha por la creación de un segundo frente en Europa— da cuenta hasta qué punto ésta está determinada por la necesidad de otorgar a las potencias capitalistas garantías acerca del abandono del programa de la revolución mundial, particularmente del proyecto revolucionario en los países capitalistas avanzados.

A partir de la disolución, los partidos comunistas dejan de ser una fuerza organizada internacionalmente, limitándose en lo sucesivo a actuar en un

¹⁷⁵ Cfr. *Los cuatro primeros congresos de la IC, op. cit.*, 1a. parte.

¹⁷⁶ Cfr. *VI Congreso de la Internacional Comunista*, 1a. parte, México, 1977, pp. 247-311.

¹⁷⁷ Cfr. Claudín, *F. Op. cit.*, p. 10.

marco nacional, sosteniéndose un único vínculo internacional, el existente entre cada partido y el centro soviético. La concesión fundamental de Stalin se ubicaría en este punto: la política futura de los partidos comunistas. La Resolución no se limita a disolver la Internacional, sino que formula, al mismo tiempo, una prescripción general de la política a seguir por esos partidos: la contención de la lucha antifascista dentro de los límites de la democracia burguesa, y la renuncia a toda perspectiva de su profundización en un sentido socialista. Por lo demás, la Resolución no contiene referencia alguna a la lucha de los pueblos coloniales y dependientes, que intentaban, a la sazón, usar las contradicciones interimperialistas para romper sus cadenas. Los aliados pagan, también, ciertamente, un tributo. El "reparto de influencias" incluía el reconocimiento por parte de éstos de la instauración en el este y sureste europeos de regímenes que garantizaran la seguridad del Estado soviético, lo que era incompatible con el mantenimiento en ellos del capitalismo. El socialismo, excluido del testamento de la IC, se reintroducía en la zona más atrasada de Europa, pero como razón de Estado. Nacida con un programa de revolución mundial inminente, la IC se esfumaba 25 años después postulando la colaboración del Estado soviético con las potencias capitalistas, e instrumentando al movimiento internacional en función de sus intereses nacionales. De ahí que la Resolución encierre, al mismo tiempo, las premisas de la crisis posterior del movimiento comunista.

Desde otra perspectiva de análisis, la disolución de la IC se vincula también a problemas teóricos, políticos y estructurales que venían desde su surgimiento. En esta línea, la disolución es un episodio de la larga crisis —que no elimina, sino que transfiere al futuro— iniciada en 1921, cuando el curso histórico real del capitalismo entra en contradicción con los fundamentos teóricos y organizativos de la IC. La clave de esa crisis reside en el *desvanecimiento del hecho nacional*. El documento del Presídium en que se decide la disolución se apoya en una argumentación absolutamente coherente en este sentido. Ella se basa en la tesis de que la disolución es producto de la experiencia histórica de la Internacional, que ha mostrado la imposibilidad de dirigir el movimiento obrero de cada país desde un centro internacional. Según el documento, existió un impreciso "periodo inicial" en el que la IC habría constituido una organización adecuada a las necesidades del movimiento obrero. Pero habría llegado un momento, en un "periodo final", en el que la Internacional habría devenido, incluso, "un obstáculo para el fortalecimiento interior de los partidos obreros nacionales". La argumentación, que elude y oscurece el asunto de las negociaciones entre Stalin y los aliados, parte de hechos indiscutibles: la profunda diversidad de los caminos de desarrollo histórico de los diferentes países; el carácter distinto e incluso contradictorio de sus regímenes sociales; la di-

ferencia de nivel y ritmo de su desarrollo social y político; la diversidad de los grados de conciencia y organización de la clase obrera. De donde deduce otro hecho obvio: la existencia de tareas diferentes para la clase obrera de cada país. Su corolario es la imposibilidad de solucionar los problemas del movimiento proletario de cada país a partir de cualquier centro internacional.

Como es evidente, estos hechos existían ya al terminar la Primera Guerra, y también por tanto en el mencionado "periodo inicial". En realidad, ellos manifiestan los rasgos generales propios de todo momento histórico moderno, cuyo fundamento común es la nación. En este sentido, la argumentación apunta a reconocer algo incontrovertible: *la IC se había estrellado contra el hecho nacional*, al que había borrado desde su fundación, tanto en su perspectiva teórico-política como en su esquema organizativo. La paradoja residía en que el partido que más había trabajado sobre lo nacional, y había llegado más lejos en su comprensión tanto en el ámbito europeo como en el colonial —en contraste con el resto de la II Internacional—, había terminado por ignorar el hecho nacional como componente del movimiento revolucionario. En cierto modo, toda la historia posterior, desde la crisis yugoslava, pasando por la polaca, la húngara y la china, hasta el presente traspasado por la crisis de las nacionalidades de la URSS y la desintegración del Pacto de Varsovia, constituye la revancha del hecho nacional en el movimiento socialista. La historia de la IC sería, en esta línea, la etapa subterránea de una revancha que la mina hasta su quiebra final.

En el periodo inicial había existido, efectivamente, una correspondencia. Pero no la que indica la Resolución. La estructura y los métodos de la IC correspondían no a las necesidades del movimiento obrero revolucionario, sino a una concepción teórica en torno al curso de la revolución mundial. La contradicción entre ésta y el despliegue efectivo de la historia desencadena la contradicción entre la IC y las necesidades del movimiento obrero. De ahí que la crisis de la III Internacional sea también, y en lo fundamental, una crisis teórica y política. Pero la IC declara su quiebra sin someter su experiencia a ninguna crítica. El balance rehúsa mencionar que la IC no puede dar cuenta de ninguna victoria, de que la clase obrera de los países capitalistas sigue bajo la dirección del reformismo, de que la influencia del marxismo en la principal fortaleza del capitalismo es nula, y de que en la mayoría de los países capitalistas desarrollados los partidos comunistas han sufrido serias derrotas. En suma, de que en sus 25 años de existencia el capitalismo había atravesado la crisis más importante de su historia sin que la Internacional hubiera podido abrir una salida revolucionaria en ningún país. Pero lo esencial reside en que a la hora de la disolución, en lugar de llamar a los diferentes partidos a elaborar cada cual la política que mejor respondiera a las peculiaridades concretas de la lucha de cada país, en el

mismo acto en el que reconoce la inadecuación del centralismo, dicta desde arriba una línea uniforme para *todos* los países. Por último, la IC se disuelve sin plantear el problema de una nueva forma de vinculación entre los partidos comunistas. Su fracaso es presentado como prueba de que no debe existir *ninguna* organización internacional del movimiento revolucionario. En la práctica, como es sabido, el partido soviético pasaba a cumplir el papel del Comité Ejecutivo de la IC, perpetuándose de este modo los métodos de la III Internacional.

Como hemos sostenido, la IC se estrella contra el hecho nacional. Esto no significa, en modo alguno, que el imperativo nacional sea incompatible con toda forma de internacionalismo. Prueba, más bien, el fracaso de su *forma IC*. La causa más profunda de ese fracaso no reside en su internacionalismo, sino todo lo contrario, en el hecho de que, apenas nacida, la IC deja de ser una organización verdaderamente internacionalista para convertirse en *instrumento de un Estado nacional*. Ligado a ello, pero también como problema específico, la III Internacional *borra del socialismo la problemática nacional* como lucha por la hegemonía de la clase obrera en relación con el conjunto de la nación, de las masas populares. El abandono del internacionalismo de la resolución de disolución de la IC no estaba vinculado al reconocimiento de la cuestión nacional, sino que constituía el acto supremo de una política que privilegiaba el nacionalismo de una nación, la URSS. O más propiamente de la nación rusa. La IC se había estrellado al hecho nacional no por *exceso* de internacionalismo, sino por su defecto, al haberse convertido en instrumento de un Estado nacional que había abandonado, a su vez, el camino internacionalista y socialista. Paradójicamente, la estrategia que definió la defensa de la URSS como el objetivo decisivo de la IC y supeditó a ella la lucha revolucionaria mundial, se volvió sistemáticamente contra esa defensa (la derrota china de 1927 debilitó a la URSS frente a Japón; la política alemana que hizo de la socialdemocracia el enemigo principal llevó a la catastrófica victoria de Hitler; la política de los frentes populares desembocó en Munich). La verdadera defensa de la URSS pasaba por el impulso de la lucha revolucionaria en el frente decisivo real, los centros vitales del capitalismo. Pero ésta no era, ciertamente, la defensa del Estado encabezado por Stalin. Para el poder de la burocracia stalinista la revolución europea constituía una alternativa extremadamente peligrosa.

En suma, la experiencia histórica de la IC manifiesta las consecuencias de la ausencia de una teorización sobre la nación en el marxismo. El esquema teórico leniniano —fundado en la premisa de la revolución proletaria mundial—, y la falta de una teoría del socialismo en términos de una larga transición nacional, condujeron a que del paradigma clásico del *internacionalismo proletario* emergiera el *nacionalismo ruso staliniano*. Del modelo internacionalista clásico apenas quedó una cáscara que acabó por convertirse

en envoltura del nacionalismo de Stalin. Sobre la base de la idea de la misión universal del proletariado se levantó la tesis de la misión universal de la nación rusa. La IC identificó los intereses universales del socialismo con los intereses particulares de un sujeto nacional, con lo que impidió reconocer la autonomía relativa de los diversos procesos revolucionarios, al tiempo que su carácter nacional. Esto imposibilitó el desarrollo de un internacionalismo verdadero, y la elaboración de una concepción revolucionaria en términos de hegemonía nacional en cada país.

La experiencia histórica de la II Internacional mostraba cómo la dinámica corporativa del movimiento obrero había acabado por atrapar en su seno al internacionalismo, hasta convertirlo en instrumento del nacionalismo burgués. La política y la ideología del movimiento obrero de la segunda mitad del siglo XIX estaban caracterizadas por una doble deficiencia: el corporativismo y la insuficiente capacidad hegemónica. En el marxismo, éstas se habían expresado a través de hipótesis tales como: a) la idea de que la acumulación capitalista conduciría a la proletarianización de los sectores intermedios, por lo que al defender sus propios intereses de clase la clase obrera defendería los intereses del conjunto de la sociedad; y b) el planteamiento de que las contradicciones puramente económicas inherentes a la acumulación provocarían la crisis del sistema a través del despliegue de sus mecanismos endógenos. Por su parte, la debilidad de la clase obrera en este periodo era compensada con la búsqueda del apoyo del proletariado de los demás países. Esto explica el nexo entre el corporativismo y el internacionalismo iniciales.

Sin embargo, el peso social y político de la clase obrera fue en aumento, lo que hubiera podido conducir a la superación del estrecho marco corporativista, a su fusión con los otros sectores populares de la nación, y al desarrollo de un proyecto socialista para la sociedad en su conjunto. La constatación histórica —de la que la II Internacional es expresión extrema— es que el movimiento obrero no abandonó su corporativismo, ni avanzó en el sentido de convertirse en una dirección hegemónica alternativa. Ello condujo a su integración en el Estado burgués en posición subalterna, abjurando del internacionalismo, o más bien haciendo de éste una envoltura del nacionalismo efectivo. El internacionalismo, en cuanto la clase obrera había incrementado su poder político y económico, y negociaba directamente con el bloque burgués dominante —que, a la sazón, debilitado por las contradicciones interimperialistas, se preparaba para la guerra y necesitaba la integración subalterna de la clase obrera—, devenía innecesario. La dinámica del internacionalismo quedaba aquí dominada por el corporativismo, lo que implicaba, a la vez, la alienación respecto a los problemas y los intereses de otros sectores populares que en su conjunto constituyen la nación. En estas condiciones, la clase obrera renunciaba a la función

hegemónica, quedaba integrada a la red de la hegemonía burguesa, y abjuraba del internacionalismo. En este sentido, el balance de la experiencia de la Internacional socialdemócrata manifiesta hasta dónde el corporativismo de la clase obrera, es decir, la ausencia de una concepción socialista de carácter nacional, sujeta el internacionalismo a las tentaciones del nacionalismo burgués.

El programa leninista, como hemos expuesto, pierde vigencia al no producirse la revolución en los países europeos. Para los países coloniales y dependientes esto significó la desaparición de la posibilidad de articulación entre las reivindicaciones democrático-burguesas y la perspectiva socialista —a la separación de las naciones imperialistas no podía seguir la fusión en un Estado socialista. El stalinismo, por su parte, hizo de necesidad virtud: del particularismo nacional sin perspectiva internacional constituyó un paradigma nacionalista ligado al régimen burocrático-autoritario de la URSS.

Un nacionalismo cercano a éste emergió más tarde en muchos países de la periferia capitalista, bajo la forma del “tercermundismo”, orientándose contra el imperialismo e incluso contra la URSS. Aun cuando diferente al nacionalismo stalinista, esta ideología comparte con éste un núcleo común: mantiene en pie la concepción de la revolución mundial, realizando un nuevo recentramiento. El centro de ésta no se ubica ni en el proletariado europeo-occidental ni en la URSS, sino en los movimientos de los países oprimidos y dependientes —*especialmente del propio*—, al mismo tiempo que se igualan los intereses universales de la liberación socialista con los intereses particulares de estos movimientos. Ellos no cuestionan, tampoco, las relaciones entre socialismo y nación. Se presentan a sí mismos como la encarnación inmediata del socialismo y el internacionalismo, sin desarrollar el problema de su mediación, ni abrir espacio a una teoría de la hegemonía socialista dentro de la nación y del movimiento nacional. Estas ideologías critican el reduccionismo clasístico del marxismo ortodoxo, pero desde posiciones que representan la exacta inversión de la relación: el lugar metafísico que antes ocupaba la clase como motor del desarrollo histórico pasa ahora a ser ocupado por la nación, sin mayor reflexión en torno a las complejas relaciones entre clase y nación.¹⁷⁸

Desde el horizonte de este balance histórico y de los complejos nexos que se revelan entre corporativismo, internacionalismo y nacionalismo, se trataría de investigar las condiciones teóricas desde las cuales superar, al menos, dos perspectivas: a) la concepción clasístico-corporativa, que acaba por renegar tanto del internacionalismo como del socialismo en cuanto lucha por la hegemonía nacional; y b) la hipótesis nacionalista antiimpe-

¹⁷⁸ Un ejemplo de esta modalidad de teorización es la representada por Samir Amin. Cfr. Amin, S. *Class and Nation*, Nueva York, 1980.

rialista, que deniega lo clasístico, y por esa vía también la lucha por la hegemonía socialista en el seno del movimiento nacional, recayendo en un internacionalismo vacío y en verdad inexistente.

4. El periodo de la Kominform

Nunca el pensamiento marxista en el seno del movimiento comunista fue tan pobre como en la década que siguió a la Segunda Guerra Mundial. En ese periodo culmina la clericalización del movimiento, cuya *summa* es el compendio de Stalin *Historia del Partido Comunista de la URSS*. Pero si bien la victoria soviética en la guerra había proporcionado nuevos justificativos ideológicos y políticos al monolitismo y dogmatismo stalinianos, no dejó, sin embargo, de producir procesos contradictorios con respecto a éstos. La lucha antifascista impulsó las aspiraciones populares a una vida nacional independiente, y sensibilizó a los pueblos contra todo menoscabo de sus derechos nacionales, lo que se expresó, en los partidos comunistas ligados a esa lucha, a través de una vigorización de los objetivos y sentimientos nacionales. En cuanto, por otra parte, la política de Stalin —encaminada a salvaguardar la alianza con las potencias aliadas— había conducido a relegar los objetivos revolucionarios, los elementos nacionales acabaron por adquirir un peso extraordinario en esos partidos. Esto entrañaba el incubamiento de una contradicción tendencial respecto al chovinismo ruso de la política de Stalin. Esta contradicción permaneció oculta mientras aquellas tendencias nacionalistas favorecían la conservación de la alianza entre la URSS y las potencias capitalistas antihitlerianas. Pero hizo eclosión allí donde los partidos comunistas, contrariando las indicaciones y las presiones de Stalin, unieron las *aspiraciones nacionales con objetivos revolucionarios*. Fueron los casos de China, Yugoslavia y Grecia. La política nacional y revolucionaria de estos partidos comunistas amenazaba la esencia de la estrategia mundial staliniana.

En estas condiciones, la “nacionalización” de los partidos comunistas, oficialmente anunciada en la disolución de la IC, comenzó a cobrar perfiles inquietantes. Los partidos comunistas continuaron, en general, bajo la dirección de Moscú, pero tienden a manifestarse algunos signos de heterodoxia en China —donde el Partido Comunista aparenta ceder a las presiones de Stalin para llegar a un arreglo con Chang Kai-Chek, pero mantiene con firmeza la guerra revolucionaria— y en Vietnam. El Partido Comunista de este país inicia, contra la política staliniana del momento, la guerra de liberación antifrancesa. Pero lo más perturbador para Stalin fue lo que comenzó a suceder en su “cinturón de protección” del este de Europa, particularmente en Yugoslavia desde 1948.

Antes del desencadenamiento del caso yugoslavo, la cohesión monolítica del movimiento comunista bajo la égida de Stalin había sido probada con todo éxito durante el gran viraje de 1947 —cuando las ilusiones en torno a la alianza con las potencias capitalistas se resquebrajan, y se quiebran las expectativas de una transición pacífica al socialismo en Europa occidental, para abrir paso a la guerra fría. El freno que la política de Stalin había puesto al movimiento revolucionario resultó insuficiente para impedir que el auge obrero y democrático de la liberación amedrentara a las burguesías; pero fue suficiente para limitarlo de tal modo que incluso ahí donde alcanzó su máxima envergadura (Francia e Italia), se revelara impotente para producir una transformación radical, y aun para impedir la integración de sus Estados en el bloque antisoviético dirigido por Estados Unidos. La sombra del naufragio se cernía sobre la “paz” staliniana: una paz que consagrara el reparto de las esferas de influencia sobre la base de una concertación planetaria soviético-estadunidense.

Por su parte, en los países de Europa oriental, que formaban parte de la esfera de influencia soviética reconocida por las potencias capitalistas (Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumanía y Bulgaria), habían surgido tendencias inquietantes para Stalin. Pese a su sometimiento a la dirección de la URSS, entre las “democracias populares” comienzan a acordarse relaciones bilaterales, tratados de alianza, y emerge el proyecto yugoslavo de una Federación Balcánica bajo la dirección de Tito. La creación de la Kominform, en septiembre de 1947, estuvo determinada por estos procesos, que en su conjunto exigían al Kremlin una revisión de la política seguida hasta ese momento. Sin ninguna participación previa, el movimiento comunista se encontró, de pronto, con un nuevo centro dirigente internacional, constituido en una reunión secreta celebrada en Polonia. Ésta reunió a los representantes de los nueve partidos que por voluntad de Stalin debían formar parte del nuevo órgano (los partidos comunistas de la URSS, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumanía, Bulgaria, Yugoslavia, Francia e Italia). Se trataba de imponer al movimiento comunista la línea decidida por la dirección soviética.

El eje de la respuesta staliniana a la ofensiva norteamericana es, por un lado, constituir un bloque monolítico con los países de Europa oriental. Y por otro, impedir el agrupamiento de Europa occidental en un bloque antisoviético bajo la dirección de Estados Unidos, a través de la política de los partidos comunistas de Italia y Francia. De ahí la presencia en el cónclave de los PC respectivos. Lo que buscaba Stalin no era el desencadenamiento de la lucha revolucionaria internacional —como se propagó en los países capitalistas. Su objetivo estratégico seguía siendo el mismo; lo que cambiaba era su táctica. Stalin se proponía obligar a Estados Unidos a reconocer el reparto de las zonas de influencia, en el contexto de un com-

promiso mundial que asegurara a las dos potencias la dirección bipartita del planeta. Las concesiones que estaba dispuesto a hacer concernían al mundo colonial y a Grecia —cuyo PC estaba, a la sazón, empeñado en una lucha armada contra la intervención norteamericana.

Todo esto se manifiesta en el Informe que Zdanov hace en la Conferencia de los Nueve Partidos, que definirá la orientación política de todo el movimiento comunista hasta la muerte de Stalin. Sin ocuparse de las razones por las cuales los pronósticos de Stalin en torno al mundo que emergería de la guerra se han revelado erróneos, la tesis central del Informe es que el mundo se ha dividido en dos campos. Uno imperialista y antidemocrático, liderado por Estados Unidos; el otro, el de la URSS, antiimperialista y democrático, cuyo objetivo es asegurar una paz duradera.¹⁷⁹ El Informe no dice una palabra sobre la lucha por el socialismo, y tampoco sobre la guerra civil china y la insurrección griega. La idea general es la de que sobre la base de los acuerdos de Yalta y Postdam sigue siendo posible la colaboración entre la URSS y Estados Unidos. No se trata de atentar contra el capitalismo, sino de contener su expansión sobre la zona que la URSS considera intocable. El tríptico estratégico antiimperialista de Stalin es aquí la paz, la independencia nacional y la democracia; estas dos últimas vinculadas a la política que los PC francés e italiano debían encabezar contra los planes de Washington.

La tarea asignada por Stalin a los PC de las “democracias populares” —conquistar el poder y eliminar a todos los grupos hostiles a la subordinación con respecto a la URSS— fue cumplida entre 1947 y 1948. Los resortes del poder estaban ya en sus manos a través del ejército soviético, y bastó con aplicar la mecánica policiaca de los “complots”. Sin embargo, la orientación del PC yugoslavo empezó a mostrar alarmantes rasgos de independencia frente a los dictados stalinianos. La culminación del proceso fue el plan de la Federación Balcánica y Danubiana, expuesto por Dimitrov en enero de 1948, que incluía a Grecia. Esta inclusión equivalía a proclamar que el movimiento comunista estaba dispuesto a apoyar a los griegos, con cuya lucha revolucionaria Stalin no quería comprometerse, en cuanto constituía un desafío a Estados Unidos inconciliable con su estrategia. Pero el punto de ruptura se situaba en el problema de la integración subordinada del bloque de Europa oriental, incompatible con la actitud de independencia nacional yugoslava. El 28 de junio de 1948 la Kominform condena a la dirección del PC de Yugoslavia, cuidándose de incluir entre los cargos la traición no sólo al marxismo y al comunismo, sino también al *patriotismo*.

¹⁷⁹ Cfr. Conferencia de información de los representantes de algunos P.C. celebrada en Polonia a fines de septiembre de 1947, título con el que las Ediciones de Lenguas Extranjeras de Moscú publicaron en 1948 el Informe de Zdanov y la Declaración de los nueve PC mencionados.

A partir de ese momento la Kominform desencadena una tenebrosa campaña de "depuraciones" en las filas del movimiento comunista de todos los países de Europa oriental, que alcanza a más de dos millones y medio de militantes, y que cubre y define el significado y la función de aquel organismo internacional.

La disolución oficial de la Kominform se produce en abril de 1956. El periodo que abarca su existencia se caracterizó por una acentuación de la subordinación política e ideológica del movimiento comunista a la estrategia staliniana, ahora bajo el signo de la lucha contra el titismo. En esa fase, la amenaza central provenía de las corrientes nacionales avivadas por la guerra y por la disolución de la IC. La Kominform constituyó un instrumento político y organizativo en la lucha contra estas tendencias, como puso en evidencia el caso yugoslavo.

Por lo demás, el auge revolucionario de la posguerra se había transformado, a partir de 1947, en un retroceso generalizado, con las excepciones del triunfo de la Revolución china y de la guerra nacional revolucionaria de los comunistas vietnamitas. Dentro del capitalismo occidental, sólo el PC italiano había logrado conservar su influencia; el francés perdió cerca de la mitad de sus efectivos. Los PC de la órbita soviética quedaron profundamente quebrantados. Estas "democracias populares" eran tan poco democráticas como la soviética, pero aun menos populares en cuanto encarnaban la dependencia respecto a un poder extranjero. El mecanismo policiaco y burocrático que decía representar al proletariado, al tiempo que lo privaba de toda participación económica y política, era controlado, a su vez, por una instancia supranacional encargada de garantizar la unidad monolítica del bloque. Pero a diferencia de los PC del mundo capitalista, su deterioro quedó encubierto hasta el XX Congreso del PCUS, tras la fachada del Estado dictatorial burocrático.

A la muerte de Stalin, el marxismo oficial había sido convertido en un sistema de dogmas y de fórmulas fosilizadas en su nivel teórico; y en el político en un empirismo ramplón de esencia reformista, engendrado por su subordinación a la defensa de los intereses estratégicos de la URSS de Stalin. Tras el XX Congreso, en 1956, se producirá la insurrección popular húngara, exigiendo la liquidación del sistema político, cuya salvación sólo fue posible por la intervención armada soviética. Lo mismo ocurriría 12 años después en Checoslovaquia. Estas intervenciones, tanto como el Informe de Jruschov, constituyeron un golpe mortal a la confianza en el socialismo de Stalin. Pero también, entretanto, había ocurrido lo propio con el dogma economicista-catastrofista en torno al capitalismo, en vistas del espectacular desarrollo de éste en Europa, Norteamérica y Japón. Los problemas económicos de la URSS y de los regímenes de su órbita, por su parte, comenzaban a hacerse visibles. Pero en la URSS el sistema demostró

poseer mayor fortaleza que en estos últimos países, en cuyo seno emergieron las primeras resquebrajaduras de lo que hoy vivimos como desenlace: el desplome final de la política y la estrategia stalinianas, y la de todo el movimiento, el pensamiento y los proyectos construidos sobre su base. El repliegue actual de la política expansionista del nacionalismo ruso implica, necesariamente, el arrollador desenvolvimiento de los movimientos nacionalitarios y nacionales, tanto en la URSS como en los países de Europa oriental. Vinculados a la lucha por la democracia, estos movimientos, que se desarrollan en la actualidad a un ritmo enormemente rápido, confieren una nueva dimensión al tema nacional en el marxismo de nuestros días.

5. El marxismo europeo-occidental de la posguerra

Durante la dominación staliniana del movimiento comunista, el marxismo quedó reducido a un lejano recuerdo en la URSS. El país que había producido la elaboración marxista más vigorosa y rica en los comienzos del siglo, acabó transformado en un páramo intelectual, asegurado por la censura y la persecución, lo mismo que los países de Europa oriental bajo su dominación. En el resto de Europa, en los 20 años siguientes a la Segunda Guerra, se produjo una expansión económica sostenida del capitalismo, y la democracia parlamentaria basada por primera vez en el sufragio universal se hizo estable y normal en todo el mundo industrializado. No hubo en éste ni regresiones dictatoriales, ni repetición de las crisis propias del periodo anterior. En este contexto nuevo, emergió una elaboración marxista específicamente diferenciada respecto de la tradición anterior en cuanto a sus características, temas y preocupaciones. Como destaca Perry Anderson, el más importante de sus rasgos estuvo constituido por su separación respecto a la práctica política, que se convirtió en estructural.¹⁸⁰ Si bien los tres primeros teóricos marxistas importantes de la generación posterior a 1920 —Lukács, Korsch y Gramsci— fueron todos en un comienzo destacados dirigentes políticos, su destino simboliza las razones del alejamiento de la teorización marxista respecto a la lucha política. Korsch sería expulsado del PC alemán en 1926, por demandar la reanudación de la agitación en los consejos obreros, y criticar la política exterior soviética tendente a acomodarse al capitalismo mundial. Tras la victoria nazi marchó al exilio y acabó su vida en Estados Unidos. Lukács redactó las tesis oficiales del PC húngaro, que rechazaban las resoluciones del VI Congreso de la IC —la

¹⁸⁰ Cfr. Anderson, P. *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, México, Siglo XXI, 1976.

famosa línea de "clase contra clase". Amenazado con la expulsión, publicó una retractación y renunció a toda intervención política, limitándose a partir de 1929 a la crítica literaria y la filosofía. El destino de Gramsci fue enormemente más sombrío. Arrestado por el fascismo en 1926, pasó nueve años en prisión bajo condiciones que acabaron produciéndole la muerte en 1937, pero que lo apartaron del enfrentamiento con la Internacional stalinizada. Desde la cárcel se opuso a la línea de "clase contra clase", y construyó una obra centrada en la lucha contra el economicismo y en la elaboración de la problemática política de la revolución socialista en las condiciones europeas, particularmente las italianas. Ella constituye hasta hoy una vertiente viva e insuperada del pensamiento marxista en su conjunto.

En suma, la relación entre el marxismo y la práctica política sucumbió a los fuegos cruzados del fascismo y el stalinismo. En lo sucesivo, el pensamiento marxista se desarrollará en ámbitos académicos. En Alemania, es el caso del Instituto de Investigación Social de Francfort, exiliado luego en Estados Unidos, en el que sobresalen los trabajos de Horkheimer, Adorno, Marcuse y Habermas. Y, en general, en el marco de relaciones tensas, contradictorias y hostiles con respecto a los PC, como en Francia (Lefevre, Politzer, Sartre y después Althusser y Poulantzas) e Italia (della Volpe, Pietranera, Cerroni, Colletti y otros).

Una de las consecuencias de esta desarticulación entre la teoría y la política fue el abandono tendencial por parte de la elaboración marxista de ciertos campos teóricos centrales: la economía y la política. Ello salvo la gigantesca excepción de Gramsci, y en los años sesenta y setenta la de algunos pensadores formados después del fascismo, como Cerroni, Poulantzas y otros (los desarrollos teóricos producidos por éstos en torno a la cuestión nacional serán retomados a lo largo de lo que resta de nuestro trabajo). Estas lagunas teóricas estuvieron, también, condicionadas por la aparición y desarrollo de dos realidades nuevas. Una de ellas fue el auge y el dinamismo global del capitalismo en la posguerra, cuya expansión constituyó, y constituye hasta hoy, un formidable desafío a las tesis marxistas. Éstas, desde Marx, se centran en la idea del carácter más o menos inevitable de su repliegue, bajo la presión de sus contradicciones internas. Pero el capitalismo no sólo no se replegó, sino que su expansión creció hasta integrar a las zonas coloniales y dependientes, algo que actualmente se perfila también como una posibilidad para los países poscapitalistas del llamado "socialismo real".

El otro elemento de carácter fundamental en relación con los vacíos teóricos del pensamiento marxista occidental es la emergencia, tras la Segunda Guerra, de la democracia representativa basada en el sufragio universal como estructura normal y estable del Estado en todos los principales

países capitalistas (en Inglaterra esto data de 1929; pero en Francia, Italia y Japón el sufragio universal fue introducido por primera vez en 1945). El Estado democrático burgués no fue objeto de una obra importante en Marx, entre otras razones porque no vivió para ver su realización; ni en Lenin, que se enfrentó a un Estado radicalmente diferente. El pensamiento marxista posterior encontró inmensas dificultades para analizar la naturaleza y los mecanismos de la democracia representativa, al igual que para dar cuenta del carácter y estructura de las naciones y de los movimientos nacionales. Sobre todo en cuanto éstos se vinculan, en gran medida, con la cuestión de la democracia y el Estado burgués. A contrapelo de la previsión marxiana, estos problemas no sólo no se atenuaron, sino que se reforzaron y adquirieron cada vez mayor vigor.

En las condiciones sucintamente descritas aquí, el marxismo occidental abandonó en general el campo de la economía y la política, desplazándose hacia la filosofía. Producto de una serie de derrotas históricas del proyecto socialista, desarticulados sus nexos con la práctica política, se caracterizó por un desplazamiento filosófico —particularmente hacia la epistemología y la cultura—, en el que alcanzó una profundidad y una riqueza sin parangón en las fases anteriores. El precio fue, sin embargo, el estrechamiento radical de su ámbito de trabajo, al tiempo que un decreciente nivel de comunicación internacional entre los teóricos de los diferentes países. No obstante, hasta principios de los setenta los principales pensadores marxistas fueron inmunes al reformismo. Ninguno de ellos capituló ante el capitalismo triunfante —como había ocurrido antes con teóricos de la talla de Kautsky, mucho más cercanos a la lucha de clases. Pero a partir de mediados de los setenta, apagados los fuegos que habían encendido las movilizaciones populares europeas, norteamericana y japonesa, esa situación comenzó a cambiar. Se abre en ese momento un proceso de desagregación teórica y política en el marxismo que alcanza actualmente su punto culminante.

El análisis de esta disgregación y de sus posibles proyecciones cae fuera del ámbito de este trabajo. Sin embargo, resulta indispensable afirmar que ella se produce en un contexto en el que, por una parte, siguen en pie cuestiones que el marxismo clásico —de Marx a Lenin— dejó pendientes. Y por otra, éstas se agregan a los problemas que luego no pudieron responderse, en el periodo del fascismo y del stalinismo. Este cúmulo de cuestiones resultan actualmente, además, resignificadas y redimensionadas por los procesos económicos, políticos e ideológicos del desarrollo capitalista, y del derrumbe de los sistemas poscapitalistas burocrático-dictatoriales. Todos estos problemas conciernen, fundamentalmente, a la política y a la economía. Entre los primeros: la naturaleza y estructura de la democracia burguesa como sistema estatal normal del poder capitalista en los países avanzados; la estrategia socialista frente a esta modalidad de Estado; las

formas institucionales de la democracia socialista; el significado y lugar de la nación como unidad social clasística en relación con el proyecto socialista; la cuestión del socialismo en el marco de los Estados poscapitalistas burocráticos. Entre los segundos: el carácter de la legalidad contemporánea del movimiento capitalista y de sus crisis; la estructura y configuración del imperialismo; la estructura y la dinámica de los Estados poscapitalistas burocráticos, surgidos ya del bloqueo del proceso revolucionario, de su imposición militar, o del curso de la revolución en los países atrasados. Y muchos otros, que en su conjunto configuran la severa crisis de la elaboración teórica y política del marxismo de nuestro tiempo.

6. La problemática marxista en torno a la nación

El obstáculo teórico central de la concepción marxista de la nación reside, según nuestra consideración, en la *exterioridad* en que deja permanecer las categorías de *clase* y *nación*. Esta exterioridad tiene su raíz en la tendencia a pensar la constitución de las clases como resultado exclusivo de las contradicciones económicas, con lo que la estructura económica se transforma en una esfera autónoma, separada del ámbito político e ideológico.

Es verdad que el marxismo establece un conjunto de nexos que vinculan la nación al desarrollo de la burguesía. Pero no da cuenta de las complejas relaciones *orgánicas e internas* entre ellas, construyendo en su lugar una articulación mecánica y unidireccional —que supone su exterioridad mutua. Un buen ejemplo de esta tendencia es la tesis según la cual la burguesía crea la nación, en cuanto necesita un mercado interno integrado. Mandel ha formulado esta tesis de modo ilustrativo:

La tesis marxista al respecto es que la nación es el producto de la lucha de una clase precisa, a saber, la burguesía moderna. Ésta es la primera clase en la historia que crea la nación. Ella la crea económicamente, porque tiene necesidad de un mercado unificado, y elimina todos los obstáculos precapitalistas, semifeudales, corporativistas, regionalistas, a la libre circulación de mercancías a fin de lograr la unidad de este mercado nacional. Ella crea esta unidad nacional también desde el punto de vista político-cultural, porque se apoya en los principios de la soberanía popular, opuesta a la legitimidad de la monarquía, de la nobleza, o de la igualdad, para movilizar a las masas populares contra las antiguas clases dominantes.¹⁸¹

¹⁸¹ Mandel, E. y Rodinson, M. "Nationalisme et lutte de classes", en *Partisans*, núm. 59-60, París, 1971, p. 48.

Mandel señala, sin lugar a dudas, un aspecto incuestionable de la relación entre burguesía y nación. El problema consiste en que el conjunto de sus relaciones no es reductible a ese aspecto. La articulación se presenta aquí como un vínculo unívoco e instrumental de la burguesía sobre la nación, lo que elude la tematización de la gravitación existente en la dirección opuesta, de la nación sobre la burguesía. Ello se produce en virtud de que la relación entre ambas no es considerada, en el punto de partida del análisis, como un nexo interno y orgánico en el que ambos términos constituyen una unidad inseparable. A raíz de esto, la relación es concebida como externa e instrumental: clase y nación se presentan de este modo como ámbitos exteriores entre sí. La burguesía, que produce la nación, aparece constituyéndose en un espacio histórica y lógicamente exterior y anterior a ésta, de modo prepolítico y prenatal. Correlativamente, la nación parece discurrir en un terreno separado de lo clasístico, determinado éste de modo economicista.

Pero si la burguesía existe fuera de la nación, se impone el razonamiento de que ella puede, en algún momento, *prescindir* de la nación, internacionalizándose —algo que está presente en el examen marxiano del *Manifiesto*. Además, en cuanto la nación resulta un producto pasivo, un *instrumento* creado y utilizado por la burguesía, ella tiende a ser considerada no sólo como una instancia transitoria, sino también como una mera *envoltura*; una cáscara que *en sí misma es neutral e indiferente* desde el punto de vista social. Llegado a este punto es que el marxismo se ve compelido a la búsqueda de una "sustancia" de lo nacional que dé cuerpo y sentido a un tejido previamente volatilizado. El espesor de éste se sitúa así en una "esencia" de lo nacional, ubicada fuera del proceso histórico-social, que es determinada a través de un procedimiento empírico-inductivo cuyo ejemplo paradigmático es la definición staliniana de la nación.

Separada de las clases y la lucha de clases, la nación se presenta como la absoluta *negación* de éstas, como una comunidad acabada, cerrada y libre de conflictos. En tanto que tal, ella no puede ser más que: a) mera *ilusión*; o b) un *residuo* de las sociedades *preclasísticas*. Estas dos líneas de concepción de la nación están representadas en la teorización marxista, y recorren su historia desde Marx y Engels.

a) La nación en cuanto nación burguesa moderna, cuyo fundamento es el mercado capitalista nacional, no consiste sino en la ilusoria comunidad de los propietarios de mercancías. Como tal, constituye una ilusión transitoria, ya en vías de disolución bajo la propia dominación burguesa. Como sabemos, la crítica marxista está dirigida, justamente, a develar los antagonismos clasísticos que brotan de las relaciones de producción como fundamento de la comunidad mercantil de los individuos libres e iguales del circuito circulatorio. Esta comunidad no es sino una totalidad formal y

abstracta. Elevada al rango de verdadera comunidad, ella es sólo una ilusión. Este análisis, esencialmente correcto, tiene, sin embargo, efectos teóricos problemáticos en lo que respecta al problema nacional. En cuanto la nación se apuntala aquí sobre el mercado capitalista determinado como verdadera comunidad, ella no puede ser estatuida más que como una representación ilusoria, orientada a mistificar la estructura clasística de la sociedad. La lógica del Estado, y la de la nación, aparece como un efecto más o menos epifenoménico de un ámbito cuya legalidad, constituida autónomamente, niega y cancela a aquélla. La lógica clasística, autoconfigurada en lo económico, es externa e independiente respecto a lo estatal y lo nacional; su relación con estas instancias discurre únicamente por la negación.

A partir de esto, la lucha de clases es colocada al margen de lo nacional. Autoconstituida en el ámbito económico, desde el cual crea e instrumenta a la nación, la burguesía se sitúa en un movimiento tendencialmente universal y cosmopolita. Por su parte, la lucha de la clase obrera discurre también fuera de las líneas ideológicas y políticas nacionales. Ella es nacional únicamente por la forma, en cuanto el proletariado debe acceder al poder del Estado nacional en que se organiza la burguesía. En sentido estricto, en cuanto producto de las contradicciones económicas, la lucha obrera es internacional. Su mejor aliado es el proletariado de los otros países.

b) Si la nación, concebida en este contexto teórico, es algo distinto a una representación ilusoria, ella sólo puede referir a la comunidad arcaica, caracterizada por una insuficiente diferenciación clasística de la sociedad, consistente en una unidad étnico-cultural históricamente dada. Lo que denominamos, para dar cuenta de las diferencias respecto a la nación moderna, las *nacionalidades*. Éstas constituirían una forma intermedia entre la nación burguesa basada en el mercado —que supone al capitalismo como modo de producción dominante, y por tanto al Estado político— y las sociedades tribales apuntaladas sobre lazos familiares.

Como sabemos, el interés de Marx se centraba en las nuevas naciones modernas, en cuanto diferenciadas de las antiguas nacionalidades particularistas y aisladas. Marx destacaba el carácter revolucionario que tenía sobre éstas el modo de producción capitalista, en orden al desarrollo del cosmopolitismo, la centralización y la constitución de mercados nacionales, tres aspectos decisivos de la conformación de las naciones modernas. El aporte fundamental del marxismo al examen de las naciones radica en este espacio. Ocasionalmente, Marx se refiere también a las naciones en cuanto nacionalidades arcaicas, pero no desarrolla ni examina este concepto. Engels, que compartía con Marx la idea que atribuye a la burguesía la creación de las naciones modernas, acentuaba más explícitamente la existencia de una "nacionalidad" en sí. Como sustrato persistente que se origina en un pasado remoto, ésta recorrería siglos en estado latente hasta ser puesta en acto

por una clase históricamente progresista, dando lugar a la emergencia de la nación moderna.¹⁸² Para Engels esta sustancia étnico-cultural, que se manifiesta en un habla común, constituye el fundamento, la esencia de la nación, a la que ésta se adapta necesariamente. En esta línea, Engels acaba por deducir la nación a partir de la nacionalidad, en la medida en que esta última se constituye en la variable independiente del proceso de formación de las naciones modernas. Es ella la que le permite, incluso, distinguir entre las naciones "viables" y las "no viables": los eslavos austriacos, por ejemplo, eran "pueblos sin historia" en cuanto la ausencia de una burguesía moderna propia era deducida de su natural incapacidad para el desarrollo.

Como hemos expuesto, estas ambigüedades no surgen de una oposición entre Marx y Engels: la categoría de "pueblos sin historia", que supone juzgar la historia de un pueblo a partir de su pertenencia étnica, estuvo presente también en Marx. Tampoco se explican sobre la base del contraste entre fases diversas de su pensamiento. Engels conservó su posición sobre los austroeslavos hasta el final, y Marx no pudo nunca superar su desinterés por América Latina. Ellas forman parte del núcleo central de su concepción de la nación. Marx y Engels usaron el concepto de nación en estos dos sentidos, privilegiando uno u otro, aun cuando puede detectarse una marcada tendencia de Engels a enfatizar lo étnico-cultural como factor decisivo de la formación nacional. Marx, por el contrario, se inclina más sistemáticamente a ubicar éste en el impulso del desarrollo capitalista —en el caso de la India, por ejemplo, su "regeneración" podía producirse, según las expectativas de Marx, como resultado de la dominación británica.

Kautsky, como Marx, establece el vínculo entre nación, desarrollo de la burguesía y mercado nacional. No obstante, apoyándose en Engels considera que la condición básica para el surgimiento de las naciones modernas es la existencia de una lengua común, que expresa la existencia de una comunidad étnico-cultural. De nueva cuenta, la nación emerge aquí desde la nacionalidad. Kautsky intentó superar este dualismo, proveniente de la desvinculación entre estos dos significados de la nación, a través del establecimiento entre ellos de una relación de esencia-fenómeno. El resultado fue un completo alejamiento de la metodología marxista.

La idea marxista de la nación centrada en la existencia de la burguesía y del mercado nacional, se orienta de ese modo hacia una concepción que hace depender la nación del factor étnico, entrando en contradicción con la propia teorización del marxismo.

La clave de este corolario residiría, como hemos adelantado, en la ausencia de un análisis relativo al lugar de la política y de las superestructuras

¹⁸² Engels, F. "Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado", en *Obras escogidas*, Moscú, Progreso, 1980, p. 325.

en el proceso de constitución de las clases, y por esa vía de la formación nacional. Si las superestructuras son reductibles al movimiento unilateral de la economía, la nación resulta exterior a la conformación de las clases y la lucha de clases. Instrumento, envoltura transitoria o recipiente vacío, su densidad deja de ubicarse en el ámbito histórico social para remitir a alguna "esencia" que hay que rastrear a través de un procedimiento inductivo. La comunidad étnico-cultural acaba así por convertirse en una sustancia decisiva, objetiva e invariable que determina a la nación. Esta interpretación volatiliza el sistema conceptual marxista. Pero la cuestión consiste en que la relación burguesía-nación denota límites tales para dar cuenta de ésta, que resulta irremediable recurrir a la segunda perspectiva. Abierta por Engels y Kautsky, ella encuentra su culminación en Stalin:

¿Qué es una nación? Una nación es, ante todo, una comunidad... estable, históricamente formada, de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología, manifestada ésta en la comunidad de cultura... Es necesario subrayar que ninguno de los rasgos distintivos indicados tomado aisladamente es suficiente para definir la nación. Más aún, basta con que falte aunque sólo sea uno de estos signos distintivos para que la nación deje de ser una nación.¹⁸³

Stalin formula una definición *ontológica* de la nación, que excluye toda consideración de las contradicciones de clase y de la lucha de clases en el seno de la nación, en el proceso de formación nacional y de las relaciones internacionales. La nación es aquí una comunidad cerrada y perfecta, refractaria a todo conflicto, en cuanto parte de la escisión respecto a la estructuración clasística. La metodología staliniana es típicamente empirista: parte de ciertos objetos sociales específicos —llamados naciones—, realiza un análisis de sus características comunes, y selecciona finalmente de entre éstas lo que considera esencial respecto de lo accesorio. El resultado es la enumeración de ciertos elementos cuya asociación define a la nación. Tanto el número de caracteres como su relación son totalmente arbitrarios. Ellos son absolutamente independientes entre sí, y carecen de todo nexo interno. Lo que hay es una definición *a priori* de la nación: lo esencial es lo *común* a los objetos empíricos denominados naciones. Como afirma Terray, Stalin pretende dar cuenta de la *esencia* de la nación, pero por ello mismo es conducido a producir una definición de *la nación como esencia*.¹⁸⁴ Del carácter transhistórico de los objetos que satisfacen las condiciones de la defi-

¹⁸³ Stalin, J. *El marxismo y el problema nacional y colonial*, Buenos Aires, Lautaro, 1946, pp. 11-15.

¹⁸⁴ Terray, E. "La idea de la nación y las transformaciones del capitalismo", en Rodinson, M., Terray, E. y Ribó, R. *Stalin, el marxismo y la cuestión nacional*, Barcelona, Anagrama, 1977, pp. 152-155.

nición de Stalin se deduce la índole sustancial y transhistórica de la nación. La cuestión nacional no consiste, por tanto, más que en la investigación de las condiciones bajo las cuales esa entidad intemporal es encarnada y realizada por determinados grupos sociales.

En la perspectiva inicial de Marx la nación moderna expresa la articulación entre la sociedad civil —capitalista— y el Estado político, y en tanto que tal constituye una comunidad formal y abstracta, cuyo contenido reside en la dominación clasística burguesa. La revolución proletaria está orientada a la supresión del dominio burgués, y de toda dominación de clase, y por esa vía a la conformación de una comunidad social efectiva, que supone la desaparición de las clases, y por tanto la disolución de las naciones. La lógica clasística, fundada en un examen exclusivamente económico, apuntala aquí una concepción universalista que desestima las líneas nacionales, y se sitúa en un plano inmediatamente internacional. La dinámica del capitalismo, tendencialmente cosmopolita y necesariamente revolucionaria respecto a toda formación social precapitalista, sienta las bases de una historicidad universal y teleológica —centrada en el progreso. Los intereses del proletariado, concebido éste como una unidad homogénea, adquieren, a su vez, sin mediación, el rango de intereses generales de la sociedad. Sobre esta exterioridad entre la lógica de la clase y la de la nación, y sobre el primado de la primera sobre la segunda, se funda el paradigma clásico del internacionalismo proletario.

A partir de los sesenta, Marx relativiza y cuestiona esta perspectiva inicial. A propósito de Irlanda valora los movimientos nacionales en términos de fuerzas sociales de transformación revolucionaria; reconoce el carácter no sólo universalizador, sino a la vez especificador del desarrollo capitalista, en cuanto devela su índole desigual; pone en cuestión la universalidad inmediata de los intereses del proletariado, así como su homogeneidad, y la racionalidad de la historia como un bloque. Desde esta nueva perspectiva, denuncia el corporativismo y el nacionalismo burgués agazapados tras el "internacionalismo" de la clase obrera inglesa, al tiempo que recusa toda filosofía de la historia como teorización en torno a algún esquema inexorable del desarrollo de las sociedades, independiente de sus condiciones históricas particulares. Sin embargo, como hemos afirmado, la cuestión nacional no llega a constituir en su pensamiento un núcleo sistemático: ni lo político ni la revolución socialista alcanzan finalmente a poseer un significado nacional. No obstante, el pensamiento crítico de Marx traza un conjunto de líneas teóricas desde las cuales resulta posible avanzar hacia el reconocimiento de la densidad política de la lucha de clases, y en esa dirección abrir un amplio horizonte de investigación respecto a la cuestión nacional.

Las tendencias mayoritarias de la II Internacional, como hemos puesto de manifiesto, se mueven en la perspectiva del pensamiento marxiano de

los años cuarenta. Tanto el revisionismo como la ortodoxia reducen, cierran y sistematizan la obra de Marx sobre sus ejes economicista, universalista, teleológico y por tanto eurocentrista. De ese modo, la cuestión nacional queda subordinada a una concepción de la historia como historia universal centrada en la progresividad del desarrollo capitalista, considerada como modalidad de la evolución natural de la sociedad. La exterioridad clase-nación presente en esta concepción permite apuntalar sobre ella el liberalismo y el nacionalismo burgués, el corporativismo obrerista, el abandono y la instrumentación nacionalista del internacionalismo proletario, y su corolario colonialista. Es esa exterioridad entre la lógica clasística y la lógica de lo nacional lo que permite explicar el pasaje del paradigma clásico del internacionalismo proletario al nacionalismo liberal burgués, corporativista y colonialista en que queda atrapada la política de la II Internacional.

La izquierda radical, por su parte, en cuanto permanece dentro de los límites de esa exterioridad —en virtud de un economicismo que impide desacoplar la cuestión nacional respecto a la burguesía y a la fase capitalista—, acaba finalmente por dar por cancelado el problema nacional, como condición para el sostenimiento de la perspectiva revolucionaria y del internacionalismo. Aun el pensamiento de Lenin, más complejo, comparte aquella limitación: el problema nacional constituye necesariamente una cuestión ligada a la fase burguesa de los procesos históricos. El socialismo discurre por una línea clasística e internacional, cuya convergencia con los movimientos nacionales sólo es concebible bajo la hipótesis de la revolución socialista europea, que coincide con la disolución de las naciones. Sobre el derrumbe de esta hipótesis y como siniestro despliegue de este núcleo teórico común, emerge finalmente el nacionalismo stalinista. Del desvanecimiento del hecho nacional por parte de la Internacional Comunista surge la instrumentación del internacionalismo por el Estado nacional soviético. Éste identifica los intereses universales del proletariado —convertidos, a la sazón, en etiqueta de los intereses que surgen de la nueva clase burocrática emergente del bloqueo del socialismo en la URSS— con los intereses nacionales rusos.

Estas reiteradas operaciones teóricas y políticas obligan a un replanteamiento de la cuestión de los nexos entre la ausencia de una teoría del carácter nacional de la lucha socialista, las tentaciones del nacionalismo burgués, y el abandono del internacionalismo.

La escisión de lo nacional respecto a la lucha de clases conduce a la idea de que la nación es una comunidad humana terminada y cerrada. Ello explica el tránsito, dentro del marxismo, del reduccionismo clasista al reduccionismo nacionalista, que arroja fuera de la propia teorización marxista. Otro ejemplo de este tránsito se encuentra en la periferia capitalista, tras la Segunda Guerra Mundial, en que emerge una concepción que re-

clama el privilegio de la nación y el Estado sobre la clase. El deslizamiento entre uno y otro paradigmas tiene su raíz en el núcleo común a ambos: la separación de las clases y la lucha de clases respecto a la nación. A partir de ésta, la nación es conceptualizada como una comunidad humana perfecta, que como representación constituye un instrumento neutro, vacío e indeterminado, que en la variante del nacionalismo antiimperialista de la periferia se presenta como un recipiente que puede y debe ser ocupado por el proletariado y otras clases populares.

En estas condiciones, no es enfrentada la tarea de investigar e identificar las múltiples y complejas relaciones internas entre las clases y la nación. Éstas son representadas, en su lugar, como variables independientes cuya vinculación es concebible únicamente en términos de la disolución de una en otra, como reducción y negación mutuas. Sobre la base de la crítica a este reduccionismo, nosotros buscamos dar cuenta de los nexos orgánicos entre las clases, la lucha de clases y la nación, como categorías contenidas y presupuestas las unas en las otras. Las clases, para transformarse en clases dominantes, han de constituirse en *clases nacionales*, a la vez que la nación deviene así una emergencia de la lucha de clases. Ni las clases ni la nación existen fuera de su relación interna. La lógica y la dinámica del desarrollo clasístico es interior a la lógica y a la dinámica de la nación. La burguesía no se constituye con *anterioridad* a la nación, sino *en* la nación y *como* nación. Su existencia, como la del proletariado, en un plano exclusivamente económico constituye una abstracción legítima sólo en términos analíticos, pero no permite reconstruir la unidad de su realidad concreta. Ésta supone su indisoluble articulación a la nación, y en ella. No hay nexo causal, instrumental, que parta de la burguesía, pase por el mercado nacional y culmine en el Estado. Éste produce a la sociedad civil tanto como ésta al Estado, en una perspectiva en la que estructura y superestructura conforman una totalidad orgánica. La burguesía no es el único sujeto del desarrollo nacional, ni la nación y el Estado son instrumentos o envolturas neutras.

Como han demostrado numerosos trabajos teóricos actuales, la acción de una clase moderna sólo tiene dimensiones históricas en cuanto se despliega en un plano no sólo económico, sino también político e ideológico; es decir, nacional. Una clase puede transformarse en sujeto autónomo, dirigente del proceso histórico, únicamente en la medida en que trasciende el nivel puramente económico de la acción. Una práctica limitada a este ámbito está irremediabilmente condenada a la subalternidad, y resulta incapaz de fundar una nación. Las clases no se constituyen en una esfera prepolítica ni, correlativamente, la nación emerge de un ámbito exterior a los conflictos de clase. En el marxismo contemporáneo se han producido ya muchos esfuerzos por establecer un nivel de análisis capaz de dar cuenta

presenta como un lazo que articula el poder político de la burguesía revolucionaria con la sociedad civil convertida en única fuente legítima del poder. El monarca materializaba la unidad social propia de la dominación patrimonial —cuya legitimidad era de orden trascendente. La secularización de la fuente legitimadora del poder conduce al surgimiento de la nación moderna. De ahí que el cuerpo del rey tenga que ser suprimido cuando se niega a transferir su poder al parlamento, rechazando limitarse a ejercer la función de mera representación ideal de la nación —Carlos I en la Inglaterra de Cromwell, en 1649; Luis XVI en la Francia de 1793.

La nación moderna expresa la *forma de constitución de la sociedad burguesa*; es decir, la articulación entre ésta y el Estado político. La sociedad burguesa se organiza políticamente en la Asamblea Constituyente, que materializa su unidad, y a través de la cual ella emerge ahora como nación: como una *forma de constitución social autosustentada*. La nación es la configuración que asume una *comunidad existente*, aunque *abstracta*: la de la sociedad burguesa como comunidad de los propietarios de mercancías libres e iguales ante la ley. Ella implica que las relaciones de explotación se establecen sin intervención de mecanismos extraeconómicos, con lo que queda estatuida una esfera puramente económica, separada de lo político, que parece moverse a través de una dinámica absolutamente inmanente. Desde el punto de vista de la sociedad burguesa, la intervención extraeconómica y todas las superestructuras feudales constituyen una forma de dominación “extranjera”. La soberanía nacional, que encarna el Estado político en cuanto Estado que se asienta en la sociedad civil, tiene como núcleo la negación de toda dominación extraeconómica. Es esta determinación la que lo funda, al decir de Max Weber, como Estado “racional” —toda vez que su dominación adquiere de ese modo el carácter de una “dominación racional”.¹⁹¹ De ahí que a partir del siglo XVI la dominación feudal se vaya transformando en Europa occidental en una dominación “extranjera”, y que los señores se vean obligados a “nacionalizar” su dominio —a adecuarlo a la estructura económica— para legitimarlo.

La dominación nacional excluye toda forma de dominación extraeconómica. Por lo que la calificación de “nacional” respecto de una formación social alude a una superestructura ideológico-política congruente con respecto al carácter burgués del modo de producción dominante. En las formaciones sociales capitalistas el consenso no se apoya sobre la justificación ideológica de la dominación patrimonial y la violencia privada, sino sobre su *impugnación*. La dominación se presenta aquí como una función legítima que consiste en *imposibilitar toda forma de dominación extraeconómica*. No se trata, pues, de la creencia en la legitimidad de la dominación, sino del

¹⁹¹ Weber, M. *Economía y sociedad*, México, 1964, p. 195.

IV. SOCIEDAD CAPITALISTA, ESTADO POLÍTICO Y NACIÓN

En un nivel abstracto, desde el punto de vista lógico-estructural, la categoría de nación expresa la existencia de una *forma específica* de configuración de la totalización social. Ella da cuenta de una modalidad históricamente particular de producirse la unificación de la sociedad, de modo tal que su conformación es determinada por un tipo peculiar de *principio articulador de la constitución social*.

La constitución de la nación supone la existencia de un metabolismo social fundado en la exclusión de la coacción extraeconómica del ámbito de las relaciones de producción, de tal forma que las relaciones sociales se apoyan en el establecimiento de una esfera económica estatuida como ámbito autónomo y autosustentado. Esto significa que la emergencia de la nación se apoya en la separación entre los ámbitos de la economía y de la política, lo que históricamente sólo se produce en cuanto el capitalismo se transforma en el modo de producción dominante de una formación social. Únicamente en estas condiciones el metabolismo social se presenta como una dinámica sustentada en sí misma, que brota no ya de la intervención de un principio externo —referido a la naturaleza o a la trascendencia—, sino de sus propias condiciones inmanentes. El nexo social producido por el capitalismo se funda en la universalización de la producción de valores de cambio, que por definición excluye la coacción extraeconómica como fundamento de la dominación. Las relaciones sociales se presentan aquí en términos de relaciones entre individuos libres e iguales que realizan intercambios equivalentes de mercancías.

La sociedad civil, en cuanto sociedad capitalista cuyo fundamento es el mercado, se estatuye en esta perspectiva como una comunidad de propietarios de valores de cambio —mercancías—, y su dinámica, al excluir toda modalidad de dominación extraeconómica, parece denegar la dominación *en cuanto tal*. De ahí que ésta —que emerge de las relaciones de producción,

en las que reside el basamento del mercado— no posea un carácter clasístico *inmediato*. El Estado que se constituye sobre este metabolismo no es un instrumento que gestione y sancione de modo inmediato y directo la dominación económica. El Estado burgués no es un Estado patrimonial —en el que la dominación económica, política e ideológica se entrelazan inextricablemente—, sino un Estado *político*. Esto es, que se coloca por encima del ámbito económico, como exterior y separado respecto de éste. El nexo social capitalista que brota de la universalización de los valores de cambio se materializa fuera de la clase dominante, escindido de las relaciones de producción, en un Estado que reconoce como única fuente de poder a la sociedad civil. O sea que el Estado no se apoya ni en un principio trascendente ni en el dominio inmediato de una clase social, sino en la unidad consensual de la sociedad, que se expresa en la ley. El Estado burgués es por ello un Estado político-jurídico.

Según nuestra consideración, la nación es una categoría que se apoya en la totalidad de individuos libres e iguales ante la ley que emerge del núcleo del metabolismo social, político e ideológico fundado en la dinámica del modo de producción capitalista. De ahí que la existencia de la nación suponga, desde el punto de vista lógico-metodológico, el modo de producción capitalista como modo de producción dominante de una formación social. Sociedad civil y Estado político constituyen aquí los dos extremos de una unidad social en que se cimenta la nación. Ésta media y articula al Estado político y a la sociedad civil, en cuanto ésta se presenta como única fuente del poder. En esta línea, la dominación no constituye una dominación directamente clasística, sino que se determina de un modo específicamente distinto: la soberanía, la dominación y el Estado no pertenecen a una clase, sino que adquieren un carácter nacional.

1. Sociedad civil y Estado político

En los modos de producción precapitalista los nexos sociales se presentan como nexos *naturales*, cuyo fundamento remite de uno u otro modo a un principio exterior de carácter trascendente. Ellos se erigen sobre un orden económico basado esencialmente en la naturaleza, en el que la tierra, y su propiedad, desempeña un papel fundamental, como arsenal, instrumento y materia prima de la producción. La principal condición de la producción no se presenta por tanto como algo puesto, sino como supuesto de la actividad productiva: ella constituye el momento objetivo a través del cual cobra existencia la subjetividad. Este comportamiento del trabajador respecto a las condiciones objetivas del trabajo como *su* presupuesto está aquí mediado por la propia existencia *natural* del individuo como miembro de

la comunidad. La especificidad de ésta está determinada por la forma en que se establece su unidad con la tierra, que depende de condiciones naturales e históricas, y da origen a diversas modalidades de propiedad colectiva y de propiedad doble, estatal y privada. Pero en todas estas formas productivas el objetivo económico es la producción de valores de uso, esto es, la reproducción de las relaciones presupuestas —más o menos naturales— entre el individuo y la comunidad, y de las modalidades en que la comunidad produce la unidad con sus condiciones de producción.¹⁸⁵

Estas determinaciones son válidas también para los modos de producción en que se ha producido la destrucción de las formas comunitarias de propiedad —que suponen el trabajo propio en cuanto condición de la conservación de la propiedad—, como la esclavitud y el feudalismo. Ello en tanto en éstos persiste la unidad originaria entre el trabajador y sus condiciones objetivas de trabajo, a través de su pertenencia natural a la comunidad. Lo nuevo radica en que una parte de la sociedad es considerada como condición natural de la reproducción de la otra. El esclavo y el siervo, las tribus vencidas, no son propietarios —no forman parte de la comunidad—, sino condición natural de la producción, accesorios de la tierra, conquistados junto con ésta.

La coerción económica está aquí inescindiblemente unida a la coerción política y jurídica. Ésta es inmediatamente extraeconómica en la medida en que las relaciones político-jurídicas son indiscernibles respecto de las económico-sociales. Los productores se encuentran subordinados directamente por lazos que se presentan como naturales y que poseen un carácter inmediatamente público. En los modos de producción precapitalistas la explotación reviste una índole simultáneamente económica, política y social, en cuanto las relaciones económicas y políticas se funden con las relaciones naturales globales. Las clases sociales son al mismo tiempo castas políticas, y el Estado es la ratificación forzada de relaciones económico-sociales que se consideran naturales e inmodificables, resultantes ya de la desigualdad natural, ya de relaciones ético-religiosas consagradas por la trascendencia. El “derecho” es, por tanto, la sanción de una jerarquización natural e intrascendible de los individuos. Como conjunto de ordenamientos, instituye la desigualdad como natural, pero por ello mismo la norma posee una conexión indisoluble con la organización económico-social, y carece de la tipicidad y la abstracción que caracterizan al derecho moderno.

El modo de producción capitalista implica una radical transformación de la lógica productiva, centrada en la *universalización de la producción de*

¹⁸⁵ Cfr. Marx, K. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, México, Siglo XXI, 1976, vol. I.

mercancías. En este sentido, supone la configuración en términos de valor de cambio del conjunto no sólo de la realidad objetiva, sino también y fundamentalmente de los sujetos, cuyos lazos mutuos y con respecto a los objetos se definen ahora por el intercambio mercantil. Esta transformación se apoya sobre dos supuestos previos: un desarrollo de las fuerzas productivas tal que rebasa la determinación natural, y la disolución de todas las formas de unidad inmediata entre el trabajador y las condiciones objetivas del trabajo —lo que implica, a la vez, la disolución de la unidad comunitaria natural. Sólo sobre estas bases la producción se estructura como producción de valores de cambio, y el trabajador se convierte en fuerza de trabajo —capacidad viva de trabajo, intercambiable por el trabajador como su propiedad.

En efecto, el capitalismo como modo de producción dominante se asienta en la supresión: 1) del comportamiento hacia la tierra como condición natural de la producción; 2) de las formas bajo las cuales el trabajador es propietario del instrumento de trabajo, o poseedor de los medios de consumo necesarios para vivir con anterioridad a la producción. Pero en cuanto disuelve la unidad entre el trabajador y las condiciones objetivas del trabajo, el MPC (modo de producción capitalista) implica también 3) la cancelación de todas las relaciones en las cuales los propios trabajadores están inmediatamente incluidos en las condiciones objetivas de trabajo, sujetos a relaciones de dominación personal, y son esclavos o siervos.

A partir de estas condiciones, el sujeto del trabajo se configura como *fuerza de trabajo*: capacidad puramente subjetiva que le pertenece como su propiedad, pero que se encuentra al mismo tiempo escindida respecto a la objetividad. Tanto ésta como el sujeto en cuanto fuerza de trabajo están configurados como valores, mercancías cuyo nexo —imprescindible para el proceso productivo— se produce a través del intercambio.

La cesura entre el trabajo como actividad y sus condiciones objetivas, determina a la producción como producción universal de valores de cambio: una modalidad de producción que así como no proporciona directamente al productor sus medios de subsistencia, tampoco puede apropiarse del trabajo ajeno de forma directa. Ambos procesos se realizan por mediación del intercambio, que se estatuye como fundamento del metabolismo social general. El establecimiento de las relaciones de producción capitalistas tiene como condición la abolición de los lazos de sujeción personal, en cuanto implica la libre relación de cambio entre los extremos separados de la fuerza de trabajo y el capital. Mientras ambas partes intercambian su trabajo sólo bajo la forma de trabajo objetivado, la relación capitalista de producción es imposible. Ésta supone la transformación del trabajo en mercancía —en fuerza de trabajo—, y por tanto la disolución de los lazos de sujeción personal sobre la capacidad viva de trabajo como relación fun-

dante de la producción —aunque ellos pueden permanecer eventualmente como formas secundarias. La fuerza de trabajo debe poseerse a sí misma en el intercambio. El capitalista no se apropia del trabajador, sino de la fuerza de trabajo, y esto no de un modo directo, sino a través del intercambio.

La producción universal de valores de cambio funda la *libertad* en dos sentidos: 1) como separación respecto de toda forma de existencia objetiva, en cuanto supone la escisión entre el trabajo y sus condiciones objetivas, y 2) como liberación respecto de toda sujeción personal. En este segundo significado, la libertad da origen a los principios de *propiedad* del trabajo, y de *igualdad* de los individuos en el intercambio en cuanto propietarios de mercancías. Como veremos, sin embargo, en la línea del primer sentido, esta libertad reviste un carácter contradictorio, toda vez que el trabajo asalariado implicaría, al mismo tiempo, la negación tanto de la propiedad como de la igualdad desde el punto de vista del contenido de la relación de intercambio entre fuerza de trabajo y capital en el proceso productivo. No obstante, el MPC instituye un ámbito de relaciones sociales caracterizado por el intercambio de mercancías entre individuos libres e iguales, a los que se les reconoce un campo de elección y libre albedrío. Determinados el producto y la actividad como valores de cambio, su relación mutua es de *equiparación*. Como intercambiantes, todos los sujetos son iguales, y las mercancías que cambian son equivalentes. La exterioridad y la diferencia tanto entre los sujetos —que, rota la comunidad natural, son ahora individuos—, como entre los sujetos y los objetos —dada por la escisión entre los momentos objetivo y subjetivo de la producción— deviene *unidad* en el plano del intercambio. Éste se instituye en la *mediación social general*, en la que los sujetos y los objetos son puestos como iguales. El intercambio se configura como la modalidad específicamente capitalista de constitución de la socialidad. Ésta adquiere un carácter al mismo tiempo *despersonalizado*, *universal* y *abstracto*. El nexo social no se estructura sobre la base de la dominación personal, que remite a principios trascendentes, sino que se autoconstituye en la esfera económica sin intervención de instancias exteriores a ella. Por otro lado, estatuidos como valores de cambio, tanto las actividades como los productos adquieren una índole universal y abstracta, únicamente por mediación de la cual devienen propios del individuo.

El intercambio general de actividades y productos, convertidos en condición de la vida para cada individuo y en el que consiste su entramado social, emerge como un nexo objetivo autosustentado, que surge automáticamente de la propia dinámica económica.¹⁸⁶ Sobre la base de este tejido social, el Estado se presenta como una instancia separada de la estructura

¹⁸⁶ Cfr. *ibid.*, vol. II.

económico-social, constituyéndose en una esfera autosustentada a su vez en la formalización jurídica de la vida política. La naturaleza específicamente económica de la coerción capitalista implica la disolución entre lo político y el contenido económico del metabolismo social. En cuanto ella supone la liberación de toda sujeción personal, da origen también a la liberación de la política respecto del contenido económico: la supresión de la dominación extraeconómica hace aparecer lo político como una instancia despojada de toda modalidad de coerción, salvo la que proviene del *consenso* del conjunto de la sociedad y que se expresa en una estructura jurídico-formal de índole universal.¹⁸⁷

El Estado moderno es un Estado político, en cuanto implica la escisión respecto a la sociedad, desconocida en las formaciones precapitalistas. Esta modalidad de Estado se apoya en la universalización de la igualdad y de la libertad personales, lo cual supone la supresión de todo poder público inherente al dominio de un particular. Esto es, la desvinculación del poder respecto a toda determinación directa proveniente de las actividades económico-sociales de los individuos. A diferencia de los Estados precapitalistas, el Estado político no es la ratificación por la fuerza de los intereses económicos de las clases o fracciones dominantes. Éstos no se trasponen inmediatamente bajo su forma de intereses privados, sino que revisten una modalidad mediatizada —efectivamente política—, en cuanto encarnación del interés general. El Estado deja de ser el espacio de la constitución de la dominación pública por parte de un particular privilegiado, para presentarse como expresión del consenso universal. Así, el Estado produce la *unificación política de la sociedad*, en un ámbito exterior a los mecanismos coercitivos del contenido económico de la vida social. Esta exterioridad hace posible la emergencia de una estructura universalizadora que funda una unificación al mismo tiempo *real, formal y abstracta*. Así como el metabolismo social apuntalado en el intercambio contiene en su seno la dinámica del trabajo asalariado, caracterizado por la apropiación capitalista sin equivalente de la plusvalía, la universalidad jurídica del Estado político se produce a través de la abstracción del contenido efectivo de las relaciones de producción.

El Estado moderno confiere un carácter jurídico a la vida política, en cuanto ésta queda escindida del contenido económico de la vida social. Pero esta escisión constituye, justamente, la forma de la unidad del Estado político con la sociedad capitalista. Esto en la medida en que el Estado se asienta sobre la comunidad formal de individuos libres e iguales propietarios de mercancías puesta por éste —y también en cuanto ambas instancias

¹⁸⁷ Cfr. Cerroni, U. *La libertad de los modernos*, Barcelona, Martínez Roca, 1972.

comparten los límites del carácter formal y abstracto de sus formas de universalización. La *disociación* entre Estado político y sociedad civil, que constituye la *forma de su unidad*, se expresa en la formalización jurídica de lo político. El Estado reviste la forma laica de una reglamentación normativa abstracta de las relaciones entre los individuos, estableciendo el marco formal de su cohesión. Ésta se funda ya no en un principio trascendente, sino en la ley. El Estado unifica a la sociedad a través de la ley, en cuanto ésta tiene en la sociedad la fuente exclusiva de su poder: el pueblo es el conjunto de individuos que son titulares de derechos políticos; es decir, aquellos considerados iguales por la ley, en que se apoya la legitimidad del Estado.¹⁸⁸

2. La formación nacional

La nación moderna da cuenta de la existencia de una totalidad de individuos libres e iguales ante la ley. En tanto que tal, su constitución implica una estructuración social caracterizada por la unidad-escisión entre sociedad civil y Estado político, que sólo se produce en cuanto el modo de producción capitalista resulta dominante en una formación social. Estado político y sociedad civil se presentan aquí como esferas cuya separación configura la forma de su unidad. El Estado político se asienta sobre la sociedad civil en la medida en que ésta se constituye en la única fuente del poder. Pero, a su vez, esto último resulta posible sólo en la medida en que la sociedad civil es unificada políticamente a través del Estado jurídico. Es en estas condiciones en las que tanto el pueblo como el Estado devienen específicamente *nacionales*. El pueblo-nación es el conjunto de individuos libres e iguales de la sociedad civil, en cuanto han sido unificados y reconocidos por la ley, fundamento del Estado. La soberanía popular es aquí soberanía nacional, toda vez que el pueblo de la sociedad civil deviene sujeto unificado por la mediación del Estado. Por su parte, el Estado materializa el dominio únicamente en tanto éste emana de la sociedad civil: el Estado no pertenece a una clase, sino al conjunto de la sociedad civil; es un Estado nacional. La dominación burguesa no constituye una dominación directamente clasista, sino que reviste un carácter *nacional*; ella implica a la sociedad civil como fundamento del poder, de ahí que el Estado político sea siempre, tendencialmente, un Estado ampliado en el sentido teorizado por Gramsci. Desde una perspectiva lógica, la formación nacional

¹⁸⁸ Cfr. Poulantzas, N. *Hegemonía y dominación en el Estado moderno*, México, Pasado y Presente, 1969.

se apoya sobre la estructura de este complejo metabolismo social, político e ideológico, aunque desde el punto de vista genético concreto la nación pueda preceder a la constitución acabada del Estado político, en cuanto proyecto de construcción de éste —es el caso de Europa occidental.

En la formas patrimoniales de organización política, el rey —el obispo, el príncipe o el déspota— conforma una unidad indiferenciada con lo que —retrospectivamente— se denomina la nación. La formación social es cohesionada aquí por la *persona* del jefe patrimonial, cuyas vicisitudes determinan la unidad o la división territorial y poblacional. En Europa occidental, la nación moderna emerge históricamente de una de las formas más desarrolladas de dominación patrimonial: la monarquía absoluta. La especificidad de ésta reside en que, en virtud de la validez sin límites de la primogenitura y de la indivisibilidad del poder, en que se apoya su carácter patrimonial, ella rebasa las fronteras del patrimonialismo y prefigura la forma impersonal del dominio estatal. En el principio, la monarquía francesa carece de residencia fija de gobierno, y su poder no está vinculado a una frontera territorial: el rey aloja el poder y la soberanía en su persona. Se trata de "imperios ambulantes", según denomina Poulantzas a esas organizaciones políticas precapitalistas.¹⁸⁹ Las funciones del Estado se presentan como la prolongación de los miembros y los órganos corporales del Príncipe.¹⁹⁰ El proceso por el cual la burguesía accede al poder —entre los siglos XVI y XIX— se presenta, por tanto, en términos de la ocupación de este *cuerpo imaginario* del monarca, al que margina y acaba finalmente por eliminar. A partir de este cuerpo, la burguesía recrea otra unidad, en que habrá de consistir el *Estado nacional*.

El monarca absoluto, en su lucha contra la nobleza feudal y la fragmentación social corporativa del medievo, se transforma en la personificación de una unidad que actúa como instrumento de una reordenación que conduce a la *constitución nacional* de la sociedad. La nación comienza a existir por medio de la persona del rey. De ahí que la Revolución francesa no proyecta la abolición de la monarquía, en cuanto ésta materializa la unidad de la sociedad. Pero la consolidación progresiva de la sociedad civil burguesa abre un proceso de diferenciación e independización de la unidad social respecto al rey, hasta dar origen a un *principio articulador nuevo* de la formación social en su conjunto. La función unificadora comienza a ser ejercida por la propia sociedad civil: los espacios corporales del monarca se van transformando en órganos administrativos de la sociedad o de su representación política; en síntesis, en órganos de la Asamblea Nacional. En esa medida, la sociedad civil misma se constituye en nacional. Ésta se

¹⁸⁹ Cfr. Poulantzas, U. *Estado, poder y socialismo*, México, Siglo XXI, 1979, p. 127.

¹⁹⁰ Cfr. Guiomar, J.Y. *L'idéologie nationale*, París, Champ Libre, 1974, p. 63.

de esta unidad orgánica a la que aludimos, a través de categorías como la de formación económico-social y más particularmente la de bloque histórico, que acentúan el lugar y el nexo interno de lo político respecto a la económico. A partir de estos esfuerzos —que reconocen en el pensamiento de Gramsci un momento decisivo, y entre los cuales citaremos los trabajos de Poulantzas, Terray, Laclau, Portantiero, Mármora, etc.— intentaremos perfilar ciertas líneas de teorización en torno a la cuestión nacional. Éstas apuntarán a dar cuenta del proceso de formación nacional a partir de las contradicciones que traspasan al conjunto de la sociedad capitalista; a formular el carácter conflictivo e incompleto de la configuración de la nación burguesa, y a abrir espacio a la articulación interna entre socialismo y nación, esbozando la posibilidad de una perspectiva socialista para la cuestión nacional.

consenso en torno a su carácter *autodeterminado*. Como señala Perry Anderson,

lo nuevo de este consenso estriba en que toma la forma fundamental de una creencia de las masas de que en última instancia pueden determinarse a sí mismas dentro del orden existente. Así pues, no se trata de la aceptación de la superioridad de una clase dominante reconocida (como en la ideología feudal), sino de la creencia en la igualdad democrática de todos los ciudadanos en el gobierno de la nación —en otras palabras, de la absoluta carencia de fe en la existencia de una clase dominante.¹⁹²

En suma, la nación, o lo nacional, no existe como una *cosa* o un *ente en sí*, ni como una *esencia* deducible empíricamente. Ella refiere a una *articulación orgánica y contradictoria* en que se condensa el metabolismo económico, social, político e ideológico que emerge del capitalismo como modo de producción dominante.

Las sociedades precapitalistas no se organizan bajo la forma del Estado-nación. La regla general es aquí la *diversidad estamental*. Las clases dominantes derivan su poder de privilegios heredados sobre la base de principios trascendentes, no de la propiedad adquirida por ellos. Por eso, los miembros de los estamentos dominantes, que contraen matrimonio entre sí, tienden a configurar una comunidad más bien cosmopolita, cerrada y diferenciada étnica y culturalmente de las masas populares. Desde un punto de vista retrospectivo, toda dominación reviste aquí el carácter de una dominación "extraña", determinada y reproducida por el principio articulatorio de la constitución de la sociedad, y no por el origen étnico-cultural de las clases dominantes respecto a la dominadas. Es la estructuración social la que determina si el desarrollo de esa formación social conduce a la unificación o a la desagregación étnico-cultural: ésta es una *consecuencia*, no un *fundamento* de la formación social como formación nacional. Impulsada por la dinámica del desarrollo capitalista, una clase dominante de diferente origen étnico-cultural puede fusionarse con las masas populares; y a la inversa, surgida del pueblo, en una formación social precapitalista acabará por diferenciarse.

La formación nacional se apoya efectivamente en elementos comunes dados históricamente. Pero la mera adición de éstos no permite conformar una comunidad nacional, ni suministra un fundamento suficiente para la construcción de la unidad social. Es la sociedad burguesa la que crea esta comunidad al romper las barreras estamentales, introduciendo el libre tráfico social entre los individuos. Es cierto que la comunidad nacional puede

¹⁹² Anderson, P. *Las antinomias de A. Gramsci*, Barcelona, Fontamara, 1978, pp. 52-53.

establecerse más fácilmente sobre la base de elementos comunes preexistentes, pero la dinámica decisiva para la formación de una nación no se origina en la comunidad geográfica, cultural o racial. Las naciones tienen esos rasgos comunes *como producto* de la dinámica social, pero no provienen de ellos, ni resultan reductibles a una sustancia de esa naturaleza —tan pronto como emerge a la vida política, la burguesía descubre rasgos comunes en sus pueblos respectivos.

Las naciones producen ellas mismas, en última instancia, sus propias condiciones y presupuestos, a través de una dinámica decisiva que reside en la forma de constitución de la formación social capitalista. No son los caracteres comunes externos los que dan cohesión a los miembros de una comunidad nacional. Podría afirmarse, por el contrario, que lo que define a la nación y la diferencia de otras formas de comunidad es que *no necesita la fuerza de ningún vínculo de unión empírico externo*. Una nación no se mantiene unida en virtud de ningún lazo de índole étnico, geográfico, cultural o histórico inducible o verificable empíricamente. Desde un punto de vista lógico, y aun genético, esos elementos son consecuencia y no causa de la existencia de una formación nacional.

En la formación social capitalista, el nexo articulatorio del conjunto social no es establecido por el Señor patrimonial, sino que se estatuye a través del mercado. Ello implica el reconocimiento de los derechos y las libertades de los propietarios privados por parte de todos los miembros de la sociedad, de modo que el fundamento del reconocimiento general se sitúa en el derecho o constitución. Éste se objetiva y se independiza de la clase dominante, elevándose por encima de la sociedad. El proceso de producción de esta estructura se implica y se acompaña necesariamente con el proceso de formación de la nación.

La despersonalización de la dominación política es la base de la generalización de la ciudadanía como pertenencia al Estado —en las formaciones sociales precapitalistas la pertenencia al Estado es siempre un privilegio personal: no todos, ni en el mismo grado, son miembros del Estado, que constituye, a su vez, el Estado de una fracción de la sociedad. El Estado moderno no pertenece a *nadie en particular*, en cuanto su función consiste en garantizar la igualdad de todos los miembros de la sociedad, asegurando de ese modo la unidad de la formación social. El Estado pertenece a la sociedad en su conjunto, en cuanto totalizada políticamente. *Esa totalidad es la nación*. Ésta surge, justamente, de la desprivatización y la objetivación del poder político, de su *nacionalización*, producto de su fundamentación en la sociedad civil.

En síntesis, el proceso de formación nacional está inseparablemente unido al de la formación del Estado moderno, que en cuanto sanciona el derecho impersonal y la igualdad de todos ante la ley refiere, al mismo

tiempo, a la constitución de la sociedad burguesa. En esta línea, Estado político y sociedad civil preceden a la nación desde un punto de vista lógico. Ello no necesariamente es así desde el punto de vista genético. En Europa occidental la regla es más bien la precedencia de la nación respecto al Estado de derecho: la resistencia a la dominación patrimonial y el proyecto de igualdad y libertad jurídica actúan aquí como prefiguración de la nación. La nación, sin embargo, supone siempre como marco de referencia la igualdad de derecho y el Estado propio, o su proyecto como amplio programa social.

3. El carácter contradictorio de la comunidad nacional

En esta perspectiva, la nación moderna constituye una comunidad social históricamente específica, que emerge del metabolismo económico, político e ideológico producido por la articulación contradictoria y orgánica entre sociedad burguesa y Estado político. Ella refiere al Estado de derecho, y se proyecta en él, pero en modo alguno se presenta como una categoría *inmediata*, verificable empíricamente al margen de la reflexión teórica. No resulta, tampoco, reductible a alguna esencia determinada por caracteres formales externos independiente de las modalidades históricas de la constitución social.¹⁹³

La nación implica la existencia del Estado político. Es, en cierto modo, el sedimento arrojado por éste. Pero el Estado político, aun cuando constituye una totalidad social de individuos libres e iguales ante la ley, posee un contenido clasístico. No estatuye sino una comunidad formal y abstracta —justamente, política— en la medida en que hace abstracción del contenido contradictorio de las relaciones de producción. El Estado burgués establece el marco formal de un campo de contradicciones que supone, pero *no supera*. La universalidad estatal, en cuanto jurídica, está disociada de la particularidad, que persiste y coexiste fuera del ámbito de la unificación, y que se revela de este modo como una universalización externa y formal.

Esto no significa, sin embargo, que la nación sea una mera *representación ideológica* de la unidad social, la sola *ilusión* de una comunidad, cuya única realidad consiste en oscurecer y suprimir el carácter contradictorio de las relaciones de producción. Para teóricos como Guiomar —en la línea de una amplia tendencia del marxismo, que hemos examinado— la nación se pre-

¹⁹³ En esta línea, Samir Amin define como naciones a Egipto y la antigua China, en cuanto para él la nación está determinada por la existencia de una lengua común y un Estado centralista. Cfr. Amin, S. *Class and Nation*, Nueva York, 1980, pp. 19 y ss.

senta como una categoría imaginaria, simbólica, ideológica, cuya *exclusiva* realidad consiste en el Estado clasístico. La nación sería aquí el "*cuerpo ideológico*" del único *cuerpo real*, el Estado burgués. Lo nacional queda así reducido a una función ideológica precisa: la negación del efecto de las relaciones de producción.¹⁹⁴ Es cierto que para Guiomar lo ideológico no se define como reflejo invertido y falso de la realidad, sino que constituye *parte de la propia realidad*. La "realidad ideológica" de la nación es entendida como una "realidad de las apariencias", en el sentido de la "realidad psíquica" freudiana. Es decir, "representaciones existentes 'en la cabeza' de un individuo y cuyos efectos son los mismos que si se tratara de realidades externas a ese individuo".¹⁹⁵

Estas determinaciones son incuestionablemente correctas en lo que se refiere a la caracterización de lo ideológico. Pero Guiomar elude un hecho decisivo: la nación no es *únicamente* una realidad psíquica, subjetiva o imaginaria. Ella emerge del propio ámbito de la producción material de la sociedad, y existe a partir de éste como fundamento real del Estado moderno de derecho. Su objetividad no pertenece sólo al orden de la imaginación o del psiquismo, sino que tiene una existencia efectiva en la totalidad de los ciudadanos libres e iguales ante la ley, que configuran la comunidad nacional.

Sin embargo, si esto es, por un parte, verdadero, también es cierto que, por otra, la libertad y la igualdad jurídica que unifican a los sujetos como nación son de una naturaleza irremediamente formal, en cuanto no calan en los lazos internos de los individuos entre sí, sino en sus relaciones externas con la ley.

La nación burguesa es una comunidad formal y abstracta de individuos, en cuanto hace abstracción de las relaciones de producción concretas de las que surgen las dependencias y las desigualdades entre los hombres. Lo que en la esfera de la circulación aparece como libertad e igualdad individuales se presenta en la producción —su fundamento— como coerción social, originada en la escisión entre el trabajo y sus condiciones objetivas.

¹⁹⁴ Dice Guiomar: "El modo de producción capitalista se funda al nivel del poder ejecutivo, es decir, al nivel del Estado. Ahí y nada más que ahí, está la realidad del poder. La nación, la soberanía nacional, la representación nacional son lo imaginario del poder. La nación es un símbolo, el Estado es una realidad. El advenimiento del Estado-nación pone de manifiesto que no existe realidad sin simbolismo como correlato... Ya hemos dicho que la burguesía se revelará incapaz de instaurar en los hechos una unidad real, pues la única realidad, las relaciones de producción... niegan a la nación todo carácter de cuerpo real y por consiguiente la restituyen en su función de cuerpo imaginario... La burguesía se ve precisada a negar el efecto de las relaciones de producción: ésa es la función de la ideología nacional." Cfr. Guiomar, J.Y. *Op. cit.*, pp. 64, 228.

¹⁹⁵ Guiomar, J.Y. "Être dingue ou pas", en *Taupe Bretonne*, núm. 5, noviembre de 1973, París, p. 19.

El intercambio entre el capital y el trabajo asalariado se descompone, en el ámbito productivo, en dos procesos contrapuestos: 1) el trabajador intercambia la mercancía de su propiedad, la fuerza de trabajo, como valor de uso, por una determinada cantidad de valores de cambio —el salario— en que consiste su valor; 2) el capitalista —propietario de las condiciones objetivas del trabajo— recibe en el intercambio a la fuerza de trabajo como capacidad creadora de valor. Aquí, a diferencia de la circulación, el uso de la mercancía no sólo no queda al margen de la relación económica, sino que constituye una relación específica en la que su utilización es el objetivo fundamental del proceso de intercambio en el terreno productivo. La diferencia entre éste y el intercambio simple de la circulación es decisiva, en cuanto la ley es ahora la escisión entre el trabajador y la propiedad. El capital se apropia, sin equivalente, de la diferencia entre el valor de cambio de la mercancía fuerza de trabajo y el valor de cambio producido por el valor de uso de esta mercancía —el plusvalor. La libertad, la igualdad y el derecho de propiedad se trastruecan en su contrario: por el lado del capital, en el derecho de propiedad sobre el producto ajeno; del lado de la fuerza de trabajo, en la exigencia de comportarse frente al propio trabajo como propiedad ajena. En esta perspectiva, la comunidad nacional sólo puede determinarse como una comunidad formal y abstracta, traspasada por la elusión del contenido contradictorio de las relaciones de producción.

La nación se constituye en función de la propiedad, y como comunidad de propietarios, a partir del metabolismo social circulatorio. Desde el punto de vista genético, ella surge de la lucha de la clase que ha producido su propiedad, contra los estamentos que han heredado sus privilegios. De ahí que una de las reivindicaciones fundamentales de aquella clase, en el horizonte de la reorganización del tejido social, pasara por la exigencia de la abolición de la exención de impuestos a los estamentos privilegiados. Esto es, por la universalización de las contribuciones fiscales como corolario de la universalización de la propiedad. Voltaire definía a la nación como una *comunidad de propietarios*: sólo es miembro de la nación quien, como propietario, la sostiene económicamente a través del impuesto.¹⁹⁶ Fin del privilegio aristocrático, universalización de la propiedad y conformación de la nación son procesos entrelazados necesariamente. La aristocracia debía “nacionalizarse” o ser expulsada de la nación.

En cuanto desposeídos de propiedad, tampoco los sectores bajos del pueblo —los trabajadores—, y particularmente las mujeres, podían pertenecer a la nación —éste es uno de los sentidos de la afirmación marxiana según la cual el proletariado no tiene patria. Estos sectores llegarían a

¹⁹⁶ Cfr. Soboul, A. “De l'ancien régime à l'Empire: problème national et réalité sociale”, en *L'Information Historique*, xxii, núm. 2, 1960, París, p. 59.

pertenecer a la nación en cuanto propietarios de su fuerza de trabajo. Pero ello no se produciría más que como consecuencia de largas luchas populares por la ampliación de la ciudadanía y por la extensión de las tareas del Estado nacional a la representación y la protección de su fuerza de trabajo. Estas luchas, que se desarrollaron fundamentalmente a lo largo del siglo XIX, se prolongaron hasta mediados del siglo XX en relación con las mujeres. Por lo demás, las luchas populares por la defensa de los derechos de la fuerza de trabajo en el seno de la nación burguesa, como la hemos definido, han constituido y siguen constituyendo hasta hoy una constante de la dinámica interna de la formación nacional. La resistencia popular a la avanzada actual de las concepciones y las políticas liberal-conservadoras tendentes a modificar los términos de las relaciones entre sociedad civil y Estado (haciendo del mercado el núcleo *exclusivo* de todo el metabolismo social), vinculadas a la emergencia de nuevas fracciones hegemónicas burguesas, ilustra ampliamente esta afirmación.

Esto significa que las determinaciones que hemos expuesto hasta aquí, que permanecen en un plano lógico-metodológico, si bien conforman un marco categorial analítico imprescindible para el examen del hecho nacional, resultan insuficientes para dar cuenta del carácter inmensamente *complejo y abierto* de la problemática nacional. La teorización de ésta exige también un análisis de los procesos de constitución, transformación y quiebre de los sistemas hegemónicos, que abordaremos en el siguiente apartado.

De lo examinado en el nivel del análisis que nos ha ocupado hasta ahora podemos afirmar, en suma, que la nación tiene una existencia *doble*: 1) *objetivamente*, la nación designa una comunidad *real* de individuos que son propietarios libres y ciudadanos en igualdad de derechos. En esta modalidad de existencia, la nación constituye una realidad objetiva, aunque *abstracta y formal*, en cuanto coexiste y se asienta sobre el contenido contradictorio de las relaciones de producción. 2) Pero en la medida en que esta comunidad abstracta y formal es identificada con el ideal de una comunidad *acabada y perfecta*, que ha superado las contradicciones que brotan de su contenido, la nación aparece también como una *representación ideológica* —en el sentido expuesto anteriormente— que encubre y acompaña los antagonismos propios del carácter clasístico de la sociedad y el Estado burgueses.

V. LA NACIÓN Y EL SISTEMA HEGEMÓNICO

Según nuestra primera aproximación, la formación nacional —la nación y la cuestión nacional— refiere a una modalidad específica del principio articulador de la constitución social. En esta línea, ella se perfila como *condensación* de un complejo metabolismo económico, social, político e ideológico, que supone al capitalismo como modo de producción dominante. La nación no es aquí una cosa o ente determinable a partir de algún vínculo empírico externo, ni una esencia asequible a través de la inducción. No resulta, por tanto, una categoría inmediata: ella remite a una reflexión teórica capaz de dar cuenta de un espacio de articulación orgánica y contradictoria entre la sociedad civil, el Estado político y las formas ideológicas. La nación designa el lugar de condensación de un metabolismo social peculiar, del cual emerge, objetivamente, como comunidad formal y abstracta de individuos, propietarios libres y ciudadanos en igualdad de derechos.

Esto significa que el espacio teórico en que debe ubicarse la problemática de lo nacional no es el constituido de modo unilateral por el mercado, cuya consideración economicista como fundamento de la nación implica la suposición de que existe una especie de ley del valor actuando en el vacío. Como sabemos, sin intervención política no es posible desarrollar un mercado nacional, por donde la cadena causal de este determinismo (mercado nacional-nación-Estado) queda invalidada.

La delimitación de este espacio teórico implica la superación de la vertiente economicista del marxismo, al tiempo que un reexamen de las formas y la función de las llamadas superestructuras, en el marco de una operación conceptual capaz de poner de manifiesto las articulaciones internas, orgánicas y específicas entre esas instancias. Este trabajo constituye, precisamente, el núcleo del esfuerzo teórico contenido en los *Quaderni* de Antonio Gramsci. Las categorías gramscianas de bloque histórico y hegemonía, y el replantamiento de las concepciones marxistas en torno a la política y a la

ideología que ellas contienen, avanzan elementos decisivos para una consideración innovadora y fecunda de la cuestión nacional. Más que en una exposición de conjunto del movimiento teórico implicado por estas categorías —que no desarrolla de modo específico la cuestión nacional, aunque apunta permanentemente a ella—, nuestro interés radica en subrayar el carácter fundante de este arsenal gramsciano en orden a superar la *impasse* economicista y nacionalista en el que el marxismo había dejado naufragar el problema de la nación.

Si el espacio teórico en que se ubica la cuestión nacional remite a la articulación orgánica y contradictoria entre estructura y superestructuras, el punto nodal no reside en un examen por separado de estas instancias, para averiguar cuál de ellas determina en última instancia la formación de la nación. (En esa línea, la condena al economicismo clasista, o al idealismo nacionalista resulta irremediable.) El eje del problema se sitúa, por el contrario, en la superación de aquella exterioridad analítica, y en la comprensión de la forma y la dinámica de su unidad. Éste es, justamente, el núcleo de los conceptos gramscianos de bloque histórico y hegemonía. El bloque histórico supone, en el pensamiento de Gramsci, la recusación de toda consideración epifenoménica de las superestructuras, que se liga al ordenador teórico central de su obra: el combate al economicismo. Gramsci no se limita a la sola revalorización de las superestructuras, sino que su argumentación básica reside en la irreductibilidad de lo político y lo ideológico a la instancia económica entendida como matriz metafísica. Gramsci rechaza la equiparación entre ideología y falsa conciencia, confirmando a aquélla un carácter material y eficaz en el proceso de configuración de los sujetos políticos. Sostiene:

Para Marx las "ideologías" son todo lo contrario a las ilusiones y las apariencias; son una realidad objetiva y operante, pero no son el motor de la historia, he ahí todo... ¿Cómo habría podido pensar Marx que las superestructuras son apariencia e ilusión?... Marx afirma explícitamente que los hombres toman conciencia de sus obligaciones en el terreno ideológico, de las superestructuras, lo cual no es pequeña afirmación de "realidad"... Este tema del valor concreto de las superestructuras debería ser bien estudiado. Recordar el concepto de Sorel de bloque histórico. Si los hombres toman conciencia de su deber en el terreno de las superestructuras, ello significa que entre estructura y superestructura hay un nexo necesario y vital.¹⁹⁷

El concepto de *bloque histórico* pone de manifiesto, para Gramsci, la "unidad entre la naturaleza y el espíritu (estructura y superestructuras), la unidad

¹⁹⁷ Gramsci, A. *Cuadernos de la cárcel*, México, Era, 1981, vol. 2, p. 148.

de los contrarios y los distintos",¹⁹⁸ de modo tal que su núcleo reside en el *vínculo en que se realiza tal unidad*. Desde un punto de vista estático, el bloque histórico comprende, por una parte, una estructura social que depende directamente de la articulación entre fuerzas productivas y relaciones de producción; y por otra, las superestructuras ideológica y política. La vinculación orgánica entre estos dos momentos es asegurada por ciertos grupos sociales, los intelectuales, que operan no en el nivel económico, sino en el superestructural —ellos son definidos por Gramsci de modo amplio, como organizadores, funcionarios de las superestructuras. En este sentido, "las fuerzas materiales son el contenido, y las ideologías la forma"¹⁹⁹ del bloque histórico, "siendo esta distinción de contenido y forma puramente didascálica, puesto que las fuerzas materiales no serían concebibles históricamente sin forma, y las ideologías serían caprichos individuales sin la fuerza material".²⁰⁰

Pero el fundamento sobre el que se constituye un bloque histórico, una estructura histórico-social integrada, es la producción de un *sistema hegemónico* bajo la dirección de una clase fundamental —cuya gestión es realizada por los intelectuales. Sólo el examen de la constitución del sistema hegemónico permite dar cuenta de la unidad orgánica entre estructura y superestructuras.

La categoría gramsciana de sistema hegemónico se asienta sobre otro movimiento teórico: la *ampliación* del concepto de *Estado*. Las funciones estatales se expanden en una multiplicidad de prácticas y organizaciones públicas y privadas, hasta conformar un sistema de trincheras institucionales que median las relaciones entre la sociedad y el Estado en sentido estrecho —el aparato gubernamental. El Estado se desdobra en dos determinaciones: Estado-gobierno y Estado-sociedad civil, lo que permite ampliar su caracterización como instrumento coercitivo, incorporando una función hegemónica, entendida como función de *dirección* de la sociedad.

La definición gramsciana de la *sociedad civil* es radicalmente diferente a la de Marx. Para éste, la sociedad civil es el conjunto de la estructura económica y social, que incluye el complejo de las relaciones económicas: la *bürgerliche Gesellschaft*, que puede ser traducida también como sociedad burguesa, sentido en que nosotros la hemos usado hasta aquí. Para Gramsci, por el contrario, la sociedad civil pertenece al momento de las superestructuras, y conforma el espacio del despliegue de la hegemonía.

¹⁹⁸ Gramsci, A. *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, México, Juan Pablos, 1975, p. 34.

¹⁹⁹ Gramsci, A. *El materialismo histórico y la filosofía de B. Croce*, México, Juan Pablos, 1975, p. 58.

²⁰⁰ *Ibid.*, p. 58.

Así, en Gramsci el "Estado es todo el complejo de actividades prácticas y teóricas con las cuales la clase dirigente no sólo justifica y mantiene su dominio, sino también logra obtener el consenso activo de los gobernados".²⁰¹ De ahí que

además del aparato gubernativo, debe entenderse por Estado el aparato "privado" de hegemonía o sociedad civil. En la polémica (por lo demás superficial) sobre las funciones del Estado (y entendiéndose, del Estado como organización político-jurídica en sentido estricto) la expresión de "Estado *veilleur de nuit*"... quiere significar un Estado cuyas funciones están limitadas a la tutela del orden público y del respeto de las leyes. No se insiste en el hecho de que en esta forma de régimen (que por otro lado no existió jamás sino como hipótesis-límite, en el papel) la dirección del desarrollo histórico pertenece a las fuerzas privadas, a la sociedad civil, que es también Estado.²⁰²

La *hegemonía* como función de dirección de la sociedad —que implica una función ética, cultural y moral que se despliega en el terreno de la sociedad civil gramsciana— es ejercida por un grupo social fundamental, sobre los grupos subordinados, constituyendo un *sistema*. En éste, "el Estado es concebido como organismo propio de un grupo, destinado a crear las condiciones favorables para la máxima expansión del mismo grupo; pero este desarrollo y esta expansión son concebidos y presentados como la fuerza motriz de una *expansión universal*, de un desarrollo de *todas las energías 'nacionales'*".²⁰³

Entre la estructura económica y el Estado como legislación y coerción, está la sociedad civil gramsciana. Así, cada forma estatal es una modalidad particular de articulación entre economía y política: el espacio en que se organizan las relaciones de fuerza políticas entre las clases. La relación entre la clase dominante y el Estado no resulta reductible al vínculo inmediato y lineal surgido del modo de producción, sino que implica una mediación: la de la relación de las clases y fracciones subalternas con el Estado. El concepto de Estado ampliado (en el sentido organizativo: sociedad política + sociedad civil, y funcional: coerción + consenso) redimensiona la articulación entre estructura y superestructuras, entre economía y política, tejiendo una trama teórica que se centra en una concepción de la dominación como *dominación hegemónica*. En este sentido, la sociedad constituye un sistema de hegemonía específico, cuya analítica descansa en las formas particulares de aquella mediación. La dominación hegemónica implica que

²⁰¹ *Notas sobre...*, *op. cit.*, pp. 107-108.

²⁰² *Ibid.*, p. 164.

²⁰³ *Ibid.*, p. 72.

el grupo dominante es coordinado concretamente con los intereses generales de los grupos subordinados, y la vida estatal es concebida como una formación y superación continuas de *equilibrios inestables* (en el ámbito de la ley) *entre los intereses del grupo fundamental y los de los grupos subordinados*, equilibrios en donde los intereses del grupo dominante prevalecen, pero hasta cierto punto.²⁰⁴

La capacidad hegemónica se basa, para Gramsci, en la función del grupo dirigente en la estructura económica: "Si la hegemonía es ético-política, no puede dejar de ser también económica, no puede menos que estar basada en la función decisiva que el grupo dirigente ejerce en el núcleo rector de la actividad económica."²⁰⁵ Pero su *dimensión* central reside en la capacidad del grupo dominante para *dirigir* a los grupos y fracciones subalternos, estimulando, organizando e integrando sus reivindicaciones en un plano que implica sacrificios de orden corporativo, y supone el acceso a una unidad intelectual y moral:

Un tercer momento [de las relaciones de fuerza sociales] es aquel donde se logra la conciencia de que los propios intereses corporativos, en su desarrollo actual y futuro, superan los límites de la corporación, de un grupo puramente económico y pueden y deben convertirse en los intereses de otros grupos subordinados. Ésta es la fase más estrictamente política, que señala el neto pasaje de la estructura a la esfera de las superestructuras complejas... determinando, además de la unidad de los fines económicos y políticos, la unidad intelectual y moral, planteando todas las cuestiones en torno a las cuales hierve la lucha no sobre un plano corporativo sino sobre un plano "universal", y creando así la hegemonía de un grupo social fundamental sobre una serie de grupos subordinados.²⁰⁶

La hegemonía gramsciana privilegia, por tanto, el orden de lo político-ideológico, no en el sentido de una supresión del momento estructural, sino en el de una determinación de lo político como momento superior de las relaciones de fuerza sociales. En esta línea, la hegemonía no resulta, tampoco, agotable en un ámbito exclusivamente ideológico. Ella se realiza en aparatos hegemónicos que articulan los bloques sociales, en instituciones de la sociedad civil gramsciana que contienen el despliegue de esas relaciones de fuerza —de la lucha de clases en todos los niveles.²⁰⁷

²⁰⁴ *Ibid.*, p. 72.

²⁰⁵ *Ibid.*, p. 55.

²⁰⁶ *Ibid.*, pp. 71-72.

²⁰⁷ Ciertos autores, como Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, realizan una interpretación del concepto de hegemonía en la que ésta acaba por ser reducida al consentimiento y a la legitimación puramente ideológicas. Con la intención de subrayar la importancia del momento ideológico en el combate contra el economicismo marxista, ellos tienden a marginar los aspectos *materiales* de la hegemonía, ligados a los intereses de las diversas clases y fracciones de clase, con lo que se produce una virtual desaparición de lo clasístico en la analítica

La categoría de hegemonía constituye el soporte de una concepción orgánica de la unidad estructura-superestructuras en cuanto, al mismo tiempo, ella produce una consideración no economicista de las clases y la lucha de clases. La concepción de las clases tiene en Gramsci como núcleo el proceso de su constitución *política*. La determinación clasística que surge de la estructura debe desplegarse y dimensionarse en el campo de la lucha política, esto es, en el ámbito del Estado en sentido amplio. Esto significa que la clave de la constitución clasística reside en su transformación —en modo alguno automática, fatal o necesaria— en *clase hegemónica*.

Una clase se produce a sí misma en cuanto se convierte en sujeto histórico autónomo, es decir, en la medida en que constituye su unidad interna —su homogeneidad, su autoconciencia y su autoorganización— como sujeto político. Pero esto implica, justamente, su autoproducción como sujeto hegemónico. O sea, como clase capaz de producir, dirigir y desarrollar un amplio bloque social, una *voluntad social colectiva*, lo que supone trascender su propio corporativismo. Las clases se constituyen aquí en el plano político, en el ámbito de la lucha por construir un sistema hegemónico. Ellas se homogeneizan y se organizan en el Estado, no como mera institución jurídica, sino como resultado de las relaciones orgánicas entre sociedad política y sociedad civil. La culminación de este proceso se produce en cuanto una clase accede al poder del Estado —como sociedad política—, dando origen así a un nuevo bloque histórico. En esta perspectiva, determinada una unidad social históricamente dada en términos de bloque histórico —lo que implica su consideración como un sistema específico de hegemonía—, la analítica se sitúa necesariamente en un plano *nacional*.

Para Gramsci, "el concepto de hegemonía es aquel donde se anudan las exigencias de carácter nacional". Y en la misma nota agrega: "La relación nacional es el resultado de una combinación original, única (en cierto sentido) que debe ser comprendida en esta originalidad y unicidad si se desea dominarla y dirigirla."²⁰⁸ De este modo, la autoproducción de la clase como sujeto histórico consiste en un movimiento *doble e inescindible*. La constitución de su *unidad* como sujeto político es aquí, al mismo tiempo, el movimiento por el cual logra crear una *voluntad colectiva nacional*. A partir de su función en la estructura económica, ella trasciende su propio corporativismo, elevándose a un plano universal, transformándose en una *clase nacional*.

Sobre la base de los avances teóricos gramscianos, es posible afirmar que el factor *decisivo* en la formación de la nación reside en el modo como

de la hegemonía y de la nación. Cfr. Laclau, E. *Política e ideología en la teoría marxista*, Madrid, Siglo XXI, 1986. También Laclau, E. y Mouffe, Ch. *Hegemonía y estrategia socialista*, Madrid, Siglo XXI, 1987.

²⁰⁸ *Notas sobre...*, *op. cit.*, pp. 147-148.

se constituye el *bloque histórico burgués*, a través de la lucha de la burguesía por construir su sistema hegemónico como fundamento del poder del Estado. Como hemos expuesto, un sistema hegemónico se produce sobre la base no únicamente de la negociación —y la lucha— en torno a intereses materiales más o menos opuestos, sino también sobre la *fuerza unificadora de lo ideológico*. Como señala Gramsci,

si la relación entre intelectuales y pueblo-masa, entre dirigentes y dirigidos, entre gobernantes y gobernados, es dada por una adhesión orgánica, en la que el sentimiento-pasión se vuelve comprensión y por lo tanto saber (no mecánicamente, sino en forma viva), sólo entonces la relación es de *representación*, y se produce el intercambio de elementos individuales entre gobernantes y gobernados, entre dirigidos y dirigentes, o sea realiza la vida de conjunto, que es la única fuerza social; se crea el bloque histórico.²⁰⁹

La tarea y la obra del proceso de formación nacional consiste en hacer converger elementos múltiples y dispares —deseos, mitos colectivos, herencias étnicas y religiosas, historias y propósitos comunitarios, etc.— en un solo haz o subjetividad colectiva, bajo la hegemonía de la fracción de clase más capaz para ello. Lo opuesto correlativo a la hegemonía es el corporativismo. Éste se define como una modalidad de acción propia de una clase, o grupo social, orientada exclusivamente a sus propios intereses sectoriales, incapaz de construir a partir de sí misma un horizonte social global que le permita ejercer una dirección cultural y moral sobre los otros grupos nacionales. El corporativismo —y el economicismo— implica una modalidad subordinada de integración a la nación.

La constitución de la nación no refiere de modo mecánico al proceso de la formación de la *burguesía*, sino al establecimiento de un *sistema hegemónico* que trasciende la relación económica entre las clases. Lo nacional no se produce en el nivel económico, sino como una articulación entre economía, política e ideología. La nación emerge como producto de la unificación de los más variados y contradictorios contenidos clasísticos e ideológicos bajo hegemonía burguesa. La dominación burguesa, como dominación hegemónica, es *dominación nacional*: a través de la nación, en la nación y como nación, la dominación económica de la burguesía trasciende el plano corporativo y se articula con el conjunto de la sociedad.

La lucha de clases no es una lucha entre sujetos preconstituidos a nivel económico, sino una lucha entre una clase hegemónica, y por tanto nacional —o en proceso de serlo—, y un sujeto constituido sólo en sentido corporativo —o que ha retrocedido a esta posición. En esta línea, clase y nación

²⁰⁹ *Cuadernos...*, *op. cit.*, vol. 2, p. 164.

son categorías inescindibles: las clases no existen más que en la nación, en cuanto se constituyen en clases nacionales o hegemónicas. Y a su vez, la nación no puede existir con anterioridad a la conformación de un sistema hegemónico. Ambas se producen en un mismo y único proceso de gestación.

Pero si la nación no tiene existencia fuera del sistema hegemónico, entonces una misma formación social aloja no *uno* sino *varios* programas nacionales posibles. Cada sujeto social, en cuanto posee una voluntad hegemónica, aspira a constituirse en clase nacional, y por ende a configurar un sistema hegemónico diferenciado. Esta pluralidad da cuenta de la heterogeneidad social y de las rupturas internas entre las clases. Ello no significa en modo alguno que la nación sea una especie de recipiente vacío, ocupable desde el exterior por diversos contenidos, sino que pone de manifiesto el hecho de que *no hay clases fuera de la nación, ni nación fuera de la lucha de clases*.

Por otra parte, a partir de estas determinaciones, queda claro que el Estado no es una instancia instrumental externa respecto de la sociedad, mero gestor directo de los intereses de las clases dominantes. Sin duda, una clase se transforma en dominante en cuanto accede al poder del Estado. Sin embargo, en la medida en que esa dominación es de carácter *nacional* —el caso de la burguesía en primer término—, ella se asienta sobre una mediación social a través de la cual el Estado se expande en el seno de la sociedad, y es determinado como Estado ampliado. Justamente porque ya no es posible partir de la existencia de una clase económica constituida en un ámbito prenatal y prepolítico, es necesario reconocer que la dominación nacional no es una dominación clasística *inmediata*, y que no puede ser comprendida por medio de esa *reducción*. No existe una nación burguesa que excluya de ella a la clase obrera. El proletariado forma parte de la nación, ya como individuo o ciudadano burgués, ya como sujeto económico-corporativo. Precisamente, lo que caracteriza a la nación burguesa es su capacidad para albergar a todas las clases y fracciones de la sociedad, como *individuos* o como sujetos colectivos *subalternos*. Es esto lo que la define en términos de un sistema hegemónico. Si sectores fundamentales de la sociedad estuvieran fuera de la nación, ello significaría que ésta, como sistema de hegemonía, está en crisis. La nación rehúsa una determinación clasística exclusiva, e implica la incorporación del conjunto de los sujetos fundamentales de la formación social en calidad de sujetos subalternos.

Este análisis no suprime el hecho de que la dominación burguesa sea una dominación clasística, sino que redimensiona en un sentido no economicista la determinación de clase, situándola en un terreno político, que arraiga y tiene su condición en lo económico, pero no resulta reductible a éste por separado. Precisamente, la cuestión nacional constituye un nivel de análisis que, como condensación de esa problemática, obliga a la con-

sideración de cómo esa dominación clasística trasciende el orden económico-corporativo y logra el consenso de la sociedad en su conjunto. El punto nodal del análisis se desplaza, de este modo, a las modalidades específicamente burguesas del nexo entre coerción y consenso, fuerza y consentimiento. Dice Gramsci:

La revolución producida por la clase burguesa en la concepción del derecho, y por ende en la función del Estado, consiste especialmente en la voluntad de conformismo (y por consiguiente, ética del derecho y del Estado). Las clases dominantes precedentes eran conservadoras en el sentido de que no tendían a elaborar un acceso orgánico de las otras clases a la suya; vale decir no tendían, técnica e ideológicamente, a ampliar su esfera de clase: concepción de casta cerrada. La clase burguesa se considera a sí misma como un organismo en continuo movimiento, capaz de absorber a toda la sociedad, asimilándola a su nivel cultural y económico: toda la función del Estado es transformada; el Estado se convierte en educador, etc.²¹⁰

Durante la Revolución francesa de 1789, el tercer Estado hubo de realizar un largo proceso político, traspasado por multiplicidad de vacilaciones, antes de acceder a autoproclamarse como Asamblea Nacional. Esto es, a constituirse, desde el seno de su *particularidad*, en expresión de la *totalidad* de la sociedad. La dificultad central residía en fundamentar jurídicamente que un solo Estado albergara a la *totalidad de la nación*. En los hechos el tercer Estado *excluía* a los otros dos. Pero, *simultáneamente, rompía, abría y ampliaba* su determinación estatal a través de un principio de *representación* que incluía en su esfera, como individuos, al clero y a la nobleza. Estas categorías sociales se disuelven como *Estados*, y sus miembros son integrados al tercer Estado, que como Asamblea Nacional pasa a constituirse, a partir de ese momento, en representante de *toda la nación*. La supresión de los Estados no burgueses se produce, obviamente, a través de la fuerza. Pero el quiebre histórico no es *reductible* a ésta: los otros Estados resultan también integrados en un nuevo principio de unidad y comunidad, la nación moderna.

El bloque histórico burgués emergente desarticula, atomiza y disuelve el antiguo bloque monárquico. Pero *simultáneamente rearticula* sus elementos aislados en el nuevo concepto de nación. La exclusión y la coerción se transforman en funciones de una hegemonía y un consenso que fundan una nueva modalidad de dominación.

La burguesía es sólo una de las clases de la formación social capitalista; más aún, constituye la minoría de la sociedad; y ni siquiera es un agrupa-

²¹⁰ *Ibid.*, p. 163.

miento homogéneo, sino que se encuentra interiormente dividida por intereses y determinaciones diferenciados y aun contrapuestos. Entonces ¿cómo es que accede a construir y mantener su unidad, al tiempo que la de la sociedad en su conjunto? Ésta es la pregunta central, a partir de la cual es posible esclarecer en términos concretos —siempre particulares y específicos— las formas y las condiciones que inducen y regulan los procesos de formación y desarrollo de las naciones. La respuesta a esta pregunta habrá de dar cuenta, en cada caso particular, del proceso de constitución de un sistema hegemónico y de un bloque histórico específicos. Pero en todo caso, el establecimiento de la hegemonía de una o varias fracciones de la burguesía sobre el resto, y a partir de ello sobre el conjunto de la sociedad —la conformación de un sistema de dominación hegemónico, en que se fundan la unidad y la coherencia sociales—, es siempre el producto de una incesante lucha entre clases y fracciones de clase. En esta dirección, la nación se presenta como *la forma más general y estable* de ese complejo sistema de dominación.

La afirmación anterior se relaciona con un interrogante que surge del desarrollo teórico desplegado hasta aquí. Los sistemas hegemónicos burgueses se transforman con cada desplazamiento de la hegemonía en el seno de las clases dominantes —entre sus diferentes fracciones, o con la emergencia de nuevos sectores hegemónicos, a través de los cuales se reentrama el tejido interno de la clase dominante y de la sociedad globalmente considerada. Si esto es así ¿por qué con cada una de estas transformaciones y desplazamientos no surge una nación *nueva, otra* nación? Esta pregunta reviste un interés fundamental no sólo en conexión con este problema, sino también en relación con el desplazamiento de la hegemonía hacia *otras* clases sociales emergentes y alternativas a la burguesía en el seno de la sociedad capitalista.

Nuestra hipótesis apunta a señalar el hecho de que la nación, una vez constituida como resultado de las complejas luchas de clase a través de las cuales se teje un sistema de hegemonía, conforma un *marco político global*, que en el contexto la sociedad capitalista *condiciona en lo sucesivo* el despliegue de esas luchas. En el futuro, éstas habrán de moverse, configurarse y entramarse dentro de la lógica de la nación, reproduciéndola y desarrollándola.

La nación articula en su seno la diversidad de contradicciones que brotan de la sociedad burguesa en un sentido transversal (económico, político e ideológico) y también histórico (pasado, presente y futuro). Ella crea *continuidad*, se asienta sobre ésta, y la presupone. La nación debe abarcar y contener el conjunto de las contradicciones que surgen de la estructura económica y de las formas de dominación ideológica y política, al tiempo que integrar un pasado y un futuro unitarios. Sin unidad y continuidad en

la vida nacional a través de todas sus fases de desarrollo, no podría producirse la unidad entre las diferentes instancias de la formación social. Pero la proyección histórica de la nación en *un* pasado y *un* futuro únicos, excluye la posibilidad de su división, duplicación o conversión en “otra”. De ahí que, pese a que la nación implica un proceso de *transformación continua*, se presenta siempre como permaneciendo *idéntica a sí misma*. Éste es el modo en que articula y gestiona los complejos procesos de adecuación de los cambios económicos a los movimientos político-ideológicos, y de éstos a aquéllos, provenientes de la amalgama de las luchas de clase y fracciones de clase. La nación integra todas las rupturas y las transformaciones producidas por éstas en un flujo único de continuidad.

El carácter necesario de la continuidad de la nación se vincula con la forma de la dominación hegemónica —y echa sus raíces, como veremos, en la matriz temporal del capitalismo. Esa continuidad —en que se resuelven los quiebres, rupturas y transformaciones del sistema hegemónico— condiciona la especificidad de la *historicidad* de la nación. Ésta se presenta como una historicidad única, acumulativa, lineal, legal y abierta al futuro. No tolera la existencia de “otra” historia, de quiebres o vertientes que rompan la linealidad causal y progresiva. Y mucho menos los desarrollos regresivos. De ahí que el desplazamiento de la hegemonía deba aparecer como un avance y una contribución a la evolución de la nación hacia una fase superior de integración y fortalecimiento de su particularidad y unicidad. Esta lógica interna rehúsa la discontinuidad, la involución, o la fundación nueva de lo nacional. Por eso la nación, pese a ser el producto del despliegue y las transformaciones de un sistema hegemónico, sobrevive incólume a las vicisitudes que perturban y alteran este sistema.

Por tanto, la nación define el marco global y estable al que deben acogerse todos los sistemas hegemónicos. Una vez constituida, todos los bloques históricos que se suceden deben adecuarse y reproducir esa modalidad cristalizada del sistema de dominación hegemónica. Y ello a pesar de que la estructura económica de la formación social capitalista, por su tendencia cosmopolita, se desarrolla hasta sobrepasar rápidamente el estadio en que la delimitación nacional le resulta adecuada. El punto de convergencia óptimo entre la fase histórica del desarrollo de las fuerzas productivas y las formas superestructurales correspondiente a la nación es rebasado muy pronto desde el punto de vista histórico. Sin embargo, la burguesía no puede reemplazar la forma nacional de constitución social por una nueva, no obstante sus permanentes afanes pacíficos y violentos en esta dirección (desarrollo del derecho público internacional, de las instituciones internacionales, de los acuerdos económicos y políticos a nivel supranacional, entre los primeros; el colonialismo, el imperialismo y el expansionismo militar entre los segundos).

Simultáneamente a la emergencia de la nación como forma más adecuada de constitución del tejido social global, y a la proclamación y realización del ideal democrático-burgués de soberanía nacional, los centros del sistema capitalista mundial violaron y negaron esos principios en otras regiones y naciones (y aun en el interior de las suyas propias para determinados grupos sociales). El colonialismo y la expansión militar e imperialista se convierten en los medios privilegiados de la adecuación de la dominación burguesa al carácter crecientemente internacional de la estructura económica capitalista. Por su parte, en los Estados formalmente independientes de la periferia, el carácter contradictorio de la forma nacional se pone de manifiesto no sólo a través de la imposibilidad de controlar las condiciones internacionales de la producción capitalista, sino también en cuanto las propias condiciones nacionales internas de la producción se sustraen a la determinación del Estado nacional.

Estas contradicciones, que existieron desde los inicios del capitalismo, no han hecho más que exacerbarse con el tiempo. Sin embargo, la burguesía no ha logrado re-fundar su dominación sobre otra base tan general y coherente como la forma nacional. No obstante sus deficiencias, sus contradicciones y su caducidad creciente, la nación continúa siendo la modalidad más global y estable de los bloques históricos de la burguesía. Más aún, ha demostrado su enorme capacidad para acoger en su seno esas contradicciones, canalizándolas hacia afuera o incorporándolas en su interior.

El fracaso del proyecto fascista, el fin del colonialismo, la crisis de la dominación imperialista de los Estados Unidos, la inmensa proliferación de los Estados nacionales en la periferia capitalista y la actual emergencia de nuevos bloques económicos y políticos transnacionales (Comunidad Económica Europea, Japón-Sudeste asiático) y el reacomodamiento de otros (Estados Unidos-Canadá; Estados Unidos-América Latina), expresan de diversas formas este carácter contradictorio de la forma nacional de la dominación burguesa. Pero también los límites de los esfuerzos por internacionalizar las formas de esta dominación.

VI. TERRITORIALIZACIÓN E HISTORICIDAD DE LA NACIÓN

Hasta aquí, la formación nacional ha sido conceptualizada en términos de una instancia de condensación de un complejo metabolismo económico, político e ideológico, que descansa sobre el proceso de conformación del sistema hegemónico burgués como fundamento del poder del Estado. En esta dirección, la nación constituye una modalidad de unificación colectiva en la que convergen contenidos diversos, múltiples y contradictorios, bajo la hegemonía de una determinada fracción de la burguesía. La dominación burguesa, en cuanto dominación hegemónica, se realiza como nación, en la nación y a través de la nación, trascendiendo el ámbito puramente corporativo y abriendo un espacio de unificación de la sociedad en su conjunto. De ahí que la dinámica nacional —de su conformación y transformaciones— esté definida y determinada por el proceso de la lucha de clases, como resultado del cual se instituyen ciertos equilibrios —siempre inestables— entre los grupos y fracciones sociales, cuya integración global configura el sistema hegemónico. Desde esta perspectiva, la existencia de las clases es siempre interior a la nación, al tiempo que ésta no existe fuera de la lucha de clases. La nación supone una integración contradictoria de los distintos grupos sociales —bajo dominación burguesa—, producto de incesantes luchas económicas, políticas e ideológicas, que arrojan como resultado diversas configuraciones de relaciones de fuerza, las cuales se materializan en el Estado en un sentido amplio. Éste se manifiesta, por tanto, como materialización de las relaciones de fuerza política entre las clases —y no como un instrumento externo de la dominación clasista inmediata.

En suma, la nación se presenta como la forma más general y estable del sistema de dominación hegemónica de la burguesía, en cuanto comporta un complejo campo de contradicciones en cuyo seno emerge como principio articulador del conjunto de la sociedad. Sin embargo, esta función de *homogeneización social* propia de lo nacional posee determinaciones es-

paciales y temporales específicas, sin las cuales no es posible dar cuenta de su peculiaridad conceptual e histórica. La forma nacional descansa sobre una homogeneización social caracterizada por la *demarcación* entre *interioridad* y *exterioridad*. La homogeneización nacional designa siempre un movimiento de integración hacia adentro, que produce simultáneamente la delimitación respecto a un exterior: lo otro, lo extranjero. Su estructuración espacial —territorial— y temporal —histórica— implica una dinámica doble y contradictoria. Ella supone una tendencia a la *homogeneización* y la *universalización* que se realiza en términos de *fragmentación* y *particularización*. Ambas tendencias —que tienen su origen en el terreno de la organización productiva del capitalismo— gestan, desarrollan y reproducen permanentemente su oposición mutua. La nación, como veremos, no supera ni suprime estas contradicciones: ella se configura en el interior de su tensión recíproca, y las recoge en su seno haciéndolas regulables por el Estado.

La formación nacional implica una estructuración espacial y temporal que se funda en las relaciones sociales de producción y en la división social del trabajo, y concierne a la armazón del Estado y a las prácticas de la dominación económica, política e ideológica. Es mérito de Poulantzas haber realizado esta indicación, apoyándose en diversas investigaciones producidas por historiadores franceses de la escuela de los *Annales* (Fèbvre, Vidal-Naquet, Vernant, Lévêque, Braudel, Mandrou, Le Goff).²¹¹ Estas investigaciones apuntan esencialmente al espacio y al tiempo de la Antigüedad y del feudalismo, sin extenderse al capitalismo ni vincularse con la cuestión nacional. En ese contexto dan lugar, además, a diversos problemas teóricos.

En primer término, estos trabajos hacen descansar la producción del espacio y del tiempo en los intercambios mercantiles, o bien en los desarrollos tecnológicos o demográficos. En segundo lugar, y éste es el punto teórico central, la producción del espacio y el tiempo es concebida como simple transformación de las estructuras de *pensamiento*, en términos de una coordenada cultural que concierne a la historia de las ideas. Hasta el libro de Poulantzas *Estado, poder y socialismo*,²¹² la investigación marxista había considerado, también, que los cambios espacio-temporales se inscribían en el ámbito ideal, otorgándoles un lugar marginal en cuanto componentes ideológico-culturales, relativos a la modalidad en que las sociedades y las clases se *representan* el espacio y el tiempo. Las aportaciones de Pou-

²¹¹ Cfr. Fèbvre, L. *La terre et l'évolution humaine*, 1922; Lévêque, P. y Vidal Naquet, P. *Clisthène l'athénien*, 1964; Lévêque, P. *La aventura griega*, Barcelona, Labor, 1969; LeGoff, J. *La civilización del Occidente medieval*, Barcelona, Juventud, 1972; Braudel, F. *Civilisation matérielle et capitalisme*, 1967; Châtelet, F. *El nacimiento de la historia*, México, Siglo XXI, 1979.

²¹² Poulantzas, N. *Estado, poder y socialismo*, México, Siglo XXI, 1979.

lantzas parten del señalamiento de que espacio y tiempo no constituyen realidades neutras, dadas, en las que se inscriben otras realidades en una relación de continente a contenido. No existe un espacio ni un tiempo únicos, "objetivos", sometidos sólo en segunda instancia a la influencia ideológica de las condiciones histórico-sociales a través de la representación. Espacio y tiempo no están condicionados por las relaciones de producción a la manera en que un marco neutro es ocupado desde el exterior, sino que en su misma constitución *interna* se estructuran a partir de un determinado modo de producción:

Las transformaciones de las matrices espaciales y temporales conciernen a la materialidad de la división social del trabajo, de la armazón del Estado, de las prácticas y técnicas capitalistas de poder económico, político e ideológico; son el *substrato real* de las representaciones del espacio y el tiempo, ya sean del orden del mito, la religión, de la filosofía o de "lo vivido". Lo mismo que no se reducen a las representaciones a que dan lugar, esas transformaciones tampoco se identifican con los conceptos científicos de espacio y tiempo que permiten captarlas.²¹³

Las matrices espacio-temporales están fundadas en las relaciones de producción y en la división social del trabajo, no en un sentido mecánico según el cual ese fundamento designaría relaciones de producción preexistentes, que dan lugar en segundo término a aquellas matrices. Éstas están implicadas por las relaciones de producción, y constituyen al mismo tiempo sus propios *presupuestos lógicos*. En esta línea, los cambios de esas matrices jalonan las transformaciones de los distintos modos de producción. Por eso, están presentes en el cuerpo material del Estado, y conforman las modalidades del ejercicio de su poder. No se trata, tampoco, de una simple reproducción en el Estado de estas determinaciones de las relaciones de producción. La especificidad del Estado burgués consiste, precisamente, en que interviene de modo determinante en el establecimiento de las matrices espacio-temporales. El Estado tiende aquí a monopolizar la organización del espacio y el tiempo, erigiéndolos en entramados de la dominación.

El modo en que estas determinaciones estructuran y configuran la formación nacional hace posible responder ciertas interrogantes fundamentales. Entre éstas, ¿por qué la dispersión y la fragmentación medievales fueron modificadas en el sentido de una homogeneización y universalización de la vida social que no condujo, sin embargo, a la creación de una república *mundial*?; ¿por qué de la explosión de las barreras sociales y po-

²¹³ *Ibid.*, pp. 116-117.

líticas del feudalismo emergió el *mundo de los Estados nacionales*, y no un *Estado universal*, o al menos un Estado europeo-occidental?; ¿por qué la unificación se localiza precisamente en el *interior* de la nación, o sea de un espacio cuyos contornos designan un interior a homogeneizar, y un *exterior* que lo cierra y cerca?

1. La cuestión del espacio: el territorio nacional

Según los diversos modos de producción, existen matrices diferenciadas del espacio, que están presupuestas por las formas de su apropiación y de su consumo histórico-social. Estas formas producen diversos dispositivos de organización del espacio social, que no poseen, por tanto, una *naturaleza intrínseca* —de la cual las transformaciones de aquéllos sean simples variaciones. Las ciudades, las fronteras, el territorio no tienen la misma realidad ni el mismo sentido en los modos de producción precapitalistas y en el capitalismo. Estos dispositivos no encuadran de modo diferente un *mismo espacio*, sino que materializan cierta matriz diferencial del espacio, anterior a su apropiación y su consumo.

Los modos de producción precapitalistas —caracterizados por la unidad entre el trabajador y las condiciones objetivas del trabajo, por la producción de valores de uso, y por la indisociabilidad entre Estado y economía— presuponen una matriz espacial específica: un espacio continuo, homogéneo, simétrico, reversible y abierto. El espacio antiguo y medieval del Occidente tiene un *centro* (la polis, Jerusalem), pero no tiene fronteras en el sentido moderno. Es un espacio *abierto* porque carece de un exterior. La separación y la dispersión entre las ciudades no surge de un cierre al exterior, sino de su estar vueltas sobre un centro. De ahí que la trayectoria no es aquí desplazamiento, sino retorno, circulación en torno al centro. Los griegos y los romanos no se extienden expandiendo sus fronteras e incorporando segmentos de espacio dentro de ellas. En tanto no hay delimitaciones ni cierres, no hay asimilación de pedazos heterogéneos: el espacio es homogéneo e indiferenciado. Su unificación se produce en el cuerpo del monarca —o del jefe patrimonial—, que tampoco tiene lugar ni frontera. El centro está en donde circula el soberano. Este lugar homogéneo linda no con una frontera, con *otro* espacio, sino con el *no-espacio* (los bárbaros, los infieles), término sustancial de todo espacio posible.²¹⁴ De ahí la atroz significación antigua del des-tierra.

El modo de producción capitalista se define por la producción universal de valores de cambio y de plusvalor, y por tanto por la aparición del trabajo

²¹⁴ *Ibid.*, pp. 119-120.

como trabajo *abstracto*. Esto es, del trabajo como trabajo en general, independiente de su forma particular y de su utilidad concreta. La explotación del trabajo en el capitalismo no se halla limitada cualitativamente por las características particulares de alguna labor útil específica; ni cuantitativamente por la estructura de las necesidades de una sociedad determinada. El trabajo humano cuya explotación es la base de la dominación burguesa no es el trabajo cualitativamente determinado de ningún grupo social o región geográfica particulares, sino trabajo humano abstracto y universal. El capitalismo no reconoce barreras ni particularismos naturales o histórico-culturales. Su estructura espacial es universal en cuanto: a) la dominación económica no está ligada a la *persona* del trabajador, sino a su fuerza de trabajo (esa cualidad universal, fuente del valor y el plusvalor); y b) esa dominación no se limita a un territorio específico: su espacio, tanto económica como política e ideológicamente, es tendencialmente un espacio *cosmopolita*, que abarca al mundo entero y a todos los sujetos por igual.

Pero el carácter social —universal— del producto del trabajo, en virtud de la forma privada de su apropiación y de la división social del trabajo, no se realiza de modo inmediato, sino por mediación del intercambio mercantil. De ahí que *el* capital sólo pueda existir como *muchos* capitales, de modo tal que “su autodeterminación se presenta como acción recíproca de muchos capitales entre sí”.²¹⁵ La índole universal y social del trabajo y el producto se realiza indirectamente, por medio de su propia *negación*, porque en el mercado los intercambiantes no se vinculan en calidad de sujetos universales, sino de *individuos privados*:

Como el valor constituye la base del capital, y éste sólo existe, forzosamente, gracias al intercambio por un contravalor, el capital se repele necesariamente a sí mismo. Por ello, es una quimera un capital universal, un capital que no tenga frente a sí capitales ajenos con los cuales intercambiar... La repulsión recíproca de los capitales ya está implícita en él como valor de cambio realizado.²¹⁶

En el concepto simple de capital anida una determinación doble y contradictoria: la tendencia a la *universalización* y la *homogeneización* de la vida social en todos sus aspectos, y la tendencia simultánea a la *desarticulación* y la *particularización* en que se realiza la primera. La matriz espacial que presuponen y producen las relaciones de producción y la división social del trabajo propias del capitalismo tiene una dimensión doble: está hecha

²¹⁵ Marx, K. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, México, Siglo XXI, vol. I, p. 366.

²¹⁶ *Ibid.*, vol. I, p. 375.

de distancias, de *segmentaciones en serie*, de límites y de fronteras. Pero, al mismo tiempo, *no tiene fin*.²¹⁷

La separación entre el trabajador y sus condiciones objetivas de trabajo, que se encuentra en la base de la división social del trabajo, implica, por su parte, un espacio serial, fraccionado, discontinuo e irreversible, propio del trabajo taylorista. Su homogeneización es problemática, y tiene como condición el corte y la distancia. De ahí que la desterritorialización tendencial que implica la dimensión universalizadora del espacio capitalista se inscriba en una matriz nueva, que supone al mismo tiempo los quiebres seriales y los cercados. El espacio moderno es un espacio en el que es posible desplazarse indefinidamente, pero cruzando separaciones. Cada lugar se define por su corte respecto a otro, y la expansión se produce incorporando nuevos pedazos, que se hacen homogéneos desplazando los límites.

Todo esto redefine el papel del territorio en la constitución de la nación moderna, y caracteriza la forma nacional del Estado. La matriz espacial capitalista es la fuente *material* de las tendencias opuestas, pero indisolublemente unidas, que pertenecen constitutivamente a la formación nacional, y la acompañan durante toda su historia. Una tendencia integrativa y cosmopolita y una tendencia separatista y "nacionalista". Este anudamiento conflictivo se reproduce, a su vez, en la estructuración estatal mundial: homogeneización y uniformación al *interior* de cada Estado; fragmentación y diferenciación hacia *afuera*, en el ámbito de las relaciones interestatales.

El punto nuclear reside aquí en un hecho absolutamente nuevo: la *aparición de fronteras* en el sentido moderno. Esto es, de límites desplazables sobre una trama segmentada y discontinua, que establece interiores y exteriores por todas partes. Ésta es la matriz espacial en la que se inscriben, desde un principio, los movimientos del capital, su reproducción ampliada y la universalización de los intercambios. Éstos se extienden desde el comienzo hacia el *exterior*, pero para ello deben atravesar fronteras de un espacio despedazado, que emerge de la división social de los procesos de trabajo. El desarrollo desigual del capitalismo, en el sentido espacial, resulta necesario a esta conformación discontinua; de ahí que tienda a anclarse y focalizarse principalmente en las formaciones sociales nacionales. Y de ahí, también, que el colonialismo y el imperialismo modernos supongan e impliquen las fronteras nacionales. La nación no puede existir más que como *muchas* naciones ajenas, separadas y aun hostiles entre sí.

La matriz espacial capitalista marca a la nación moderna adhiriéndola a un *territorio* que posee ahora una dimensión lógica e histórica absoluta-

²¹⁷ La exposición de las matrices espacial y temporal del capitalismo que realizaremos a continuación se apoyará en el texto de Poulantzas antes citado. Cfr. pp. 118-137.

mente específica. El territorio nacional no tiene nada que ver con la naturalidad del suelo. Es un territorio *político*. Que posea determinada configuración precisa depende de un conjunto de factores históricos (económicos, políticos, culturales) concretos. Lo que importa aquí es destacar la *aparición* de este territorio —y estas fronteras— que se transforman en nacionales a través del Estado. Este espacio-territorio segmentado supone dos determinaciones: implica límites, demarcaciones y particularización respecto al exterior, al tiempo que homogeneización y unificación en el interior. Las fronteras y el territorio nacional no son *anteriores* a la unificación de lo que delimitan. No hay algo que esté "adentro" al comienzo y haya que unificar después. El Estado no completa la unidad nacional, en el sentido de que ésta preexista a él. Esa unidad emerge en el mismo movimiento por el que se constituye el Estado. Éste establece las fronteras de ese espacio en el curso de la propia acción por la cual unifica y homogeneiza el interior de esos límites, produciéndose a sí mismo. O lo que es igual, aquella unidad da cuenta de la constitución del bloque histórico y del sistema hegemónico burgueses. El carácter nacional de éstos implica una determinación espacial que se materializa en un territorio que se convierte así en nacional. La nación, en cuanto forma general del sistema hegemónico, articula las determinaciones opuestas que surgen de esta espacialización específica —homogeneización interna, fragmentación respecto al exterior— y las transforma en regulables por el Estado. De ahí que la nación resulte, de nueva cuenta, ligada al Estado —ya sea en cuanto coincide con el Estado existente, o en cuanto tiende a erigirse en Estado autónomo.

El Estado no unifica un mercado "interno" previo, sino que al establecer las fronteras instaure un mercado que se transforma en interno en relación con una exterioridad. En el mismo movimiento por el cual el Estado establece las fronteras nacionales, se vuelca al exterior de éstas. El espacio está delimitado, pero no tiene fin. Extensión de los mercados, del capitalismo, de los territorios: establecer fronteras abre la posibilidad de desplazarlas. Sobre esta matriz espacial el desplazamiento se realiza extendiendo la homogeneidad y unificando. La delimitación del interior es tendencialmente extendible hasta el infinito, pero el desplazamiento supone siempre atravesar límites. El imperialismo no puede ser más que *inter-nacional*, o mejor *trans-nacional*, y por ende *consustancial a la nación*. Las conquistas modernas ya no son propagaciones en el seno de un espacio continuo y homogéneo, sino expansiones a través de la discontinuidad, que es incorporada y cerrada —homogeneizada en el "interior".

El Estado cohesionada y articula las fuerzas centrífugas y los desequilibrios que desata la sociedad burguesa. Pero no los suprime. *Los reglamenta hacia adentro* y los *canaliza hacia afuera*, a sus relaciones con otros Estados nacionales. De este modo, las relaciones internacionales se transforman en pun-

tos de cristalización de las contradicciones internas del proceso de acumulación capitalista, cuya anarquía es proyectada al exterior. La homogeneidad se trueca en su contrario en el exterior. De ahí que la *formación de naciones* y el *desarrollo desigual* entre ellas sean tendencias inseparables, en las que se materializa el carácter contradictorio de la doble determinación de la matriz espacial del capitalismo. Por su parte, el desarrollo desigual reproduce e impulsa constantemente la existencia de las naciones, impidiendo la desaparición de las diferencias y de los conflictos en sus relaciones. Así, *homogeneización interna y reproducción ampliada y constante de los conflictos entre las naciones* constituyen tendencias inescindibles de la lógica de la forma nacional de la soberanía burguesa. Además, al desarrollo desigual y conflictivo entre las unidades nacionales, hay que agregar el desarrollo desigual en el interior de las naciones. La "otredad" no se manifiesta sólo en la relación entre las naciones, sino también dentro de la nación.

La homogeneidad interna se produce, también, a través de la fragmentación. El Estado nacional *unifica* a los sujetos del pueblo-nación *individualizándolos: la unificación política pública tiene como condición la instauración de las disociaciones privadas. Esta doble tendencialidad encontrada marca la modalidad específica de la homogeneización social capitalista (económica, política, ideológica) como homogeneidad nacional. La nación designa el principio articulador de un inmenso haz de contenidos y componentes contradictorios que convergen —activa o pasivamente— en un sistema hegemónico de dominación. Pero esta homogeneización implica también el aplastamiento coercitivo de las diferencias no incorporables en el sistema: la opresión y el exterminio de las nacionalidades en el interior del Estado nacional, los genocidios modernos, los campos de concentración y el totalitarismo son fenómenos que enraízan en la lógica y la dinámica de la espacialización propia de los Estados-nación.*

Las conquistas precapitalistas no incorporan ni digieren. Los griegos y romanos, el Islam y los cruzados, matan indiscriminadamente para abrir sendas en un espacio abierto, continuo y homogéneo. El genocidio moderno sólo es posible sobre la base de una matriz espacial que supone el cercado, el cierre del espacio contra aquellos que se convierten en *extranjeros dentro de las fronteras*. Es el caso, también, de los campos de concentración. Ellos encierran a los "fuera de la nación", a los "anti-nacionales" en el interior mismo del territorio nacional. Esta interiorización de las fronteras en el seno del espacio nacional es lo que hace posible la idea moderna del "enemigo interno",²¹⁸ en que se fundan asimismo las concepciones sobre el "Estado de seguridad nacional".

²¹⁸ Cfr. Poulantzas, N. *Op. cit.*, pp. 124-125, 126-127.

2. La matriz temporal: la historicidad

Las matrices temporales antigua y medieval implican ciertas diferencias, pero poseen determinaciones comunes, vinculadas al hecho de que son producidas por sociedades que suponen la unidad entre el trabajador y sus condiciones objetivas de trabajo, y cristalizan en modos de producción que se caracterizan por la reproducción simple —no ampliada. La estructuración temporal es aquí de tiempos plurales y singulares, pero cada uno de éstos es continuo, homogéneo, reversible y repetitivo. Los tiempos agrícola, militar, señorial, clerical, etc., no son universalizables, porque no resultan mensurables. La medición sólo emerge como codificación de la separación entre fragmentos. Estos tiempos son continuos y homogéneos. No hay en ellos sucesión, encadenamiento ni acontecimientos en sentido estricto. Ellos pertenecen al *presente*. Se trata de una temporalidad *circular*, en la que el presente reproduce al pasado. La génesis no es la historia de una acumulación o de un progreso, sino un contacto con la esencia que se manifiesta en lo actual, y en la que el futuro no es, a su vez, sino el *retorno* de lo mismo —una *anamnesis*. En el medievo es el tiempo de la eternidad, situado entre la Creación y el Juicio Final, pero siempre presente: el comienzo y el fin son copresentes a la actualidad de la esencia divina.

Esta temporalidad estructura las formas del poder político precapitalista en el cuerpo del monarca. Este cuerpo político fluye en una historicidad continua y homogénea, en la que más que sucesión de soberanos hay circulación de una potencia que se reactualiza permanentemente. Historicidad que no se hace, sino que se con-memora, ella no tiene relación constitutiva con un territorio-frontera, que no existe aún. El tiempo político es el del cuerpo del Príncipe, reversible y móvil, vinculado a un espacio continuo y homogéneo.

La matriz temporal capitalista, presupuesto de las nuevas relaciones de producción y de la división social del trabajo, es enteramente diversa. Ella se apoya en la despersonalización y objetivación de las relaciones de explotación y dominación, en su transferencia a la esfera de la producción de valores de cambio, y en la transformación de la fuerza de trabajo en mercancía. El tiempo deja de ser homogéneo y reversible para convertirse en una sucesión de innumerables quiebres y fragmentos. Encadenamiento acumulativo de acontecimientos que se exteriorizan en determinados resultados —los productos del trabajo—, la temporalidad se manifiesta como evolución y progreso. Sus resultados, exteriores y alienados respecto a los productores, son irreversibles, e impulsan el avance permanente hacia un futuro no predeterminado, sino abierto a múltiples configuraciones.

Esta estructuración temporal está inscrita en el proceso de trabajo. Éste es medurado a partir del producto, o sea en relación con una instancia

general, objetiva, independiente de las particularidades materiales e individuales del proceso de trabajo. De ahí que esta temporalidad sea única y universal. Pero también, en cuanto determinada por el producto como capital, constituye siempre el punto de partida de un nuevo ciclo productivo. El plusproducto es capitalizado, no consumido. Él es el sustrato de la reproducción ampliada del capital, por donde la temporalidad se conforma como un tiempo sin fin, acumulativo y abierto hacia el futuro. Pasado, presente y futuro se diferencian netamente, y se relacionan formando una serie de segmentos sucesivos, sobre un fondo temporal universal —que reemplaza los tiempos particulares de los sujetos, los instrumentos y las condiciones materiales—, que sólo responde al ritmo de la acumulación capitalista.

Pero, como hemos visto, el capital sólo existe como muchos capitales individuales, que realizan su determinación interna en la relación competitiva y privada del mercado. Esta contradicción entre el carácter social-universal, al tiempo que privado-individual, del capitalismo condiciona la necesidad del Estado nacional burgués. Sólo en él y a través de su intervención es posible acceder a la unificación y la universalización estrictas de la totalidad capitalista. Como afirma Poulantzas, “el Estado moderno debe asegurarse el dominio y el control del tiempo estableciendo la norma y la medida, el marco referencial, en suma, de las variaciones de las temporalidades singulares: regular los diversos adelantos y retrasos y cuadrar sus diferencias”.²¹⁹

Esto permite examinar el nuevo sentido de la historia en la constitución de la nación moderna, su nexos con el Estado, y la tendencia de la nación a coincidir con éste. La historia expresa ahora una sucesión de momentos que producen un movimiento irreversible regulado por el Estado. Éste acapara la *unidad* y la *orientación* de esos momentos. El Estado se legitima individualizando-unificando, constituyendo al pueblo-nación y trazando sus objetivos, en una temporalidad orientada, pero sin término. La intervención estatal en la unificación del pueblo-nación implica la tendencia a monopolizar la historia de éste, a hacer de ella el segmento de un futuro determinado por él, y a convertirse en depositario de su memoria histórica. La forma nacional del Estado burgués —en que se materializa la matriz temporal capitalista— no tolera más que *una* historia y *una* tradición nacionales en el interior de su frontera. La unificación estatal supone una clara demarcación de aquéllas respecto a la historia y la tradición del “extranjero”, al tiempo que la opresión y el aplastamiento de los elementos definidos como “extraños” a partir de *esa* unificación.

²¹⁹ *Ibid.*, p. 134.

La temporalidad burguesa (universal, interminable, acumulativa, abierta y orientada al futuro) acaba por realizarse sólo con y en el Estado, que se transforma de este modo en sujeto de la matriz temporal, cuyas determinaciones aparecen entonces como determinaciones de la forma nacional del Estado, y del sistema mundial de los Estados nacionales. En el capitalismo, una nación sin Estado propio es insostenible, en cuanto supone la pérdida de su historia y su tradición: el Estado-nación liquida las tradiciones, las historias y las memorias de las nacionalidades dominadas incluidas en su interior. Las reivindicaciones de autonomía nacional y de un Estado propio tienen como significado también la reivindicación de una historia propia.

Porque, por otra parte, es justamente el Estado el que establece un nexo peculiar entre *historia* y *territorio*, entre las matrices espacial y temporal. El Estado burgués demarca las fronteras constituyendo el adentro (el pueblo-nación) al homogeneizar el pasado y el futuro de ese bardeado. La nación moderna se alza de este modo como la *intersección* y el cruce de estas matrices. La *unidad nacional* se presenta aquí como *historicidad de un territorio*, y como *territorialización de una historia*. De ahí que la historia, a pesar de su carácter mundializable y universalizable bajo el capitalismo, se ancle y focalice en los Estados-nación, incluyendo la historia del proletariado. El cierre territorial es al mismo tiempo totalización y capitalización de la historia por el Estado. Los espacios concentracionarios y el genocidio tienen también su dimensión temporal: la exclusión espacial es simultáneamente una *expulsión del tiempo*, de la historia nacional.

Ciertamente, sin embargo, el Estado no es una esencia, ni el sujeto de estos procesos históricos. Si bien desempeña un papel decisivo en la conformación de la nación moderna, el procesamiento histórico de ésta es producto de la lucha de clases y de sus diversas configuraciones en los sistemas hegemónicos. El Estado, en sentido amplio, es una condensación de las relaciones de fuerza política que emergen de las diversas estructuraciones del sistema hegemónico de dominación, lo que lo define también como una relación de clase. Porque es en el Estado y como Estado que las clases devienen dominantes, crean el bloque histórico y completan su homogeneización interna y la del conjunto de la sociedad. Mientras ello no sucede, su homogeneidad, su autoconciencia y su organización no se consolidan, en virtud de que su historia sigue siendo una función disgregada y discontinua de la sociedad civil (en sentido gramsciano), sometida a la fragmentación y la subalternidad del sistema de dominación existente. En este sentido, la lucha por la hegemonía, por la construcción de un nuevo sistema hegemónico, concierne no sólo a una lucha ideológica en sentido estrecho, sino fundamentalmente a una lucha política que refiere al Estado y a su papel en la organización material de la historicidad.

El territorio y la historia que materializa el Estado corporizan y reproducen la dominación burguesa. Sin embargo, la historia obrera y la de las clases y fracciones subalternas *no se absorbe totalmente* en el Estado: lo marca con su sello, precisamente en cuanto es un Estado *nacional*. Éste es el resultado del proceso nacional de la lucha de clases, o sea de la lucha burguesa por subordinar a la clase obrera; pero *también* de la clase obrera por alzarse como clase hegemónica. Los combates y las resistencias de las clases y sectores subalternos están también inscritos en el Estado —aunque de modo deformado y precario—, y encuentran siempre caminos para quebrar la condena a la desaparición que el Estado abate sobre su memoria. La lucha por la constitución de una hegemonía alternativa a la de la burguesía por parte de las clases y fracciones subalternas es, por ello, necesariamente, una lucha por el *campo de lo nacional*, por la recuperación y la reapropiación de su propia historia, y define el tránsito al socialismo como una transición de carácter nacional.

VII. SOCIALISMO Y NACIÓN

1. La coyuntura actual

Nuestra aproximación a la problemática de lo nacional ha comportado un conjunto de operaciones teóricas que implican profundos quiebres críticos con respecto a ciertas orientaciones de la elaboración marxista, al tiempo que la recuperación y el desarrollo de otros aspectos y vertientes de ésta. Hemos considerado que la condición de posibilidad de una conceptualización positiva del hecho nacional en la perspectiva metodológica del marxismo pasa, en primer término, por la crítica y la superación de una arraigada tendencia economicista, que deriva en el planteamiento mecánico según el cual la nación es producto e instrumento de una clase, la burguesía, autodefinida en el terreno económico. La lógica clasista que emerge del economicismo reduce la realidad nacional a una mera ilusión ideológica carente de toda densidad efectiva, de modo tal que, al mismo tiempo, lo clasista queda colocado en un ámbito inmediatamente universal y cosmopolita, exterior y autónomo respecto a las líneas políticas nacionales. De esta exterioridad entre las clases, la lucha de clases y la nación, y de la primacía de las primeras sobre la segunda abrevia el paradigma clásico del internacionalismo proletario, y la idea de la disolución de las naciones como corolario de la revolución proletaria —concebida como una revolución de orden mundial, dirigida por una clase obrera considerada como una unidad homogénea internacional. Como sabemos, sobre esta teorización habrán de apuntalarse el nacionalismo burgués, corporativista y colonialista de la política de la II Internacional, así como la instrumentación nacionalista del internacionalismo por parte del stalinismo dominante en la III Internacional.

Pero, en segundo lugar, esta concepción economicista alimenta otra vertiente de pensamiento, correlativa y paralela a la anterior, en torno a la nación. Ésta, previamente reducida a un componente instrumental, a una cáscara vacía y transitoria, es reconducida a una esencia étnico-cultural, en que residiría su espesor efectivo. La nueva sustancialidad de la nación,

invariante y transhistórica, queda ahora, en una topología complementaria de la primera, situada fuera del encuadre clasístico, como una comunidad cerrada y perfecta. Esta elaboración, que acompaña y completa a la anterior, permite abonar el deslizamiento del reduccionismo clasista al reduccionismo nacionalista dentro del marxismo, conduciendo una y otra vez fuera de sus propias líneas teórico-metodológicas.

Esta compleja situación ha sido señalada por teóricos no marxistas (y antimarxistas), como Leszek Kolakowski, en los siguientes términos:

No hay ejemplo más contundente de la ambigüedad doctrinal y política del marxismo, quizás, que la historia de todas las tentativas realizadas en el plano teórico para resolver la cuestión nacional en términos marxistas, y de todas las tentativas efectuadas sobre el plano práctico para resolver esta cuestión de acuerdo con la idea marxista... El problema es el siguiente: ¿permiten los propios fundamentos del marxismo reconocer esta realidad sin contradecirse ellos mismos?²²⁰

Para Kolakowski la respuesta a esta pregunta es negativa: la comunidad nacional no tiene lugar dentro de la filosofía marxista.²²¹ Sin embargo, indica Kolakowski, esta inasibilidad teórica de lo nacional constituye, al mismo tiempo, el punto de anclaje de las políticas nacionalistas del stalinismo. De donde remata: "Lo que resulta nuevo es que a esta política se le dé el nombre de dialéctica marxista, o de internacionalismo proletario."²²²

Dentro del marxismo, esta problemática —certeramente metaforizada por Aricó como el *punctum dolens* de aquél— ha sido trabajada por distintos pensadores, desde diversas perspectivas, a partir fundamentalmente de la bancarrota de la III Internacional; Gramsci el primero y más importante de todos. A lo largo de nuestra exposición hemos traído a colación a éstos (Poulantzas, Terray, Laclau, Portantiero, Mármora, etc.), apoyándonos en los aportes suyos que consideramos decisivos para desarticular y reentrar el tejido de una cuestión universalmente reconocida como espacio de cristalización de los problemas teóricos más complejos —y apremiantes— del marxismo. Complejo, en cuanto su destrabamiento implica la ruptura con un conjunto de determinaciones "fuertes" de la teorización marxista, al tiempo, sin embargo, que la recuperación de líneas de reflexión, indicaciones y desarrollos contenidos en su horizonte metodológico y conceptual, fuera del cual la cuestión nacional sucumbe al tratamiento del liberalismo o del irracionalismo nacionalista. Urgente, en la medida en que asistimos actualmente al despliegue de un conjunto de desplazamientos históricos

²²⁰ Kolakowski, Leszek. "Filosofía marxista y realidad nacional", en *Vuelta*, México, enero de 1981, pp. 4-8.

²²¹ *Ibid.*, p. 10.

²²² *Idem.*

que, desde perspectivas distintas, ponen la cuestión nacional en el centro de la consideración teórica y política del presente. Es en este punto donde queremos detenernos por un momento.

Para referirnos a lo fundamental, mencionaremos dos de aquellos desplazamientos históricos: a) el proceso de transformación actual del sistema hegemónico burgués, en cuanto emergen nuevas fracciones burguesas cuya dominación supone la supresión de un conjunto de conquistas populares, de los derechos sociales de la fuerza de trabajo, y la profundización de la explotación y el sometimiento de las clases y sectores subalternos de las sociedades capitalistas a nivel nacional, y de las naciones dependientes en el plano internacional. Este proceso, que tiene una dimensión mundial, y se liga a modificaciones internacionales de las formas de acumulación capitalista y de la división del trabajo, implica ciertas transformaciones, en curso, en el tejido de las relaciones entre el Estado y la sociedad —entre el Estado y las clases dominantes, y entre éstas, las clases subordinadas y el Estado—, cuyo registro fundamental, aunque no único, se ubica en la lucha de las nuevas fracciones dominantes burguesas por la "desnacionalización" del Estado. Esta lucha, que constituye actualmente el punto nodal de la recomposición del sistema hegemónico, supone, desde luego, no la supresión de la nación, sino la eliminación de las bases sobre las que se había constituido hasta aquí el sistema hegemónico. Esta "desnacionalización" del Estado, cuyo contenido radica en la modificación de las formas de la organización hegemónica, implica una lucha violenta y frontal contra las organizaciones y las conquistas populares, al tiempo que un nuevo discurso ideológico centrado en el mercado como "único regulador" de la vida social, que resucita las líneas del liberalismo conservador decimonónico. La lucha y el discurso por la "privatización" del Estado es, sin embargo, una avanzada política estatal que las clases dominantes libran desde el Estado, como Estado y por el Estado, y que se presenta, simultáneamente, como un proyecto de desarrollo de la nación. Ello en cuanto la dominación del capitalismo transnacional retrotrae ideológicamente la nación al ámbito del mercado, cuyos mecanismos "naturales" garantizarían la solución de los problemas económicos y sociales de la comunidad. Según este discurso, como afirma González Casanova,

todas las conquistas patrióticas y revolucionarias de los trabajadores y los pueblos para que el Estado colabore en la solución de los problemas nacionales y los problemas sociales deben ser eliminadas y ...el mercado resolverá los problemas de pueblos y trabajadores a través del principio de la soberanía del consumidor.²²³

²²³ González Casanova, P. "La crisis del mundo actual y las ciencias sociales en América Latina", en *La Jornada*, México, 19 de septiembre de 1990, p. III.

b) Esta avanzada política e ideológica de las nuevas fracciones burguesas del capitalismo transnacional se produce, por su parte, en el contexto de la crisis y el derrumbe del "socialismo real" en Europa central y oriental. El "socialismo real" designa una modalidad de organización social poscapitalista: ni capitalista ni socialista, en cuanto la propiedad de los medios de producción no es privada, pero tampoco social, sino estatal, de la que emerge el dominio autoritario de la burocracia, que excluye todas las formas de la vida democrática. Este tipo de organización social tuvo su génesis en el bloqueo de la transición al socialismo, en el caso de la URSS, o en la imposición vertical como resultado de los acuerdos entre las potencias triunfantes de la Segunda Guerra Mundial.²²⁴ La crisis y desarticulación de estos regímenes, actualmente en curso, se caracterizan por una masiva movilización popular en la que el combate por la democracia se liga con la reivindicación de la propiedad privada y del mercado capitalista, al tiempo que con la defensa y la lucha por la autodeterminación y la soberanía nacionales. De allí que el despliegue de esos procesos —cuyo punto de llegada es aún incierto— parezca anudar en un solo bloque al mercado capitalista, la democracia y la nación *contra* el socialismo, toda vez que esos regímenes estatista-autoritarios se han autoidentificado como realización del socialismo. Más allá de las vicisitudes específicas de la evolución de estos movimientos, importa destacar el modo como ellos se combinan con las tendencias políticas e ideológicas que se desarrollan en el ámbito capitalista. Esta combinación, que sobredetermina a ambos movimientos y resulta decisiva para el futuro de la humanidad, coloca la cuestión nacional en el centro de los problemas teóricos y prácticos del mundo actual, y muy particularmente del pensamiento y la acción de las fuerzas socialistas.

La crisis teórica y política de las fuerzas socialistas es actualmente innegable. A la antigua crisis de la socialdemocracia europea como proyecto de justicia social y democracia universal sin ruptura con el capitalismo —ni reconocimiento de la dependencia y el sometimiento nacionales— se agrega el quiebre (ya que su crisis es también de larga data) del "marxismo-leninismo" ortodoxo. Éste, como estrategia simultánea de lucha por la liberación tanto de las naciones como de las clases oprimidas, tampoco había logrado rebasar el ámbito del cosmopolitismo y el nacionalismo. A esta doble crisis se agrega la del nacionalismo revolucionario como programa de liberación de los pueblos coloniales y dependientes en el propio terreno del desarrollo capitalista. Las actuales tendencias de éste a la consolidación y profundi-

²²⁴ Cfr. Sánchez Vázquez, A. "11 tesis sobre socialismo y democracia", en *Sistema*, Madrid, marzo de 1988. También, "Ideal socialista y socialismo real" y "Reexamen de la idea del socialismo", en *Ensayos marxistas sobre historia política*, México, Océano, 1985; "Del octubre ruso a la 'perestroika'", en *Memoria*, Boletín del Cemos, núm. 17, 1987.

zación de la explotación y la subordinación de las naciones dependientes hacen inviable un proyecto nacionalista antiimperialista en el seno del capitalismo. Por su parte, el derrumbe del "socialismo real" replantea, a su vez, de modo dramático, el carácter necesario de la soberanía popular y nacional como condición del tránsito y la construcción del socialismo.

Democracia y nación quedan así colocadas en el núcleo de la problemática del socialismo en los países del "socialismo real", en cuanto la crisis reabre viejos problemas nacionales irresueltos, anteriores a su constitución y reprimidos sistemáticamente por el nacionalismo centralista del estatismo despótico. Pero también, en la medida en que la lucha democrática tiene en la reivindicación de la soberanía nacional y popular un punto de condensación fundamental. Y en el pensamiento y la práctica de las fuerzas sociales que continúan sosteniendo que el proyecto socialista constituye una alternativa posible y deseable al capitalismo, por cuanto resulta absolutamente incuestionable que no hay socialismo sin democracia y sin nación. El "socialismo real" corporiza un fracaso del proyecto socialista concebido en términos de la estatización de los medios de producción, de la supresión de las formas representativas de la democracia (imprescindibles a ésta, en tanto su supresión conduce a la eliminación de las formas directas de la democracia), de los derechos individuales, del pluralismo político y de la autodeterminación popular y nacional. Esta modalidad de estructuración social no supera la separación entre los productores y los medios de producción, aunque liquide su propiedad privada —en virtud de la cual la democracia, en el seno del capitalismo, se detiene, al decir de Bobbio, "en las puertas de la fábrica". La estatización de los medios de producción erige, en lugar de la democracia, el poderío de los funcionarios del Partido-Estado en nombre de la sociedad, que no controla la gestión de la producción y la distribución.

El desafío teórico y práctico que para las fuerzas socialistas emerge de esta situación es enorme y decisivo. Especialmente en cuanto la quiebra del "socialismo real" es ideológicamente identificada con la del proyecto socialista en general, e instrumentada para abonar las utopías liberales neoconservadoras del discurso hegemónico del capitalismo actual.²²⁵ Sin embargo, el desarrollo de este nuevo bloque ideológico en construcción choca contra aspectos elementales de la realidad capitalista del presente. Como señala González Casanova, se trata de una situación paradójica: "Al tiempo que el marxismo entra en una especie de declive ideológico, la explotación aumenta."²²⁶ O como ilustra desgarradoramente Eduardo Galeano:

²²⁵ Cfr. González Casanova, P. *Op. cit.*

²²⁶ *Ibid.*, p. II.

Fin de la historia. Mañana es otro nombre de hoy: la mesa está servida, y la civilización occidental no niega a nadie el derecho a mendigar las sobras... El capitalismo, que dice llamarse democracia liberal, es el puerto de llegada de todos los viajes... El mercado libre y la sociedad de consumo conquistan el consenso universal que había sido demorado por el desvío histórico del espejismo comunista... Ahora somos todos libres, iguales y fraternales. Y todos propietarios... Como Dios, el capitalismo tiene la mejor opinión sobre sí mismo, y no duda de su propia eternidad... Bienvenida sea la caída del Muro de Berlín... pero el otro muro, el que separa al mundo pobre del mundo opulento está más alto que nunca. Un *apartheid* universal. El Muro de Berlín... no alcanzó a cumplir treinta años de vida, mientras que el otro muro celebrará muy pronto sus cinco siglos de edad. El intercambio desigual, la extorsión financiera, la sangría de capitales, el monopolio de la tecnología y de la información y la alienación cultural son los ladrillos que día a día se agregan, a medida que crece el drenaje de riqueza y soberanía desde el sur hacia el norte del mundo ...En los últimos cinco años, el sur ha donado al norte una suma equivalente a cinco planes Marshall por concepto de intereses, ganancias, *royalties* y diversos tributos coloniales. Y mientras tanto, los bancos acreedores del norte destripan a los Estados deudores del sur, y se quedan con nuestras empresas públicas a cambio de nada. Menos mal que el imperialismo no existe. Ya nadie lo menciona: por lo tanto no existe. También esa historia se acabó... Nos han impuesto el desprecio como costumbre. Y ahora nos venden el desprecio como destino.²²⁷

Sin entrar al debate en torno a la posibilidad de realización del socialismo,²²⁸ es evidente que la deseabilidad y la urgencia de trascender el capitalismo y de construir una nueva sociedad, sin explotación ni dominación, una sociedad socialista, son innegables. Y el marxismo, indisociablemente unido al proyecto del socialismo, constituye hasta ahora —sin desconocer sus aspectos caducos, inadecuados y aun erróneos— la alternativa teórica más racional y fecunda para la comprensión, la crítica y la posibilidad de superación del capitalismo.²²⁹ A condición, desde luego, de desarrollar su capacidad autocrítica, y de profundizar su filo teórico en conexión con los complejos problemas que hemos indicado aquí de modo sucinto. Éstos parecen concentrarse, en gran medida, en el tema de la democracia y de sus nexos con la nación. Desde la perspectiva de las clases y las naciones subalternas, en cuanto la lucha por la democracia pasa hoy, ineludiblemente, por la resistencia popular en defensa de la nación contra las políticas neoliberales estatales tendentes a identificar la nación con el mercado y

²²⁷ Galeano, E. "La teoría del fin de la historia se pone de moda", en *La Jornada*, México, 12 de agosto de 1990.

²²⁸ Cfr. Sánchez Vázquez, A. "Reexamen de la idea del socialismo", *op. cit.*

²²⁹ Cfr. Sánchez Vázquez, A. "Marxismo y socialismo hoy", en *Nexos*, México, junio de 1988.

con un nuevo sistema hegemónico fundado en la supresión de sus derechos y conquistas sociales. La lucha democrática es aquí una lucha nacional y anticapitalista, tendencialmente orientada a desacoplar la nación respecto a la burguesía y al Estado, y a ligarse con la construcción de una voluntad popular y democrática que coincide con el proyecto socialista. Las luchas nacionales y democráticas que se libran en los países del "socialismo real" poseen un carácter específico, diverso y enormemente fluido. La identificación entre el "socialismo real" y el proyecto socialista en general —arrasadas justamente por aquél todas las fuerzas democráticas que desde el seno de éste constituyeron los emergentes críticos más profundos de esos sistemas, a partir de la misma constitución de éstos— plantea grandes dificultades al dimensionamiento socialista de aquellas luchas. Su configuración específica es actualmente imprevisible, y se liga a los saldos de los otros procesos históricos en curso: la constitución de los sistemas hegemónicos emergentes en los países capitalistas desarrollados, la conformación de los nuevos bloques económicos, políticos y militares del capital transnacional, y las luchas nacionales y democráticas de los pueblos dependientes. Nuestra elaboración teórica, aunque de carácter general, se despliega a partir, especialmente, de los problemas y desafíos planteados por estas últimas, en particular por las que tienen lugar en nuestra América.

2. El proyecto socialista y la lucha hegemónica nacional-popular

Según nuestra perspectiva de análisis, la formación nacional se produce en conexión con el establecimiento del sistema hegemónico de dominación de la burguesía. La capacidad de ésta para constituir la nación se liga no a la fuerza exclusiva y unilateral de los mecanismos económicos del mercado, sino a su capacidad para articular, bajo su dirección y su dominación, el conjunto de contradicciones que brotan de la sociedad capitalista entre la estructura económica y las superestructuras político-ideológicas, entre la particularidad y la universalidad de las matrices espacio-temporales, entre las diferentes clases y sectores de la formación social, etc. Estas contradicciones, que se procesan y se desarrollan como una incesante lucha entre las clases y los grupos sociales, *no se resuelven* en la forma nacional de constitución de la sociedad y del mundo burgueses, sino que perviven *en ella* y también *a través* de ella. La nación, en cuanto forma general y estable del sistema de dominación hegemónico burgués es, justamente, *el modo específico* en que se articulan esas contradicciones. La vida de la nación, y su desarrollo, están imbricados, por tanto, con esa capacidad articuladora interna, propia de la dominación hegemónica de la burguesía. Sin embargo, ésta se despliega dentro de límites muy precisos y ceñidos: la *estructuración*

clasística de la sociedad. Ésta constituye una barrera infranqueable a la tendencia *homogeneizadora e integradora* de la nación como sistema hegemónico de la dominación burguesa. La división de la sociedad en clases erige un límite estrecho a la capacidad burguesa para integrar a las clases, fracciones y grupos subalternos en el sistema hegemónico, de modo que la realización de la unidad nacional choca permanentemente con la existencia de la dominación y la explotación de clase. En este sentido, la burguesía puede desplegar el desarrollo de la nación sólo *hasta cierto punto*: bajo la dominación burguesa existe siempre una brecha, una distancia, una discrepancia entre la *idea* y la *realidad* de la nación, que se amplía y profundiza en las situaciones de crisis política —esto es, de crisis del sistema de hegemonía.

Como hemos expuesto, la nación existe en cuanto urdimbre de un sistema hegemónico; o sea, imbricada con la hegemonía de una clase o de una fracción de clase. No obstante, la nación *no es reductible* a esa clase o fracción. Ella se constituye en torno a ésta, pero no resulta absorbible completamente por ella, sino que la trasciende de modo permanente. En esta línea, la existencia de la nación es *doble*. La nación existe, por una parte, como *sistema hegemónico concreto*. Pero, por otra, como *ideal* de una comunidad humana integrada y homogénea. Esta última forma de existencia de la nación posee mayor estabilidad y persistencia que su realidad específica, representada por un sistema hegemónico particular. El desdoblamiento de la nación en una realidad nacional y un ideal nacional asegura el mantenimiento de la nación en los periodos de crisis política, en que el sistema de hegemonía —y con él la realidad nacional— se descompone y desarticula. En su segunda dimensión, la nación continúa existiendo incluso en el caso del quiebre y la transformación revolucionaria de un sistema hegemónico de clase a otro. Este desdoblamiento de la nación pone de manifiesto la estructuración clasística de ésta, y sus permanentes contradicciones internas. Cada nuevo sistema hegemónico, para constituirse, debe entroncar con la idea de nación y alzarse como proyecto de su realización, lo que garantiza la continuidad de aquélla en la historia.

Esta perspectiva impide identificar la nación con la burguesía, permite desacoplarla de ésta y pensar la posibilidad de una nación vinculada al proyecto socialista, a la constitución de un nuevo sistema hegemónico. La nación se presenta aquí como una realidad *abierta*, sin punto de acabamiento o consumación final, en cuanto proyecto de una comunidad humana democrática y homogénea, cuyo desarrollo puede entramar con la constitución de un sistema hegemónico alternativo al de la burguesía, de orientación anticapitalista y socialista. La forma nacional de articulación social puede desplegarse más allá de los límites del capitalismo y del sistema de dominación hegemónica burguesa, de los que ella emerge, en conexión con

un nuevo sistema hegemónico de las clases y grupos subalternos. Esto en la medida en que este último constituiría, teóricamente, la única posibilidad histórica de trascender la barrera clasística que bloquea el desarrollo nacional en el sentido de la realización de la democratización y homogeneización sociales.

La posibilidad de un *desarrollo nacional* de carácter *socialista* converge, de este modo, con el problema de la *transición nacional* al *socialismo*, entroncando ambos en la cuestión de la *crisis política* como *crisis nacional*. Siguiendo a Gramsci, una crisis política es una crisis *orgánica*, que atañe a la totalidad del nexo entre estructura y superestructuras, al sistema hegemónico en su conjunto, y por tanto una crisis nacional. Ella no es ni un derivado necesario y mecánico de los movimientos de la economía²⁵⁰ ni debe confundirse con ciertas situaciones críticas, coyunturales, episódicas o estruendosas del Estado en sentido estrecho. La crisis política en cuanto crisis orgánica es un proceso largo, que abarca al Estado en sentido amplio, e implica el quiebre de las modalidades a través de las cuales se había constituido hasta ese momento el compromiso entre los sectores dominantes y dominados. Esto es, la disrupción de las formas de articulación de las contradicciones de la formación social. Se trata de una crisis del bloque histórico, en cuanto crisis del sistema hegemónico, y por tanto de la nación.

El bloque histórico gramsciano da cuenta de la unidad orgánica entre estructura y superestructuras; en tanto alude a una realidad histórica determinada, es el producto de un juego de relaciones de fuerza sociales, articulado sistemáticamente a través de la hegemonía. El bloque histórico es una totalidad vertebrada como sistema de hegemonía. Pero la caracterización de una sociedad como sistema hegemónico no supone la postulación de un modelo absolutamente integrado. El sistema hegemónico designa una estructura articulada, de carácter institucional, que se procesa permanentemente en términos de la lucha política entre las clases. De ahí que el Estado, como condensación de una determinada relación de fuerzas sociales, sea un Estado hegemónico, que incluye no sólo los aparatos coercitivos y gubernamentales de dominación, sino también el conjunto de instituciones "privadas", que agrupadas en el concepto de "sociedad civil" corresponden a la función de hegemonía que el grupo dominante ejerce sobre la sociedad. La sociedad civil es, en este sentido, el espacio en que se produce y se estructura la hegemonía, como resultado de la lucha política entre las clases.

Esta conceptualización *estatal* (en sentido amplio) de la sociedad civil, dimensiona a la hegemonía y al sistema hegemónico en términos fundamentalmente *políticos y material-institucionales*. La hegemonía es la capacidad de

²⁵⁰ Cfr. Gramsci, A. *Notas sobre Maquiavelo*, México, Juan Pablos, p. 74.

un grupo social para dirigir ideológica y culturalmente a otros grupos sociales aliados, pero ello se produce a través de su organización en aparatos de naturaleza política. La existencia de la hegemonía se expresa en instituciones de la sociedad civil que articulan en su conjunto a cada sociedad, y a cada una de sus fases históricas, como un sistema hegemónico. Un grupo hegemónico es aquel que representa los intereses *políticos* del conjunto de los grupos que dirige. De este modo, el concepto se deslinda tanto del economicismo como de otros modelos de legitimación erigidos exclusivamente sobre el consenso ideológico en un sentido meramente simbólico.

El privilegio gramsciano de la política resulta de su consideración de ésta como momento superior de las relaciones de fuerza sociales. Para examinar el funcionamiento de un sistema hegemónico, debe considerarse la estructura económica como una "determinación en última instancia" —como el límite dentro del cual se mueven los actos políticos—;²⁵¹ lo dominante y lo decisivo es aquí el procesamiento de las relaciones de fuerza política entre las clases y grupos sociales. Una sociedad históricamente determinada, en cuanto unidad de análisis para la teoría y la práctica políticas, no es ni un modo de producción, ni una formación social (como articulación de modos de producción). Es un sistema hegemónico. O sea, una totalidad concreta cuyos elementos se ordenan en una combinación particular, cuyo factor de cohesión es el poder político (Estado en sentido amplio). De ahí que ninguna situación pueda ser examinada al margen de las relaciones de fuerza al interior de las instituciones de la sociedad civil gramsciana. Ahora bien, un sistema hegemónico da cuenta de una modalidad particular, irrepetible, de articulación entre estructura y superestructuras, en un momento histórico determinado, cuyas situaciones se expresan a través de diversas formas o momentos de las relaciones de fuerza sociales. Gramsci distingue conceptualmente, entre éstas, las siguientes: 1) las relaciones de fuerza sociales que remiten al ámbito de la estructura económica, de las relaciones de producción; 2) las relaciones de fuerza políticas, que refieren al grado de homogeneidad y organización de los grupos sociales, y que pueden ser divididas en niveles: económico-corporativo, económico-social y político. Este último manifiesta el paso de la estructura económica a la esfera de las superestructuras complejas, al terreno de la hegemonía. Estos momentos se atraviesan recíprocamente, y se articulan en una doble combinación —según las clases y según las regiones—, de modo tal que cada combinación es representada por su propia expresión organizada, económica y política.²⁵² El conjunto de estas relaciones de fuerza sociales, como sistema de hegemonía, constituye la *relación nacional*,

²⁵¹ Cfr. *ibid.*, p. 71.

²⁵² Cfr. *ibid.*, p. 72.

resultado de una combinación original, única, y que debe ser concebida en esa originalidad y unicidad si se desea dominarla y dirigirla... La clase dirigente merece ese nombre sólo cuando interpreta exactamente esa combinación, de la que ella misma es un componente... El concepto de hegemonía es aquel donde se anudan las exigencias de carácter nacional.²⁵³

El conjunto de estas consideraciones nos permite dar cuenta de las dimensiones del concepto gramsciano de crisis política como crisis nacional. La crisis política lo es de todo el sistema hegemónico. Ella implica una *disgregación* de la vida estatal, en sentido amplio, por parte de las masas: "la clase burguesa está 'saturada'; no sólo no se expande sino que se disgrega; no sólo no asimila nuevos elementos sino que se desprende una parte de ella misma (o, al menos, los desprendimientos son enormemente más numerosos que las asimilaciones)"... Lo que se ha producido es "una separación de la sociedad civil y la sociedad política: se ha planteado un problema de hegemonía; es decir, la base histórica del Estado se ha desplazado".²⁵⁴

La crisis de hegemonía implica un proceso de disgregación de la articulación global entre el Estado y la sociedad. La crisis no únicamente de las relaciones de la clase dominante con el Estado, sino también la de los nexos que las clases populares habían establecido con éste. La disgregación, en suma, de los vínculos relativamente estables que las clases dominantes habían constituido, por vía estatal, con las clases populares.

En cuanto crisis del sistema hegemónico, la crisis política es necesariamente una crisis nacional; esto es, una crisis de la forma y el ámbito de articulación de las múltiples y complejas contradicciones que brotan de la formación social como sistema hegemónico de dominación. Ella puede dar lugar a diversas salidas: la recomposición de la hegemonía de las clases dominantes, o su reemplazo por un sistema hegemónico alternativo. Esta última salida constituye para Gramsci la transición revolucionaria al socialismo, que no puede ser más que una transición *nacional*. En primer término, por cuanto la conquista de la hegemonía por parte del proletariado no es el producto de un esquema abstracto —cosmopolita—, sino que supone el análisis y la aprehensión de cada sociedad histórica, en su pasado y en su presente, en la originalidad y unicidad específicas de su sistema hegemónico, y de las causas, vertientes y formas de su disgregación. Vinculado a ello, en segundo lugar, porque la transición al socialismo no es el resultado del despliegue de una práctica clasista corporativa, de cuya particularidad emerja inmediatamente la universalidad a través de la mera adición del

²⁵³ *Ibid.*, pp. 148-149.

²⁵⁴ *Ibid.*, pp. 163; 201.

finalismo socialista corporizado en una vanguardia. La posibilidad de una salida socialista a la crisis de la hegemonía burguesa supone la autoproducción del proletariado como clase *hegemónica*, y por tanto es resultado de la construcción de una voluntad *colectiva nacional y popular*. Ella implica la constitución del proletariado en sujeto *político*. El despliegue de su potencialidad hegemónica, entendida como el doble proceso por el cual supera su carácter corporativo, y resulta capaz de construir y dirigir una voluntad colectiva. Su constitución en suma, como clase *nacional*, que desarrolla una acción *hegemónica*. A saber, una acción que comprende una constelación de prácticas políticas y culturales, a través de las cuales logra articular un campo común de intereses políticos con el conjunto de las clases subalternas, sacrificando parcialmente sus intereses corporativos y transformándose de ese modo en tendencialmente universal.²³⁵

El sistema hegemónico estructurado por las prácticas de las clases dominantes no es estático, sino tendencial y contradictorio, entre otras razones porque para constituirse debe movilizar a las fuerzas opuestas a esa dominación. La disgregación de éstas y su alzamiento como sujeto político, capaz de desarrollar una lucha hegemónica, implica la disputa por un campo común, el campo de *lo nacional*, en cuanto es una lucha orientada al desplazamiento interno de la hegemonía, a la desarticulación del viejo sistema hegemónico y a la construcción de uno nuevo. Una lucha es hegemónica cuando cuestiona el control de *ese* ámbito, y es corporativa cuando no lo cuestiona. La pugna por la constitución de una nueva hegemonía se juega en el campo de la nación, tiene un carácter nacional, porque su significado central reside en la lucha por rearticular sobre nuevas bases todas las contradicciones existentes en la formación social, por producir una nueva condensación orgánica del metabolismo económico, político e ideológico de la sociedad.

La lucha por la hegemonía, entre las hegemonías, se despliega en el espacio del Estado en sentido amplio, y para el bloque político de las clases subalternas supone, al mismo tiempo, el proceso de su propia constitución como voluntad colectiva nacional popular. Este proceso se produce y se desarrolla, tanto para el bloque en el poder como para el bloque revolucionario, en el seno de los aparatos de hegemonía, de las instituciones de la sociedad civil que contienen en su seno el despliegue de las relaciones de fuerza y de la lucha de clases en todos sus niveles. Pero la unidad del bloque social, su homogeneidad y su autoorganización sólo se consolida en el Estado en cuanto unidad orgánica entre sociedad civil y sociedad política. El bloque hegemónico en ascenso no es aún un nuevo bloque histórico. La constitución de éste supone el control del poder del Estado,

²³⁵ Cfr. Portantiero, J. C. *Los usos de Gramsci*, México, Folios, 1983, p. 151.

de las instituciones de la sociedad política (Estado-gobierno) y de la sociedad civil (Estado-sociedad), a través de las cuales una clase no sólo dirige, sino también domina a la totalidad social, consolidando su propia unidad.

Las clases dominantes son tales porque han consolidado su *unidad* en el *Estado*, convirtiendo *la* historia en *su* historia, y ésta en historia *estatal*. Su unidad, su homogeneidad y su organización, su historia, ha devenido Estado. De ahí que el referente de la *nación* sea, para las clases dominantes, el *Estado*. Las clases, fracciones y grupos subalternos, mientras no devienen Estado no logran consolidar su unidad, su homogeneidad y su organización. Al decir de Gramsci,

la unificación histórica de las clases dirigentes está en el Estado, y su historia es esencialmente la historia de los Estados... Esta unidad debe ser concreta, o sea el resultado de las relaciones entre Estado y sociedad civil... Para las clases subalternas la unificación no se produjo: su historia está entrelazada con la de la sociedad civil, es una fracción disgregada de ésta.²³⁶ [Y luego] la historia de las clases subalternas es necesariamente disgregada y episódica. Hay en la actividad de estas clases una tendencia a la unificación, pero... que sólo se demuestra después de consumada. Las clases subalternas sufren la iniciativa de la clase dominante... están en estado de defensa alarmada.²³⁷

La historia de las clases subalternas, hasta que no se convierten en Estado, es siempre una función disgregada y discontinua de la sociedad civil. Sin embargo, esta presencia de las clases populares en la sociedad civil, aunque subordinada en tanto no estatal, no es inexistente. Ella contrasta el poder, cuestiona la automaticidad del vínculo que las clases dominantes tratan de establecer entre Estado y sociedad. Y en la medida en que se alza en una confrontación hegemónica, modifica la correlación de las fuerzas sociales, desarticula el tejido hegemónico dominante, rearticulándolo simultáneamente sobre otro principio hegemónico, en un movimiento único a través del cual construye su propia unidad y organización. Desarrolla, en suma, una lucha por la nación, cuyo referente no es el Estado, sino una *unidad antiestatal* que echa sus raíces en la reapropiación organizativa e ideológica de su *propia historia*. Elevarse a clase nacional supone, para el proletariado, la capacidad de producir un proceso político de unificación de las clases populares, de construcción de una voluntad colectiva nacional-popular. Para ello, debe ser capaz de recuperar el sentido de la historia de todas las clases y grupos subalternos, y de estructurar políticamente todas las formas de organización que éstos se han ido dando a sí mismos. El punto crucial del marxismo se ubica así en el complejo tránsito de la situación de *clase*

²³⁶ Gramsci, A. *Cuadernos de la cárcel*, México, Era, 1981, vol. 2, p. 89.

²³⁷ *Ibid.*, p. 27.

a la conformación de lo *nacional-popular*. O sea, en la teoría y la práctica del proceso de constitución de la acción política nacional y hegemónica.

La lucha socialista en cuanto lucha hegemónica se configura de este modo como una lucha anticapitalista y antiburguesa de carácter nacional. No se trata, sin embargo, de la lucha entre un proyecto nacional y otro *no* nacional, por cuanto: a) la nación burguesa no es reductible a la clase o fracción de clase en torno a la cual se estructura el sistema de dominación hegemónica, y b) la nación no es una esencia ahistórica que ha de defenderse o restaurarse.

Lo que se produce es una disputa entre diferentes proyectos de nación, en la que no hay un “adentro” y un “afuera”, o una pugna por “liberar” o “preservar” alguna sustancia nacional preexistente. Es una lucha por definir las formas de existencia interna de la nación, y de su inserción con respecto al exterior. El eje sobre el que discurre el proyecto nacional del socialismo se centra en la dimensión homogeneizadora y democrática de la forma nacional, y se estructura en torno a las posibilidades tendencialmente ilimitadas de su despliegue en las condiciones de un sistema hegemónico de las clases y grupos subalternos. En lo que concierne a la otra dimensión propia de la forma nacional de estructuración social, la relativa a la defensa y extensión del particularismo, el desarrollo del socialismo implica un proceso de relativización y autosuperación tendencial, como resultado, precisamente, del despliegue de las fuerzas y las prácticas democráticas e integradoras de la nación. La superación del nacionalismo se imbrica, por tanto, con la expansión, la profundización y universalización de la vida democrática, presente en la conceptualización nacional popular del socialismo.

3. El marxismo y la cuestión nacional en América Latina

Según la concepción marxista tradicional, la dinámica nacional parte de la sociedad burguesa y se dirige a la formación de un Estado nacional independiente. Esta concepción, que se corresponde en parte con la realidad europea dentro de la cual tiene su origen, y se asienta en una definición tendencialmente instrumentalista del Estado, pone a la liberación y la autodeterminación nacionales como objetivo último de todo movimiento nacional. En esta línea, el desarrollo nacional, tal como precisa Lenin, tendría una índole esencialmente *separatista* y *particularizadora*, que culminaría en la separación estatal y en la fundación de un nuevo Estado nacional.

Esta perspectiva, que permite dar cuenta de los rasgos centrales de los movimientos nacionales europeos, y también de los asiáticos —en cuanto éstos se desarrollan como movimientos sociales dirigidos contra el Estado

colonial—, no parece suficiente, sin embargo, para comprender la realidad específicamente latinoamericana, y por tanto para satisfacer un examen del fenómeno nacional en su conjunto. La mayor parte de los países de América Latina logran muy tempranamente su independencia nacional sin pasar por la opresión colonial de ningún Estado capitalista moderno, de modo que el proceso de formación nacional adopta en lo fundamental un rumbo diferente. La independencia política se ubica, en este caso, en el *inicio* del desarrollo nacional. Las fronteras estatales coinciden en general con las de la administración colonial de España, y la constitución estatal se asienta sobre la dominación de pequeñas élites oligárquicas con escasa base social y sin arraigo nacional, que reniegan tanto de la herencia indioamericana como de la española. La nacionalidad y la nación no son aquí datos iniciales, sino *objetivos* a alcanzar a partir de una independencia estatal puesta en el comienzo.

En el contexto de una enorme heterogeneidad étnica, cultural, económica y social, las repúblicas latinoamericanas estuvieron, desde el principio, enfrentadas al problema de consolidar sus frágiles instituciones políticas por medio de la construcción de una homogeneidad sociocultural posterior a la constitución estatal. El lugar más débil, y por tanto la meta fundamental de las burguesías de América Latina, ha sido siempre, y continúa siéndolo, la producción de un sistema hegemónico estable, capaz de conferirles la dirección política e ideológica sobre la sociedad en su conjunto. Esta debilidad interior de origen no es ajena a su permanente búsqueda de aliados internacionales, y a la aceptación correlativa de constantes cercenamientos de la soberanía estatal y del particularismo nacional. La dependencia externa de las naciones latinoamericanas se encuentra vinculada, en gran medida, a la incapacidad de las burguesías para consolidar internamente su hegemonía. Esa incapacidad está imbricada, ciertamente, con la dimensión económico-estructural de la dependencia, en la medida en que ésta específica y estrecha los límites dentro de los cuales puede construirse y estabilizarse la hegemonía. Pero resulta, al propio tiempo, una vertiente peculiar del análisis de la dependencia, en cuanto puede sostenerse que, en esas condiciones estructurales, la búsqueda del consenso y de la democratización de las estructuras políticas y sociales de la nación constituiría el único camino para enfrentar la dependencia y defender la soberanía nacional.

En todo caso, y más allá de la pertinencia del examen de las dimensiones económica y sociológica de la dependencia del capitalismo latinoamericano, este aspecto —político— del problema pone de manifiesto la especificidad de la dinámica nacional en América Latina. La comprensión de ésta exige rebasar los límites de la conceptualización marxista tradicional, que enfatiza el momento particularizador y separatista que respecto al mundo

exterior contiene la cuestión nacional. El ejemplo latinoamericano es, en este sentido, demostrativo de la fecundidad de una perspectiva teórica capaz de recentrar el tema nacional en torno a la constitución y desarrollo del sistema de hegemonía. Porque, por otra parte, a diferencia de Europa, en América Latina la homogeneización social no se produce, tampoco, como resultado de la mera dinámica económica. Los efectos espontáneos de ésta, que en Europa contribuyeron a conformar la sólida base de un movimiento social integrador, no tuvieron en Latinoamérica —debido a la especificidad de su desarrollo capitalista en el contexto mundial— el mismo peso ni la misma significación. En los países de América Latina lo político, definido como el ámbito de la lucha por la constitución de un sistema hegemónico, tuvo desde el principio una dimensión y una influencia significativamente más importantes en orden a la cuestión de la homogeneización social interna de la nación.

El marxismo enfrentó —y enfrenta— enormes dificultades para dar cuenta del fenómeno nacional en América Latina, en virtud de su enclaustramiento en el esquema conceptual dominante, articulado en torno a la autodeterminación nacional y el nacionalismo antiimperialista. En la primera mitad de nuestro siglo la única excepción a este respecto fue la del pensamiento de José Carlos Mariátegui (1894-1930), fundador del Partido Socialista del Perú. Aunque el Perú era ya un Estado formalmente independiente desde hacía más de un siglo, Mariátegui insistía en que era, todavía, una nación *en formación*.²³⁸ A contrapelo de la línea oficial de la Internacional Comunista, centrada en la autodeterminación nacional frente a las potencias imperialistas, Mariátegui sostenía que el eje del problema nacional pasaba por la defectuosidad *interna* de la nación peruana, en cuanto la enorme mayoría de la población —los indios— no estaba integrada en ella. El Perú era aún una *nación inconclusa*. De allí que el programa mariateguiano sobre la cuestión nacional se diferenciara esencialmente de la perspectiva leniniana. Para Lenin, la meta de toda política nacional revolucionaria consistía en la fundación de un Estado independiente. La cuestión nacional consistía en la igualdad jurídico-formal y la autodeterminación política, de modo que las tareas planteadas por ella derivaban de la lógica y la dinámica de la burguesía, y estaban en alguna medida subordinadas a un movimiento dirigido por ésta. Para Mariátegui el objetivo del movimiento revolucionario nacional era la constitución interna de la nación peruana. Por lo que su esfuerzo estaba orientado a desacoplar el desarrollo nacional respecto a la burguesía y a arrancar de sus manos la dirección de la nación.²³⁹ La revolución sería democrática y nacional, pero no burguesa, sino

²³⁸ Cfr. "Indigenismo y socialismo", en Mariátegui, J. C. *Obra política*, México, Era, 1979, p. 223.

²³⁹ Cfr. "Punto de vista antiimperialista", en *ibid.*, p. 273.

socialista e internacionalista. El concepto tradicional de la revolución en etapas —interrumpidas o permanentes—, ligado a la diferenciación entre una fase nacional democrático-burguesa y una fase socialista, quedaba trascendido. Desarticulados sus nexos mecánicos con la burguesía, nación y democracia se convertían en condiciones necesarias del socialismo y del internacionalismo. La vinculación mariateguiana entre socialismo y nación emerge de la prioridad conferida a los elementos internos del proceso de formación nacional, frente a su dimensión externa. Para Mariátegui, el acento *exclusivo* en el antiimperialismo constituía una actitud defensiva —de la particularidad nacional—, de modo que la dimensión positiva de la cuestión nacional debía ser planteada en relación con un programa democrático y socialista, que articulara internamente lo nacional y lo clasístico.²⁴⁰

Pero la excepción del peruano es una isla en el océano del desencuentro entre el marxismo y América Latina en ese periodo. Este desencuentro, que arranca de Marx, se continúa a lo largo de una prolongada fase de su historia teórica y política, como hemos puesto de manifiesto en otro lugar. Cuando la delegación peruana a la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana expone, en 1929, las tesis de Mariátegui sobre la realidad peruana —el primer intento serio por realizar un análisis marxista de la especificidad de un país de América Latina—, Codovilla, a la sazón Jefe del Secretariado Sudamericano de la Comintern, se burla de la expresión "realidad peruana", negando la posibilidad misma de tal especificidad para cualquier país latinoamericano.²⁴¹ La Conferencia ratifica que América Latina debe ser subsumida bajo la categoría general de "países semicoloniales", y rechaza la existencia de algún problema étnico específico ligado a la propiedad de la tierra, pero irreductible a la cuestión feudal europea o a la cuestión racial africana, planteada por los peruanos.

Ligado a múltiples factores, el desencuentro entre el marxismo y América Latina se coagula esencialmente en la cuestión nacional, y se articula con otro desencuentro específico del marxismo: el que atañe al tema de la democracia. Aquel desencuentro se prolonga hasta mediados de 1960, cuando las ciencias sociales latinoamericanas comienzan a producir un trabajo colectivo que cobra forma en las teorizaciones del capitalismo dependiente latinoamericano.²⁴² Otro hito del proceso de reversión de esta

²⁴⁰ Cfr. Los artículos relativos a la teoría de la revolución en Mariátegui, *op. cit.*

²⁴¹ Cfr. *El movimiento revolucionario latinoamericano*, Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista, Buenos Aires, 1929, p. 187.

²⁴² Cfr. entre otros, Bambirria, V. *El capitalismo dependiente latinoamericano*, México, Siglo XXI, 1974, y *Teoría de la dependencia: una anticrítica*, México, Era, 1978; Cueva, A. *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1977; Dos Santos, T. *Imperialismo y dependencia*, México, Era, 1978; Marini, R. M. *Dialéctica de la dependencia*, México, Era, 1973 y *Subdesarrollo y revolución*, México, Siglo XXI, 1969; Figueroa, V. *Reinterpretando el subdesarrollo*, México, Siglo XXI, 1986; Gunder Frank, A. *Subdesarrollo o revolución*, México, Era, 1973.

situación es el inicio, en los años setenta, de la elaboración crítica, emprendida también por el pensamiento marxista latinoamericano, de una de las máximas expresiones políticas de aquel desencuentro: la producida a partir de 1929, bajo la influencia stalinista, entre el marxismo y los movimientos populistas nacionalistas. En muchos países de América Latina esto tuvo como saldo la escisión entre la clase obrera y el socialismo.²⁴³ Caracterizados en términos de movimientos políticos de instrumentación de proletariado como masa de maniobra del nacionalismo burgués, los partidos comunistas se automarginaron de éstos —llegando incluso a combatirlos, como en Argentina—, contribuyendo de este modo no solamente a consolidar en ellos la hegemonía burguesa, sino también a producir un quiebre trágico entre el socialismo y su propia base social. En Argentina, en la que esta ruptura tuvo un carácter especialmente dramático, esa situación comenzó a cambiar en el nivel político en la segunda mitad de los años sesenta, a raíz de diversos factores, entre ellos la influencia de la dimensión antiimperialista y nacional de la revolución cubana. Más allá de la grave derrota que la nueva izquierda surgida de ese proceso sufre en 1976, lo que importa destacar aquí es que estos movimientos políticos no logran, tampoco, articular una teorización alternativa de la relación entre socialismo y cuestión nacional. Esta afirmación es válida para todos los movimientos político-militares de la izquierda latinoamericana que genera la lectura foquista de la revolución cubana. Ello se produce, en gran medida, porque su perspectiva no reconoce el tema de la democracia como punto nodal del socialismo. La democracia sigue siendo considerada en términos meramente formales e instrumentales. Y también porque, correlativamente, la cuestión nacional es percibida en una línea exclusivamente antiimperialista, que no liga internamente con el socialismo, en cuanto éste no se define como una lucha hegemónica popular nacional por la democracia. De ahí que esos movimientos no pudieran reconocer el carácter nacional del bloque de las clases dominantes, incluidas las Fuerzas Armadas, y el militarismo acabara devorando todo su proyecto político. La nación seguía siendo para ellos o una fase de la revolución democrático-burguesa a completar, o una sustancia *a priori*, transhistórica y transclasística, que debía corporizarse. En todo caso, el examen de estas experiencias y de los procesos que señalamos a continuación cons-

²⁴³ Cfr., entre otros, De Ipola, E. *Ideología y discurso populista*, México, Folios, 1982; Laclau, E. *Política e ideología en la teoría marxista*, Madrid, Siglo XXI, 1978; Laclau, E. y Mouffe, Ch. *Hegemonía y estrategia socialista*, Madrid, Siglo XXI, 1987; Portantiero, J. C. *Los usos de Gramsci*, México, Folios, 1980; Aricó, J. *La cola del diablo*, Caracas, Nueva Sociedad, 1988; Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano, México, Pasado y Presente, 1980 y *Marx y América Latina*, México, Alianza, 1982; Godio, J. *Historia del movimiento obrero latinoamericano*, Costa Rica, Nueva sociedad, 1985, 3 vol.; Lechner, N. y otros. *Estado y política en América Latina*, México, Siglo XXI, 1981; *ibid.*, *La crisis del Estado en América Latina*, Caracas, El Cid, 1977.

tituyen, todavía, material del trabajo teórico en curso del marxismo latinoamericano actual.

La derrota de los movimientos político-militares de esa nueva izquierda (en Bolivia, Uruguay, Brasil, Argentina) es simultánea a la de la experiencia chilena de Unidad Popular, en el otro extremo del espectro táctico y organizacional (lucha armada-lucha pacífica; vía violenta-vía legal) de la estrategia socialista en América Latina. Ambas experiencias se cierran con la emergencia de dictaduras que instauran las formas más bárbaras del terror antipopular, y que cubren los años setenta y casi la totalidad de los ochenta en los casos de Brasil y Chile. Vinculada a la intervención norteamericana, y a las dificultades para alcanzar el núcleo material del poder estatal coercitivo y del poder económico, la derrota chilena constituye, sin embargo, un importante jalón en la perspectiva de la construcción de un bloque político popular-nacional orientado al socialismo. El examen de sus dimensiones históricas generales está aún por hacerse —a pesar de los análisis ya realizados—, en la medida en que la fase dictatorial, la capacidad de la burguesía para resolver en su favor el equilibrio catastrófico producido como resultado de la avanzada política de las clases populares, y las modalidades y dificultades del reentramado del bloque popular antidictatorial en las nuevas condiciones de acumulación capitalista, sobredeterminan y resignifican en la actualidad aquella experiencia. Lo que resulta incontrovertible, sin embargo, es que *todos* estos procesos históricos tienen como saldo, en América Latina, un redimensionamiento generalizado del tema de la *democracia* en conexión con la posibilidad de un proyecto socialista. Este redimensionamiento adquiere, además, a la vista del desarrollo de los actuales regímenes posdictatoriales, una significación mayor y más compleja. La subordinación de esos regímenes al poderío de las Fuerzas Armadas y del capital transnacional —por vía de la deuda externa y de las políticas del Fondo Monetario Internacional— estrecha cualitativamente la capacidad hegemónica burguesa, y por consiguiente los límites de la vida democrática en su conjunto. Esto rearticula la visión del problema nacional, colocándolo en un lugar determinante y decisivo de la situación política e histórica de América Latina. El contenido antiimperialista de la cuestión nacional se anuda hoy con toda claridad con el problema de la construcción de una voluntad popular capaz de condensar un programa nacional de democratización general y radical de la vida social, que coincide tendencialmente con un proyecto socialista.

Este saldo histórico, teórico y político, que se generaliza a partir de experiencias múltiples y diversas en los países latinoamericanos relativamente más industrializados (México, Brasil, Argentina, Chile, Venezuela, etc.), enlaza a su vez con el emergente de los procesos revolucionarios centroamericanos. Éstos, que se despliegan desde los años setenta —Guatemala, El

Salvador, Nicaragua—, y que tienen su punto culminante en el triunfo sandinista de 1979, se vertebran también alrededor de la articulación interna entre democracia, nación y socialismo. La actual coyuntura, particularmente la planteada por el fracaso electoral del Frente Sandinista en 1990, confiere a la elaboración teórica y política de este problema una urgencia y una significación enormes, toda vez que se trata todavía, en estos casos, de procesos revolucionarios en curso. Esa urgencia y esa significación sólo tienen parangón en el caso de Cuba.

Cuba permanece bajo bloqueo económico desde hace 30 años. Su estructura productiva sigue siendo dependiente del CAME (Consejo de Ayuda Mutua Económica), ahora liquidado. A ello se suma, hoy, el acoso ideológico y político del imperialismo norteamericano, cuyo discurso democratizante ha cobrado ya cuerpo en las invasiones militares a Granada y Panamá, y en el intervencionismo político, militar y económico que condicionó las elecciones nicaragüenses —organizadas y respetadas por el Frente Sandinista, en una gigantesca lección de democracia sin ningún equivalente en toda la historia latinoamericana. En este contexto, Cuba confronta hoy una coyuntura extremadamente peligrosa. La cuestión de la articulación entre nación, democracia y proyecto socialista adquiere, en las condiciones cubanas, un carácter inmensamente problemático, cuyo procesamiento es decisivo no sólo para Cuba sino para el futuro de América Latina toda.

Esa articulación sintetiza hoy, a nuestro juicio, el desafío teórico y político fundamental del marxismo latinoamericano. Su despliegue exige la confrontación con inmensas dificultades materiales y teóricas, pero abre, al mismo tiempo, enormes y vitales posibilidades históricas, como lo demuestran diversos desarrollos políticos recientes. La experiencia nicaragüense de la revolución sandinista en el poder, y de su actual lucha desde la oposición, constituye un ejemplo fundamental en el sentido de la búsqueda y la creación de una perspectiva en la que el proyecto socialista se manifiesta como un proceso que entraña, de modo indisoluble, la lucha por la nación y por la democracia. Ése es, también, el caso de la lucha revolucionaria salvadoreña, y en otras condiciones, asimismo, el del combate encabezado por el Partido Trabalhista de Luis Ignacio da Silva (Lula) en el Brasil, por mencionar algunos de los procesos que en nuestra América perfilan hoy el posible desarrollo de esa articulación.

A partir de las diversas vertientes teóricas y prácticas de su planteamiento y elaboración en el pasado reciente, de las múltiples experiencias históricas de las clases populares, de las exigencias sociales y políticas que conforma la nueva avanzada de las clases dominantes y del capitalismo internacional, a partir, en suma, de los sueños vivos —antiguos y nacientes— de la construcción de una comunidad humana democrática, sin explotación, sin genocidios, sin desprecio, el marxismo latinoamericano del presente se

enfrenta hoy a la tarea de transformar su propia crisis en nuevas formas del encuentro. Éste se vislumbra difícil, inédito y abierto a configuraciones imprevisibles. Nuestro trabajo quiere ser un trozo de ese sueño en construcción. Un momento del proceso de recomposición social y política de las clases subalternas, que desde sus actuales condiciones defensivas apuntan a movilizarse alrededor de la convicción básica de que frente al Estado, la gran burguesía y el capital transnacional, la nación y la democracia se identifican con el pueblo. Con la producción de su propia unidad y reorganización políticas, a partir de la recuperación crítica de su historia y de su memoria fragmentaria y dispersa, de las que el marxismo forma parte constitutiva.

LIBRERIA Daniel Cosío Villalón
EL COLEGIO DE MEXICO, A. C.

CONCLUSIONES

Al iniciar nuestro estudio en torno a la teorización marxista sobre la cuestión nacional, nos interesaba investigar los obstáculos conceptuales que trababan aquella teorización orientándola de modo persistente y sistemático en dos direcciones al mismo tiempo opuestas, problemáticas y fallidas: la negación de la pertinencia y densidad de lo nacional, por una parte, y el nacionalismo por la otra. Se trataba de dar cuenta de las raíces conceptuales de un desencuentro que a lo largo de su historia política y teórica había demostrado poseer efectos catastróficos para el desenvolvimiento del marxismo. Y al mismo tiempo, de esbozar algunas líneas de trabajo cuyo desarrollo permitiera, desde el propio seno de su propuesta teórico-metodológica, abrir el horizonte de una elaboración alternativa a aquella reiterada *impasse* conceptual.

En conexión con esta problemática, en la primera parte de nuestra exposición hemos desarrollado la tesis de que el obstáculo teórico central de la concepción marxista sobre la cuestión nacional reside en la *exterioridad* entre las categorías de clase y nación, exterioridad que arraiga en una tendencia sistemática al reduccionismo economicista. Si bien el marxismo establece un conjunto de nexos entre la nación y la burguesía, no alcanza a dar cuenta de las complejas relaciones *orgánicas e internas* entre ellas, construyendo en su lugar un vínculo mecánico, unidireccional e instrumental, que tiene como supuesto su exterioridad mutua. La burguesía, que produciría la nación, parece constituirse en un espacio histórico y lógicamente exterior y anterior a ésta, de modo prepolítico y prenacional. Por lo que, correlativamente, lo nacional discurre en un terreno separado de lo clasístico, pensada la constitución de las clases como resultado exclusivo de las contradicciones económicas. Pero una vez escindida de las clases y de la lucha de clases, la nación se presenta como una comunidad acabada

y libre de conflictos, que en tanto tal no puede ser más que: a) mera ilusión; o b) un residuo de las sociedades preclasísticas.

Hemos investigado y expuesto la lógica interna, los presupuestos conceptuales y las consecuencias teóricas de estas dos líneas de conceptualización en torno a lo nacional, que recorren la historia de la teorización marxista desde Marx y Engels. En la primera perspectiva, la nación, cuyo fundamento es el mercado capitalista, no consistiría sino en la ilusoria comunidad de los propietarios de mercancías, ilusión transitoria ya en vías de disolución bajo la propia dominación burguesa. En cuanto la nación se apuntala aquí sobre el mercado determinado como verdadera comunidad, ella no puede ser estatuida más que como una representación ideológica, orientada a mistificar la estructura clasística de la sociedad. La lógica del Estado y la de la nación aparecen así como un efecto más o menos epifenoménico del ámbito económico cuya legalidad, constituida autónomamente, niega y cancela a aquélla. A partir de esto, la lucha de clases es colocada al margen de lo nacional. Su dinámica se desenvuelve fuera de las líneas ideológicas y políticas nacionales, de modo que la burguesía y el proletariado se sitúan en un movimiento de contenido esencialmente universal y cosmopolita. Pero llegado al punto de esta extrema volatilización del hecho nacional, el marxismo se ve compelido a buscar en otro lado el cuerpo y el significado de un tejido cuya realidad resiste todo exorcismo tendente a su desaparición. Es el punto en que emerge la segunda línea conceptual que mencionamos. El espesor de lo nacional se sitúa ahora en una "esencia" exterior al proceso histórico-social, determinada a través de un procedimiento empírico deductivo cuyo ejemplo paradigmático es la definición staliniana de nación. Si la nación es algo más que una representación ilusoria, ella sólo puede referir a la comunidad arcaica, caracterizada por una insuficiente diferenciación clasística, y consistente en una unidad étnico-cultural históricamente dada. Lo que denominamos las nacionalidades, que en cuanto sustrato originado en un pasado remoto recorrería siglos en estado latente, hasta ser actualizado por una clase progresista dando lugar a la emergencia de la nación moderna. La nación es deducida aquí a partir de la nacionalidad convertida en variable independiente, lo que tiene como resultado un completo alejamiento de la perspectiva teórica y metodológica del marxismo. Como hemos insistido en nuestra exposición, la clave de este corolario reside en la ausencia de un análisis relativo al lugar de la política y de las superestructuras en el proceso de constitución de las clases, y por esa vía de lo nacional.

El proceso de configuración de esta problemática ha sido abordado a través del examen del surgimiento y desarrollo de las principales propuestas teóricas que en torno a la cuestión nacional ha desplegado el marxismo a partir de Marx. En la perspectiva inicial de Marx, la nación moderna, en

cuanto expresa la articulación entre sociedad capitalista y Estado político, constituye una comunidad formal y abstracta, cuyo contenido reside en la dominación clasística burguesa. La revolución proletaria, orientada a la supresión del dominio burgués, de todo dominio de clase, y por su concurso a la conformación de una comunidad social efectiva, culmina aquí en la disolución de las naciones. La lógica clasística, fundada en un análisis exclusivamente económico, implica una concepción universalista que desestima las líneas nacionales y se sitúa en un plano inmediatamente internacional. La dinámica capitalista, tendencialmente cosmopolita y revolucionaria respecto a toda formación social precapitalista, sienta así las bases de una historicidad universal y teleológica, centrada en la idea del progreso. Los intereses del proletariado, concebido como una unidad homogénea, adquieren, en esta línea, sin mediación, el rango de intereses generales de la sociedad. Sobre esta exterioridad entre la lógica de las clases y la de la nación, y sobre la primacía de la primera sobre la segunda, habrá de fundarse el paradigma clásico del internacionalismo proletario.

Sin embargo, hemos destacado asimismo el hecho de que a partir de los años sesenta Marx relativiza y cuestiona esta perspectiva inicial. En relación con el caso irlandés valora el carácter revolucionario de los movimientos nacionales, reconoce la índole no sólo universalizadora sino también especificadora del capitalismo en cuanto pone al descubierto su carácter desigual, y rectifica sus ideas previas sobre la universalidad inmediata de los intereses de la clase obrera, sobre su homogeneidad, y sobre la racionalidad general de la historia. Desde este nuevo contexto, alcanza a denunciar cómo el "internacionalismo" del proletariado inglés, definido en los términos de sus hipótesis iniciales, contiene en su seno la simiente del corporativismo y del nacionalismo burgués. A propósito del tema ruso, por último, rechaza toda pretensión de convertir su teorización respecto al capitalismo en un esquema conceptual inexorable en torno al desarrollo histórico de las sociedades. No obstante, pese a estas transformaciones, la cuestión nacional no llega a constituirse en un núcleo sistemático del pensamiento de Marx: ni el ámbito político ni la revolución socialista alcanzan finalmente a poseer en éste un significado nacional.

Las tendencias mayoritarias de la II Internacional se mueven, por su parte, en la perspectiva del pensamiento marxiano de los años cuarenta, cerrando y sistematizando la obra de Marx sobre sus ejes economicista, universalista y teleológico, y por tanto eurocentrista. De este modo, la cuestión nacional queda subordinada a una historicidad universal, centrada en la progresividad del capitalismo en cuanto modalidad de evolución natural de las sociedades. Sobre esa exterioridad entre clase y nación habrán de afianzarse el liberalismo burgués, el corporativismo obrerista, el abandono e instrumentación nacionalista del internacionalismo proletario y su coro-

lario colonialista. Es justamente esa exterioridad la que permite explicar el pasaje del paradigma internacionalista al nacionalismo liberal burgués, corporativista y colonialista, en que quedarán atrapadas la política y la teoría de la II Internacional. Señalamos también cómo la izquierda radical, en cuanto permanece dentro de los límites de esa exterioridad —a raíz de una visión economicista que impide desacoplar la cuestión nacional respecto a la burguesía y a la fase capitalista—, acaba por considerar cancelado el problema nacional, como condición del sostenimiento de la perspectiva revolucionaria e internacionalista. Aun el pensamiento leniniano, más complejo, comparte aquella limitación: el problema nacional es también en él una cuestión ligada a la fase burguesa de los procesos históricos. El socialismo se desarrolla en un terreno clasístico e internacional, y su confluencia con los movimientos nacionales sólo es pensable bajo la hipótesis de una revolución socialista europea que coincide con la disolución de las naciones. A partir del desplome de esa hipótesis, y como oscuro desenvolvimiento de esta problemática, surgirá finalmente el nacionalismo staliniano. La Internacional Comunista borra el hecho nacional, y bajo la égida de Stalin acaba por corporizar los intereses universales del proletariado en una nación, la URSS, en la que el desarrollo socialista ha sido bloqueado. Del nacionalismo emergente en estas condiciones políticas y teóricas habrá de nutrirse la instrumentación del internacionalismo por el Estado soviético, que examinamos en nuestro trabajo.

Estas reiteradas operaciones político-conceptuales obligan, según enfatizamos en nuestra exposición, a un replanteamiento de la cuestión de los nexos entre la ausencia de una teoría del carácter nacional de la lucha socialista, las tentaciones del nacionalismo, y el abandono del internacionalismo. Ese replantamiento implica la tarea de investigar las múltiples y complejas relaciones internas entre las clases y la nación como categorías contenidas y presupuestas entre sí, a lo que está orientada la segunda parte de nuestro trabajo. A partir de numerosos esfuerzos teóricos del marxismo posterior al derrumbe de la III Internacional —que reconocen en Gramsci un momento decisivo—, hemos perfilado ciertas líneas de teorización en torno a la cuestión nacional que apuntan, en lo fundamental, a formular el carácter conflictivo, incompleto y abierto de la configuración burguesa de la nación, y a abrir espacio a la vinculación interna entre socialismo y nación.

En un nivel abstracto, desde el punto de vista lógico-estructural, la formación nacional —la nación y la cuestión nacional— refiere, según nuestra tesis, a una modalidad específica del principio articulador de la constitución social. Ella se presenta como condensación de un complejo metabolismo económico, social, político e ideológico, que supone al capitalismo como modo de producción dominante de una formación social. La nación

no es aquí una cosa o ente determinable a partir de algún vínculo empírico externo, ni una esencia asequible a través de la inducción. No resulta, por tanto, una categoría inmediata: ella remite a la reflexión teórica respecto a un espacio de articulación orgánica y contradictoria entre la sociedad burguesa, el Estado político-jurídico y las formas ideológicas. Así, la nación designa el lugar de condensación de un metabolismo social peculiar, del cual emerge objetivamente como comunidad formal y abstracta de individuos, propietarios libres y ciudadanos en igualdad de derechos. La delimitación de ese espacio teórico implica el abandono de la vertiente economicista del marxismo, al tiempo que un reexamen de las formas y la función de las llamadas superestructuras, en el marco de una operación conceptual capaz de poner de manifiesto los nexos internos entre esas instancias. La constitución de la nación no refiere al proceso de formación de la burguesía, sino al establecimiento de un *sistema hegemónico* en el sentido gramsciano, que, aunque la implica, trasciende la relación económica entre las clases. Lo nacional no se produce en el nivel económico, sino como una articulación entre economía, política e ideología, de la que surge como forma de unificación de los más variados y contradictorios contenidos clasísticos e ideológicos bajo hegemonía burguesa. La dominación burguesa, como dominación hegemónica, es dominación *nacional*: a través de la nación, en la nación y como nación, la dominación económica de la burguesía supera el plano corporativo y se vincula con el conjunto de la sociedad. La nación no tiene existencia fuera del sistema hegemónico. De ahí que una misma formación social aloje no uno, sino varios programas nacionales posibles —en conexión con los sujetos sociales que aspiran a configurar un sistema hegemónico diferenciado—, pluralidad que expresa la heterogeneidad social y la ruptura interna entre las clases en el seno de la nación. Esto no significa que ésta sea un recipiente vacío, ocupable desde el exterior por diversos contenidos, sino que pone de manifiesto el hecho de que no hay clases fuera de la nación, ni nación fuera de la lucha de clases.

En cuanto dominación nacional, la dominación burguesa no constituye una dominación clasística *inmediata* —por donde el Estado es determinado como Estado ampliado, según la definición de Gramsci. Lo que caracteriza a la nación burguesa es, precisamente, su capacidad para albergar a todas las clases y fracciones de clase de la sociedad, ya sea como individuos o como sujetos colectivos subalternos. Sin suprimir el carácter clasístico de la dominación burguesa, este señalamiento redimensiona en un sentido no economicista la determinación de clase, situándola en un terreno político irreductible a lo económico por separado. La cuestión nacional constituye, justamente, un nivel de análisis que, en cuanto condensación de esta problemática, obliga a la consideración de cómo esa dominación trasciende el orden económico corporativo y logra el consenso de la sociedad en su

conjunto. En suma, las formas y las condiciones que inducen y regulan la formación y desarrollo de las naciones sólo pueden ser esclarecidas a partir del examen —siempre particular y específico— del proceso de constitución de un sistema hegemónico y un bloque histórico concretos, como producto de una incesante lucha entre clases, fracciones y grupos sociales. En esta dirección, la nación aparece en nuestra exposición como la forma más general y estable de ese complejo sistema de dominación.

Nuestro estudio sostiene que la nación, una vez constituida como resultado de las luchas sociales a través de las cuales se teje un sistema hegemónico, conforma un marco político global que en el contexto de la sociedad capitalista condiciona en lo sucesivo el despliegue de esas luchas. Éstas habrán de moverse, configurarse y entramarse en el futuro dentro de la lógica de la nación, reproduciéndola y desarrollándola. La nación articula en su seno la diversidad de contradicciones que brotan de la sociedad burguesa en un sentido transversal (economía, política, ideología) e histórico (pasado, presente, futuro), lo que implica una *continuidad* que ella crea y al mismo tiempo presupone como condición de su funcionamiento. Sin la continuidad de la vida nacional a través de todas sus fases de desarrollo, no podría producirse la unidad de las diferentes instancias de la formación social. De ahí que, pese a que la nación como sistema hegemónico implica un proceso de transformación permanente, ella se presenta siempre como permaneciendo idéntica a sí misma, integrando todas las rupturas en un único flujo de continuidad. En esta línea, la nación define un marco global y estable al que deben acogerse todos los sistemas hegemónicos, aun cuando la estructura económica de la formación social capitalista, por su tendencialidad cosmopolita, sobrepasa rápidamente el estadio en que la delimitación nacional le resulta adecuada. El colonialismo, la expansión militar e imperialista —entre las formas violentas—, el desarrollo del derecho público internacional, de las instituciones y los acuerdos económicos y políticos supranacionales —entre las formas pacíficas— constituyen las modalidades fundamentales a través de las cuales las burguesías se afanan por resolver las contradicciones entre el carácter nacional de su dominación y la índole internacional de la estructura capitalista. Estas contradicciones existieron desde el comienzo, y no han hecho más que exacerbarse con el tiempo. Sin embargo, sostenemos que a pesar de las deficiencias, las contradicciones y la creciente caducidad de la forma nacional, la burguesía no ha logrado re-fundar su dominación sobre otra base más general y coherente.

De este modo, la nación se presenta como la modalidad más general y estable del sistema de dominación hegemónica de la burguesía. Pero esa función de homogeneización social propia de lo nacional —en cuanto comporta un complejo campo de contradicciones de cuyo seno emerge como principio articulador— posee, además, ciertas determinaciones espacio-

temporales específicas, que definen asimismo su peculiaridad conceptual e histórica. La estructuración espacial —territorial— y temporal —histórica— que se produce en el ámbito de la organización productiva capitalista, y que concierne al armazón del Estado y a las prácticas de dominación, atraviesa a la forma nacional subordinándola a una dinámica doble y contradictoria. Ella supone una tendencia a la *homogeneización* y la *universalización* que se realiza a través de su propia negación: la *fragmentación* y la *particularización*. Estas dos tendencias, que gestan, desarrollan y reproducen constantemente su mutua oposición, dan lugar a un cúmulo de contradicciones que no son resueltas en la nación. Por el contrario, la nación se configura en el interior de la tensión entre estas tendencias, las recoge en su seno y las transforma en regulables por el Estado.

De acuerdo con el análisis que hemos llevado a cabo, la matriz espacial capitalista marca a la nación adhiriéndola a un territorio político, que se transforma en nacional a través del Estado, y que supone dos terminaciones fundamentales: la unificación y la homogeneización en el interior, por una parte, y la demarcación y la particularización respecto al exterior, por la otra. Así, la forma nacional descansa sobre una homogeneización caracterizada por la delimitación entre una *exterioridad* y una *interioridad*, que se corporizan en el territorio-frontera, el cual emerge en el mismo movimiento por el cual se constituye el Estado, y por tanto el sistema hegemónico y el bloque histórico. Pero en el contexto de esta estructuración espacial, el establecimiento de fronteras es equivalente a la posibilidad de desplazarlas. La espacialidad capitalista implica la delimitación de un “interior” que es, sin embargo, tendencialmente extensible hasta el infinito, aunque suponga siempre el cruce de fronteras. De ahí que la expansión capitalista, en sus diversas formas, resulte *consustancial* a la nación y adquiera un carácter *inter-nacional*, o mejor *trans-nacional*, como subrayamos en nuestra teorización. El Estado cohesiona y articula las fuerzas centrífugas y los desequilibrios que desata la sociedad burguesa, pero no los supera: los reglamenta hacia adentro y los canaliza hacia afuera. De este modo, las relaciones internacionales se transforman en puntos de cristalización de las contradicciones internas, económicas, políticas e ideológicas del desarrollo capitalista; homogeneidad interna y reproducción ampliada y constante de los conflictos entre las naciones aparecen así como tendencias inescindibles de la lógica de la forma nacional de la soberanía burguesa. Esta dinámica encontrada atraviesa también a la unificación que se produce dentro de las fronteras nacionales, subordinándola a un permanente movimiento fragmentador. El Estado-nación unifica al pueblo-nación en cuanto instaura la disociación privada entre los individuos-sujetos. Esta tendencialidad doble y contradictoria configura a la homogeneización social capitalista como homogeneización nacional, y explica el modo en que ésta lleva inscrita en

su seno la posibilidad del aplastamiento coercitivo de las diferencias no asimilables en su unidad —el sistema hegemónico de dominación. La opresión y el exterminio de las nacionalidades en el seno del Estado nacional, los genocidios modernos, los campos de concentración y el totalitarismo se presentan así como fenómenos que arraigan en la lógica y la dinámica de la espacialización propia del Estado-nación.

El examen de la matriz temporal capitalista nos ha permitido, por su parte, dar cuenta del nuevo sentido que adquiere la historicidad en la constitución de la nación. Según las consideraciones que hemos desarrollado, la intervención estatal en la unificación del pueblo-nación implica una tendencia a monopolizar la historia de éste, haciendo de ella el segmento de un futuro determinado por el Estado, convertido ahora en depositario de su memoria histórica. La forma nacional del Estado burgués —en que se materializa la temporalidad capitalista— no tolera más que una historia y una tradición nacionales en el interior de sus fronteras, lo que supone no únicamente la demarcación de aquéllas respecto a las del “extranjero”, sino también la opresión y el aplastamiento, en el propio interior de la nación, de las historias y tradiciones definidas como “extrañas” a partir de esa unificación temporal. A partir de esta analítica, tanto como de la relativa al significado de la estructuración espacial, nación y Estado vuelven a presentarse como categorías que ligan permanentemente la una con la otra. Los movimientos nacionales apuntan en general al Estado. Ya sea porque reivindican la construcción de un Estado propio y autónomo —lo que implica la reivindicación de un principio territorial, al tiempo que la apropiación de su historia específica—, o porque coincidiendo con la territorialización del Estado existente se movilizan en torno a la transformación de su estructura particular, en tanto materialización del sistema de dominación —en el que va supuesta siempre una historización peculiar. Porque, además, es justamente el Estado el que establece un nexo particular entre las matrices espacial y temporal, de cuyo cruce emerge la nación. El Estado burgués demarca las fronteras instituyendo el adentro (el pueblo-nación), en cuanto homogeneiza el pasado y el futuro de ese cercado. De ahí que la unidad nacional se revela aquí como una intersección entre la historicidad de un territorio y la territorialización de una historia, toda vez que el cierre territorial es, el mismo tiempo, totalización y capitalización de la historia por el Estado.

El territorio y la historia que materializa el Estado corporizan y reproducen la dominación hegemónica burguesa. Sin embargo, como hemos subrayado también, la historia de clase obrera y la de las clases y grupos subalternos no se absorben totalmente en el Estado, sino que lo marcan con su sello, precisamente en cuanto éste es un Estado *nacional*, el resultado del proceso nacional de la lucha de clases. Aunque de modo precario y

deformado, esas pugnas y esas resistencias están asimismo inscritas en el Estado, y encuentran siempre vías para quebrar el silencio y la represión que éste abate sobre su memoria y su desarrollo. La lucha por la constitución de una hegemonía alternativa a la de la burguesía por parte de las clases y sectores subordinados es por eso, necesariamente, una lucha por el campo de lo nacional, por la recuperación y resignificación de su propia historia, y define el tránsito al socialismo como un pasaje de índole nacional.

Nuestra tesis sostiene, en general, que la vida de la nación y su desarrollo están imbricados con la capacidad articuladora interna de la burguesía, propia de su dominación hegemónica. No obstante, enfatizamos, ésta se despliega dentro de límites muy precisos y ceñidos, la estructuración clásica de la sociedad, que se levanta como una barrera infranqueable a la tendencia homogeneizadora e integradora de la nación. De ahí que la burguesía pueda desplegar la unidad nacional sólo hasta cierto punto, y bajo su dominación exista siempre una discrepancia entre la idea y la realidad de la nación. En esta línea, la nación perfila una existencia doble. Ella existe, por una parte, como sistema hegemónico concreto, o sea imbricada con la hegemonía de una clase o fracción, en torno a la cual se constituye. Pero la nación no es absorbible completamente por esta clase o fracción, sino que la trasciende permanentemente: ella existe, también, como el *ideal* de una comunidad humana integrada y homogénea, forma en la que posee mayor estabilidad y persistencia que en su realidad específica representada por un sistema hegemónico. A través de esta dimensión ideal, la nación continúa existiendo aun en el caso del quiebre y la transformación revolucionarios de un sistema hegemónico a otro, rompe su identidad con la burguesía, puede desacoplarse de ésta, y configurarse como un realidad abierta sin punto de acabamiento final. De esta manera, su desarrollo resulta entramable, en cuanto proyecto de una comunidad humana democrática y homogénea, con la construcción de un sistema hegemónico diferente al burgués, de orientación anticapitalista y socialista. En nuestra línea de trabajo éste constituiría además, teóricamente, la única posibilidad histórica de trascender la barrera clásica que bloquea el desarrollo nacional, en el sentido de la realización de la democratización y la homogeneización sociales.

La posibilidad de un desarrollo nacional de carácter socialista converge así con el problema de la transición nacional al socialismo, entroncando ambos en la cuestión de la crisis política como crisis nacional. Apoyándonos en Gramsci, hemos planteado que la crisis política, en cuanto crisis del sistema hegemónico, es una crisis nacional, cuyo desenvolvimiento en dirección a la desarticulación del sistema hegemónico de las clases dominantes, y a su reemplazo por un sistema alternativo de las clases subalternas, constituye el contenido fundamental de la transición al socialismo. Ésta

queda definida, por tanto, como una lucha, un movimiento y un proceso de carácter necesariamente nacionales. En primer lugar, en tanto la conquista de la hegemonía por parte del proletariado supone el análisis, la aprehensión y la transformación de una sociedad histórica específica, en la originalidad y unicidad particulares de su sistema hegemónico —no el producto de la aplicación de un abstracto esquema cosmopolita. Vinculado a ello, en segundo término, porque la transición al socialismo no es el resultado del despliegue de una práctica clasística corporativa, de cuya particularidad emerja inmediatamente la universalidad a través de la mera adición del finalismo socialista. La posibilidad de una salida socialista a la crisis de la hegemonía burguesa supone la elevación de las clases subalternas a clases hegemónicas, y es por tanto producto de la construcción de una voluntad colectiva nacional y popular. El sistema hegemónico estructurado por las prácticas de las clases dominantes no es estático, sino tendencial y contradictorio; entre otras razones porque para constituirse debe movilizar a las fuerzas opuestas a esa dominación. La disgregación de éstas y su alzamiento como sujeto político implica la disputa por un campo *común*, el campo de lo nacional, en tanto contiene un proceso orientado al desplazamiento interno de la hegemonía; una lucha hegemónica que, por definición, sólo es tal en cuanto cuestiona el control de ese campo. La transformación socialista de la sociedad, concebida como la pugna por la construcción de una nueva hegemonía, se juega, de ese modo, en el terreno de la nación, configurándose en términos de un movimiento nacional popular de contenido anticapitalista y democrático. Esto en la medida en que su significado central reside en la lucha por rearticular sobre nuevas bases todas las contradicciones existentes en la formación social; por producir, en suma, una nueva condensación orgánica del metabolismo económico, político e ideológico de la sociedad.

En la línea de pensamiento que hemos desarrollado, el proyecto nacional del socialismo se centra en la dimensión homogeneizadora y democrática de la forma nacional, y se estructura en torno a las posibilidades tendencialmente ilimitadas de su despliegue en las condiciones de un sistema hegemónico de las clases y grupos subalternos. En lo concerniente a la otra dimensión propia de la forma nacional, la relativa a la defensa y extensión del particularismo, hemos señalado que el socialismo implicaría un proceso de relativización y superación tendenciales, como resultado, precisamente, del desenvolvimiento de las fuerzas y las prácticas democráticas e integradoras de la nación. La superación del nacionalismo se imbricaría, por tanto, con la expansión, la profundización y la universalización de la vida democrática, presentes en la conceptualización nacional del socialismo. De esta manera, nuestra perspectiva de análisis desplaza el énfasis del momento particularizador y separatista que respecto al mundo exterior con-

tiene la cuestión nacional —en el que recae el acento de la concepción marxista tradicional—, recentrándolo en la constitución y desarrollo de los sistemas de hegemonía. En el seno de la contradictoria dinámica de éstos, lo nacional y lo clasístico encuentran el lugar de una articulación interna que entrama, al mismo tiempo, con el tema de la democracia —junto con la cuestión nacional, otro importante espacio de coagulación de los desencuentros del marxismo.

Éstas son, en lo fundamental, las principales líneas de trabajo que avanza nuestro estudio, en un momento, como el presente, en el que el tema nacional adquiere una renovada actualidad conceptual e histórica. La cuestión nacional conoce hoy nuevas y complejas configuraciones que desafían el pensamiento y la práctica ligadas al proyecto de transformación socialista, replanteando viejos problemas no resueltos y abriendo otros inéditos. Éstos presentan, en su conjunto, un perfil acuciante y decisivo, habida cuenta del estado de profunda crisis teórica y política en que se encuentran sumidas las fuerzas socialistas.

La modificación de las formas capitalistas de acumulación y división del trabajo internacionales —que implica importantes transformaciones en la relación entre el Estado y la sociedad en el plano interno, y la acelerada tendencia a la constitución de bloques transnacionales de poder en el nivel internacional— redimensionan la problemática nacional, colocándola al mismo tiempo con inusitada energía en el centro de la consideración práctica y conceptual de nuestros días. La desarticulación y el quiebre de los regímenes del llamado “socialismo real” en Europa central y oriental destacan, por su parte, fuerzas políticas y sociales cuya movilización en torno a la democratización social se liga con la reivindicación y la lucha por la autodeterminación y la soberanía nacionales. Los caminos históricos que abren estos procesos son imprevisibles, pero ellos reafirman, dramática y vigorosamente, el carácter necesario de la democracia y la soberanía popular y nacional como condiciones del tránsito y la construcción efectivas del socialismo. Otro componente de la situación actual es el agotamiento de todas las fórmulas burguesas implementadas hasta el presente para rebasar el círculo infernal del “subdesarrollo”, la miseria, la marginación y el autoritarismo en las sociedades capitalistas dependientes, particularmente de América Latina. Las tendencias mundiales del desarrollo capitalista mencionadas con anterioridad, que se asientan sobre la emergencia de nuevas fracciones burguesas ligadas al capital transnacional, orientan transformaciones de envergadura en la conformación de los sistemas hegemónicos, y por tanto en la forma nacional. Éstas se sintetizan ideológicamente en el reflatamiento del conservadurismo liberal decimonónico, según el cual tanto el Estado, como la nación y la democracia se estructurarían sobre los mecanismos del mercado capitalista. Atravesadas por estas tendencias,

las clases dominantes de las sociedades capitalistas dependientes se afanan por rearticular en esos términos la dominación interna y la dependencia con respecto al exterior, llevando a límites impensados la tradicional marginación económica, social y política de las mayorías en estas formaciones sociales. Las resistencias y los combates populares que emergen de estas condiciones se perfilan como luchas cuya orientación democrática, que abarca todos los ámbitos de la vida social, adquiere una consistencia claramente nacional y tendencialmente anticapitalista.

En síntesis, de formas diferentes, cada uno dentro de su especificidad histórica y estructural, estos diversos y complejos procesos en curso convergen en la cuestión nacional y en sus nexos con la democracia. Éstas se colocan así en el punto nodal de las preocupaciones de las fuerzas sociales para las cuales el proyecto socialista sigue representando una alternativa deseable y posible al capitalismo. Sobre un oscuro fondo de repliegues y disgregaciones, estas fuerzas confrontan hoy un inmenso desafío: convertir su crisis actual en la apertura de nuevos, fecundos e imprevisibles caminos por donde transitar las urgencias y los sueños colectivos de una transformación social liberadora. Entre otras, ello obliga a la tarea —en que se inscribe y significa nuestro trabajo— de realizar un reexamen radical de su entero cuerpo teórico, uno de cuyos núcleos problemáticos centrales es el constituido por la articulación entre nación, democracia y socialismo.

BIBLIOGRAFÍA

- Aricó, J. *Marx y América Latina*, México, Alianza, 1982.
- . *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*, México, Pasado y Presente, 1980.
- . *La cola del diablo*, Caracas, Nueva Sociedad, 1988.
- Anderson, P. *Las antinomias de A. Gramsci*, Barcelona, Fontamara, 1981.
- . *La cultura represiva*, Barcelona, Anagrama, 1977.
- Arismendi, R. *Lenin, la revolución y América Latina*, México, Grijalbo, 1976.
- . *La vigencia del marxismo-leninismo*, México, Grijalbo, 1984.
- Arnaud, P. *Estado y capitalismo en América Latina*, México, Siglo XXI.
- Aubert, M.J. *Rosa Luxemburgo y la cuestión nacional*, Barcelona, Anagrama, 1977.
- Amin, S. *Class and Nation*, Nueva York, 1980.
- Assadourian, C.S. y otros. *Modos de producción en América Latina*, México, Pasado y Presente, 1984.
- Aguilera del Prat, C.R. *Gramsci y la vía nacional al socialismo*, Madrid, Akal, 1984.
- Althousser, L. y otros. *Discutir el Estado*, México, Folios, 1982.
- Bambirria, V. *Teoría de la dependencia: una anticrítica*, México, Era, 1978.
- Bloom, S. *El mundo de las naciones*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1975.
- Bauer, O. *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*, México, Siglo XXI, 1979.
- Borojov, B. *Nacionalismo y lucha de clases*, México, Pasado y Presente, 1979.
- Bernstein, E. *Las premisas del socialismo y las tareas de la Socialdemocracia*, México, Siglo XXI, 1982.
- Bernstein, E. y otros. *La II Internacional y el problema nacional y colonial*, México, Pasado y Presente, 1978, 2 vols.
- Buci-Glucksmann, C. *Gramsci y el Estado*, México, Siglo XXI, 1979.

- Bobbio, N. y otros. *¿Existe una teoría marxista del Estado?*, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1978.
- Cueva, A. *Teorías sociales y procesos políticos en América Latina*, México, Edicol, 1979.
- . *La teoría marxista*, México, Planeta, 1987.
- Caballero, M. *La Internacional Comunista y América Latina*, México, Pasado y Presente, 1978.
- . *La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana*, Caracas, Nueva Sociedad, 1987.
- Cerroni, U. *El pensamiento de Marx*, Barcelona, Serbal, 1980.
- . *La libertad de los modernos*, Barcelona, Martínez Roca, 1972.
- Collier, D. *El nuevo autoritarismo en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Cohen, S. *Bujarin y la revolución bolchevique*, Madrid, Siglo XXI, 1976.
- Cotler, J. *Clases, Estado y nación en el Perú*, México, UNAM, 1982.
- Claudín, F. *Marx y Engels y la revolución de 1848*, Madrid, Siglo XXI, 1975.
- . *La crisis del movimiento comunista*, Barcelona, Ruedo Ibérico, 2 vols.
- Colletti, L. *El marxismo y el derrumbe del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1983.
- . *La cuestión de Stalin*, Barcelona, Anagrama, 1971.
- De Ipola, E. *Ideología y discurso populista*, México, Folios, 1982.
- Duchet, M. *Antropología e historia en el Siglo de las Luces*, México, Siglo XXI, 1975.
- Dos Santos, T. *Imperialismo y dependencia*, México, Era, 1978.
- Dobb, M. *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.
- Davis, H. *Nacionalismo y socialismo*, Barcelona, Península, 1972.
- Godio, J. *Historia del movimiento obrero latinoamericano*, Costa Rica, Nueva Sociedad, 1985, 3 vols.
- Godelier, M. *Marx, Engels y el modo de producción asiático*, Córdoba, Argentina, Eudecor, 1966.
- Guiomar, J.Y. *L'idéologie nationale*, París, Champ Libre, 1974.
- Gellner, E. *Nación y nacionalismo*, Madrid, Alianza, 1983.
- Gramsci, A. *Sobre el fascismo*, México, Era, 1979.
- . *Cuadernos de la cárcel*, México, Era, 1986, 4 vols.
- . *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, México, Juan Pablos, 1975.
- . *El materialismo histórico y la filosofía de B. Croce*, México, Juan Pablos, 1975.
- Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, México.
- Hobsbawm, "Marxismo, nacionalismo e independentismo", en *Zona Abierta*, 19, Madrid, 1979.
- . *La era del capitalismo*, Barcelona, Labor, 1977, 2 vols.

- Haupt, G. y Weill, L. *Les marxistes et la question nationale 1848-1914*, París, 1974.
- Hegel, J.G.F. *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Madrid, Revista de Occidente, 1974.
- Kriegel, A. *Las internacionales obreras*, Barcelona, Martínez Roca, 1968.
- Kautsky, K. *La revolución socialista. El camino del poder*, México, Pasado y Presente, 1978.
- Kaplan, M. *Formación del Estado nacional en América Latina*, Chile, 1969.
- Lowy, M. *El marxismo en América Latina*, México, Era, 1982.
- . *Dialéctica y revolución*, México, Siglo XXI, 1975.
- Lechner, N. *Estado y política en América Latina*, México, Siglo XXI.
- . *La crisis del Estado en América Latina*, Caracas, El Cid, 1977.
- Laclau, E. *Política e ideología en la teoría marxista*, Madrid, Siglo XXI, 1978.
- y otros. *Estado y política en América Latina*, México, Siglo XXI, 1981.
- Laclau, E. y Mouffe, Ch. *Hegemonía y estrategia socialista*, Madrid, Siglo XXI, 1987.
- Levrero, R. *Nación, metrópoli y colonias en Marx y Engels*, Barcelona, 1975.
- Lenin, V.I. *Obras completas*, México, Salvador Allende, 1980.
- . *Obras completas*, Madrid, Akal, 1977.
- . *Sobre el internacionalismo proletario*, Moscú, Progreso.
- Luxemburgo, R. *La crisis de la socialdemocracia*, México, Roca, 1972.
- . *Obras escogidas*, México, Era, 1981.
- Luporini, C. y otros. *El concepto de formación económico-social*, México, Pasado y Presente, 1986.
- Moore, S. *Crítica de la democracia capitalista*, México, Siglo XXI.
- Marramao, G. *Lo político y sus transformaciones*, México, Pasado y Presente, 1982.
- y otros. *Teoría marxista de la política*, México, Pasado y Presente, 1981.
- Mármora, L. *El concepto socialista de nación*, México, Pasado y Presente, 1986.
- Melotti, U. *Marx y el Tercer Mundo*, Buenos Aires, Amorrortu, 1972.
- Mariátegui, J.C. *El proletariado y su organización*, Grijalbo, 1970.
- . *Obra política*, México, Era, 1979.
- Máiz, R. *O rexionalismo galego: organización e ideoloxía*, Coruña, Ediciones do Castro, 1984.
- Marx, K. y Engels, F. *El porvenir de la comuna rural rusa*, México, Pasado y Presente, 1980.
- . *Imperio y colonia. Escritos sobre Irlanda*, México, Pasado y Presente, 1979.
- . *La cuestión nacional y la formación de los Estados*, México, Pasado y Presente, 1979.
- . *Materiales para la historia de América Latina*, México, Pasado y Presente, 1979.

- *Sobre el colonialismo*, México, Pasado y Presente, 1979.
- *Los congresos de la I Internacional*, México, Grijalbo.
- *Obras escogidas*, Moscú, Progreso, 1 vol.
- *La sagrada familia*, México, Grijalbo, 1967.
- *Obras*, Barcelona, Crítica, 1979.
- *Correspondencia*, Buenos Aires, Cartago, 1973.
- *Obras escogidas*, Moscú, Progreso, 2 vols.
- *Revolución en España*, Barcelona, Ariel, 1970.
- *Revelaciones sobre la historia diplomática secreta del siglo XVIII*, México, Pasado y Presente, 1980.
- *Escritos de juventud*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- *El capital*, México, Siglo XXI, 1982, 8 vols.
- *Las luchas de clase en Francia 1848-50*, Moscú, Progreso.
- *El 18 de Brumario de Luis Bonaparte*, Moscú, Progreso.
- *Cartas a Kugelman*, La Habana, Editora de Ciencias Sociales.
- *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, México, Siglo XXI, 1976, 3 vols.
- , Danielson, N., Engels, F. *Correspondencia*, México, Siglo XXI, 1981.
- Portantiero, J.C. *Los usos de Gramsci*, México, Folios, 1980.
- Poulantzas, N. *Estado, poder y socialismo*, Madrid, Siglo XXI, 1979.
- *Hegemonía y dominación en el Estado moderno*, México, Pasado y Presente, 1969.
- *Fascismo y dictadura*, México, Siglo XXI, 1981.
- *Las clases sociales en el capitalismo actual*, México, Siglo XXI, 1981.
- Paris, R. *La formación ideológica de J.C. Mariátegui*, México, Pasado y Presente, 1981.
- Pashukanis, E. *La teoría general del derecho y el marxismo*, México, Grijalbo, 1976.
- Portelli, H. *Gramsci y el bloque histórico*, México, Siglo XXI, 1978.
- Rosdolsky, R. *F. Engels y el problema de los "pueblos sin historia"*, México, Pasado y Presente, 1980.
- Schlesinger, R. *La Internacional Comunista y el problema colonial*, México, Pasado y Presente, 1977.
- Stalin, J. *El marxismo y el problema nacional y colonial*, Buenos Aires, Lautaro, 1946.
- Soler, R. *Idea y cuestión nacional latinoamericana*, México, Siglo XXI, 1986.
- Sacristán, M. *Antonio Gramsci. Antología*, México, Siglo XXI, 1987.
- Sánchez Vázquez, A. *Sobre filosofía y marxismo*, México, Grijalbo, 1980.
- *Filosofía de la praxis*, México, Grijalbo, 1980.
- *Ensayos marxistas sobre filosofía e ideología*, México, Océano, 1985.
- "Once tesis sobre socialismo y democracia", en *Sistema*, Revista de Ciencias Sociales, Madrid, marzo de 1988.

- "La cuestión del poder en Marx", en *Sistema*, Madrid, septiembre de 1989.
- "El marxismo en América Latina", en *Arbor*, núm. 501, Madrid.
- Terán, O. A. *Ponce: ¿el marxismo sin nación?*, México, Pasado y Presente, 1983.
- *Discutir Mariátegui*, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1985.
- Tvardovskaia, V. *El populismo ruso*, México, Siglo XXI, 1978.
- Terray, E. y Ribó, R. *Stalin: el marxismo y la cuestión nacional*, Barcelona, Anagrama, 1977.
- Texier, J. *Gramsci*, Barcelona, Grijalbo, 1976.
- Vranicki, P. *Historia del marxismo*, Salamanca, Sígueme, 2 vols.
- Varios. *Teoría y política en América Latina*, México, CIDE, 1984.
- Varios. *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, México, Pasado y Presente, 1977, 2 vols.
- Varios. *El quinto congreso de la IC*, México, Pasado y Presente, 1977, 2 vols.
- Varios. *El sexto congreso de la IC*, México, Pasado y Presente, 1977, 2 vols.
- Varios. *Fascismo, democracia y frentes populares: VII Congreso de la IC*, México, Pasado y Presente, 1984.
- Varios. *Primer Congreso de la IC*, México, Grijalbo, 1975.
- Varios. *Teoría marxista del partido político*, Córdoba, Argentina, Pasado y Presente, 1976.
- Varios. *Teoría marxista del imperialismo*, México, Pasado y Presente, 1969.
- Varios. *Historia del marxismo*, Barcelona, Bruguera, 1981, 8 vols.
- Weber, M. *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964.
- Zavaleta, R. *Lo nacional-popular en Bolivia*, México, Siglo XXI, 1986.